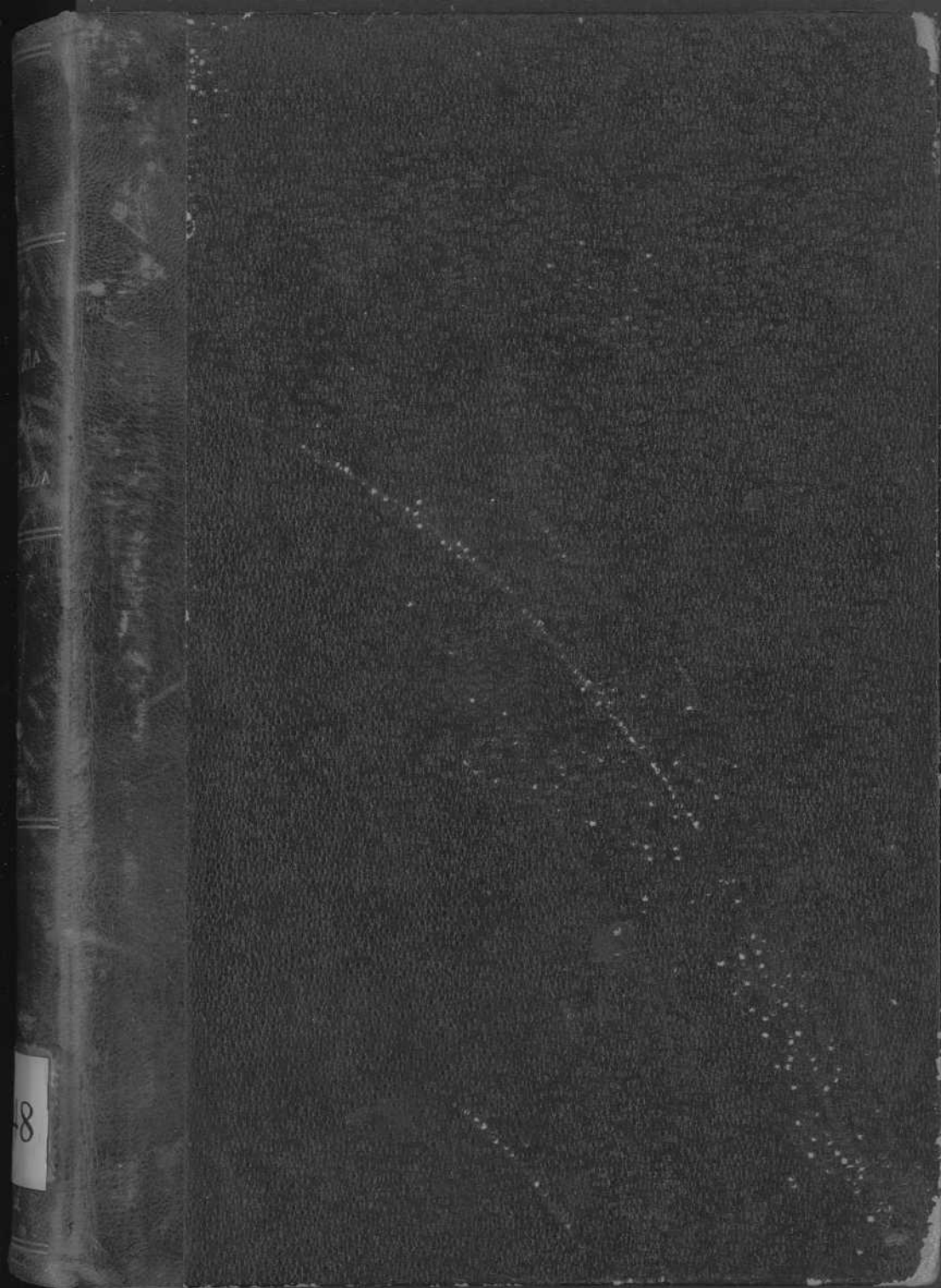
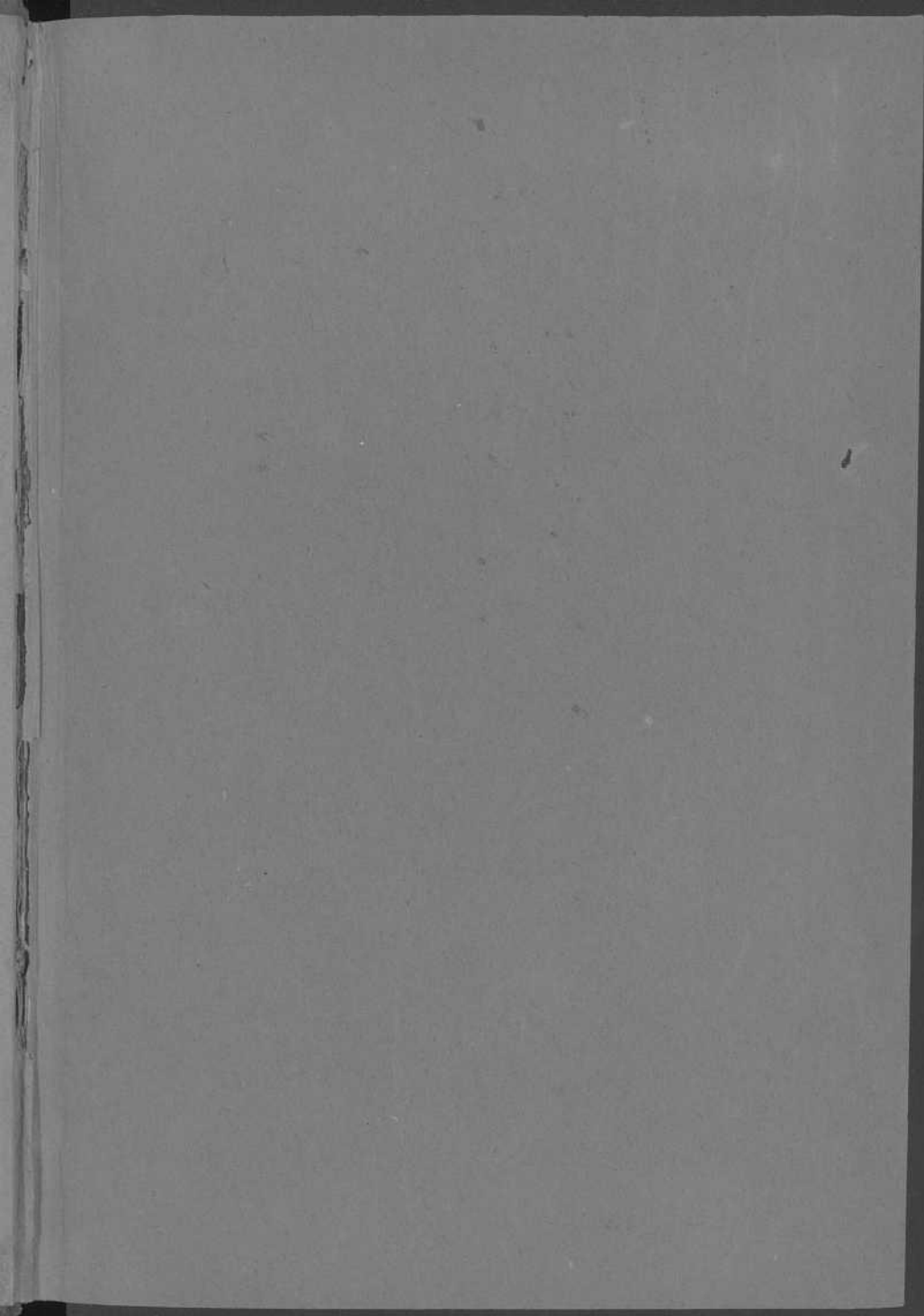
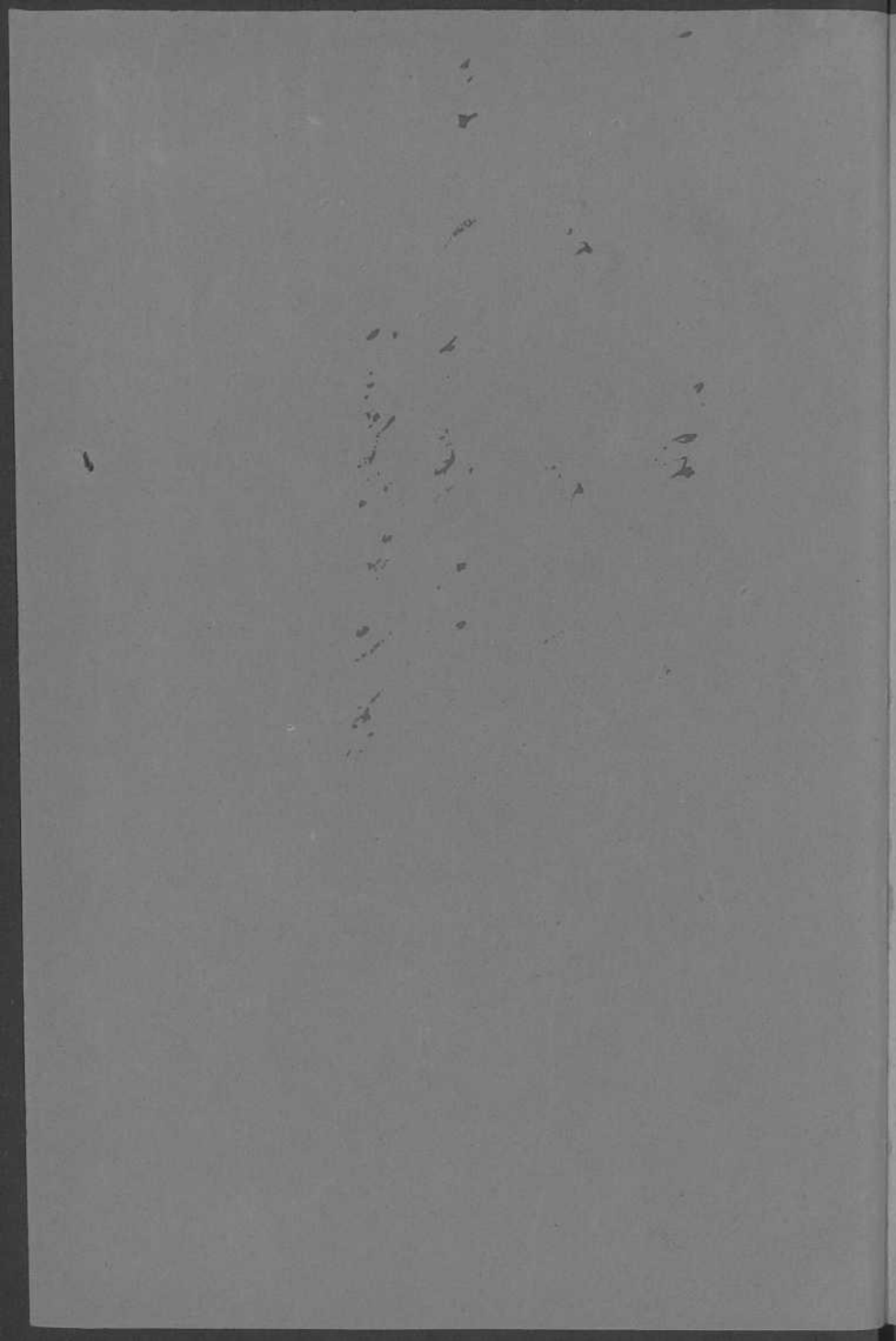




15048

~~0000~~





MATERIA, FORMA Y FUERZA



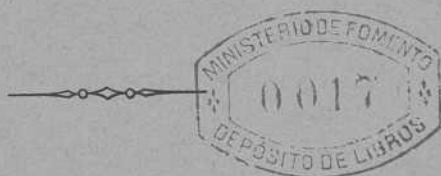
36

24
428

MATERIA, FORMA Y FUERZA.

DISEÑO
DE
UNA FILOSOFÍA
por

Pedro Sala y Villaret.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ CRUZADO,
Divino Pastor, 9.

—
1891.

~~~~~  
Es propiedad del autor.  
~~~~~

PRÓLOGO.

HISTORIA DEL LIBRO.

Este libro tiene historia, y por cierto un poco antigua, que vamos á contar brevemente al lector.

Era el año 1866, cuando terminé la doble carrera de Teología y Derecho civil y canónico, junto con la de Filosofía y Letras. Al fin de tan larga peregrinación por los campos de la llamada ciencia, traté de concentrarme para medir el camino recorrido y dar unidad al abigarrado conjunto de mis impresiones intelectuales.—¿Qué sé yo?—me pregunté—¿cuál es el resultado positivo de mis trabajos?

La respuesta que hube de darme fué desconsoladora. Me hablaron mucho de Dios y del espíritu en mis primeros estudios; pero yo no sabía qué era Dios, ni qué era espíritu. Se me habló en una y otra parte de la moral y del derecho; mas, después de tanta elucubración, yo ignoraba lo que significan entrambas palabras, como no fuese lo que nos definía un docto catedrático: «Derecho, es lo que no es torcido». No hablemos ahora de la *vida*, de la *materia*, de los mil y mil problemas que la curiosidad intelectual levanta; no se me había resuelto ninguno.

«Es menester—me dije—que yo mismo me reconstruya

la ciencia. Haré *tabula rasa* de todo lo aprendido en el curso de estos veinte años, y procuraré colocarme frente á frente de la realidad desnuda é interrogarla, como si, nuevo Adam, acabara de llegar al mundo.»

Así lo hice. Desde la florida costa de una hermosa región de Cataluña, arrojé una mirada al mar, á la tierra, al cielo, que se aparecían allí con todos sus encantos, y en una suprema síntesis logré ver que el mundo se compone sólo de tres elementos: *materia, forma y fuerza*. Intenté comprobarlo en el orden físico, y me resultó. Apliqué la teoría al mundo vegetal, y me lo explicó perfectamente. Traté de hacerla extensiva á la región del llamado espíritu, y me dió también los más sorprendentes resultados. Había encontrado, casi sin pensar, la fórmula del Universo.

El placer y entusiasmo que se apoderaron de mí ante este descubrimiento, son indecibles. Me parecían siglos los instantes que tardaba en declarar al mundo mi revelación. La humanidad me parecía necesitar de ella para vivir, ó á lo menos para vivir racionalmente satisfecha. Por otra parte, me aguijoneaba el egoísta temor de que otro coincidiese con mi descubrimiento y lo diera á luz antes que yo, arrebatándome la gloria de tan luminoso invento.

Trasladé al papel mis combinaciones con la mayor rapidez y precisión que me fué posible, sin consultar á nada ni á nadie, sin buscar confirmación á mis hipótesis; ansioso únicamente de verlas consignadas en un libro, para que las juzgasen y se aprovecharan de ellas personas más inteligentes. Vencí las numerosas dificultades que á la publicación se me oponían, y en forma descuidada é incorrecta, dí á luz la primera edición de este libro en Diciembre de 1868, bajo el pseudónimo de *Melchor Salvany*, siendo el impresor don Juan Oliveres de Barcelona.

El desencanto fué terrible. Falto de elementos editoriales, que me negó la casa, después de haber cumplido religio-

samente con ella, quedó el libro casi en la misma obscuridad que estando en mi cartera. En cambio se apercibió de él la autoridad eclesiástica, á la cual estaba yo entonces personalmente sometido, y se me pidieron explicaciones de lo que había escrito en MATERIA, FORMA y FUERZA. Se nombró un Tribunal, compuesto del que es actualmente obispo de Urgel, D. Salvador Cassañas, y del catedrático de Psicología del Seminario, que lo es todavía, D. José Pibernat, á fin de que emitieran dictamen y se fallase en consecuencia.

No llegó á recaer sentencia en este juicio, porque yo, antes de llegar el último trámite, ofrecí entregar la edición entera, resentido de la indiferencia con que habían acogido mi trabajo, no diré el público, siempre más tardo en comprender las ideas nuevas, sino algunos personajes á quienes lo había consultado. Todos los ejemplares fueron llevados al palacio episcopal, en cuyos antros desaparecieron, sin que yo haya vuelto á tener más noticia de mi querida producción. La casualidad me ha permitido encontrar un ejemplar de los pocos que circularon, y es el que me ha servido de base para esta segunda edición, corregida y enmendada, que ofrezco de nuevo al público.

Tal es la historia del libro, bien triste por cierto, en su primera época. ¡Quiera Dios que sea más afortunado en la segunda etapa, que ahora se prepara á recorrer!

Veintidós años han trascurrido desde la primera edición, largo trascurso de tiempo que, á mi juicio, no ha quitado al libro su oportunidad, ni toda su originalidad. Es cierto que la ciencia ha venido á coincidir con su idea fundamental «El Universo se compone de *materia, forma y fuerza*», como ha dicho posteriormente Haeckel con palabras textuales, y en parte también lo ha popularizado Buchner; pero, así como

los naturalistas desde este punto común de arranque, han ido á parar al materialismo y al ateismo, yo tomé una dirección contraria, aportando al espiritualismo y al cristianismo más ortodoxo.

Este rasgo por sí sólo constituye la mejor recomendación del libro, ya que hoy no pueda reclamar la originalidad del pensamiento fundamental, que ha entrado en el acerbo común de la ciencia. Además puede ostentar, como títulos á la estimación pública, el presentar á nueva luz cuestiones particulares de grande interés, según podrán ver los lectores en distintos pasajes de esta obra. Y, en fin, creo que es un mérito no despreciable el haber encontrado una fórmula que da unidad real, no lógica ni psicológica solamente, á las diferentes partes de la filosofía, mejor que Espinosa con su «*Substancia, Modos y Atributos*,» ni Descartes con su *Pensamiento*, ni Hegel con su *Idea evolutiva*, ni el positivismo ó cualquiera de los otros sistemas antiguos y modernos. Mi fórmula abarca toda la realidad, sensible y suprasensible, científica y religiosa; cosa que no puede decirse de otra alguna, á lo menos de las que yo conozco.

Se me perdonará que sea yo mismo el apologista del libro, teniendo en cuenta que el lapso de tiempo que me separa de su concepción y nacimiento, me constituye casi en un extraño. Mas no soy yo solo quien ha hablado de él con encomio, pues en favor suyo puedo citar la alusión honrosa que en la legislatura de 1878, hizo D. Alejandro Pidal, discutiendo con el Sr. Moreno Nieto, al pseudónimo Salvany, colocándole al mismo nivel que á Bonald, Maistre, Hofele y otras eminencias del catolicismo. Teniendo en cuenta la declaración de catolicismo que ostentaba el prólogo de la primera edición y el no existir otro autor de este apellido, que yo había adoptado provisionalmente en el mundo filosófico religioso, no me cabe duda que á este libro iba dirigida la alusión.

Por el lado opuesto encontraba en él un materialista cé-

lebre ideas dignas de ser tomadas en cuenta, según puede verse en el inolvidable folleto del Sr. Suñer y Capdevila, que dió tanto que hablar en los primeros tiempos de la revolución. Ideas y frases suyas coincidieron con las de este ensayo; lo cual indicaba que no me había hecho una ilusión al proponerme cegar el abismo que separa al materialismo del espiritualismo.

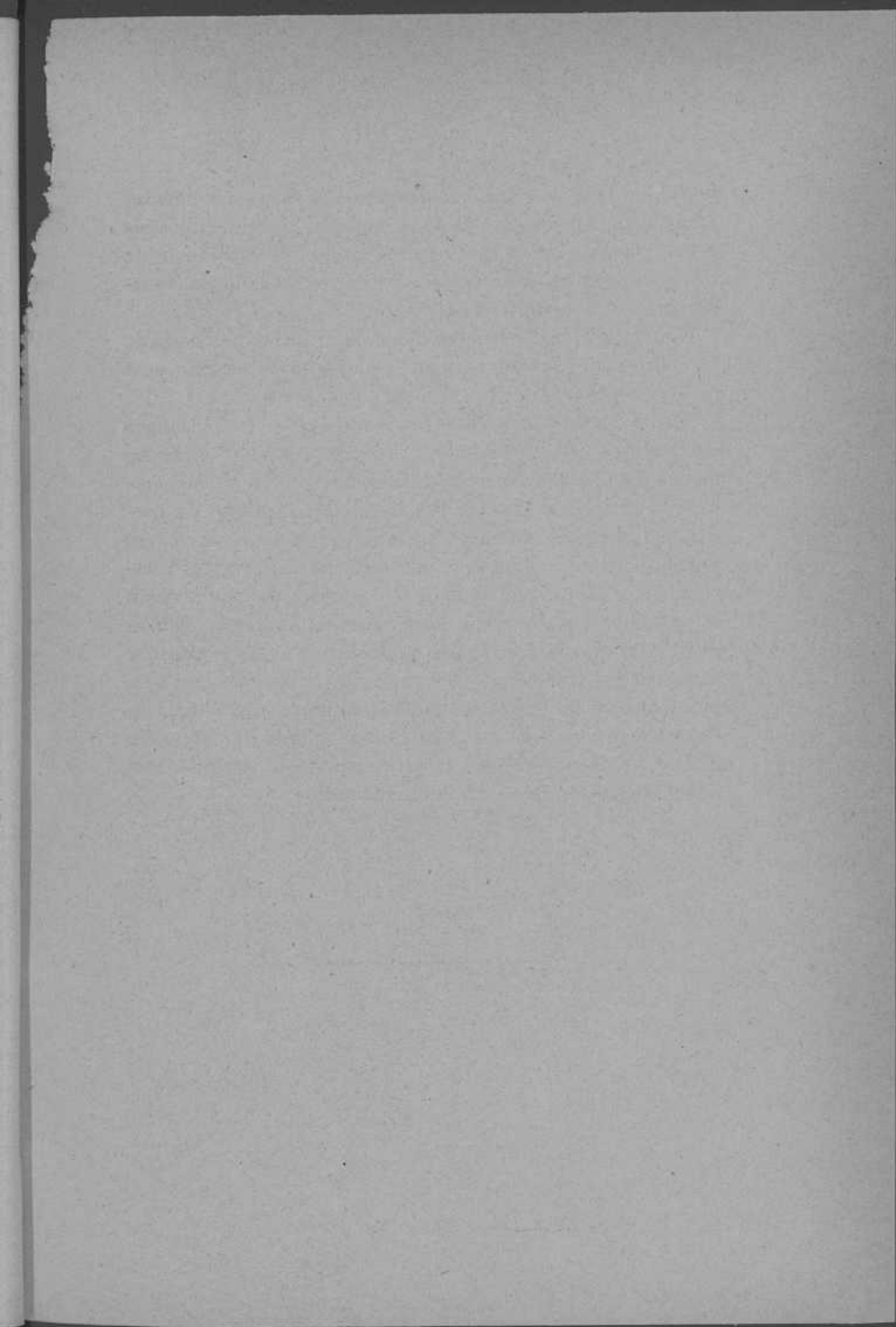
Dejando aparte las opiniones favorables que estas u otras personas hayan emitido, me lisonjea en alto grado el haber interpretado por instinto el pensamiento moderno, que entonces germinaba en las entrañas de Europa, y que yo desconocía, no sólo sobre las líneas generales de la ciencia, sino también sobre importantes detalles. La definición del Derecho, por ejemplo, me resultó literalmente igual á la de Krause, cuya filosofía no había yo siquiera saludado, yendo á parar á ella por caminos y procedimientos totalmente distintos, según puede comprobarlo el que siga ligeramente el curso de mis investigaciones sobre la moral, de la que es una derivación el Derecho. Asimismo se podrán observar notables coincidencias con la filosofía aristotélica, á cuyas ideas de *materia*, *forma* y *ser*, doy el sentido que sus cultivadores presintieron, pero que no llegaron á alcanzar. Puedo añadir todavía, que en el sistema aquí expuesto, concilio aquella filosofía, que sólo conoció la materia y la forma, con la moderna, que sólo habla generalmente de *materia* y *fuerza*, dejando entrambas, por uno ú otro concepto, mutilado el triángulo sobre que está sentado el universo.

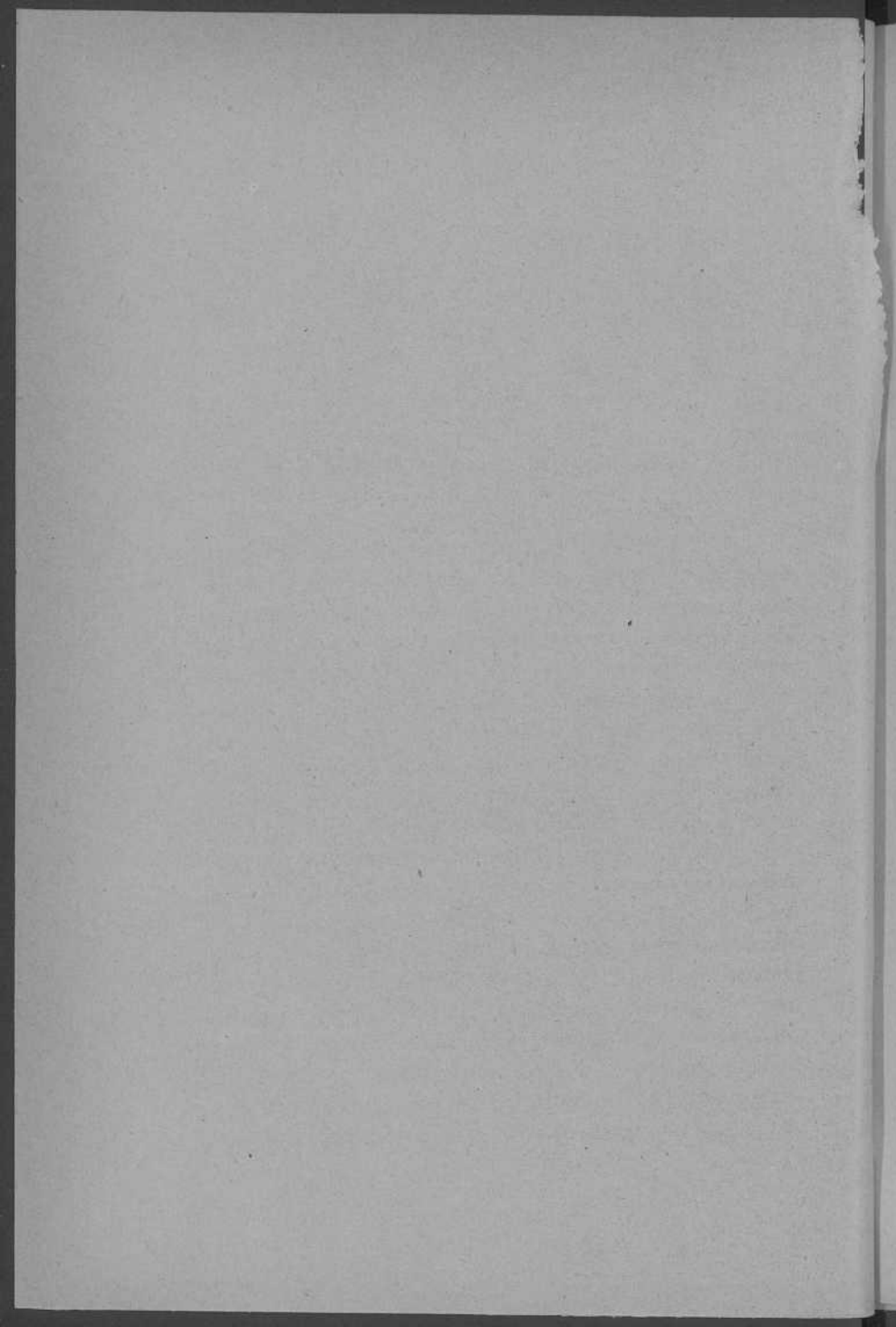
Todo el secreto de la composición de este libro estriba en el sentido que doy á la palabra *fuerza*. Me consta de antemano, que lo combatirán los materialistas, empeñados en reducir la fuerza á simple propiedad de la materia, sin constituir una entidad especial, aunque inherente á la misma. Apelo del juicio de aquellos al de los que posean algún sentido metafísico, y aun simplemente común, para decidir si la

fuerza, en todas sus apariciones, muestra ó no un carácter diametralmente opuesto al de la materia. Y al fin, hipótesis por hipótesis, véase cuál explica mejor los fenómenos de todos los órdenes, con cuál de los dos se descifra más cumplidamente el misterio del Universo.

Ignoro si el juicio benévolo que en un principio formé de las teorías aquí expuestas, y en el cual todavía persisto, será ratificado por el público.

Podrá suceder que las razones emitidas y las opiniones particulares de que he hecho mención, así como otras no menos autorizadas, de carácter íntimo, no se vean confirmadas por la opinión general. Podrá suceder que no se me perdonen las lagunas que deja en este trabajo mi poca competencia en ciencias físicas y naturales, para dejar perfectamente comprobada mi tesis. Aun los defectos inherentes á la juventud, cuando trata de invadir las supremas esferas de la inteligencia, podrán ser un obstáculo á que se pesen y acrisolen las soluciones que propongo á los más grandes problemas. Si así fuese, me quedará siempre el consuelo de haber hecho un gran esfuerzo para el triunfo de lo que yo estimo verdad, y ya que resulte estéril mi antiguo y mi nuevo sacrificio, habré cumplido con mi deber.





PRELIMINARES.

ORIGEN DE LA FILOSOFÍA.

Los repetidos desengaños que el entendimiento humano ha sufrido en el camino de las investigaciones filosóficas, parece que debieran retraerle para siempre de emplear su actividad en este terreno tan azimutadamente improductivo, si un resorte secreto, un movimiento espontáneo de su naturaleza no le empujara incesantemente á las alturas desde las cuales se domina el cuadro completo de lo creado é increado, de lo temporal y lo eterno. Jamás el hombre podrá satisfacerse con el movimiento concreto de lo individual y contingente, sino que aspira por un atractivo invencible á descubrir, tras el fenómeno, la sustancia, la ley en el hecho, la unidad en la variedad. Reconozcamos esta necesidad y acatémosla. Cuando Dios ha puesto en el corazón humano una inclinación tan noble, fuera locura el contrariarla, y más aún abatirse por la tardía realización de este presentimiento íntimo, que nos hace esperar en el gozoso advenimiento de la ciencia completa y trascendental. Ilusión ó realidad, yo quiero por un momento sujetarme á su influencia y arro-

jarme al gran piélago donde tantas almas poderosas se han perdido, que si no me es dado encontrar el nuevo mundo, que la ciencia espera con afán, tal vez me sea posible recoger algún indicio, de que se aproveche otro explorador más afortunado. De todos modos, la excursión que vamos á emprender es breve, y, siquiera sea estéril, no ha de caer sobre mí ni sobre el que estas líneas recorra la responsabilidad de una gran pérdida de tiempo.

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA.

La filosofía, nombre de uso y de aplicación tan frecuentes, considerada como el estudio de la verdad especulativa, no tiene todavía objeto ni límites conocidos. Hasta el presente no ha pasado de ser la satisfacción, más ó menos legítima, del alto instinto que impele al hombre á sentar científicamente sus conocimientos sobre una base indestructible, y encontrar una idea, una fórmula, donde vengan contenidas todas las verdades de que actualmente tiene noticia.

Esta verdad sintética, objeto final de sus esfuerzos, la ha buscado generalmente por la vía de la abstracción ó *á priori*, fundándose en aquellos principios ó ideas que encuentra en el fondo de su pensamiento, como base ó condición de toda existencia actual ó posible.

La Edad antigua y la Media casi unánimemente pidieron este dato generador de la ciencia á las leyes

lógicas del pensamiento, contándose entre los prosélitos de este método á Aristóteles en primera línea, y tras sus pisadas los pensadores más profundos con que se honraba el género humano en aquellos siglos. Sabido es que Descartes inició en los tiempos modernos la revolución, que sustituía las afirmaciones, con frecuencia injustificadas ó estériles, de los antiguos metafísicos, por el cierto é inmóvil dogma del *pensamiento*.

Toda la pléyade de cultivadores de la ciencia universal desertó en masa de las banderas de Aristóteles, para ampararse de la nueva enseña cartesiana, que prometía á sus prosélitos resultados más fecundos y positivos.

Han pasado cerca tres siglos, durante los cuales se ha recorrido en todos sentidos y direcciones las vastas regiones de la conciencia, casi descubiertas por aquel hombre de genio. Se han edificado soberbias creaciones sobre el fundamento inquebrantable: *yo pienso*; pero á estas horas mira el espíritu con espanto y desilusión amarga cómo todo lo que se ha levantado sobre tan seguro fundamento, ó se ha apartado de su centro legítimo y desvaneciéndose en concepciones fantásticas admisibles, ó, si ha guardado su genuino principio, peca de estrecho, mezquino é incompleto. En el primer escollo se estrelló la filosofía alemana; vacía, gratuita, sin estribar en nada que pueda confesar la razón; en la segunda la escocesa, tan reducida y pobre, que hay motivos para negarla el título de filosofía ó ciencia universal, por ser tan estrecho el círculo en que vive aprisionada. Ninguna de ellas llena los deseos y aspiraciones que han dado origen y principio á la filosofía.

OBJETO DE LA FILOSOFÍA.

Fijemos, si es posible, el verdadero objeto de la filosofía.

Todo lo que existe es de su competencia y jurisdicción. El pensamiento y sus leyes, la constitución íntima del hombre y de los demás seres; lo absoluto que se revela á la razón, Dios, que brilla indistintamente en estas tres distintas esferas; todo, sin excepción, debe venir comprendido y explicado en un sistema filosófico, que pretenda levantarse de la categoría de ciencia particular á la dignidad de ciencia matriz y universal, que á la filosofía de derecho corresponde. Si se concreta y aísla en uno solo de estos elementos, si no da la razón de todo, no explica nada. Cae de las alturas que ella pretendiera, á un nivel y esfera más humildes aún que los de las demás ciencias.

No es tampoco suficiente que comprenda de una manera vaga y demasiado general la noción de todos los seres, porque entonces sus resultados son estériles y de antemano conocidos; es preciso que sienta y descubra la fórmula de toda existencia, en virtud de la cual podamos venir en conocimiento, por deducción, de cualidades y predicados desconocidos en objetos conocidos; que promulgue, cual otro Moisés, la ley á que obedecen necesariamente en su constitución esencial todas las cosas que existen ó pueden existir.

Véase si han cumplido ni de mucho este alto objeto ni la escuela metafísica, cerniéndose de continuo en principios abstractos que se refieren á toda realidad sin comprenderla por entero, de lo que resulta imposible su aplicación útil, y mucho menos la escuela escocesa y la positivista, siempre inclinadas sobre el fenómeno, dejando que se extienda por el espacio infinito muchedumbre de objetos, sin revelar nada de su esencia á la curiosidad del espíritu, y, lo que es peor aún, dejando al hombre en una incertidumbre cruel sobre la naturaleza íntima de la substancia en quien se verifica el fenómeno que más interesa al hombre, el pensamiento; ni finalmente la alemana, que, en vez de estudiar la realidad, la destruye, y buscando ulteriores fundamentos á las verdades que no tienen ninguno, estrella la razón contra lo imposible. Todas estas escuelas han desconocido el objeto de la filosofía, unas véces por no abarcarlo en su vasto conjunto, y otras por mutilarlo.

MÉTODO DE INVESTIGACIÓN.

Fijado ya en toda su amplitud el objeto de esta ciencia, tan mal comprendido por la generalidad de las escuelas, corresponde fijar el método, que, aquí principalmente, es cuestión vital y que decide de los resultados que puedan esperarse.

Una vez admitido que todo lo que existe ó puede existir cae bajo el dominio de la filosofía, no puede

despreciarse ninguno de los criterios ni de los caminos que ha abierto la naturaleza para que la verdad llegue hasta nosotros. Enhorabuena que los peripatéticos se pertrechasen exclusivamente en los primeros principios y sus deducciones, los cartesianos en la conciencia, los sensualistas en la experiencia externa; también sus resultados fueron parciales y obligan á reedificar la obra, que, sin su exclusivismo, podían haber dejado completa. Quien quiera formar un cuadro entero de la existencia, perfectamente redondeado, como una carta geográfica del globo, no puede desperdiciar ningún indicio, ninguna fuente de las que la pródiga naturaleza ha abierto en el fondo de la constitución humana, para que sacie en ellas su sed de verdad. El ejercicio más inútil, por no decir criminal, que ha hecho el hombre de sus talentos ha sido el emplearlos en barrenar los eternos fundamentos de su pensamiento, poniendo en duda hasta los principios de evidencia inmediata, por los cuales todo es verdad y sin ellos todo se desvanece, como se desvanece sin la luz un hermoso espectáculo. Creemos firmemente, que todos los esfuerzos dirigidos á establecer bases más sólidas que las que ha puesto la naturaleza al común de los hombres, como fundamento de su certeza, es gastar las fuerzas inútilmente, según lo demuestra con la razón una experiencia dilatada. Reconozcamos, pues, como filósofos lo que no podemos negar como hombres; el valor del criterio de la evidencia, el de la conciencia y el de los sentidos. Las ciencias naturales, tan afortunadas en sus descubrimientos, no han seguido otro sistema, ni el hombre pudiera aceptarlo tampoco en su vida práctica, individual y social. Cuando el en-

tendimiento se entrega á los caprichos de su inventiva voluntariamente, pasa á las regiones de la poesía; cuando por íntima convicción, de la locura; en ambos casos deja de ser filósofo.

A pesar de que consideramos esos tres criterios igualmente legítimos, tiene cada uno de ellos un espacio propio y exclusivo de su jurisdicción, en donde se sienta como oráculo para responder á las preguntas é investigaciones de la curiosidad humana. Si se trata de conocer los fenómenos de este ser privilegiado en donde se elabora el admirable fenómeno del pensamiento, nos asiste con su luz viva y radiante la *conciencia*, don precioso concedido á todo ser inteligente, facultad importante, que en el fondo no es sino el pensamiento que se ilumina á sí mismo. Si pretendemos descubrir lo que existe fuera de nosotros, ostentando una independencia ruda, que no se deja vencer por ningún esfuerzo del alma, el mundo corpóreo, no podemos aprenderlo por otro medio que por la observación externa, verificada por el ministerio de los *sentidos*. Finalmente nos asiste una facultad sublime para penetrar en las condiciones necesarias de los objetos, sea cual fuere su índole y categoría, según la cual afirmamos lo necesario é inmutable con una intuición que constituye la evidencia *racional*.

Esta triple visión fuera suficiente para la investigación de la verdad, si todavía un grupo considerable de realidades no se emancipara decididamente de su alcance. La substancia sujeto del pensamiento, Dios, sujeto de lo absoluto, no pueden ser vistos intuitivamente por la conciencia, por la razón ni por los sentidos. En este concepto es indispensable completar los

conocimientos reales, valiéndonos del auxilio de la *hipótesis*, fundada en *analogías* con el resto de las existencias, y robustecida con los *hechos*, que reciban por su medio una explicación sencilla y verdadera; como lo practican las ciencias naturales en aquellos fenómenos, que tienen oculta la ley de su formación. No hay medio; ó condenarse á una ignorancia eterna y definitiva de aquellos objetos que no podemos ver directamente, como son Dios y la substancia de nuestro *Yo* (resolución que no tomará jamás quien tenga amor á la verdad) ó ensayar por caminos indirectos y pacientes tentativas de descubrirlos, cuando los directos nos están prohibidos para llegar á su posesión.

He aquí por esta sencilla enumeración indicado el método que es preciso seguir, y que marca ya la naturaleza con caracteres y señales que no podía borrar ni desconocer sino el orgullo humano. ¿Se trata de los fenómenos del *Yo*? Apelemos en buen hora á la conciencia, pero no pensemos obtener más datos de los que puede dar de sí esta facultad dentro su limitada esfera. Si queremos construir el mundo total, penetrar el misterio profundo de la naturaleza del ser pensante, hasta allí donde no alcanza la intuición interna, y armonizar los varios objetos del universo, incluso el hombre, reduciéndolos á un vasto conjunto, aprovechemos los recursos de una observación constante y detenida, recojamos cuantos datos puedan proporcionarnos las ciencias que se ocupan del exterior y por fin formemos con todos estos elementos, depurados por una abstracción rica y poderosa, la verdadera, la completa, la única unidad. Ultimamente la razón, órgano de las verdades necesarias, se encargará de co-

ronar esta obra, contribuyendo por su parte con un caudal de verdades poco numeroso, pero de un alcance infinito. Si todos estos inmensos materiales, aportados por las distintas facultades, pueden reducirse á los breves términos de una fórmula casi matemática, que comprenda é incluya en germen todas las verdades de los tres distintos órdenes, habremos tocado ya el bello ideal de la filosofía.

MÉTODO DE EXPOSICIÓN.

Si lo poco que pensamos exponer en este tratado fuese fruto de trabajosas deducciones y meditaciones profundas, adaptaríamos el método analítico, como el camino conocido y practicado de antemano por nosotros para llegar á la posesión de la verdad; mas ahora ya confesamos francamente que esta teoría, en su insignificancia, la debemos toda entera á una intuición ó revelación espontánea, que no nos ha costado ningún trabajo concebir, sino únicamente desarrollar en sus breves detalles; por consiguiente vamos á exponerla en la misma forma con que se ha aparecido á la contemplación de nuestro espíritu.

Sentaremos la fórmula que comprende, á nuestro modo de ver, todas las existencias, é intentaremos luego justificarla, recorriendo á su luz los varios reinos de la naturaleza, desde el mineral hasta la inteligencia en sus más altas funciones; penetraremos la región de lo absoluto, calificándolo según los delinea-

mientos de esta misma enunciación, y ella nos revelará también muchos de los arcanos de la Divinidad, que pueden rastrearse después de conocida la ley del universo. Así pues,

1.º Nos ocuparemos de las realidades finitas, en su relación con nuestro sistema.

2.º De lo absoluto insubstancial.

3.º Y finalmente, de Dios, substancia de lo absoluto, que se nos revela en la actual organización de lo creado.

Todo el mundo está unánime en que para conocer el mundo real, el medio más eficaz, el camino más recto es la experiencia y la observación. Ella es la piedra de toque para juzgar de una hipótesis cualquiera; toda suposición calla ó se yergue invencible según que está apoyada ó contradicha por la experiencia. Newton ensayó un sistema sobre el movimiento y ley de las evoluciones de los astros. Tolomeo y Franklin inventaron hipótesis sobre uno ú otro orden de objetos físicos, mas no merecieron los honores de la aceptación universal hasta venir confirmados por los hechos. Nosotros reclamamos su fallo. Si con esta teoría se explica la existencia creada é increada mejor que por otra ninguna, y no se opone terminantemente á verdades demostradas, tenemos fundados motivos para no desconfiar de su porvenir.

MATERIA, FORMA Y FUERZA.

PRINCIPIO FUNDAMENTAL.

Toda substancia finita comprende tres elementos constituyentes, que son: materia (base, forma y fuerza. (1))

MATERIA.

Toda substancia es un misterio profundo, que no podemos penetrar por intuición directa bajo ningún concepto. Se opone por naturaleza, como la sombra á la luz, al fenómeno, que significa ya etimológicamen-

(1) El célebre naturalista Haeckel, coincide con esta misma división en su obra capital: *Historia de la creación*, donde dice: "Nuestro primer deber es examinar aisladamente las tres propiedades fundamentales de todos los cuerpos, á saber: la materia, la forma y la fuerza." (Edic. de 1878, pág. 407.)

Habiéndose publicado nuestro libro antes que el del ilustre naturalista alemán, nos creemos con derecho á reclamar la originalidad del pensamiento. Al propio tiempo nos apresuramos á rectificar el apelativo de "propiedades fundamentales de los cuerpos," á lo que constituye el conjunto de sus elementos componentes. Si á los cuerpos los quitamos la materia, la forma y la fuerza, ¿qué le resta?

El origen de la confusión reinante en el mundo filosófico, estriba en que los físicos se hayan metido á metafísicos. Han olvidado que su misión consiste en prestar elementos á la filosofía, no en construirla.

te *lo que aparece*, en contraposición á la substancia, que se esconde obstinadamente á nuestras miradas escrutadoras. Por este motivo han divergido tan notablemente los filósofos en el juicio sobre su esencia. Faltándoles el poderoso instrumento de la visión intuitiva, se han entregado al furor de todos los sistemas, de todas las utopías, según la idiosincrasia particular de cada uno. Algunos la han negado, como los idealistas; otros la han confundido en el caos de la identidad universal, como los panteistas; y la generalidad, en fin, para abstenernos de enumerar todas sus excentricidades y delirios, confiesan la substancia, dividiéndola en dos grandes órdenes ó grupos; uno espiritual ó simple y otro compuesto ó material. Ninguno de ellos está en lo verdadero.

Que la substancia existe, según de ella tenemos idea, esto es, subsistiendo por sí, como base y sugeto de las cualidades, accidentes y atributos que en ella se nos manifiestan, lo sabemos perfectamente y no nos es posible dudarlo. Es cierto que no se nos manifiesta desnuda y tal como es en sí á nuestra observación; si así fuera toda discusión sobre este asunto sería absurda; pero tenemos de ella un presentimiento infalible, la vislumbramos con certeza al través de los fenómenos pasajeros, como algo constante y permanente en medio de las fluctuaciones incesantes de la accidentalidad; vemos con evidencia que, en medio de sus perpétuas mudanzas, los objetos permanecen idénticos.

En primer lugar, nuestro *yo* nos da un testimonio irrecusable de que es el mismo, desde el momento que se aparece á sí propio en la conciencia hasta el mo-

mento actual en que piensa. Prescindiendo de sus recuerdos, que no tienen explicación racional, si cada fenómeno que pasa se sostiene por sí propio, pues en esta suposición, una vez hundido en el abismo del tiempo pasado, quedaría perdido para siempre; no teniendo en cuenta el principio de substancialidad, impuesto como una necesidad indeclinable á nuestro pensamiento, en virtud del cual todo fenómeno supone un ser ó substancia donde se verifique; tenemos grabada en nuestro espíritu una convicción indomable, una intuición primitiva por la cual confesamos, aun antes de entrar en el ejercicio de la reflexión, que en el fondo de todo lo que aparece y desaparece hay algo que subsiste y es permanente.

¿Quién se atreverá á rehusar una afirmación por tantos títulos consagrada? ¿Qué podrá oponer, qué ha opuesto de sólido la filosofía contra esta creencia común del género humano? Sistemas vagos, afirmaciones sin prueba, cubiertas con el oprobio, el olvido y el desprecio de los hombres de buen sentido. El nombre y prestigio de sus autores los ha hecho célebres, no ha podido hacerlos viables. No hay recursos en la inventiva y en el talento natural de un hombre para oponerse á la naturaleza, que siempre está acorde consigo misma. Pretender fiscalizar estos datos primitivos, es entrar en un círculo vicioso del que nadie ha salido jamás; combatir la razón con la razón misma.

Queda, pues, firmemente sentado, que existe substancia donde aparecen accidentes.

La verdadera dificultad empieza allí donde nos abandona el auxilio de los instrumentos naturales con que nos ha enriquecido el Creador, al intentar

sondear esa región oscura, que la naturaleza ha rodeado de eternas tinieblas, para recorrer la cual no sirven de nada los *varios criterios de verdad* de que hemos hecho mérito.

El entendimiento humano se pregunta hace siglos: ¿la substancia es una ó existen dos géneros de substancias; á saber, materiales y espirituales?

Antes de contestar á esta pregunta, cúmplenos declarar, que al emplear la palabra substancia, no entendemos descifrar su esencia, eternamente indecifrable, sino su relación con el accidente ó fenómeno que está más al alcance de nuestra inteligencia. En este sentido únicamente, es cómo nos atrevemos á sostener que el *subtractum*, la base de toda existencia finita es la *materia*, puesto que en ella se sostienen esencialmente la forma y la fuerza, las otras dos categorías universales de que nos ocuparemos posteriormente.

En realidad, la materia nos es desconocida, como no sea bajo este concepto. Por su relación con la *forma*, la reconocemos como *extensa*; así como por su relación con la *fuerza*, la reconocemos *gravidad*, *cohesión* y otras propiedades que se irán explicando. Si no fuera por estas dos categorías, la forma y la fuerza, nada sabríamos de la materia. Ahora, y sólo por medio de ellas, sabemos que la materia es la eterna é insustituible base sobre la cual se sostienen todos los objetos finitos.

El error de las generaciones pasadas ha consistido en suponer la existencia de substancias finitas, que subsisten por sí, sin la base de la materia, y á las cuales se ha denominado *espíritus*.

Nosotros no negamos la existencia de espíritus, ó seres pensantes, en oposición á los que no piensan. A lo que nos oponemos es á darles una constitución esencialmente distinta de los demás seres que constituyen el Universo, partiendo á éste en dos mitades opuestas é irreconciliables; una material, otra inmaterial. Sostenemos, por el contrario, que todos los objetos finitos se componen de materia, forma y fuerza; así los que gozan el alto dón del pensamiento, como los que se hallan absolutamente privados de él. Con esto devolvemos al Cosmos la unidad, que una falsa ciencia le había negado desgraciadamente.

No se crea por esto que venimos á atacar los fueros del ser pensante ni los destinos á que se considere llamado, como lo ha hecho el materialismo histórico. Esta esfera queda intacta, según luego veremos, pues nuestro propósito se ha reducido más bien á esclarecer la noción de *fuerza*, completamente desconocida ó mal juzgada por las generaciones pasadas.

Así resulta que, sin pretender descorrer el velo que nos oculta la naturaleza íntima de la substancia, sin aspirar á describir la esencia de la materia, nos anticipamos solamente á declarar que *la materia es la base de todo ser finito*, sin perjuicio de que la fuerza, al sostenerse perpétuamente en la materia, tenga á su vez accidentes y propiedades que, bajo algunos conceptos, le den cierto carácter substantivo, semejante al de la materia, en cuanto es á su vez también sujeto de accidentes.

La confusión hasta el presente mantenida en estas cuestiones, ha provenido de dos causas: 1.^a La pretensión de conocer de la substancia algo más que su

relación con lo que en ella se sostiene; el accidente; y 2.^a De la ignorancia profunda en que las edades pasadas han vivido respecto de la *fuerza*, hasta que nos la han revelado más claramente los modernos progresos de las ciencias físicas y naturales. Ahora ya no es necesario apelar á sustancias de un orden separado para explicarnos los fenómenos psicológicos; pues tenemos bastante con la fuerza, que se sostiene universalmente en la materia como en su *base*.

No rehusamos confesar que, así y todo, cuanto pensamos exponer no pasa de la esfera de una hipótesis; puesto que el pensamiento, lo único que nosotros inmediatamente conocemos, no es la sustancia, ni la sustancia puede estudiarse en el pensamiento, sino que está más profunda y no se descubre en él, como no se ve la madera en la corteza, la rosa en sus effluvios, los abismos del mar en su superficie. Pero el raciocinio puede franquearnos en parte la entrada en sus selladas é impenetrables profundidades. Formulada con su auxilio la hipótesis (con el mismo derecho que se han formulado otras opuestas) se pone en contacto con los hechos, que la quebrantan ó dan vigor. Así ha procedido la ciencia con todos los objetos que están fuera de su alcance inmediato; así se han descubierto las leyes astronómicas, las geológicas sobre la formación de tierra y los más grandes secretos de las ciencias físicas y naturales. Con este mismo procedimiento esperamos igualmente descubrir la constitución del hombre sobre la base de la materia.

LA FORMA.

La segunda categoría que constituye invariablemente todos los objetos finitos es la forma, por la cual unos objetos se distinguen de otros, y según la cual despliegan sus propiedades, atributos y perfecciones en que tan variada y espléndida se ha mostrado la naturaleza.

Lo más prodigioso, lo más admirable que se presenta al que contempla el universo, es la diversidad infinita de efectos que se producen con elementos sencillos y poco numerosos, que sólo pueden ser tan inmensamente fecundos bajo la acción poderosa de una inteligencia sin límites. Sobre el fondo común de la materia idéntica y monótona, se levanta la variedad más portentosa, que el humano entendimiento no podrá jamás agotar, las innumerables especies que, confundidas aparentemente en el gran receptáculo del universo, muestran, no obstante, al atento observador una escala gradual, progresiva, donde el oído más ejercitado no sorprende una disonancia, ni la vista más perspicaz un levísimo vacío. Todo es uno y todo es vario; uno por la substancia, vario por la forma, uno por el orden armónico, vario por los caprichos é inagotables *modos* que ha sabido imprimir la mano Omnipotente en la superficie y en las entrañas mismas de los objetos creados.

Si prescindiésemos de este segundo elemento, la

forma, como podríamos hacerlo en apariencia, por cuanto no constituye rigurosamente una entidad separada de la materia ni subsiste fuera de ella, el más negro desorden y confusión se extenderían como una nube sobre el universo; no distinguiríamos un objeto de otro, no podríamos señalar la razón de los fenómenos, que están siempre en armonía con la conformación del sujeto. Sólo se presentiría allá en el fondo la cantidad inmensa, sombría y vaga como el caos, refractaria á todo estudio y clasificación.—Esto nos indica y manifiesta que no nos es lícito quitar ningún término á nuestra trilogía, sin arruinar con nuestro sistema el bello edificio de la realidad. Por el contrario, teniendo en cuenta, después de la materia, que adivinamos sin comprenderla bien, el modo y manera de ser suyo, que vemos, comprendemos y gozamos por la intuición directa y cierta de la percepción externa, surge la luz por todas partes é ilumina el monumento de la realidad, desde la cúspide á la base.

No se crea que entendemos por esta segunda categoría tan sólo la superficie exterior y visible de los objetos, ó sea la terminación geométrica de una substancia, conforme al sentido vulgar que damos á la palabra *forma*. Más allá de esta primera aparición que se hace al espíritu, puesto frente á frente de una realidad material; entre los pliegues más íntimos de cada substancia observable, advertimos cualidades, modos de ser, engastados, digámoslo así, profundamente al sujeto, por los cuales existe y por quienes se manifiesta y según las cuales también desempeña sus funciones peculiares en el grandioso plan, en la vasta armonía universal. Si el Autor de lo criado se hubiera ate-

nido al corte exterior de cada detalle, habría producido sólo una obra muerta y mezquina, como las creaciones del hombre; parecida á una obra arquitectónica donde, en medio de una variedad recomendable de formas exteriores, se sienta toda la idea sobre una misma materia, el mármol ó la madera. La acción, empero, de la naturaleza, alcanza á la esencia misma de las cosas, y allí donde el hombre puede penetrar apenas con el pensamiento, llega el poder y la influencia de aquella para imprimir accidentes y cualidades preciosas, que no es dado jamás separar de las substancias á que vienen adheridas. Este es un hecho que no creemos necesario demostrar, porque está en las condiciones de *fenómeno* ó cosa que aparece. Las ciencias naturales forman de ello el objeto de sus estudios, la poesía de sus cánticos, las bellas artes de la imitación y todo hombre de su contemplación y felicidad en las varias situaciones de la vida.—Para distinguir esta manera de ser íntima y esencial de cada especie, de su mera configuración exterior ó *figura*, la llamaremos *forma substancial*, como la nombraron sabiamente los Aristotélicos.

Volverá sin duda á salirnos al paso el pavoroso fantasma de las *substancias espirituales*, que se opondrán á recibir el concepto de *forma*, esta denominación generalísima, que tan clara y palpable aparece en las substancias que llamamos corpóreas. Por lo mismo que aquellas substancias son un mito, una creación malhadada de la ignorancia filosófica, no presentan contornos fijos, que puedan ser científicamente apreciados para saber lo que les conviene ó les repugna, como ciertas tradiciones históricas en que

se mece la imaginación candorosa de los pueblos primitivos. No sabemos si dichas substancias inextensas tienen ó pueden tener el conjunto de cualidades que caracterizan los otros seres; porque ignoramos completamente qué son, dado caso que existan. Sabemos que un átomo de oxígeno se distingue esencialmente de uno de hidrógeno, como han demostrado los más recientes experimentos químicos; ¿pero quién podrá decir de qué manera se distinguen dos distintas especies de espíritus finitos, que admiten nuestros contrarios; un ángel de otro ángel, el alma de un hombre del alma de otro animal? Apelando á esta vieja teoría, todo fluctúa y divaga en la obscuridad é incertidumbre y no se presenta ninguna aserción con prueba, ninguna suposición con claridad.

Para nosotros está resuelto sin dificultad el problema, desde el momento que ponemos un solo género de substancias, extensas, materiales, modificadas en su más íntima naturaleza por ciertas cualidades esenciales, contemporáneas en los elementos con su existencia misma, y en los compuestos, con la acción que los ha determinado. Así como el aire está determinado á ser este gas por ciertas cualidades naturales que constituyen su forma, hay otros seres dispuestos de manera en su constitución, dotados de tales atributos que están llamados á ejecutar los actos superiores de la vida intelectual. Acabará de ponerse esto de manifiesto, analizando el tercero y más importante elemento de la existencia, que es la fuerza.

LA FUERZA.

Cuando entramos con la luz interior en el santuario de nuestra conciencia y asistimos al espectáculo viviente, complicadísimo, que se opera en el variado y simultáneo ejercicio de nuestras facultades, una idea se destaca en medio de tan variado fenomenismo, de que es nuestra alma teatro, la de una actividad ó una *fuerza*. Brilla ésta de una manera vigorosa, exuberante, en los actos de la voluntad, que es la reina de las facultades y principio de los movimientos de que el hombre es autor; prepondera en las operaciones de la inteligencia, pasiva bajo cierto concepto, mas activa en las altas funciones del raciocinio y la razón pura; finalmente, en las bajas regiones de la sensibilidad externa, la más humilde de nuestras facultades, reacciona el *yo* contra los objetos que le hieren, y aun en medio de su pasividad natural, se encuentra asimismo una *fuerza*.

De este fecundo arsenal de ideas primitivas saca probablemente el *yo* su idea de causa, fuerza ó poder, porque, merced á una intuición vivísima, ve y descubre *inmediatamente* esta noción, que fuera de sí no podría comprender jamás, sino por los efectos. En él fluye por todas partes la actividad, como el agua chorrea y circula por las entrañas y superficie de un monte bañado por las lluvias. Todo vive en la conciencia, todo es fuerza, y el entendimiento la contempla cla-

ramente, sin que pueda escapársele, cuando atiende claramente, la más ligera de sus manifestaciones. Los que han negado al hombre la legitimidad de su idea de *causa*, que en el fondo es la de fuerza, debieron estar perpetuamente dormidos.

Si el hombre sale fuera de sí para atender al *no yo*, que tiene presente, todavía la fuerza se despliega con espléndida magnificencia, como un mar sin riberas, extendiéndose tanto como la creación. Allí donde alcanza su poder de observación, inmediata ó por medio de instrumentos, en el átomo como en las más soberbias masas, en el suelo que pisa con su planta lo mismo que en los cuerpos inmensos, cuya magnitud resiste á nuestros cálculos; en todas partes encuentra una aptitud, una propiedad anexa á la materia, aun en estado rudimentario. Algunos siglos atrás hubiera sido arriesgada esta generalización, sentada como una ley universal; mas en la actualidad, después de los descubrimientos de Newton y otros sabios, que tras él han escudriñado la naturaleza, es un hecho incontestable para todos los seres este atributo indicado á lo menos en su forma más sencilla de *gravitación*. La teoría de los cuerpos inertes, en el sentido antiguo, está convencida de falsedad.

Tratándose de semejante concepto, tan patente cuando se le estudia en nuestra propia naturaleza como al observarlo en los efectos y mudanzas verificadas por su mediación en el *yo* (impresiones, sensaciones), y en el mundo que nos rodea (leyes naturales), no creemos que de nadie pueda ser desconocido. Se nos atestigua su verdad por todos los medios que pueden producir la certeza; la conciencia, la experien-

cia inmediata y la observación externa. Es más cierto, más visible, si cabe, que la segunda categoría que acabamos de estudiar, la forma, por cuanto á la fuerza la vemos con una intuición más viva y penetrante, que nos hiere y nos subyuga invenciblemente. Se la ve, se la siente, y todos los escépticos no lograrían hacer vacilar los fundamentos que tiene en nuestra alma. Por esta razón reputamos inútil venir en auxilio del sentido común, que la muestra á la evidencia, con razones que serían pálidas ante el convencimiento íntimo que nos inspira la naturaleza. Ya hemos dicho que la filosofía ha de hacer como las ciencias naturales; admitir todos aquellos datos que no puede desechar, sin arruinar el mundo intelectual.

Ahora preguntamos, ¿qué es la fuerza, esta propiedad misteriosa que mantiene todas las cosas en perpetuo movimiento; este fondo desconocido que se transforma y varía en cada ser, dotándole de propiedades diferentes; que en el hombre especialmente se reviste de estos divinos matices, más inagotables que las combinaciones del alfabeto ó las melodías de la escala musical? ¿Qué es la fuerza, alma del mundo, sin distinguirse de él; tan profundamente identificada con toda materia, que ninguna muerte las separa, ningún esfuerzo las divide; tan generosa y abundante, que la ciencia no tiene conocimiento de ningún ser desheredado de su benéfico influjo?

Esta es la grande, la única cuestión que debe resolver la filosofía; el gran misterio de la creación, descubierto el cual, dicha ciencia ha concluído su misión y debe ceder por completo su lugar á las ciencias particulares, por haber agotado su objeto. Procurare-

mos en cuanto nos sea posible diseñar los principales caracteres de la fuerza.

En primer lugar afirmamos que la fuerza se distingue de la materia:

1.º Porque esta es concebida como algo intransitivo; la fuerza es esencialmente relativa, supone un principio de operación y un término; agente y paciente.

2.º Puede concebirse una materia sin fuerza; (por muchos siglos se ha juzgado tal la materia); jamás se concebirá una fuerza finita sin materia.

3.º La fuerza es amisible ó trasmisible para la materia, como se verifica en las trasformaciones químicas y en los movimientos mecánicos; la materia siempre permanece lo mismo.

4.º La fuerza puede estar en estado de *latente*; lo cual no puede aplicarse á la materia.

5.º El atributo de la fuerza es la *intensidad*; el de la materia es la *extensión*. Esta puede ser *densa*, jamás intensa.

Mucho menos puede confundirse la fuerza con los modos ó cualidades que hemos llamado forma substancial, por razones análogas á las que preceden y además, porque la forma sólo *está en relación con el sujeto y la fuerza con el objeto*. Son, pues, dos conceptos que de ningún modo pueden confundirse.

De esto resulta que la fuerza, distinta de la materia, opuesta por naturaleza á ella, debe ser una *entidad* (1) distinta de la misma, por más que ignoremos de qué manera se funden estos elementos tan distintos en la unidad más compacta. No pueden confun-

(1) Hemos dicho que no era una entidad separada de la materia y subsistiendo por sí. Lo que ahora añadimos no se contradice con lo anterior.

dírseles en la razón, porque no se confunden en la naturaleza. La materia se completa por la fuerza, y ésta se halla constituida de manera, que no puede existir ni sostenerse sin radicar en la materia. Se adaptan y engranan una en otra, como la hoja en la rama que la sostiene, como la llama en la materia combustible en quien se alimenta. Todas las imágenes son débiles para expresar lo que el entendimiento ve intuitivamente, cuando se fija en la fuerza, que jamás puede apartar de un sujeto á quien la refiera.

De esta manera demostramos, por una parte, que las dos categorías (fuerza y materia) son distintas é irreductibles; y por otra, que la una se distingue por un carácter de *inherencia* absoluta, la otra por su *subsistencia* independiente. Como nosotros, lo comprende también el sentido común.

Todavía, si ahondamos más en la naturaleza de la fuerza, echaremos de ver que, perteneciendo enteramente á la materia por quien sólo puede subsistir, es á su vez susceptible de cualidades, modos y accidentes, de los cuales es *sujeto*; remedando en este concepto la índole de la substancia á quien pertenece. Esta ley es digna de llamar la atención, porque pone esta importantísima realidad en juego con los otros dos elementos, participando de ambos sin confundirse con ninguno; es inherente como la forma, es sujeto de cualidades como el ser substancial.

No haremos uso para probar esta proposición de la fuerza de nuestra alma, cuyo velo quedará tendido por ahora, y apelaremos sólo á las fuerzas naturales, inaccesibles en sí mismas á nuestra visión directa, pero bastante conocidas por lo que en sus efectos nos

revelan. El rayo de luz que actualmente me ilumina, tiene la propiedad de moverse en cierta dirección, iluminar, calentar, gravitar hacia su centro y tal vez otras muchas que me son desconocidas: una cantidad de carbono mezclada con la electricidad tiene, aparte las cualidades comunes á los cuerpos inorgánicos, las de dar olor, favorecer la respiración de los vivientes, etc. Podríamos multiplicar los ejemplos hasta lo infinito, según nos los suministran las ciencias naturales, especialmente la química. Ningún objeto hay apenas en el universo que sirva para un solo fin; las propiedades de la fuerza están derramadas con una riqueza asombrosa en cada individuo, quedando el mismo postulado de una materia única.

¿Á quién deben atribuirse las nuevas propiedades ó aptitudes que van apareciendo en las substancias químicas diversamente combinadas, sino á las nuevas cualidades que ha adquirido y desenvuelto la fuerza; si es verdad que todo principio de operación debe atribuirse á la fuerza, mejor que á la materia, según llevamos ya manifestado? Esto es una demostración de que la fuerza es capaz también de modificaciones como la materia.

Añadamos á lo dicho que, si mientras nos es permitido sólo contemplar esta entidad confusamente y desde lejos, nos manifiesta caracteres tan varios, ¿no es probable que, si pudiésemos penetrar hasta sus más recónditos pliegues, como el pensamiento se sondea á sí mismo, admiraríamos una riqueza de cualidades en la fuerza, que ahora nadie puede sospechar?

Tratándose de cualquiera actividad que no sea el propio pensamiento, debemos contentarnos con indicaciones, síntomas, presagios del misterio que se ope-

ra á la otra parte del velo que no podemos descorrer. Conjeturemos esto por lo poco que sabemos de las revoluciones que se efectúan en los senos de un semejante nuestro, si el poder de la palabra no nos inicia en los secretos que se esconden á nuestra percepción. De todos modos, la multitud de operaciones que se llevan á cabo en la más grosera de las substancias, nos manifiesta, no sólo que hay allí un oculto principio de cambios y movimientos, sino que este principio posee un gran número de cualidades, de que es inmediatamente el asiento, el sujeto. La materia es ella misma el efecto y víctima de esta actividad poderosa, que la mueve, la agita y la hace servir para sus fines. Si la piedra cae, es por su fuerza, y la fuerza mueve y empuja la piedra. Todas las cosas van á su término por sí mismas, cumplen el objeto que se les ha señalado en la gran máquina del mundo por su propia virtud; nadie las lleva, van hacia él espontáneamente, según sus propiedades, distribuídas y dispuestas de antemano por el Criador para que contribuyan parcialmente á la armonía total del universo. Así vemos que corren unas al encuentro de otras, se enlazan, se combinan, se repelen por afinidades ó antipatías pre-dispuestas, en virtud de la fuerza universal que lo anima todo, y en cada objeto ostenta diversa intensidad, diversos atributos en número y perfección, según su respectiva finalidad. Jamás penetraremos este arcano que en todas partes se muestra, encubriendo cuidadosamente su esencia; negar la fuerza es estupidéz, comprenderla por entero es imposible; ella forma el tercer elemento de las cosas, adherido íntimamente á los otros dos, llevando tras sí el séquito de

brillantes cualidades, perfecciones y accidentes infinitos, transformándose con maravillosa rapidez, ni más ni menos que transforma su figura la materia, como lo atestiguan las mudanzas sin fin que sufre la naturaleza en sus tres reinos; mineral, vegetal y animal.

Con este superficial y rápido bosquejo, se puede ya entrever cuánto más fecundo sería el estudio de la filosofía, analizando las cosas en la realidad viviente universal, que nos es lícito franquear por un medio legítimo, sin reducirse ni aislarse con excesiva predilección en ningún género particular, como lo han hecho hasta ahora, en nuestro pobre sentir, todas las escuelas. Dicho método tiene en primer lugar la ventaja de poder aprovechar todas las luces, todas las fuentes de saber que se abren en la naturaleza. Cada incógnita se despeja por la cantidad conocida que tiene al lado; cada jeroglífico se interpreta por los signos más fáciles que están escritos á su alrededor. Tomar una palabra, una cantidad aislada, sin consultar ninguna otra línea del libro del universo, es faltar á las más triviales nociones del buen sentido que cualquiera sabría emplear, tratándose de una materia menos importante. Siempre ha sido una calamidad para los sabios la falta de sentido común.

Tiene además este sistema la ventaja de darnos cuenta y razón no tan sólo de un objeto aislado, como hace cualquiera otra ciencia, sino de todo lo que existe, según cumple á la que es reina y base de las otras, tronco de donde parten todas las ramas del gran árbol de los conocimientos humanos. ¿Qué importa conocer las facultades del alma, si se ignora todo lo demás? ¿Saber que los primeros principios

son ciertos ó negarles la legitimidad á la faz del género humano, que en un caso se ríe de la doctrina que enseña lo que él sabe mejor, ó desprecia al que le disputa lo que no se puede enagenar? Por el honor de la filosofía conviene levantarla á más altura, ó quitarla de enmedio y dejarla en paz con los muertos.

El primer resultado que obtendríamos, al parecer, con este otro método, fuera convencernos de que no somos nosotros una excepción sin motivo enmedio de las demás criaturas; que no existen dos mundos, dos trozos sueltos y rotos de la cadena de los seres, unos activos, privilegiados y movibles; sumidos los demás en la languidez y estupor de la inercia é inmovilidad. La piedra que cae y el ser que piensa constan de los mismos elementos; la diferencia está en que el uno ocupa el último eslabón, el otro el primero de la inmensa cadena. La constitución sublime y complicada del segundo no nos permite distinguir dichos elementos con claridad, y por esto es más oportuno recurrir á los humildes seres donde aquellos elementos están diseñados con una sencillez más primitiva. Entónces subiendo gradualmente, paso á paso, por la escala que no tiene interrupción ni rotura, llegamos del átomo al hombre, cargados con las observaciones y despojos recogidos en la vasta carrera. Allí con la nueva luz que proyecta por vez primera la conciencia y con las analogías que hemos podido observar con los entes inferiores, sabemos del mundo por el alma y del alma por el mundo, penetramos lo que aparece por la interna percepción, y lo que se encubre, por las semejanzas que hayamos descubierto con otros seres más accesibles. Nos ayuda á estas investigaciones la sabia

economía de la naturaleza, que al añadir inspiradas notas á su música sublime, no cambia el tema de la composición, sino que conserva siempre sus acentos fundamentales. Es un perpetuo *crescendo* que empieza por una melodía y termina por la combinación más asombrosa y armónica que el entendimiento puede concebir.

En este orden de estudios aprenderíamos que, así como donde hay una aptitud para obrar, está allí una materia igual en el fondo á todas las finitas, también donde hay una materia está con ella una fuerza para obrar, más ó menos distinguida. Nunca se separan estos dos términos; lo que cambia son sus grados y relaciones mutuas, que producen distintamente atemperadas, la innumerable diversidad de fenómenos. Descubrir la ley de ambos elementos, de qué manera y en qué objetos se produce el equilibrio ó desequilibrio, que sumerge un ser en el abatimiento de la inacción ó lo sublima á las alturas de la actividad perpetua inteligente, es lo que á nuestro modo de ver interesa y lo que nos proponemos investigar en breves páginas. Somos los primeros (que nosotros sepamos) que recorremos este difícil y árido camino, que no sabemos si nos conducirá á la luz ó á las tinieblas. Esperamos lo primero y vislumbramos al fin de nuestro trabajo, como precioso galardón de un leve esfuerzo, el conocimiento más completo del hombre en sus fenómenos y en su substancia, el conocimiento más aproximado de los vivientes inferiores y aún de la vida misma en su eterno foco, que es Dios. Si contra nuestras convicciones este fin es inasequible, deberá convenirse en que es grande y digno de la noble curiosidad humana.

SEGUNDO PRINCIPIO.

La perfección de la fuerza y de la forma están en razón inversa de la cantidad de materia. (1)

Hemos explicado ya lo que entendemos por cada una de estas tres categorías, que reasumen, mejor tal vez que las de Aristóteles y de Kant, todo lo que el hombre puede pensar y todo lo que existe en el cielo y en la tierra, en lo finito y lo infinito. Este ligero trabajo de análisis nos ha hecho conocer lo que son cada una de ellas en detalle y todo lo que comprenden. Aunque no nos hayamos internado en profundi-

(1) Coincide con el principio arriba sentado toda la filosofía aristotélica, como muestra de la cual citaremos algunos de los infinitos textos que podríamos aducir de Santo Tomás:

"La materia, dice al tratar del conocimiento en Dios, es la que limita la forma, por lo cual hemos dicho anteriormente que, cuanto más inateriales son las formas, más se aproximan á cierta infinidad." Así dice Aristóteles (*De ánima*, 1, 2, text. 12.) "que las plantas no conocen, porque son materiales. Los sentidos son cognoscitivos, porque pueden recibir especies ó imágenes sin materia, y lo es más aún el entendimiento, porque está más separado de la materia y no mezclado con ella." (Id. lib. III. tex. 4.) De donde se deduce, que estando Dios en el *sumo grado de inmaterialidad*, está también en el *sumo grado del conocimiento*.

En el art. 11 de la Cuestión XXV, dice: "Es necesario decir que la potencia de Dios es infinita; porque en todos los agentes se observa que obran con tanto más poder en su acción, cuanto es más perfecta la forma por la cual obran, etc." Lo cual deja establecida la ley que acabamos de consignar en el principio arriba sentado.

dades metafísicas, armados de la crítica racional, para acabar por confesarlas, como hace á pesar suyo todo el género humano, no nos persuadimos que hayamos dejado tras nuestros pasos un vacío; ya porque este trabajo infructífero como es, lo han practicado antes de nosotros hombres de genio, ya porque confiamos tranquilamente en el sentido común, más buen maestro que las sutiles y enmarañadas investigaciones metafísicas. Todos, procediendo de buena fe, convenimos en que nosotros y el mundo exterior somos substancias constituidas de diferente manera y dotadas de distintas propiedades específicas. Cuanto se escriba contra estas creencias naturales pertenece al género del romance ó de la fábula; no pasará de ser una ingeniosa y bien trabada combinación, fundada sobre arena.

Así como después de conocidos los caracteres alfabéticos se aprende su combinación en palabras y frases, también, poseyendo los tres elementos generadores de toda entidad criada, nos explicaremos fácilmente la razón de las infinitas diferencias que en los seres se proyectan, por efecto de la variada proporción en que están cada uno de estos tres sencillos elementos en cada objeto. Sobre los órdenes inferiores del universo pasaremos rápidamente por la perspicua claridad y transparencia que las imprime su extraordinaria sencillez; remontaremos ligeramente la corriente de lo finito, sin evitar los oscuros y estrechos caminos de la vida consciente superior, hasta llegar al divino manantial, que es el tipo, origen y semejanza de la actividad creada.

El ser en quien prepondera la materia sobre la fuerza, se llama *cuerpo*. Dentro de este orden corpóreo hay infinitas gradaciones y matices, que se rozan por uno de sus extremos con los seres invisibles, que llamamos inmateriales, y por otro confinan con los seres casi inertes, vecinos de la nada. La física los tiene de antemano perfectamente clasificados en cuatro órdenes, que son: flúidos, gases, líquidos y minerales.

Nada presenta más perfectamente la imagen de la quietud y el reposo que el reino mineral. La fuerza de *gravedad*, que obra en él de una manera sencilla y monótona, impele de continuo al cuerpo en dirección á un centro, que es una grande masa; la de *adhesión*, parecida á la primera, por la que unas partes gravitan hacia otras, las retiene unidas mutuamente en una especie de lazo fraternal: he aquí todo lo que presentan al primer aspecto; estas son las únicas manifestaciones de su actividad rudimentaria. Sus evoluciones en el campo de la creación son siempre idénticas y consisten en cambiar de lugar en el espacio, trazando líneas matemáticas, de las que nunca se separan, con la puntualidad rigurosa que un esclavo cumple las órdenes de su dueño. La espontaneidad caprichosa, que se origina de una exuberancia de actividad; la variedad de movimientos, señal cierta de una superioridad de jerarquía, les está perpetuamente entredicha. Cuando separáis un cuerpo de la masa que le llama, pugna para volver allí; al dejarle en libertad corre en línea recta y con velocidad siempre creciente á la esfera que le ha señalado la naturaleza. Este es el sencillo, el único papel que le toca representar en el teatro del mundo. Ni le correspondía otro si se observa que su

masa es pesada y densa, la materia está representada allí por su expresión máxima, de manera que, al compararse con los otros reinos, se echa de ver al momento su inferioridad. Son la raza desheredada de la gran familia criada, el pedestal humilde sobre el que se levantan activos y briosos todos los otros elementos que forman la obra de Dios.

Un paso más adelante se depura la materia, se purifican las formas, la pesadez disminuye, la fría articulada trabazón de las partes se disuelve, dando lugar á una movilidad risueña; y aparece puro, radiante y transparente el segundo elemento inorgánico, el líquido, jugueteando sobre el ceñudo y casi inerte tronco del grosero mineral. No se mueve todavía á sí mismo, pero se presta fácil y gustoso al movimiento, que es el primer distintivo de la actividad. No ofende en él la regularidad uniforme en la carrera; por el contrario la variedad más exquisita distingue sus evoluciones, sea que se deslice tortuosamente en caprichosos giros á través de un accidentado paisaje, ó bien que se despeñe por las rocas, dando graciosos saltos envuelto en blancos velos de espuma. Si se mece tranquilamente encerrado en las paredes que lo aprisionan, su movimiento es el ondulante, distintivo peculiar de los seres nobles y superiores. Es difícil penetrar la fuerza que lo anima; pero precisamente debe ser maravillosa, cuando derrama á su alrededor la vida en abundancia y deja en su contorno marcadas huellas de su paso en los esplendores de una vegetación rica y poderosa. Si no llega á lo que llamamos *vivir*, es una condición necesaria de la vida; lleva en todos sus actos los caracteres de una gran fuerza.

Su forma, figura, está en consonancia con estos atributos de su fuerza. Es más regular, más delicada incomparablemente que la de la tierra; no ofrece como ésta groseras y rústicas desigualdades, no opone al paso de los demás objetos una resistencia obstinada; antes bien, dócil y complaciente, se deja atravesar en todas direcciones, tanto más cuanto el objeto invasor es más sutil y depurado. Hasta su forma exterior participa de esta perfección intrínseca, pues ó se extiende plana y tersa en una superficie, ó afecta graciosamente la forma circular, propia y peculiar del globo que habitamos. Sube en realidad la perfección de sus cualidades y virtudes sobre la altura de su elemento vecino, en la proporción misma que la materia contribuye ménos á su composición.

La materia se espiritualiza un grado más en el orden vecino para formar otro cuerpo más dúctil y ligero, superior al líquido, como éste lo es al mineral. Lo aventaja y vence en simplicidad, como en la facilidad del movimiento. Más que el líquido, franquea el paso á la luz y á los demás cuerpos. Recorre el espacio con velocidad increíble y, como aquél, inculca en los vivientes el elemento de vida. Herido por la luz encanta la vista con dulcísimos colores, é indica una ascensión á la región de lo perfecto, como se eleva aún materialmente sobre él hacia lo alto donde está el centro brillante de la perfección. La naturaleza ha cuidado de enlazarlos, siguiendo la ley de su jerarquía, colocándolos uno sobre otro por el mismo orden de su valor intrínseco.

Finalmente, baja de lo alto del cielo con la velocidad del pensamiento el cuarto cuerpo, la luz, substan-

cia privilegiada del mundo inorgánico, como si fuese el afortunado habitante de los mundos superiores. Libre y sin trabas, recorre los espacios y no se deja vencer y cautivar por ninguna fuerza criada. Así como los demás elementos tienen el principio de su movimiento actual fuera de sí, este flúido obra espontáneamente y puede decirse que se mueve, más bien que es movido, á la manera de los vivientes. La luz sufre todas las inflexiones más imperceptibles é incalculables para contener y amoldarse á la forma de los demás objetos, de manera que la forma de su rayo remeda y reasume la del universo. Más que la tierra, el agua y el aire infunde con su actividad el despertamiento de la vida; sin el auxilio de su acción enérgica todo estaría sumergido en el estupor de un paroxismo. El desenvolvimiento de la vida orgánica en las varias regiones del globo depende de la intensidad de sus rayos. Por esto los antiguos, al observar su poder, adoraron este flúido como principio de la fecundidad, padre del mundo. Sus cualidades y atributos son sumamente variados, como los colores en que se despliega y es á la vez, según una opinión acreditada, luz, calor, electricidad y galvanismo. Se dilata tensa y fina, dibujando inagotables figuras, todas regulares y rápidas, en ángulos de todas las medidas, en curvas de todas formas, flexible sin comparación, sutil y consistente como la línea de un geómetra. Su movimiento natural es la vibración, que parece indicar la actividad que rebosa y está impaciente por derramarse. Prende en los objetos y por sí misma vuela y se propaga, sin que nadie la impulse; se agita en forma de llama con una inquietud semejante á la de un cora-

zón joven, que tiende al cielo en busca de un ideal que aquí no encuentra. En fin, la fuerza, que fuera de él se mueve lánguida, sin poder vencer la rudeza de la materia, aquí estalla, se rebela y la domina en ciertos casos, y si en otros está á su servicio, la sacude, la lleva con un poder próximo á la independencia. Está ya en el punto crítico en que los dos elementos, materia y fuerza, vacilan en el equilibrio, que se inclina hacia el uno ó hacia el otro alternativamente, como la balanza en el fiel. Obsérvase en ella la exactitud del segundo principio que hemos establecido: *la materia está allí en el grado mínimo; la fuerza y la forma están en el máximo entre lo inorgánico.*

Todavía podemos dar tal vez un paso más en el extenso campo de este grupo, hacia ese reino que los antiguos tuvieron por inerte, estando saturado de virtud y actividad. No aludimos á la tierra ó mineral compuesto, sino á los elementos simples. Sentimos no poseer extensos conocimientos en química para poner de manifiesto las maravillas que se operan de continuo en este inmenso laboratorio, donde se confeccionan incesantemente los materiales para el uso de los demás seres, manifestando con su actividad casi inteligente la proximidad de la vida, de cuyas propiedades imita muchos caracteres. Así como el que se acerca á las zonas tropicales empieza á sentir los presagios y señales en el calor que va creciendo, en la vegetación que va adquiriendo por grados mayor lujo y grandeza de formas, prueba de la vitalidad enérgica que en aquellas regiones se despliega; así acontece al que desde la baja esfera de los cuerpos inorgánicos, sube ordenadamente por los distintos grupos natura-

les en dirección á la bella y noble región de la vida. Ya no son los elementos químicos compuestos dotados de propiedades de que se encuentran repentinamente revestidos con la misión de ejercitarlas á beneficio de otros seres, como los sólidos; no son cuerpos más ó menos ligeros, soltados en el espacio en una forma completa para que jugueteen por sus ámbitos, como el ave que vaga por el aire apenas salida del nido maternal, como los gases; en los antros misteriosos de la naturaleza los *átomos indivisibles* se encuentran y combinan en variados ejercicios, como los batallones de un ejército en las maniobras militares; se precipitan, ora en fervientes torbellinos, ora en pausados círculos, y después de mezclados y ordenados según leyes difíciles y complicadas, dan por resultado un compuesto, investido de cualidades y aptitudes, que no tenía en particular ningún elemento componente. Así ázoe, hidrógeno, oxígeno y carbono vienen á formar entre sí combinados, el carbonato amónico; el oxígeno, hidrógeno y carbono componen el aire, etc.

¿Dónde está la razón de la habilidad especial que muestra cada elemento químico para contribuir parcialmente al resultado total de la composición? En su forma intrínseca ó substancial, que viene indefectiblemente acompañada de una virtud ó fuerza, contemporánea con aquella, apta para producir ella sola aquellas funciones que la naturaleza le ha designado. A la vista del objeto con quien tiene afinidad, se despierta la fuerza y se pone en acción de una manera súbita y adecuada, como el caballo al sonido del clarín ó el halcón á la vista de la presa; corre al momento cada molécula á ocupar el lugar que le corresponde y ha

nacido al mundo un nuevo objeto. Poned aquellos elementos en condiciones diferentes ó sustituid por otros algunos de los átomos, la composición resultante será diferente en forma y en aptitudes de su actividad. No pueden contarse las combinaciones de que son susceptibles un número muy limitado de elementos simples; son infinitas las armonías que han aprendido del Criador; el universo con su inagotable variedad es obra de sus manos; ellas producen principalmente este cambio continuo de decoraciones, que no se detiene jamás y viste de siempre nuevas y encantadoras galas la naturaleza. El hombre se sirve de la dócil y complaciente actividad de estos átomos, con el fin de producir por su ministerio las cosas que para su bienestar necesita. No es él propiamente quien verifica aquellas útiles transformaciones, son los elementos químicos que, laboriosos para efectuar el trabajo que se les propone, no cesan hasta haber concluido su tarea y haber dotado al universo de un nuevo y delicado adorno. Este es probablemente el punto mayor de la perfección y fuerza en los seres no organizados.

Detengamos ahora un momento nuestros pasos para echar una rápida ojeada sobre el vasto campo que acabamos de atravesar ligeramente, para sacar de nuestra excursión importantes consecuencias bajo el punto de vista de nuestra teoría.

Queda por esta ligera reseña comprobado el principio que hemos puesto como piedra angular del edificio de todo nuestro sistema. Efectivamente se desprende que á medida que los seres adelantan en perfección de formas y actividad, van depurándose ó descargándose de materialidad. Desde el compacto mine-

ral la materia se enrarece, el cuerpo se espiritualiza, según nos vamos levantando á las órdenes superiores, hasta adquirir apariencias casi espirituales en los flúidos, y cualidades propias de la vida en estos átomos simples, que en su tenuidad escapan al poder y alcance de los más finos instrumentos.

Resulta también del anterior cotejo, que las propiedades de cada especie están vinculadas á cierta forma, á cuya aparición siguen como á una condición indispensable. Cada átomo tiene en las combinaciones químicas su función particular, que no puede ser practicada por un individuo de otra especie. Dichas moléculas tienen á su vez distintas propiedades en los flúidos, otras en los gases ó líquidos, y así sucesivamente.

Aquí se nos pone enfrente una cuestión importante. Estas fuerzas, que producen distintos efectos en cada ser, ¿son una misma fuerza específica, siempre igual, que está determinada á producir distintos resultados por la varia conformación de los cuerpos en donde opera, de una manera semejante al aire, que, siendo el mismo, da sonidos diferentes, según la disposición de los tubos por donde pasa; ó bien son distintos géneros de fuerza, dotada de cualidades diversas con el poder de causar distintos efectos en armonía con la forma á la que están adscritos?

Esta es la cuestión que reasume por entero el interés de este trabajo y decide de la procedencia ó ilegitimidad de la solución que pensamos dar al problema del alma humana. La fuerza, este móvil eterno de la creación, es algo, materia ó espíritu, Dios ó criatura, lo que se quiera suponer; es algo. Nosotros

hemos emitido nuestra opinión y hemos intentado defenderla, probando que la fuerza no es la materia, ni la forma, sino una cosa distinta de ellas; que presenta caracteres comunes á las dos y se halla adaptada indisolublemente á ambos por vínculos misteriosos de que no podemos penetrar la manera y la causa. Esta fuerza, desconocida en su verdadera esencia, ¿por qué no ha de poder tener distintos grados de perfección como los tiene de intensidad; cualidades, propiedades, aptitudes ó como se las quiera nombrar, mediante las cuales se distinga una fuerza de otra fuerza, como se distingue una forma de otra forma, una idea de otra idea? ¿No es el distintivo de los seres naturales la variedad, la condición de toda criatura el tener rasgos, fisonomía individuales y específicos? Calculando *á priori* sobre la naturaleza de este agente universal, la fuerza, hay motivos para creer que su incalculable variedad de efectos se origina de una variedad en las causas productoras, tan dilatada, tan inmensa como la de los fenómenos.

Mas para decidir en tan importante asunto, no queremos atenernos solamente á la inspiración de una hipótesis, sino que preferimos detenernos más en la apreciación de los hechos, de donde recibiremos una luz más cierta que la de suposiciones abstractas.

En el laboratorio de la naturaleza se verifican transformaciones de una especie en otra especie, aun entre los órdenes más distantes, observándose, que con el cambio de forma va envuelto también un cambio de propiedades.

El oxígeno que entraba en la composición del agua, se convierte en aire, y por la respiración entra des-

pués en la economía del cuerpo animal. Los elementos simples son pocos, y con todo, al combinarse dan origen á una inmensa variedad de especies con sus virtudes peculiares. ¿A qué atribuiremos nosotros la nueva facultad que aparece en la materia nuevamente combinada? No se diga á la forma, porque la causa de la acción está únicamente en la *potencia* del actor. Y aún preguntaremos nuevamente, ¿quién determina una forma á cambiarse en otra ó alterar la de una substancia vecina, como sucede en los agentes químicos? Si fueran todas las fuerzas iguales en calidad, deberían producir idénticos efectos y al obrar la transformación de las substancias, accionando siempre en el mismo sentido, acabarían por causar una forma única, una sola especie de seres; mas no sucede así. Efectos distintos suponen distintas causas; las formas son siempre producto de las fuerzas; luego en estas ha de buscarse antes que en aquellas la razón de la diversidad de atributos y propiedades de los cuerpos. Las fuerzas naturales, por consiguiente, se distinguen específicamente.

Esto para nosotros tiene el valor de una demostración. El punto de vista en que debe colocarse el observador, no es allí donde el cuerpo, ya constituido, se nos presenta obrando; entonces podríamos dudar si la operación que lleva á cabo es debida á su forma ó á su fuerza. No; en el acto crítico en que un ser entra en una nueva fase, sea un mineral que cristaliza, el agua que se evapora, el carbono y oxígeno formando ácido carbónico; entonces sorprendemos la actividad sola modificando la forma del sujeto, ora en un sentido, ora en otro; lo que prueba hasta la evidencia

que estos resultados varios se deben á fuerzas diferentes.

De lo dicho se desprende que el tronco de la fuerza es uno solo, caracterizado por la intensidad en infinitos grados, y que de este foco común se destacan matizados rayos de todas condiciones y ricos coloridos; atracción para unos, repulsión para otros, mutuas simpatías en ciertos géneros, aptitudes, propiedades y toda esta inmensa oleada de facultades que, como los colores del arco iris, se extienden, envuelven la creación entera é inundan la naturaleza con las divinas efusiones de su vivificante soplo. Esta es el alma del mundo, una en su esencia y múltiple en sus manifestaciones, débil y tímida allí donde abunda la materia, poderosa y enérgica en los más sutiles elementos. Tiene también la fuerza jerarquías como la materia; los géneros superiores de estas dos categorías forman entre sí un eterno maridaje; los de escala inferior buscan y se adaptan á los de igual clase y lo mismo los del género ínfimo. Jamás se equivoca la fuerza al salir del vaso chorreante del Criador en adherirse á una forma que no le corresponda; va derecha al sujeto para quien ha sido criada, como á su centro.

REGIÓN DE LA VIDA.

Los estudios que hemos hecho hasta aquí nos han servido como de preliminar para descifrar el misterio de la vida, cuestión suprema planteada continuamen-

te ante la atónita mirada del hombre, sin ser nunca resuelta; antro profundo, guardado como el Edén con la espada del ángel, que no permite sondear sus vastas profundidades. Tal vez no sea eterna esta prohibición y el incesante esfuerzo de la curiosidad humana, que gravita sin cesar hacia ese centro obscuro, de donde sale por otra parte la luz que inunda y embellece la creación entera, puede ser que acabará por allanar ó disminuir los obstáculos que se oponen obstinadamente á nuestro paso.

Nosotros, los más oscuros é insignificantes soldados de esta legión osada y aventurera, que busca de continuo al entendimiento nuevas playas y más anchos horizontes, probaremos de encontrar un ignorado camino para llegar al deseado término de tantas peregrinaciones infructuosas. Un pastor fué quien descubrió al ejército persa el paso de las Termópilas; no sabemos á quién está reservado dar gloriosa cima á la empresa de descubrir el manantial de la vida, que riega el universo.

De todas maneras el tiempo de los fantasmas temerosos y entes de razón, que se sentaban impostores sobre el pedestal que debía ocupar la verdad, parece que ha concluído, y el análisis científico los va derribando en todas partes, como los rayos del sol desvanecen las sombrías nieblas que cubrían el valle.

La teoría de las almas, substancias inmateriales, opuestas al cuerpo, subsistentes por sí, infundidas por Dios á la formación de cada individuo, habitantes de la materia por un corto intervalo de tiempo para pasar después á una existencia separada; esta teoría pronto caerá á la esfera de mito, como la creencia de

que cada astro era conducido por un ángel en sus revoluciones por el espacio.

Un pequeño análisis de los vivientes, al resplandor de algunos conocimientos modernos, explica suficientemente el hecho de la vida, sin necesidad de recurrir á otras suposiciones.

VIDA VEGETAL

Natura non facit saltum. Entre esta región adonde entramos y la que acabamos de recorrer no hay un abismo, como á primera vista parece; no hay siquiera solución de continuidad, hay sólo una leve intersección, parecida á la de un lienzo que se despliega; lo necesario para conservar la división de géneros y especies. Los mismos elementos que integran la naturaleza de un ser inorgánico componen la de un ser organizado; toda la diferencia está en los grados, en el plan, en la cantidad é intensidad. (1)

El compuesto químico, el más afín y allegado del viviente en un organismo, ofrece ya una fuerza bas-

(1) Dice el ilustre Haeckel en el libro antes mencionado.

"La explicación general de la vida no es, pues, ahora más difícil para nosotros que la de las propiedades físicas de los cuerpos inorgánicos. Todos los fenómenos vitales, todos los hechos de la evolución de los organismos, dependen íntimamente de la constitución química y de las fuerzas de la materia orgánica; así como los fenómenos vitales de los cristales inorgánicos, es decir, su crecimiento y sus formas específicas dependen de su composición química y de su estado físico. Es evidente que en ambos casos desconocemos las causas primitivas. Que el oro y el cobre cristalicen en octaedros piramidales, el bismuto y antimonio en exaedros, el iodo y el azufre en romboedros,

tante apta y eficaz para componer un nuevo ser, dotado de una constitución propia y peculiar, acompañado de un determinado número de propiedades, compañeras inseparables de aquella especie. Pero el carácter que distingue al compuesto químico es que, una vez consumado, se detiene en su camino y descansa en una estabilidad inalterable. La vida es para él una explosión momentánea, un fenómeno fugaz, cuya única función es transformar, agrupar y estacionarse. La vida y la muerte están allí á cortísima distancia, la una llama á la otra muy de cerca.

En el viviente debemos considerar dos épocas, análogas en sus operaciones fundamentales, pero bastante distintas para que una inspección superficial ó preocupaciones aceptadas sin examen las hayan tomado por fenómenos radicalmente separados. La primera es la de la generación y gestación del hijo en el seno del ser productor; la segunda es el desenvolvimiento independiente, autónomo, del nuevo ser en una existencia separada, conforme las condiciones que se han impuesto á cada género. Estas dos etapas de su larga ó breve carrera son la una imitación de la otra, y ambas á dos imagen del movimiento inorgánico, como una figura que se retrata en dos espejos. La una operación es más sencilla, la otra más doble y com-

son hechos para nosotros tan misteriosos como cualquier fenómeno elemental de la aparición de las fuerzas orgánicas. Bajo este punto de vista, hay que confesar que en la actualidad no nos es posible determinar la distinción fundamental, tan admitida en otro tiempo, entre los cuerpos orgánicos y los inorgánicos."

Queremos que conste la coincidencia entre la opinión del insigne físico y la emitida por nosotros muchos años antes, aunque luego se separen cada vez más, hasta terminar en los polos opuestos: nosotros en Dios y el mencionado autor en el ateísmo.

plicada; mas ¿por ventura un largo y trabajado dibujo es más dibujo que las líneas regulares, pero sencillas, que traza una mano menos diestra? ¿Una armonía tenue y ligera pertenece á otro orden que la creación musical de un gran maestro? ¿Un pensamiento general no pertenece al mismo género que el más vulgar y concreto?

Un poder, á quien por ahora no daremos nombre, produjo en una época más ó menos lejana ciertos organismos, dotados de aparatos maravillosos, y un poder ó actividad para producir en su seno otro ser que fuese el resumen, la copia exacta de los mismos. Este organismo admirable, y su privilegiada fuerza, no pueden ser remedados por ningún artífice finito; ley común, limitación general é inevitable para el hombre, que no ha sabido ni sabrá jamás crear las formas de un átomo de oxígeno, de un rayo de luz ó de cualquiera otra substancia primitiva. Y aun en las compuestas, ¿por ventura el hombre verifica jamás inmediatamente por sí mismo ninguna de las transformaciones naturales, de que luego se envanece, como si de ellas fuese autor? ¿Funde el hierro por sí mismo, congela el agua, crea el vapor bajo la acción de su actividad inmediata, da luz, altera, en fin, ninguna forma substancial sin valerse de las formas naturales, únicas que poseen el secreto de producir tan altos resultados? El hombre piensa, pero no hará jamás funciones que van adscriptas á naturalezas que no son la suya.

La planta, pues, organizada en cierta forma, recibió el dón de abastecer, acarrear y elaborar en su seno elementos dispersos, que al momento, como si se co-

nociesen, se combinaron conforme á la ley de su naturaleza respectiva, (á la manera de las combinaciones químicas), y resultó hecho otro ejemplar semejante á aquel de donde habia tomado origen, y por consiguiente con la facultad de producir otros nuevos, facultad ingénita ó consiguiente á la especie en cuyo gremio ha entrado el nuevo ser.

Estúdiense por todos lados la operación descrita, y de seguro no se encontrará algún rasgo que no presente ya el mundo inorgánico en sus operaciones físicas y químicas. Todo el mecanismo de este trabajo interior que hace el vegetal, se reduce á la transformación substancial de ciertos elementos que ha recogido de las materias circunstantes, y á la agrupación ordenada de estos elementos, después de haberlos elaborado ya y dotado de forma conveniente, construída y ordenada, según cierto tipo, propio de cada especie. Transformación, fenómeno que se renueva sin cesar á nuestros ojos en el mundo inorgánico; agrupación, hecho el más general en la naturaleza que llamamos muerta, forma nueva resultante, producto definitivo de todas las evoluciones intrínsecas del mundo físico. La planta no hace nada nuevo, que antes en menor escala y parcialmente no haya sabido practicarlo el reino inorganizado.

¿Qué es, pues, lo que ha dado lugar á creer que dentro del cuerpo del viviente hay un motor especial, advenedizo, inoculado allí en cada caso particular para realizar el grande hecho de la generación? La misma razón que induce al niño ó al hombre rudo á creer que la máquina de un reloj se mueve á impulsos de un animal que habita en sus senos, ó tal vez, y pre-

ferimos creerlo así, el honor de la consecuencia lo exigía después de haber sentado ciertos antecedentes. Si no se hubiese puesto por medio la influencia de una cuestión de orden mucho más elevado, jamás, ó á lo menos desde que las ciencias naturales han revelado tantos misterios, ocultos á las generaciones pasadas, hubiera podido atribuirse la vida vegetal á otra causa que la que hemos indicado.

Entonces se dirá, ¿por qué el hombre que hace á su antojo las infinitas combinaciones de que se compone el mundo mineral, los óxidos, las sales ó bases; que sabe componer los gases, formar el vapor, etc., no ha podido jamás producir una semilla, no podrá jamás infundir este soplo de vida que circula y obra en el pequeño recinto de un germen? Debe haber por fuerza aquí un agente que no se encuentra en las regiones inferiores de la naturaleza.

La contestación á este reparo, que ha tomado á los ojos de muchos proporciones gigantescas, se desprende con facilidad de lo poco que llevamos expuesto. El hombre no hace nada por su acción inmediata, sólo pone los agentes en condiciones aptas para obrar de cierto modo, á fin de que se produzcan tales ó cuales resultados. Disuelve el hierro en ciertas condiciones para obtener por sementación el cobre; mezcla de la manera conveniente las sales para dar lugar á una cristalización. ¿Quién trasforma, cristaliza ó forma el compuesto, el hombre ó las fuerzas naturales, concedidas á determinadas especies?

Ahora bien, tratándose de un viviente, ni aun le es dado al hombre tomar una fuerza aislada de un or-

ganismo para obtener una transformación, una creación parcial.

Allí dentro, en un secreto impenetrable, donde no se puede llegar sin abrir y destruir al viviente, hay todos los aparatos, todas las fuerzas reunidas y eslabonadas, que en los antedichos órdenes obraban sencillamente, al aire libre y á voluntad del hombre. Lo que en otro lugar hacía un átomo de tal forma y otro y otro, de una manera incomunicable á otra especie, por una virtud connatural á su forma, lo verifican aquí, en vez de átomos ó formas simples, otras mayores y compuestas por una virtud natural, también oculta al hombre, sin gastarse ni perder ellas mismas su configuración, contra lo que sucede á los seres inorgánicos. Los elementos primitivos están diseminados en abundancia por la naturaleza, siempre á merced del hombre ó del ser que los necesita para trabajar; pero estos compuestos, no siendo partes componentes de nadie, están sólo allí donde otro semejante suyo los ha puesto, si encuentran materiales para el continuo trabajo de su actividad, que da por resultado compuestos semejantes á los suyos; y al llegar á su término natural, se descomponen y destruyen.

He aquí una paridad completa en dos fenómenos, la generación de los vivientes y la formación de los cuerpos inorgánicos, que á primera vista no ofrecen sino distancias insalvables. La única diferencia está sólo en que una máquina consta de simples átomos, que no se pueden descomponer; la otra es un ser compuesto, delicadamente construido por otro semejante en un proceso que no nos toca resolver; las propieda-

des de la primera se pueden poner en ejercicio en donde quiera, porque en todas partes se hallan dichos elementos; la naturaleza es un arsenal bien provisto de ellos, mientras los de la segunda son menos abundantes; aquella, en fin, obra de una manera visible, á la luz del sol; está escondida entre los oscuros pliegues de un organismo, celoso de las miradas del hombre.

En el fondo la planta que procrea y el mineral que se produce no son más que *dos formas desiguales, que tienen sus fuerzas desiguales y dan, por consiguiente, desiguales productos.*

Aparecida ya á la luz de la existencia la nueva criatura en el seno de un viviente, habiendo venido á ser en forma organizada, entra en una nueva fase, al parecer, desconocida de la naturaleza muerta. En ésta, después de haber dado á luz el compuesto físico ó químico entre las dificultades de una laboriosa generación, todo queda terminado y resta en un silencio imperturbable, como una tarde de verano cuando ha pasado el fragor de ruidosa tempestad; no así en la diminuta creación que acaba de hacer el viviente de una semilla.

El compuesto *inorgánico*, después de engendrado por las acciones y reacciones de los específicos componentes, ha llegado al estado definitivo del que por sí solo no puede salir eternamente; se halla investido de algunas propiedades y atributos, aparecidos con la forma nuevamente adquirida, ignorados completamente de los elementos parciales; no teniendo imagen de sí en ningún antecedente suyo; al contrario el *vegetal*, al desprenderse del receptáculo donde ha sido engendrado, es la imagen de su padre; está dotado de

propiedades en todo iguales á las del ser productor y está dispuesto á ejercer igual género de funciones. Nosotros no sabremos señalar la razón *á priori*, ni creemos que la tenga, como ninguno de los fenómenos naturales. ¿Podrá alguien decirnos por qué razón se operan en determinadas circunstancias las composiciones químicas en su infinita variedad, dotadas de forma y propiedades inalterables? ¿por qué el oxígeno y el hidrógeno forman el agua? pues asimismo nosotros ni nadie podrá dar razón plausible de que el organismo en su estado normal goce de una forma, atributos y caracteres, iguales á los del individuo en cuyo seno se ha formado. Lo que únicamente tratamos de consignar es que la constitución íntima de la semilla viviente pertenece al mismo orden que la de cualquier compuesto mineral; la diferencia está en los grados de perfección. (1) Vamos á estudiar, pues, este segundo período de la vida.

* * *

Antes de llegar á la existencia completa con todas las condiciones de viabilidad, el nuevo fruto es pasivo, es el objeto de la acción y dilatadas operaciones de su autor; pero apenas se ha desprendido y tiene completada ó redondeada su existencia, pasa á ser sujeto independiente, ejerciendo las funciones propias de la especie á que pertenece. En esta nueva situación, la

(1) Esta explicación es análoga en el fondo, aunque desigual en la forma, á la que da el naturalista Haeckel en la mencionada *Historia de la Creación*, tomo I. A ellas nos remitimos para más detalles bajo el punto de vista científico.

variada serie de actos que ejecuta tampoco es de una jerarquía que implique un dato fuera de los que hemos hecho mención, como esenciales y característicos, anteriormente. No hay necesidad de recurrir á ningún principio advenedizo, extracientífico, operador auxiliar de los actos que el nuevo ser no pueda llevar á cabo con los solos poderes de la naturaleza física en general, algún tanto ampliados.

En primer lugar el vegetal atrae las substancias asimilables, por un poder de que presenta ejemplos toda la naturaleza física (atracción); los introduce en la economía de su cuerpo por los poros de que está rodeado, en virtud de la misma ley; hace circular la materia hospedada en sus ámbitos por los vasos ó tubos que lo atraviesan en una ó varias direcciones, de una manera parecida á la ascensión de los líquidos por la ley de la capilaridad; las transforma de manera que puedan servir para sus fines (transformaciones químicas); como hemos visto que sabe hacerlo la naturaleza en los órdenes inferiores, cuando se ponen las condiciones indispensables, que la naturaleza no descuida jamás en un individuo bien organizado. Finalmente, estas substancias elaboradas convenientemente por órganos formados á propósito, son absorbidas y asimiladas (fenómeno parecido á los anteriores), en lugar de otras que han desaparecido, ó para engrosar al viviente, que está llamado á lograr dimensiones más abultadas, ó para conservarlas.

Esta serie de operaciones, ejecutadas primorosamente una en pos de otra, no ofrecen distintivo alguno de que no se hayan visto multiplicados ejemplos en los seres inorgánicos, si bien allí de una manera aislada.

Muchos son los objetos que presentan escenas sueltas de este largo y maravilloso drama, que en el presente caso se desenvuelve de una manera completa. El solo hecho exclusivo y característico del viviente es la renovación incesante de las moléculas por un movimiento secreto que, mientras atrae á las recién venidas, suelta parte de las anteriormente adquiridas, sea que se gasten y destruyan en la acción y rotación continua que en su seno se efectúa, sea que se volatilicen y disuelvan, estando demasiado utilizadas, como el agua se evapora con el calor. Nuevas moléculas vienen entonces á reemplazar á las perdidas, según se ha dicho, y este círculo no interrumpido de partes que vienen y otras que van, permaneciendo siempre la misma la configuración del organismo, constituye el admirable fenómeno de la vida en su primera y completa manifestación.

En segundo lugar es preciso tener en cuenta otro rasgo muy notable en la enumeración de las evoluciones por que pasa un vegetal desde su estado de germen hasta antes de llegar al suspirado término de su perfeccionamiento. Nace con unas dimensiones diminutas y mezquinas; lucha, trabaja y se esfuerza en ensancharlas, y no descansa hasta que ha tocado á la meta que le tiene trazada la ley de su especie.

Esta es otra consecuencia de no haber nacido el viviente, como el mineral, dotado ya de una forma completa, sino meramente iniciada; reservándose á su actividad, armada de instrumentos y formas convenientes, el darse á sí el desarrollo que le corresponde.

Todo en la naturaleza *tiende* al lugar, al punto y manera de ser que le es peculiar, por un movimiento

invencible, que es el gran resorte de la creación. La piedra tiende á la tierra para adherirse á la cual está formada; un cuerpo caliente tiende á la expansión que le inspira el calor de que está íntimamente bañado; un acero doblado tiende á alcanzar la forma recta que le es natural, etc.; ¿qué tiene de extraño, pues, que el menudo vegetal, nacido con una forma y disposición igual á la de su progenitor, tienda á desenvolver su masa, apropiándose materiales, según la explicada ley, hasta alcanzar la medida que es natural á su especie (á su forma)? No hace en esto más de lo que practican los seres más insignificantes cada uno en su género, la piedra que cae, la llama que sube, el imán que va al norte. La semilla que tiene en miniatura la forma y atributos del árbol que la formó, no pára hasta ser árbol; *esta tendencia, como todas sus propiedades, es contemporánea de su forma.*

Con los superficiales datos de que acabamos de echar mano, hemos podido convencernos en parte de la idea que venimos defendiendo, á saber, que el Autor de lo criado, en medio de la asombrosa variedad de especies que pueblan el mundo, ha sabido guardar una simplicidad de procedimientos incomparable; lo que prueba, tanto como la riqueza de tipos por él inventada, cuán inmensa es su sabiduría y cómo abarca de un confín á otro, sin que se le escape ni extravié el más insignificante detalle, haciéndolos contribuir á todos á la majestuosa unidad del variado conjunto.

VIDA ANIMAL.

Mediante los solos elementos que integran los géneros de las especies inferiores (materia, forma y fuerza), hemos construído el complicado organismo y variadas funciones del viviente simpático y humilde que, adscrito á la tierra, de donde saca las substancias necesarias para su subsistencia, forma el mejor ornamento de la divina arquitectura del globo y abastece con los frutos de su trabajo las jerarquías más favorecidas, enlazadas con él por el doble vínculo de la necesidad y afinidad de organización.

Demostrado una vez que es posible vivir orgánicamente sin apelar á la intervención de ningún principio advenedizo, alma ó espíritu, sino que basta el agente común del mundo inorgánico, la fuerza, levantado á la altura de las necesidades ó fines impuestos al ser organizado; estaríamos hasta cierto punto dispensados de comprobar nuestra tesis en los órdenes superiores, recorriéndolos particularmente, pues todo hombre consecuente no podrá menos de admitir en un género lo que ha admitido en otros análogos. Vive el vegetal, vive el animal, vive el hombre; lo que puede ser fuente y principio de vida en el primero podemos extenderlo fácilmente allí donde, más espléndido y lujoso de propiedades, brilla y eclipsa los demás, como el astro mayor á los menores, sin pertenecer á otro género.

Con todo pasaremos ligeramente sobre las manifestaciones de la vida superior para desvanecer, en cuanto podamos, el prestigio de ciertas facultades privilegiadas, que, en fuerza de su superioridad jerárquica, pretenden eliminarse del derecho común y formar una ley completamente separada. Intentamos demostrar que la sensación, la voluntad, el pensamiento mismo, no se ejecutan en una naturaleza de cualidades fundamentales distintas de la del musgo que crece en la pared solitaria, ni aun de la piedra que cae en la tierra. No intentamos arrancar al hombre sus títulos de nobleza, sus destinos ulteriores, el valor precioso de los dones que ha recibido; sólo queremos que confiese con el espíritu más elevado de las jerarquías angélicas, que aparte sus diferencias incalculables en el desenvolvimiento, y sus cualidades brillantísimas, es igual en cuanto á los elementos componentes, al ser más insignificante, confinado allá en las remotas é infrecuentadas playas de la creación.

El animal ofrece á la primera ojeada dos caracteres profundamente diversos; uno que es común al reino vegetal, en cuanto ejerce funciones propias de su organismo, análogas en un todo á las del reino que acabamos de analizar, y otro de un orden superior, *la sensación*, que, si bien sustraído al alcance de nuestra observación directa, se manifiesta evidentemente por las señales exteriores, y se deja concebir y adivinar con certeza, por analogía con fenómenos de que nosotros mismos somos constantemente sujeto.

La primera de estas dos clases de operaciones

(químico-orgánicas), tiene su explicación sencilla y clara, después del rápido estudio que acabamos de hacer en las plantas. Aunque en distinta forma y por distintos órganos, el animal aproxima substancias exteriores, las transforma, asimila y expelle cuando le han servido para sus usos, conforme hemos visto suceder en el reino inferior; todo en virtud de fuerzas inherentes á su forma; ni más ni menos que acontece en las combinaciones inorgánicas. Es un juego físico de fuerzas, una combinación geométrica de figuras; una máquina sabiamente construída, con principio intrínseco de movimiento, parecida á la que imaginó Descartes, sin dar ninguna explicación racional, al quererle dar razón de los movimientos que no obedecen á una inteligencia directora.

Consignar los motivos en que fundamos este aserto sería repetírnos inútilmente. Este universo físico, que vemos agitarse sin descanso, es una imagen de la vida vegetativa animal. Nada hay en las operaciones de un organismo que no veamos antes practicado en detalle por los más oscuros agentes del mundo inorgánico.

Aquí aprovecharemos la ocasión de hacer dos observaciones, que arrojamos de intento á nuestro paso y que volveremos á recoger á su tiempo, porque han de servirnos poderosamente para conjeturar con fundamento el *cómo* del fenómeno más alto é interesante, así como el más desconocido y misterioso para nuestro conocimiento actual; la vida.

La primera es que la analogía, precioso criterio, que, si bien grandemente ocasionado á inspirar utopías descabelladas, cuando se usa sin precauciones,

bien empleado puede llegar á ser una llave poderosa para descifrar más de un enigma de la naturaleza; la analogía, fundada en una constante observación, nos induce á suponer que los grados de depuración ó simplificación del reino mineral tienen una secreta correspondencia con las diversas gradaciones de las especies vivientes.

La segunda observación que ya antes hemos indicado es, que á medida que los seres aumentan en dignidad y perfección, tienden á un movimiento oscilatorio, que primero toma la forma de una *ondulación* sensiblemente perceptible, como en los líquidos, luego se pronuncia en una forma más fina y delicada que son las *oscilaciones*, como en las menudas ondas en que se resuelve el aire, y finalmente termina en la *vibración* rápida y momentánea, como en los flúidos.

El *vegetal*, débil y pobre iniciación de la vida, ocupa en la jerarquía viviente un rango correspondiente al del mineral en la suya respectiva. Por esto está en él menos marcado este carácter del movimiento, que es la señal ostensible de la nobleza de un ser. Crece y se desarrolla de una manera suave, lenta é igual, sin gozar de los movimientos súbitos y precipitados, que vienen á ser la explosión constante de la actividad que rebosa. El organismo *animal*, colocado ya á inmensa altura sobre el orden inferior con quien engrana, empieza ya á dibujar este carácter de distinción que indica un adelanto muy marcado en la vía del progreso, pues se nota en su vida el *ritmo* del movimiento, la oscilación constante de la substancia, que se desliza entre gozosos saltos por las vías que le ha

abierto la naturaleza en los nobles conductos de un ser, que ocupa el segundo lugar de la naturaleza organizada. La vida en él se sostiene por la *palpitación* perenne; fuera de esta condición no puede vivir. El líquido ondula, el aire oscila. Ambas cosas se cifran en la circulación de la sangre.

Hemos atravesado ya, al parecer felizmente, un gran trecho del camino que nos habíamos propuesto recorrer, y creemos haber salvado las dificultades que se oponían á nuestro paso; mas de seguro el lector espera ver cómo nos estrellamos en los terribles escollos que se levantan delante con amenazadora faz, y guardan todavía los tristes restos del naufragio de más de un osado investigador. Estamos, sin embargo, confiados y seguros de nuestra feliz arribada al puerto que columbramos á lo lejos, no dejando de mano la guía de los principios que hasta aquí nos han servido de norte.

Hemos dicho que la vida animal ofrece dos aspectos muy distintos, el movimiento orgánico y la sensación. Explicado el primero, cúmplenos ahora tratar de la sensación. (1)

* * *

La opinión general atribuye la sensación indefectiblemente á un espíritu, por la razón suprema de que *la materia no puede sentir*.

(1) La explicación cumplida de la sensación y demás fenómenos psicológicos es lo que no ha encontrado Haeckel ni otro alguno de los sabios, que, partiendo de principios iguales á los nuestros, han ido á parar al materialismo.

En realidad este elemento que nosotros llamamos materia, en sí mismo considerado, sin el adherente obligado de la fuerza, según estaría en el equivocado concepto con que se entendía á la materia *inerte*; ni en nuestro sistema ni en el de ningún hombre en el pleno uso de sus facultades, es capaz de sensación, mucho menos de pensamiento. ¿Pero ha habido jamás quien pretendiera que el ser privilegiado, cuyo seno es un bullidero constante de pensamientos, sensaciones y deseos; este ser que subyuga la creación entera á su comprensión y la domina aun materialmente con los recursos de su ingenio, no es más que un miserable pedazo de materia *inerte*, destituído él solo del atributo universal, que es la *fuerza*? Esto no fuera una teoría científica que mereciese siquiera los honores de la refutación. Pues bien; ya lo hemos dicho, quien admite la fuerza, como distinta enteramente de la materia, no es materialista.

La sensación es un fenómeno de orden superior á los de que nos hemos ocupado, y está colocada en aquella altura en que la fuerza prepondera sobre la materia, penetrando en el vastísimo campo en el cual este elemento juega el principal papel y desenvuelve todas las riquezas y matices de su naturaleza superior; mientras la materia está en línea descendente, perdiendo cada vez más la importancia que tenía en las pasadas regiones, sin llegar á desaparecer. En la balanza de estos dos poderes (acción y resistencia) que se comparten el mundo, el predominio, al llegar á la sensación, empieza á inclinarse de parte del elemento noble en detrimento del inferior. Es precisamente lo que tenemos consignado desde un principio,

como base de nuestro trabajo. Vamos ahora á resolver en pocas palabras esta cuestión, según los preliminares que llevamos expuestos.

La fuerza, misterioso integrante de todo objeto finito, se ha probado ya que no es un elemento homogéneo, derramado por los espacios como el éter, acumulado en mayor ó menor abundancia, guardando siempre rigurosa uniformidad. El raciocinio formulado *á priori*, fundado en su índole de entidad limitada, y la experiencia de infinitas manifestaciones que la fuerza desenvuelve á nuestros ojos, nos han convencido de que además de ser *intensidad*, que es su distintivo, reúne las condiciones de su *calidad*, rica, profusamente variada en cada caso particular donde aparece. Cuando tiene la menguada misión de servir á la materia, sus aptitudes quedan como escondidas en los senos de aquella y no gozan para nosotros de una marcada fisonomía, que pueda servir de motivo á una nueva clasificación. Distinta debe ser ciertamente la actividad que produce efectos tan diversos como ofrece el mundo sensible, pero no cayendo, en nuestra constitución actual, bajo el poder de la conciencia; refiriéndose siempre á la materia, al servicio de la cual está puesta, en ella, más bien que en sí misma, es donde puede la fuerza ser exactamente apreciada, y así sucede; aquellas fuerzas se estudian en los cuerpos y en sus efectos. Pero viene el caso en que la fuerza es el sujeto inmediato del fenómeno definitivo, que tiene el fin dentro de sí misma, y no se ordena á producir un efecto exterior en el cuerpo que anima; entonces este privilegiado agente, de servidor ó medio, pasa á ser fin ó término; se efectúa en él

una aparición sublime, la sensación, y desde este momento el movimiento fenomenal empieza á estudiarse en ella, así como antes se contemplaba en la corteza exterior, que se manifiesta á nuestra vista. Ya no es la fuerza el auxiliar de la materia, sino ésta de aquélla. Veamos cómo sucede.

En todo acto contribuyen los dos elementos cardinales; en el presente la iniciativa parte de la materia. Por la acción de un agente externo se opera en un ser, convenientemente dispuesto, una excitación violenta, que provoca un desenvolvimiento de fuerza oculta ó latente. Al pasar ésta del estado de latente al de excitada ó actual, lleva en su aparición súbita la calidad de la sensación; así como una masa de aire, herida por el órgano vocal, afecta la cualidad objetivamente desconocida, que llamamos sonido. He aquí todo.

Analicemos el hecho. ¿Es incompatible el fenómeno sensación, con la naturaleza de la fuerza, á la cual lo atribuimos? De ningún modo. La sensación presenta la condición de intensidad, propia y exclusiva de la fuerza; es indivisible en partes mensurables y localizadas, cualidad que de todas las cosas conocidas sólo á la fuerza pertenece; no es constante ó permanente, sino pasajera y momentánea, carácter enteramente conforme con la naturaleza de la actividad, que está en *forma potencial*, como dormida, mientras una causa suficiente no la hace aparecer, la reduce á *acto*. He aquí cómo, bien lejos de oponerse estas dos ideas, fuerza y sensación, se armonizan y reclaman y dan bien claramente á entender que han nacido para estar juntas ó que á lo menos no se rechazan. Todo lo

contrario sucedería en la materia ú otra substancia de cualquier género que sea, que no es intensa, indivisible ni pasajera. Con esta sencilla reflexión, nuestra hipótesis pasa de la esfera de tal, casi al rigor de una demostración.

Después de lo que acabamos de manifestar es excusado preguntar, si un hecho tan maravilloso como la sensación se realiza en una substancia simple ó compuesta, la eterna cuestión de las escuelas. ¿Hemos encontrado por ventura en parte alguna un dato ó motivo para suponer dos géneros de substancias? ¿De dónde podríamos sacar ahora un antecedente para romper de repente el magnífico edificio que se va elevando á nuestra vista, para substituir este elemento universal, que la naturaleza nos presta, con otro creado por nuestra fantasía? Esto fuera trastornar todo el plan de la creación, abandonar este franco y anchuroso camino que la verdad va abriendo ante nosotros, para arrojarnos en un enmarañado laberinto de suposiciones imaginarias. No, no hay motivo para hacer espiritual la substancia donde esta fuerza reside; es extensa, sacada de la misma masa que todas las substancias; lo inmaterial y si se quiere espiritual es la fuerza sensitiva, unida á la materia, como lo son todas las fuerzas finitas.

Mas, aunque la substancia del ser que siente sea material, como lo indica la analogía forzosa que debe tener con las demás que conocemos, la ley del mundo, deducida de la observación más general, nos enseña que, en comparación con seres que gozan meramente de la vida orgánica, y más aún con los inorgánicos, debe ser esta materia más sutil y desmaterializada.

En este punto nos falta por desgracia el poderoso instrumento de la visión directa y hemos de apelar á conjeturas, á la manera del anticuario, que, habiendo recogido un fragmento arquitectónico ó numismático, lo completa por el cálculo, siguiendo los indicios del estilo que se observan en el trozo conservado. ¿Será menos lícito hacer otro tanto en las obras de la naturaleza, que guarda en todas sus cosas un plan y armonía indefectibles?

Decimos, pues, según las reglas de analogía, que debe ser más depurada la materia, porque según lo que se ha visto en otra parte, á medida que los seres entran en una jerarquía más alta; se verifica constantemente el hecho de la desmaterialización progresiva. No sabremos decir á punto fijo la forma que presentaría la materia donde reside la fuerza sensitiva, si cayere bajo el poder de nuestra intuición directa; pero podemos barruntar que coincide con la forma de los gases, fijándonos en la correspondencia que al parecer guardan entre sí estos dos órdenes. No queremos decir con esto que la substancia que siente sea del género de los gases, sino que dentro la distinguida jerarquía de los seres organizados, la substancia orgánica es á la senciente como la mineral y líquida es á la gaseosa. Esta es la hipótesis que permite fundar la congruencia; que está en armonía con la experiencia de nuestras sensaciones, las cuales se localizan, al contrario del pensamiento; lo que prueba que se verifican en substancias de distinto orden.

Todavía pretendemos adelantar más por el mismo camino, añadiendo que el movimiento natural, espontáneo, de la materia en cuestión es el oscilatorio, se-

mejante al del aire en el acto del sonido. Nos mueve á esta conjetura, además de la paridad que hemos establecido en los dos órdenes, la indicación de la experiencia interna, que nos hace aparecer en la sensación bien pronunciada, algo parecido á las oscilaciones de aquel elemento, más ó menos intensas, según la índole de la sensación. Los nervios, que si no son el sugeto, son, como es sabido, el promotor inmediato de aquel fenómeno, transmiten la impresión en esta forma, más bien que según las instantáneas vibraciones de la luz. No insistimos sobre este punto con seguridad; emitimos simplemente una sospecha, que tal vez el tiempo aclare. Lo que aquí adelantamos como cierto es la intervención de la materia en la sensación de una manera más íntima de lo que supone la simple unión de dos substancias, una espiritual, otra corporal; la extensión se transparenta en la sensación, aun vista en la conciencia.

Vamos á prevenir de antemano la objeción que podría proponérsenos. Si todo ser está dotado de fuerza y materia, ¿por qué no han de tener todos los seres sensaciones?

En primer lugar contestamos, que á nadie se ha revelado si la sensación es ó no un fenómeno común á todo lo criado, en mayor ó menor escala; pero, concretándonos á las especies que manifiestan tenerla de una manera más pronunciada, debemos decir, que no por poseer ellos esta dote se sigue que deba concederse igualmente á los objetos que tenemos vulgarmente por insensibles. Hemos repetido y probado que cada ser tiene su forma substancial y conforme á ella su fuerza peculiar; por tanto, con sólo decir que tal

forma substancial está negada á los géneros inferiores, quedaría resuelta la objeción.

Con todo, nosotros somos de parecer que la sensación, como una red inmensa, como un tinte delicioso, envuelve y baña todos los seres criados, brillando en unos con esplendor vivísimo, hasta extinguirse casi en otros, como la última luz del crepúsculo. La razón que tenemos para afirmarlo es que, atribuyendo la fuerza á todo objeto, no hay inconveniente, antes es natural, que todos los seres disfruten en parte de la sensación. A más de que, no es creíble que la naturaleza, tan gradual y ordenada en sus procedimientos, haya encendido esta calidad con un vigor poderoso en la vida animal y haya dejado privados por completo de sus beneficios los otros seres que completan el globo, capaces, como hemos visto, de continuar esta tradición gloriosa. Mejor es decir que nada hay roto en el mundo, nada incompleto; siendo la naturaleza metódica y regular en sus procedimientos, no ha dejado mutilada esta degradación de matices en la sensación, que en el animal representa el grado máximo, y se pierde entre colores indecisos allá en los seres de la última especie. (1)

(1) La psicología fisiológica explica hoy la sensación de una manera análoga á la nuestra, cuando esta ciencia aún no existía. Sin embargo, Vund y sus discípulos no han logrado explicar bien ni la sensación, ni mucho menos las facultades superiores, porque no han alcanzado el verdadero concepto de la fuerza.

LA PERCEPCIÓN.

Ahí está el nudo gordiano, este el punto crítico y decisivo de nuestro camino por entre sirtes y escollos.

La percepción es un fenómeno tan inmensamente superior á todo lo que vemos ejecutarse en el mundo material, lleva una distinción tan divina en su fisonomía, que no es extraño que el hombre al contemplarla en sí mismo ó adivinarla en otros vivientes, haya exigido una especial creación de Dios, un espíritu puro para sostenerla. Por otra parte, mientras no vemos, fuera de nosotros, sino materia que se mueve, con arte, sí, con un acierto admirable, pero ejecutando al fin meros cambios de lugar ó de forma visible, ocultándosenos á la intuición directa la fuerza; aquí sucede todo lo contrario, estamos por la conciencia frente á frente de la percepción, que es de todas las manifestaciones de la fuerza la más sublime y eminente. Por esto tienen disculpa los que, atentos á la superficie de las cosas, al ver el movimiento del universo todo exterior, siempre según las condiciones del espacio, han podido creer que era pura *materialidad*; así como al contemplar la percepción en sí misma, esta noble expansión de la fuerza, vista intuitivamente en y por sí misma, se han persuadido que estaba completamente separada de toda substancia sujeta al espacio. Se equivocaron; una inspección más deteni-

da les hubiera hecho ver que, si tras la materia inorgánica, que no les ofrecía sino extensión, se ocultaba la fuerza; tras la fuerza, que sólo presenta simplicidad, se oculta la materia extensa, en unidad de sujeto.

* * *

La sensación es una cualidad, la percepción es un acto.

A medida que avanzamos en la senda de la vida, la fuerza aumenta en perfección y se multiplica en perjuicio del elemento opuesto, la materia; esta es la ley. En el dintel de la región que vamos á atravesar, ya vemos una abundancia de vida, un lujo de propiedades nuevo y desconocido anteriormente. Primero la actividad no obra sobre sí misma, sino sobre el polo opuesto, la materia; más tarde, al despertar, no actúa sobre nada, sino que se reviste con las variadas tintas de la sensación, fenómeno intransitivo; mas al fin la acción reaparece, no ya sobre el objeto, sino reflexivamente sobre su propia actualización, *la fuerza se percibe á sí misma.*

El modo cómo esto se verifica es enteramente análogo al que hemos tenido ocasión de estudiar al ocuparnos de la sensación. No hay más que dos medios de ponerse en comunicación estas dos categorías de la existencia, fuerza y materia; ó bien la más alta mueve y agita la inferior ó ésta provoca y excita la más alta. El universo es una prueba palpable de esta afirmación. Hay un enlace, un matrimonio indisoluble entre estos dos elementos, en el cual la iniciativa, ora parte del más débil, en calidad de instrumento,

ora del más fuerte. En el caso presente, como en la sensación, es la materia quien promueve y desenvuelve la actividad, que sin esta ruda conmoción permanece en estado de mera potencia.

Obra un agente exterior cualquiera sobre la materia orgánica, llegada ya á un altísimo punto de sutileza y dotada de la forma substancial que le corresponde para estar enlazada con una actividad tan privilegiada. Este universal complemento de toda substancia es allí de tal condición que, puesta *en acto* por una conmoción súbita de un cuerpo extraño, estalla, se despliega, acciona y se comprende á sí misma en aquel estado en que actualmente la está poniendo un ser activo, que está fuera de ella y tiene el poder de afectarla en uno ú otro sentido. Durante esta iluminación instantánea, la fuerza tiene el don, envuelto con su despliegue ó actualización, de percibir su situación; se *ve* á sí misma modificada, excitada de una manera particular, y en esta percepción va incluida la de que no procede de ella misma, de su propia esencia, aquella inmutación que sufre, sino que es un objeto distinto de ella, puesto que no se siente en él, quien está causando el fenómeno de que ella es violentamente *sujeto*.

En efecto, supuesta la *sibi percepción* de la fuerza en el acto de la impresión, se presentan en dicha impresión dos términos, uno pasivo, la actividad modificada; otro activo, una causa que ejerce actualmente en ella el poder de modificarla. Todo esto viene envuelto sin duda en el hecho de la impresión. Una vez admitido que la percepción abarca la modificación que se ha ocasionado en todo el ser, debe abarcar forzosa-

mente los términos de que consta; agente y paciente; el ser modificante y el ser modificado.

No obstante, es preciso tener en cuenta que este último, propiamente hablando, no puede ser visto directamente como es en sí en la modificación que está produciendo, porque siempre queda, á pesar de la unión, distinto del ser perceptivo sobre el cual está obrando. Está verdaderamente representado en el acto, como causa determinante, está en contacto íntimo, y esto hace que pueda ser conocido por el ser que percibe; sin embargo, no nos atrevemos á decir que esta visión sea *intuitiva*, antes nos inclinamos á creer que participa más bien de un carácter intermedio.

El ser percipiente no puede ver más que á sí y sus modificaciones; pues nadie obra donde no está, nadie está fuera de sí mismo. Mas si él no está en la causa de la percepción, puede decirse que la causa está en él, en cuanto produce en su ser ciertos efectos y le está fuertemente unida momentáneamente. En este sentido es como decían los antiguos que la causa está en el efecto, y en el mismo diremos que la cosa percibida está en el ser percipiente, donde puede ser *en cierto modo* intuitivamente percibida.

Desde este punto de vista resulta más cierta la suposición de una substancia material, como sujeto de la fuerza percipiente. El choque necesario, innegable, como antecedente de la percepción, no se concibe sino entre dos substancias, *ambas materiales*. La representación que resulta después de este hecho es imposible, si no se realiza en una substancia dentro las condiciones de extensión y del espacio. La percepción tiene dos elementos que reclaman evidentemente el elemen-

to material que afirmamos, como se verá en otro lugar. Luego, tanto si se considera el hecho de la impresión en sí mismo, como en sus efectos, es imposible prescindir de la *materia*, parte integrante é inseparable del ser percipiente en sus actos. La actividad, substancia espiritual como la entiende la opinión común, hace imposible la percepción de los cuerpos; no puede ser concebida ni explicada por nadie; es contraria á la enseñanza de las ciencias físicas y naturales, á las observaciones fisiológicas y psicológicas; y por fin, sobre no estar apoyada en ningún fundamento, es absolutamente inútil para salvar los altos intereses á cuya influencia debe su nacimiento.

Nada más propio que la fuerza, tal como lo conocemos, para darnos razón del alto fenómeno, percepción. Nada más flexible, nada más capaz de cualidades, atributos y maneras de ser que este divino, inmaterial elemento. La materia es receptible casi de lo infinito en punto á formas y dimensiones; pero la fuerza con más razón, como categoría incomparablemente superior, la deja muy atrás en capacidad de ostentar modificaciones innumerables en su existencia. Pues bien, en el punto culminante de esta entidad tan perceptible se halla la facultad de percibir.

¿Quién probará que es imposible á la fuerza, principio de toda acción, origen de todo movimiento en el mundo material, pura, simple, exenta de las condiciones del espacio, simultánea en sus evoluciones; quién probará que esta entidad no puede ejercer de ninguna manera una función que precisamente lleva consigo estos mismos caracteres de ser inmaterial, simple, exenta de la condición de espacio, y simultánea en su

aparición en la conciencia? ¿Preferiremos atribuirla, en vez de esta cosa conocida, que en nada repugna aquella sublime propiedad, antes bien la reivindica con los títulos más irrecusables, á un ser fantástico, misterioso, que no está conforme á ningún otro tipo de la creación y rompe todas las relaciones, toda continuidad con los demás seres de la naturaleza?

No, no puede quedar perpetuamente abierto el abismo entre los dos grandes grupos de las ciencias, morales y físicas, con la admisión de sustancias espirituales y materiales. Dios hizo al mundo uno y el hombre al dividirlo en dos partes irreconciliables, cometió un desatino, que está obligado á reparar. La presente teoría puede efectuar tan necesaria y trascendental reconciliación.

*
* *

Para comprender mejor la importancia de nuestra hipótesis sobre la percepción, es conveniente ponerla en parangón con las más célebres de los filósofos antiguos y modernos. De ningún modo resplandece tanto la luz como puesta al lado de las tinieblas, y el medio más eficaz de conocer la verdad en ideas opuestas es aproximarlas.

De todos los problemas de la filosofía, el que ha dado origen á mayor número de sistemas es sin duda el fenómeno de la percepción. Este es el punto cardinal en que se separan todas las escuelas, como una encrucijada de donde parten numerosos y opuestos caminos, y de la solución que para resolverla han adoptado, toman la mayor parte su bautismo y su nombre.

Es inútil decir que, partiendo casi todas ellas del falso supuesto del dualismo, la dualidad de substancias, radicalmente contrarias, é ignorando, aun los que admiten una sola substancia, la verdadera significación de la noción de fuerza, ninguna escuela ha acertado á interpretar el enigma y dar una solución que la razón pueda confesar con pleno asentimiento.

Los más profundos y consecuentes filósofos dedujeron de la falsa premisa del *dualismo* la legítima consecuencia que no podían rehusar. Siendo el cuerpo y el espíritu de condición tan opuesta, no teniendo entre sí ningún rasgo común ni punto de semejanza que pudiera acercarlos, los supusieron completamente aislados, solitarios, intratables, llevando una existencia independiente uno de otro.

El gran Leibnitz escogió el sistema de la *harmonía preestablista*, según el cual cada objeto del universo va recorriendo silenciosamente su órbita por los caminos señalados de antemano, desenvolviendo su actividad sin intervención ni influencia de otro ser, libre de toda acción ó ingerencia; extraño, así como inocente de todo influjo sobre los restantes. No hay, según este sistema, relación de causas y efectos, todo son meras coincidencias. Cuando el *yo* percibe, no lo debe á la acción del objeto que cree tener presente, sino al desenvolvimiento predeterminado de su actividad, que *coincide* con la presencia real del objeto; á la manera que varios relojes bien contruídos señalan todos la misma hora, sin influir mutuamente entre sí.

Mallebranche partió del mismo principio, la incommunicabilidad entre los dos mundos, interno y exter-

no, y fingió que en la naturalaza divina, con quien estamos de continuo en comunicación íntima, percibe el hombre los objetos externos. Es Dios, no el mundo, quien se los está revelando sin cesar y causando esta especie de ilusión óptica, este sueño constante, que le hace creer que está en comercio inmediato con lo finito, siendo así que sólo ve y percibe su imagen ó reflejo en la substancia increada.

Los escolásticos, sutiles y enmarañados siempre, fingieron una serie de etapas por donde se va depurando la vil materia y purificando hasta ser digna de entrar en el santuario venerable de la vida intelectual. Recibida la sensación *en bruto* pasa luego al *intellectus patiens*, que la espiritualiza, y después de hechas algunas otras purificaciones, se presenta á la contemplación beatífica del *intellectus agens*, que la encuentra ya inteligible, la acepta y la *percibe*.

Condillac llama á la percepción y demás actos del entendimiento *sensaciones transformadas*; simplifica todas las operaciones, reduciéndolas á sensación. Confundir dos fenómenos, separados por rasgos y caracteres esenciales tan distintos, como hemos visto, es faltar á la experiencia y á la razón. Si consiente en la diferencia radical, empeñándose sin embargo en darles el mismo nombre, comete un repugnante abuso de lenguaje, á que nadie tiene menos derecho que el que se quejaba de estas infracciones tan amargamente en sus obras.

La filosofía escocesa, provechosísima como escuela práctica para el buen ejercicio de nuestras facultades, pero, como filosofía especulativa, negación completa, eclipse total del raciocinio y del espíritu de in-

vestigación científica, arrostra impasible la repugnancia real entre las dos substancias que admite, y sienta, en medio de su acrisolado espiritualismo, que el *yo* percibe el mundo material directamente, por intuición inmediata.

La escuela de Kant, semiidealista, acepta la percepción, pero le niega todo valor real. El mundo sólo presta la materia informe, el *noumenos*; las categorías de forma, cantidad, etc., son meramente formas subjetivas.

Finalmente, los materialistas é idealistas, que por su propia autoridad se permiten mutilar la naturaleza humana, suprimiendo uno de sus dos elementos, reducen la percepción á una combinación geométrica de figuras, cuyo matemático es la fatalidad, según los primeros, ó un juego fantástico de apariencias, á que no corresponde realidad alguna, en sentir de los segundos.

Es excusado refutar una á una estas opiniones y otras muchas que sobre el particular se han emitido. Las de Leibnitz y Mallebranche pertenecen á la filosofía mística, y no viniendo apoyadas por ningún cuerpo de pruebas, podemos dejarlas pasar impunemente. Sus errores pueden servir de lección á los que pretenden establecer el dualismo de substancias en el hombre, pues éste fué precisamente el origen de sus desvaríos. Los peripatéticos también se equivocaron por una razón análoga y tomaron las varias fases de un acto único por actos sucesivos, debidos á distintas facultades.

Los materialistas é idealistas parten del pié forzado de que la materia ó el espíritu, una de estas dos

cosas, no existe. Si la percepción se hace por la iniciativa ó mediación de la materia, quitándola, queda levantado el puente que nos ponía en comunicación con la realidad; estamos en pleno idealismo. Por el contrario, los materialistas destruyen la entidad fuerza, mansión natural del pensamiento, y les queda entre manos un mármol frío, susceptible sólo de figuras y movimientos. Ambos errores proceden de una mala inteligencia en los términos. ¿Hay hombre tan estúpido que niegue que el principio de toda acción está en la fuerza? no. Entonces nos pondremos con él fácilmente de acuerdo. Y si se conviene con nosotros en que no hay fuerza finita separada de la materia, entonces caerán también los fundamentos del sistema idealista.

La escuela del sentido común afirma la percepción *intuitiva*, en oposición á la aristotélica, que pone el intermedio de una *representación*. Estas dos opiniones son enteramente conciliables con nuestra teoría, que vamos á reasumir.

La fuerza percipiente puede encontrarse en estado de latente ó de manifiesta. Cuando la percusión de una substancia extraña la impresiona y reduce al estado de actualidad, se produce en ella la percepción. En dicha impresión intervienen simultáneamente tres elementos, el objeto agente y el paciente, bajo el doble carácter de materia y fuerza, todos los cuales se encuentran en el acto simultáneo é indivisible de la impresión. Entonces, la aparición de la fuerza, esta iluminación súbita provocada por el objeto, abarca y comprende en la impresión al objeto causante de la misma, á su materia actualmente impresionada ó

modificada, y á sí misma actualmente excitada. Esto, que está muy conforme á la experiencia, no podía menos de suceder así, si se atiende á que la forma y la materia constituyen una unidad indisoluble, y el objeto viene á comunicar íntimamente con ellas en el acto de la modificación.

Veamos ahora cómo se pueden armonizar las teorías enemigas de la representación y de la intuición entre sí y con la nuestra.

En cuanto los cuerpos externos dejan su huella en nuestra substancia material, que es del mismo género, según llevamos demostrado, se forma en nosotros una representación. En cuanto el objeto impresionador, vivamente unido á nosotros en el acto de la impresión, sufre la reacción de la fuerza, que él ha provocado, es visto inmediata é intuitivamente, en su efecto inmediato actual en nosotros, por el acto perceptivo. Finalmente, dicho acto se percibe á sí mismo, que interviene también en la impresión, como término de la misma, y ha recibido de la naturaleza el don de percibirse. He aquí conciliados con esta teoría los tres distintos sistemas: el escocés, el peripatético y el alemán, al par que afirmada nuevamente la proposición que venimos sosteniendo de que todo fenómeno perceptivo y sensitivo se produce por la excitación de la fuerza, obtenida por el choque de dos substancias materiales, la del *yo* y del *no yo*. Tal vez con esto pudiera quedar definitivamente esclarecido el misterio de la percepción externa, cuestión suprema de la filosofía.

Como complemento final para que quede enteramente redondeada, añadiremos la forma y movi-

miento que afecta la substancia percipiente en el interesante momento de dar á luz una percepción. Ya se puede sospechar por los antecedentes sentados que, en nuestro sentir, su movimiento natural es una vibración sutilísima, imperceptible, que excede en delicadeza á la más suave armonía, á un rayo de luz, cuanto la condición de la substancia pensante excede á la del flúido inorgánico.

Ampliaremos nuestra idea con una reflexión. Abro los ojos, y el débil rayo de luz que hiere mi pupila, me lleva entre los sutilísimos pliegues de sus vibrantes ondas un cuadro inmenso, cuya extensión abarca lo infinito, cuajado de seres variadísimos en forma, color, magnitud; todo en el mayor orden, tal como lo haya podido disponer la hábil mano del más sublime artista. Nada se pierde, nada se confunde en tan pequeño recinto; lo incomparablemente grande cabe holgadamente en lo incomparablemente pequeño, y la sutil hebra de una materia impalpable remeda y copia de una vez todas las maravillas de la creación.

En menor escala se reproduce tan misterioso fenómeno por medio del sonido. Millares de voces se levantan con distinto tono, timbre é intensidad, emitidas por seres de todas las categorías naturales, estando representadas todas allí en la masa que resbala del monte, el agua de los torrentes, el aire que de cada objeto arranca voces y armonías distintas, la voz de los animales, y, flotando sobre todas, la armonía producida por el hombre, marcada con el sello y colorido ideal de sus tristezas y alegrías, de sus dolores ó esperanzas. Todo este espeso y enmarañado bosque de sonidos, donde se pierde y desorienta la humana

inteligencia, está ordenada y perfectamente representado por una débil é insignificante conmoción del aire en toda su pureza é intensidad; de modo que en esa vibración puede leerse, no sólo las líneas y colores de este inmenso dibujo, sino las más íntimas y secretas afecciones que se agitan en el fondo impenetrable de cada una de las figuras que en su composición tomaron parte. Bajo este concepto, lleva el sonido una ventaja á la luz, pues es una imagen viva, un trasunto del cuerpo y del alma de aquel que lo emite, siendo así que la luz se evapora mayormente de la sola superficie de las cosas.

En vista de esto, me parece muy natural que suplamos la falta de datos sobre la naturaleza de las evoluciones de la substancia pensante por la paridad entre los dos órdenes viviente é inorgánico en general, deduciendo la semejanza que debe haber entre el movimiento de ambos géneros, cuando tan grande la hay en sus fenómenos correspondientes.

La substancia pensante, material en el fondo, casi inmaterial en la forma, dotada de una fuerza privilegiada, perteneciente á una especie sin comparación superior á las inorgánicas; aérea, divina, espiritual, vibra al soplo de los sutiles elementos que han recibido el dón de pulsar con su vibrante plectro sus sonoras cuerdas, y la armonía resultante, que el cielo escucha arrobado y Dios atiende con dichosa complacencia, es el grande, el divino, el sublime don del pensamiento, que refleja también la inmensidad, de una manera consciente. En este sentido podemos, pues, decir que: *el pensamiento es el resultado de una vibración.*

Siento una satisfacción inmensa en consignar este resultado, que un día se me apareció súbitamente como una hermosa paradoja, y que al fin he logrado sentar, después de una investigación prolija, como la teoría más probable tal vez de cuantas se disputan el dominio de la filosofía. Ella fué la estrella que me condujo á estas áridas regiones, de las que me había despedido definitivamente. Por ahí dí otra vez mi primer paso y al dejarla medianamente robustecida con pruebas, al menos de su posibilidad, no quiero abandonar este trabajo sin agotar, en cuanto pueda, todas las relaciones que tiene con las fibras más vitales de la realidad filosófica. Así los estudios, que vamos á hacer, recibirán tal vez nueva luz de la teoría que precede, y la exactitud de sus aplicaciones, su conformidad con los hechos conocidos, prestarán á su vez una nueva fuerza, y es posible que una definitiva sanción á nuestro sistema.

LA ESPONTANEIDAD.

La percepción sensitiva, producida ó reproducida (impresión y recuerdo), marca los límites ó mojonos de la fuerza animal, más allá de los cuales se extiende todo un orden de fenómenos propios y peculiares de nuestra especie. Antes de pasar á estudiarlos, debemos fijarnos un momento en la naturaleza de la espontaneidad, que es el rasgo que brilla con más esplendor en las altas esferas donde vamos á penetrar.

Toda fuerza en rigor es espontánea dentro el círculo de su actividad. La piedra va espontáneamente al centro, la planta espontáneamente crece y se desarrolla, cada objeto cumple la ley de su especie por su propia virtud. Sin embargo, la actividad está distribuida en distintos grados y cantidades por toda la escala natural, de donde procede en los seres más privilegiados el tener más caracterizado este atributo.

Para manifestar nuestro pensamiento con más claridad, recordaremos que la fuerza puede hallarse en estado de latente y de manifiesta. En el mundo inorgánico la fuerza no llega á actualizarse jamás, sino en presencia del objeto ó mediante una excitación exterior; empero en el orgánico ella por sí sola, sin la acción de un principio extraño, aparece, se pone en acción por virtud propia, ó bien de una manera fatal, como en la bestia, ó bien voluntaria, deliberadamente, como en el hombre. Esta aparición, no determinada por un *no yo*, es lo que propiamente denominamos espontaneidad.

Esta propiedad que la conciencia manifiesta en nosotros, lejos de repugnar á la idea que tenemos de la fuerza, está maravillosamente en armonía con ella. La excitación *inconsciente* de sí misma no prueba otra cosa que una acumulación extraordinaria de fuerza, que la hace explotar, rebosar, aun antes de ser llamada. Hay más, la rotación, el calor, el movimiento incesante de la vida orgánica despiertan la actividad dormida en las regiones donde se fragua la representación y el pensamiento, obligándola á manifestarse hasta en la ausencia de un objeto exterior.

La excitación *voluntaria* en la vida racional reco-

noce por origen un poder que tiene la actividad sobre sí misma, procedente de la facultad de percibirse aisladamente, poder que hemos llamado sibi-percepción, confundida en el animal con la aprehensión de la impresión total en sus tres mencionados elementos; separada en el hombre en virtud del análisis ó división que, según veremos, le está concedida como principio y esencia de su racionalidad.

La observación nos muestra que la espontaneidad se extiende tanto como el círculo de facultades del sujeto. Teniendo la fuerza humana tantas y tan diversas aplicaciones, estando derramada en el individuo con grande profusión y siendo auxiliada por el movimiento incesante de su organismo fino y delicado, producirá de continuo, abandonada á sí misma, un flujo variado de operaciones, adecuadas á su jerarquía y conformes á su constitución natural. (Recuerdos, sentimientos, juicios, etc.) Procedía esta explicación para comprender mejor en la fuerza las operaciones que vamos á describir.

ANÁLISIS DEL PENSAMIENTO.

En el animal la percepción es una especie de representación grosera, la aprehensión *concreta* de la cosa percibida. El objeto, al caer dentro su capacidad perceptiva, queda allí petrificado, no se levanta jamás á la altura de un análisis ó generalización. El hombre tiene el poder de apoderarse de la nueva adquisición

que ha hecho, extraer uno de sus elementos, desechando los restantes; descomponerlo, en fin, en invisibles fracciones, tanto si se considera en su valor físico como en sus partes lógicas, inseparables en la realidad. Esta facultad preciosa coloca nuestra especie en un rango inmensamente superior al del pobre viviente que, aun en el acto de percibir un mundo, no es sino una máquina fatal, una ilustre víctima de la realidad externa.

Se ha dicho con razón que el hombre es un mundo pequeño, microcosmos, y lo es realmente en su totalidad y en cada una de sus potencias. La fuerza puesta en acto, hemos dicho, por un objeto presente, reacciona á la vez sobre sí, sobre el objeto y sobre su organismo, y percibe los tres términos. Hasta aquí probablemente el pensamiento animal y el humano marchan en dirección paralela. De aquí en adelante empiezan las diferencias.

La percepción en su estado primitivo, rudimentario, aprehende los tres extremos mencionados de una manera total, confusa, simultánea, sin poder separarlos ni distinguirlos; mas cuando llega al grado de perfección que ostenta en el hombre esta facultad, la luz antes rígida y compacta se descompone, se polariza y deja ver clara y distintamente el caudal inmenso de riquezas que en los órdenes inferiores venían envueltas en confusa obscuridad.

Aquí empieza otra serie de maravillas. La nueva facultad de ver, en conjunto ó por separado, los más pequeños elementos que integran una impresión; el poder de dirigir la actividad á su antojo en uno ó varios de los tres elementos que constituyen dicho

acto, da lugar á las preciosas facultades, distintivo del hombre; la abstracción, el análisis, que son la base y antecedente necesario de la síntesis, la generalización y composición, engendra la conciencia clara de sí mismo, la percepción aislada y detenida del objeto, y finalmente, la comparación y el raciocinio. Puede resumirse todo en una palabra, reflexión. Todo son consecuencias de percibir por separado los elementos de la impresión ó los del objeto. Esta es la esencia de la racionalidad, que nos distingue y separa de los animales.

Ahora antes de pasar al estudio particular de cada una de estas operaciones, que no son al fin sino variados ejercicios de una misma facultad, es preciso decir cuatro palabras sobre la memoria é imaginación, condición indispensable para el ejercicio de las facultades superiores. De esta manera completaremos brevemente el cuadro del entendimiento humano en todas sus fases.

IMAGINACIÓN Y MEMORIA.

El hombre tiene el poder de representarse el mundo físico, aun cuando no lo tiene presente; guarda en su fondo una capacidad de reproducir más ó menos fielmente lo que alguna vez ha percibido por alguno de los sentidos, lo mismo que por su conciencia. Nada se pierde (suponiendo al hombre perfecto) de cuanto entra una vez en el glorioso recinto de su ac-

tividad. El tiempo, que se lleva de continuo entre sus alas cuantos fenómenos aparecen á la movible superficie de la existencia, no puede penetrar en este recinto sagrado, donde se van amontonando los objetos ordenadamente para vivir allí y reflejarse en el espejo de la conciencia, así los pasados como los presentes. La fuerza humana puede llamarse el templo de la inmortalidad.

Ningún filósofo ha podido explicar satisfactoriamente cómo el alma, siendo inmaterial, puede representarse los seres materiales; cómo lo *extenso* puede dibujarse en una substancia simple. No es extraño, siendo la representación una segunda presentación al pensamiento, una especie de nueva percepción; subsisten aquí, notablemente aumentadas, las dificultades de que encontraron erizado el fenómeno de la percepción primitiva. Todas las nubes, que se les amontonaron alrededor de la aparición del *no yo* en el *yo*, continuaron igualmente en su reaparición, estando el objeto ausente. Debía suceder así, porque el hecho era el mismo, y el supuesto falso que se interpuso entre ellos y la verdad, subsistía igualmente.

Según nuestro sistema, la substancia del *yo* es del mismo género que las del mundo exterior; su fuerza es igual en la esencia á las demás fuerzas criadas; queda, pues, cegado el abismo que entre las dos se había abierto, y todos los hechos se explican con la mayor facilidad.

La materia objetiva hiere á la del sugeto, poniendo en ella su imagen, su figura y demás accidentes que la acompañan; y al propio tiempo excita la fuerza subjetiva que en su actualización ó despertar se per-

cibe á sí, á su substancia modificada y el objeto modificante. Cuando el objeto desaparece, la impresión producida en el sugeto no se pierde, como la voz que se desvanece en el espacio, sino que queda en él una aptitud para continuar algún tiempo en aquella forma ó renovarla cuantas veces la actividad quiera reproducirla ó bien la fuerza *espontánea* del *yo* la provoque de nuevo, reflexiva ó irreflexivamente. Mas á la nueva información de la materia orgánica viene unida la nueva aparición de la percepción; porque iguales causas producen iguales efectos, y si la vez primera el organismo modificado por un ser exterior pudo provocar determinada percepción, nuevamente modificado en el mismo sentido por su propia actividad, debe dar forzosamente por resultado una percepción idéntica. La sola diferencia consistirá en que el sugeto sienta que no es el *no yo* quien reproduce su percepción pasada, sino su propio poder ó espontaneidad. Este acto por el cual el *yo* se da á sí una percepción tenida, se llama *representación*.

Si bien se considera, no hay en esto dificultad. El Criador ha querido que nuestro organismo no fuese sólo como un espejo que no guarda la imagen reproducida por el objeto, ó como el agua, incapaz de sostener un instante las figuras que se dibujan en su superficie, sino como la fotografía, tan dócil á las formas que quieren imprimírsele, como tenaz para guardarlas. La mejor comparación que puede darse es la de un instrumento músico, siempre dispuesto á repetir los mismos sonidos, cuando una mano diestra acierta á pulsar las cuerdas de la misma manera. Lo hemos dicho ya, la cuerda es la materia, el sonido la percep-

ción, la armonía el pensamiento. A veces, como el arpa eólica, está pendiente de un árbol, aguardando que la agite el menor viento que pasa ó la mano que llegue; otras veces ella sola arranca de sus cuerdas armonías sublimes y repite las tocatas y sonos que los vientos le enseñaron al pasar. Cuando suena á impulsos del mundo exterior, es el *yo* que *percibe*; cuando renueva en sí misma las melodías aprendidas, sin que nadie la pulse, es el *yo* que *representa* los objetos.

Además de esta representación literal, de este espectáculo solitario que el *yo* se da á sí mismo, reproduciendo el fenómeno de la percepción tal como pasó en su primera representación, hay otra facultad, también representativa, de un orden superior, mezcla feliz de altos sentimientos, de superior inteligencia y de mera representación, por medio de la cual se combinan bajo la dirección del gusto y de la intuición, que más tarde estudiaremos, los materiales que el *yo* ha recogido en sus numerosas percepciones. Esta facultad, madre de las bellas artes, se llama *imaginación*; hablaremos de ella en otro lugar.

Correspondiente á la representación, con la sola diferencia de tener un círculo más vasto ó abarcar mayor número de fenómenos, está la facultad de la *memoria*. Todo lo que el *yo* ha percibido por mediación de los sentidos, está en la esfera de representación; todo el restante fenomenismo que corresponde á las otras subdivisiones del pensamiento, pertenece propiamente á la jurisdicción de la memoria. Con todo, vulgarmente se la toma por la facultad de pensar cualquier fenómeno que en el *yo* haya tenido lugar, de cualquier género que sea.

Mucho se ha hablado sobre el modo de conservarse el *recuerdo*, tomado en su acepción general; pero el camino más corto para refutar las hipótesis erróneas que se inventaron, por no haber comprendido la naturaleza del ser pensante, es establecer la verdadera teoría.

En el mundo interior nada pasa, nada aparece que escape á la visión de la inteligencia que, como la luz del sol, ilumina los más recónditos pliegues y escondrijos del pequeño universo humano. No hay ruido ni movimiento que no repercuta en este reloj eléctrico de la conciencia, que marca á todas horas las mudanzas y conmociones de que es teatro el alma. Así como el entendimiento escribe y toma acta de los acontecimientos del mundo exterior por la percepción externa, también viene en conocimiento de los hechos del interior por la conciencia. Está, puede decirse, en la cumbre de un monte desde donde domina lo que está á una y otra parte de sus faldas; entre dos campamentos de los cuales tiene de continuo noticias por medio de estos dos conductores secretos, la percepción y la conciencia.

Ya hemos visto cómo obra en la percepción; de una manera semejante obra en la conciencia; el *yo* puede ser para sí mismo objeto, lo mismo que el *no yo*.

El hombre es una totalidad, unida en sus partes por unidad de materia, unidad de forma y unidad de fuerza, en medio de las diversidades que tiene la primera en las partes de su composición, la segunda en la construcción de sus elementos, y la tercera en la variedad de sus aplicaciones. Por efecto de esta unidad esencial, todo movimiento ó alteración que se

efectúa en una parte de la substancia humana, trasciende á aquella parte nobilísima donde se fragua el pensamiento y produce en ella una percepción de los cambios de la materia y su forma; así como una percepción clara y distinta de los efectos causados en la fuerza inherente al órgano afectado, por haber entre las fuerzas parciales y la total una verdadera solididad. Cuando, pues, un miembro sufre una alteración sensible ó se ejercita otra facultad, es el *yo* quien contempla por la unidad de la fuerza y de la materia total, la afección que en un lugar ú otro de su reino está sufriendo. El conocimiento que tiene el *yo* en el acto de efectuarse el hecho, se llama conciencia ó percepción interna. No puede señalarse razón *á priori*, de que la actividad pueda renovar voluntaria ó espontáneamente los hechos que ha verificado una vez, tocando el mismo resorte, poniendo el mismo antecedente que lo ha producido la vez primera. No hay mejor paridad que la de un pianista; el instrumento es siempre la materia, la actividad el sonido y muchas veces el artista. (1)

Mediante las percepciones interna y externa el alma ha recogido todo el caudal de conocimientos particulares que necesita para sus elaboraciones; tiene ya, como el arquitecto, los materiales ó elementos que necesita para sus construcciones. Merced al auxilio de las dos anteriores facultades, conserva perpetuamente en su poder las adquisiciones que haya hecho en el mundo interior y en el externo, está en ap-

(1) Averiguar qué partes del organismo son asiento de las respectivas facultades de la fuerza humana, pertenece á la *fisiología psicológica*; ciencia que puede decirse nace en nuestros días.

titud de repetir *intelectualmente* el fenómeno ó serie de fenómenos en él aparecidos anteriormente. Otras facultades se encargan entonces de trabajar sobre estas riquezas acaudaladas y ofrecer al mundo productos que le colmen tal vez de maravilla y contento.

ANÁLISIS Y SÍNTESIS.

Analizar es descomponer, descomponer es ser racional. Si éste se levanta sobre los animales y goza el alto privilegio de la inteligencia, es porque puede volver sobre los hechos apercibidos y reconocerlos fibra á fibra, en todos sus detalles. Este poder llevado á su mayor expresión constituye el grado máximo del talento. El hecho se efectúa de esta manera.

La materia donde está la facultad pensante, dotada de maravillosa sutileza para abrir sus senos á la acción perceptiva de la fuerza, no siempre disfruta en el mismo grado de esta preciosa cualidad, que podríamos llamar separabilidad, divisibilidad, expansión ú otro nombre, sino que varía prodigiosamente dentro las especies y aun entre los individuos de una misma especie; como no toda el agua es igualmente límpida y clara para franquear á la vista sus profundidades, ni la luz se descompone de la misma manera al penetrar en todos los cuerpos transparentes. Lo esencial en todo hombre es que la reacción perceptiva de la actividad pueda recaer sobre uno ó varios elementos contenidos en la impresión, abando-

nando los restantes; fijarse en una parte del objeto, suscitár sólo un término, que, concentrando toda la fuerza, haga aparecer mucho más clara y luminosa la *idea*. La razón de esto, estriba en la limitación de la fuerza, tanto más poderosa cuanto menor es el objeto á que se aplica. Es la ley general de la mecánica, que alcanza también al entendimiento.

Lo dicho, si se considera bien, es una nueva prueba de esta teoría. La sutileza de la materia (1) es la condición, la concausa de la perfección que alcanza un ser. Cuanto más sutilizado está, pues, el ser pensante, más capaz y apto se encuentra para descomponerse y polarizarse en formas infinitamente pequeñas, casi ideales; cuanto más grosero es más refractario también para afectar muchedumbre y prontitud de formas, como lo comprueba la luz comparada con el aire, con el mineral, etc. La aptitud de las fuerzas está providencialmente acorde á la distinta depuración de la materia, la forma sigue la misma ley. Estudiar un elemento es hacerlo con los dos restantes.

En el hombre tienen la forma substancial y la fuerza la perfección que necesitan para realizar la percepción de los elementos que están comprendidos en una impresión y queda, por este mero hecho, en disposición de analizar.

La síntesis es la vuelta á la contemplación natural de un todo compuesto, después de haber escudriñado uno por uno todos sus componentes. Al presentarse por entero el objeto á nuestra intuición, se destaca de una manera confusa por no ser posible al

(1) Véase la página 61, *Segundo principio*.

yo apoderarse, en globo y de una vez, del conjunto y de las partes en sus múltiples relaciones; una ligera niebla se extiende por todo el campo de la visión interior. El análisis pulimenta é ilumina cada detalle en particular, y cuando el *yo* vuelve luego á contemplar la impresión, cuyas partes han recibido largo tiempo todo el poder de sus rayos, alcanza el conocimiento perfecto, que llamamos vulgarmente «dominar una verdad, conocer bien un objeto.» Tal vez en la materia, que tan interesante parte toma en nuestros actos, se graba y rodondea con más delicadeza la impresión con el largo trabajo de la reflexión, y la fuerza se habilita para comprenderla mejor por medio del ejercicio; así como un pintor termina los perfiles de su obra, que es la encarnación de una idea concebida, con la constante y detenida aplicación de la fuerza. Precediendo este trabajo parcial, el estudio del conjunto ó síntesis puede ser completo.

ABSTRACCIÓN Y GENERALIZACIÓN.

La abstracción es una operación apenas distinta de la precedente. De los objetos que la actividad aprehende hay algunos elementos inseparables en la realidad, y otros separables. El acto es inseparable de la potencia, el modo de la substancia; mas el entendimiento vence esta imposibilidad, y concibe por separado lo que está invenciblemente unido. El hombre

puede pensar aislado en lo que aisladamente no puede existir.

Conocer ó percibir es hacer una ecuación entre el pensamiento y la cosa, excepto la existencia. La situación de *existente* implica en la cosa condiciones á que no está sujeta cuando está en la categoría de *pensada* ó imaginada; así el bronce que no se rompe fácilmente en su ser real, se quiebra sin dificultad en la imagen de un espejo. Este hecho es general en la naturaleza.

El entendimiento distingue todos los elementos que el objeto contiene, con tal que ofrezca alguna diferencia en que asirse, que pueda ser pensada. Lo simple ó idéntico no puede ser objeto sino de un acto ó idea específica, lo diferente puede serlo de distintos actos; donde hay diversidad de objetos, puede haberla de percepciones.

Es evidente que la cualidad y el sugeto, el acto y la potencia no son cosas idénticas, tales que sea posible sujetarlas á una ecuación $a=a$, porque la potencia no es el acto. Siendo, pues, el objeto del entendimiento conocer todo lo que existe de especial en cada cosa, no hay inconveniente en que se fije separadamente en estas nociones, que si bien no pueden *existir* aparte, como él las concibe, pueden *ser concebidas* aisladas; supuesto que ofrecen elementos que no se confunden é identifican en la realidad. Por esto decimos que la abstracción no es en rigor una facultad especial, sino una consecuencia del poder de percibir separadamente todo lo que hay de real y diferente entre los elementos de un objeto, sea ó no separable en la realidad. Las cosas existen en condiciones dis-

tintas de como están en el pensamiento, según se ha dicho; y esto no perjudica á la veracidad de nuestros juicios, porque nos asisten medios para comprobar y asegurar el grado de conformidad entre ambos términos.

En virtud de estas reflexiones creemos que podría suprimirse en las clasificaciones esta operación. Actualmente se conserva para expresar el análisis llevado á las partes *lógicas* del ser pensado, y también para determinar la diferencia entre la investigación curiosa de cada elemento singular, y el acto de separación mental sin investigación ulterior. En este sentido la abstracción es base del análisis en ciertos casos y en otros un mero material para las construcciones de una composición voluntaria.

La facultad de la abstracción podría sugerir una objeción contra la explicación que hemos presentado, ya que las más sutiles inflexiones de una substancia infinitesimal no parece puedan representar lo que es sencillamente un accidente, una idea, en cuyo caso la fuerza concebiría sin la correspondiente inmutación de la materia. Las partes reales, los movimientos, etcétera, pueden ser representados por la materia del *yo*; una cualidad ó un acto es imposible.

Esto, que acarrearía tal vez la ruina de nuestro sistema, viene á ser su comprobante más enérgico, si se considera, que ninguna idea abstracta puede realizarse, ni menos aún sostenerse en el pensamiento, sin el auxilio de un signo ú objeto real substantivo (lenguaje), que substituya lo ideal adjetivo y le conserve separado de la otra realidad á que esta ba vinculado. Así no puede abstraerse con el pen-

samiento el color del objeto colorado, la virtud de un hombre virtuoso, sin el auxiliar de un signo, que es generalmente la *palabra*, la cual sin tener ninguna relación con el objeto ni con el accidente en cuestión, puede unirse á la representación del objeto, que, en calidad de abstracción, no podría ser pensado ni afectar á la materia pensante. Puesta empero esta condición, no hay entonces dificultad en que se sostenga el objeto en un signo, sin ningún otro valor que el de elemento material, para ser pensado en él y por él un objeto incorpóreo. Esta es una prueba más de que la materia interviene en el pensamiento en la forma que hemos dicho, pues si fuese sólo la idea efecto de un espíritu, no dejaría éste de ejercitarse en las ideas abstractas, sin necesidad de un objeto material.

De aquí se desprende también la razón *á priori* sobre la necesidad del lenguaje para hacer el hombre uso de su racionalidad, al paso que se da respuesta á la cuestión de lo que fuera el hombre reducido á sus solas facultades, sin este auxiliar poderoso. Todo lo que es abstracción, sería imposible; el análisis completo que la supone y envuelve, y sobre todo la generalización de que es el primer antecedente, serían sin él irrealizables. Tendría solamente iniciada su fisonomía racional.

Volveremos sobre esta cuestión más adelante.

GENERALIZACIÓN.

Cada una de las facultades que vamos enumerando es una disposición para la siguiente. El entendimiento, aunque obrando y ejerciendo sus actos con una prontitud maravillosa, que casi escapa á la acción del tiempo, se parece á una máquina donde se van elaborando los productos y pasando de una á otra transformación hasta quedar perfectamente terminados. La percepción los recoge, la memoria los conserva, el análisis y abstracción los descomponen, y en este estado el pensamiento los reúne y forma las *ideas generales*, que son los elementos del juicio, fragmento ya completo de las construcciones intelectuales.

Cualquiera obra de filosofía da cuenta de cómo se forma la generalización desde el punto de vista psicológico; á nosotros sólo nos incumbe la descripción de la formación secreta ó material de este género de operaciones.

La función más fácil y natural de la facultad perceptiva es la contemplación ó visión del objeto total, como se verifica probablemente entre los animales y en el hombre antes de la reflexión. La ventaja que lleva el hombre, consiste en el análisis ó separación de las partes, en que antes nos hemos ocupado. De aquí se sigue que volver al estado normal de la percepción, del objeto total, no presenta un obstáculo,

antes bien es el movimiento espontáneo de la naturaleza.

Puede suceder empero que un objeto no se componga con los mismos elementos que le integran en la realidad, sino que tomando del vasto arsenal de elementos separados por el análisis, se tomen algunos semejantes ó diferentes para construir una unidad, que no está en la naturaleza como está en el entendimiento. Cuando estos elementos reunidos son diferentes, resulta la obra de imaginación ó de arte (caballo alado), cuando son semejantes se verifica una generalización (caballo, ciprés).

Dando por supuesta la cualidad perceptiva en el acto de la fuerza, con la perfección que hemos visto en el hombre, veamos de qué manera se verifica dicha generalización.

Generalizar es *comparar* entre sí cierto número de objetos y *reducir* sus elementos semejantes á una sola idea. Estas dos operaciones van comprendidas en la percepción analítica, como la hemos estudiado en el hombre. Veámoslo.

Comparar es pensar en dos ó más cosas simultánea ó sucesivamente, y observar en qué convienen ó discrepan. El primero de estos dos actos, que algunos filósofos han reputado imposible, es muy común y sencillo, pues viene contenido en el poder de pensar en un ser compuesto como tal, esto es, en sus elementos reunidos. Cuando se descompone un ser, cuyas partes se han estudiado aisladamente, la contemplación del conjunto abarca cada una de las partes en relación con el todo, comprende la multiplicidad en la unidad, ve de una ojeada muchos objetos en cuanto forman

parte del objeto total, que es precisamente pensar muchas cosas á la vez.

No menos fácilmente se explica el que la observación de las semejanzas y diferencias venga envuelta en la percepción racional.

Puesto que el *yo* se halla en presencia de varias realidades, supuesto que las conoce ó percibe más ó menos como son en sí, puede decirse que su percepción ó idea es un trasunto, un equivalente de la realidad, excepto la existencia. Ha de constar en él, por tanto, lo diferente como diferente, lo idéntico como idéntico, que sin esto no fuera el conocimiento imagen de la realidad, como lo es, según esperamos probarlo. Teniendo la fuerza conciencia de su idea, de las modificaciones de su substancia, lo semejante, lo idéntico, lo diferente, deben ser apreciados por él como tales; de lo contrario deberíamos decir que no percibe.

Si pues el *yo* percibe muchos objetos simultáneamente y ve también, según el alcance de su potencia, en que convienen ó no, tiene ya el primer paso para la generalización. Falta sólo reunir los elementos abstractos que le causan una impresión idéntica, dejar los que la producen diferente y darles un nombre, para haber obtenido una idea general.

EL LENGUAJE,

Este dón es el distintivo del hombre, la condición de su nobleza, el medio que tiene para dominar el

mundo por medio de su pensamiento. Sin él sólo se le aparece la superficie de las cosas, todo se le presenta confuso y las facultades más nobles quedan como embargadas en una dolorosa parálisis.

No todas las facultades necesitan del lenguaje; no necesita este auxiliar la representación del mundo interno ó externo; pero entonces las facultades intelectivas no se levantan mucho sobre el nivel de las de los animales.

Investiguemos el fundamento del lenguaje.

Hay en el hombre una tendencia á asociar ó agrupar lo separado y disperso. Este fenómeno es tal vez la aplicación en estas altas regiones de la ley universal de gravitación. Cada hecho que se realiza en la materia donde está el pensamiento, excita, sugiere fenómenos análogos por la juxta-posición, por la semejanza, por la sucesión. Nunca se presenta un fenómeno aislado, sin que al momento levante otro adyacente, contemporáneo suyo, inmediato sucesor ó semejante. Así se propaga la llama en un objeto combustible, así el movimiento del agua donde cae la piedra, suscita el de toda la superficie de un estanque y una ola de aire conmueve una grande masa. Hay en el hecho de la asociación el resumen de todas las leyes naturales, levantado á la altura superior á que la levanta la calidad de la substancia orgánica, el carácter y dignidad de su fuerza. Por estos motivos es natural la asociación por contigüidad y por sucesión, como se ha visto en los ejemplos propuestos.

Aparte el fundamento ontológico de dichas asociaciones, hay otros fundados en una aptitud nativa del pensamiento para asociar con una rapidez mara-

villosa los objetos que no tienen entre sí relación alguna, sino la que él voluntariamente establece; como la bandera y un reino. Comparar, relacionar es el ejercicio continuo, la vida de la inteligencia, y llega á ser tan diestra en él, que le es fácil unir muchos conceptos de relación muy distante. No se detiene aquí, sino que alcanza á juntar las ideas naturalmente inconexas, con una rapidez tal que, al parecer, en el concepto de la una envuelve la idea de la otra. Esta operación admirable no ha tenido explicación alguna, y, si esta es posible, creemos que se encuentra en nuestro sistema.

En el pensamiento intervienen necesariamente el cuerpo y el alma, la materia y la fuerza. A la percusión espontánea ó violenta de la primera corresponde la aparición espiritual de la segunda, con lo cual queda completo el pensamiento. La primera es una imagen que nosotros hasta cierto punto conocemos bien; la segunda es una exhalación fosfórica, un resplandor súbito, una cosa celestial que el pensamiento mismo contempla pasmado, enmudecido. Ello es cierto que este segundo hecho no se realiza sin que le preceda bajo una ú otra forma el primero.

Cuando se trata de un objeto particular y sensible, entonces la materia está en su elemento, lo retrata, lo imita y da con orgullo su patrón al pensamiento, que no puede hacer una variante en la impresión recibida. Quedan tres cosas semejantes: objeto, materia, acto, en la perfecta unidad que llevamos explicada en la percepción. Empero tratándose de ideas producto de la comparación, abstracción ó generalización, del análisis, que el entendimiento ha practicado, en-

tonces la forma del sugeto y del objeto no se corresponden; son necesarios el uno al otro, el acto no puede sostenerse sin la correspondiente forma en la materia, pero no tiene allí su tipo, sino únicamente la condición que se le ha impuesto para actualizarse; por lo que á cierta imagen en la parte material corresponde una idea sutil, preciosa, en el mundo superior de su actividad. Hay, pues, una porción de causas en este fenómeno; la necesidad de una percusión objetiva en la materia para aparecer la idea, asociación entre el mismo objeto y la idea, discordancia entre el principio del fenómeno y su término, cuando el objeto de la idea es abstracto ó general. Este conflicto se evita por medio del lenguaje.

Realmente, si en nuestra niñez no nos hubieran enseñado á unir una idea, esto es, un acto del pensamiento á cierto signo, haciendo de manera que éste sustituyese á aquélla y ella le siguiese constantemente, ni podríamos casi pensar ni para nosotros significaría nada el lenguaje. Primero aparece la idea por un camino natural que es la intuición en el objeto; después, una vez formada por este único medio, aprendemos á cambiar la impresión de la materia que ha provocado la idea, por otras impresiones que la provocan asimismo, y le llevan muchas ventajas.

La primera que acarrea este cambio de impresiones, para obtener el mismo resultado en la fuerza pensante, consiste, según dijimos, en poder contemplar separado del conjunto el objeto, cuando en realidad es inseparable. En la impresión nuestra, lo mismo que en la realidad, vienen indisolublemente unidos ciertos elementos, como la cualidad y la subs-

tancia, el acto y la potencia, etc.; y si bien el acto apercibe en confuso la distinción entre los mismos, no puede hacer el análisis completo ni sostener la visión mucho tiempo, para aprenderlo mejor, ni hacer uso de ellos cuando necesita tomarlos por separado, sino con el auxilio de un instrumento. Para este conflicto tiene la fuerza á su disposición los signos del lenguaje, que, no teniendo relación alguna real con el objeto que ha de ser conocido, no se adhieren infortunadamente á sus coadyacentes por naturales asociaciones, sino que utilizan la facultad natural de asociar para excitar la idea limpia, pura, separada de todos los elementos á que venía agregada. Entonces el pensamiento contempla á su sabor la nota ó idea que le interesa, valiéndose del signo al cual la ha asociado, sin que vengan á estorbarle inoportunamente las partes restantes, á que está el objeto de dicha idea metafísicamente unido. Por esta razón el lenguaje es absolutamente indispensable para formar lúcidas y claras las ideas metafísicas.

También lleva recomendables ventajas para las demás ideas. En primer lugar, el lenguaje es un envoltorio ligero, un objeto que no embaraza ni recarga la materia orgánica, como lo hace la representación exacta de la cosa percibida. El entendimiento tiene necesidad de ejecutar con mucha rapidez sus operaciones de comparación, análisis, abstracción, etc., de objetos distantes, heterogéneos y numerosísimos. Estos ejercicios rápidos no pudieran ser perfectamente secundados por la materia percipiente que, si bien sutil y depurada hasta lo inconcebible, dista mucho de la velocidad de la fuerza; y aun esta misma

que excita la materia en el pensamiento espontáneo y voluntario, es menos absorbida que debiendo reproducir los elementos múltiples y materiales que envuelven muchas percepciones. Estos inconvenientes quedan obviados sustituyendo la representación por la *palabra*, elemento ligero, sea que se considere como un leve sonido, tenue como pasajera nota, ó bien como un signo escrito y representable, siempre sencillo y poco voluminoso. Por su medio las impresiones vuelan, juegan, se combinan con maravillosa rapidez y precisión, merced al ejercicio dilatado de muchos años, y la fuerza perceptiva, no absorbida por la materia, se consagra toda entera á la contemplación ideal de la verdad, que cada signo le sugiere claramente.

Finalmente, para los ejercicios de imaginación, y es una razón no menos grave, el lenguaje no es menos necesario para evitar las consecuencias de las asociaciones. Ya se ha dicho que cada imagen tiene una fuerza de atracción, una tendencia á levantar las contiguas en el espacio y en el tiempo, y aun el entendimiento la tiene á suscitar semejanzas á cada imagen. Si el lenguaje no borrarse hasta cierto punto de la materia la representación de la realidad, cada objeto que se representase sugeriría al momento otros mil, no conducentes al fin que el entendimiento se propone, y debería éste luchar de continuo con las atracciones que de todos puntos le llevarían fuera de propósito. Ahora, mediante el lenguaje no se presenta el mismo objeto sino otro, que tiene el mismo valor para la idea, sin llevar al entendimiento asociaciones extrañas, porque como objeto real no tiene va-

lor ni relaciones de ninguna clase. Así se presenta cada idea simple y aislada de sus coadyacentes, análogas y semejantes, y hiere con pureza y precisión á la materia, como el martillo que cae sobre la cuerda de un instrumento. El resultado es la idea que interesa actualmente, en vez de muchas otras impertinentes.

COMPOSICIONES INTELECTUALES.

Hemos asistido á la formación de las ideas generales por la aproximación de lo semejante y separación de lo diferente; se ha visto también la recomposición de los variados elementos de un objeto, que habían sido separados á beneficio de la síntesis, y aun se ha indicado la unión de varios objetos, extraídos de individuos distintos, para constituir una idea general. De la misma manera que estas operaciones de forma simple, por el ejercicio de las mismas facultades se ejecutan el juicio, el raciocinio y la composición artística ó científica, todas de carácter compuesto.

El mero acto de generalizar es formar un juicio, el cual puede formularse diciendo: *a, b, c*, tienen tales elementos comunes; luego están sujetos á tal idea general, á quien puede darse tal nombre. Basta, por consiguiente, poseer una idea general, para tener atestiguada la facultad de juzgar y emitir juicios so-

bre asuntos infinitos. Dada una potencia no hay limitación en los actos.

El juicio, con todo, tiene una forma exterior distinta de la generalización; pues mientras ésta oculta en una palabra su multiplicidad ó composición, el juicio la manifiesta distintamente. Así una semilla disimula las formas del fruto y concluído su desarrollo quedan por dentro y fuera perfectamente diseñadas.

Para el entendimiento, *percibir es afirmar*; quien percibe afirma cuando menos la existencia del objeto. La certitud no ha sido una invención de la filosofía ó de la reflexión; la naturaleza la imprime con fuerza tan ruda que no nos deja dudar de las cosas percibidas. El bruto, dotado probablemente de la facultad de percibir, afirma, lo mismo que el hombre, la existencia de lo que ve. La superioridad de este acto en el hombre consiste en la conciencia clara de su percepción y en la abstracción que hace de lo que se presenta mezclado y complejo. En la realidad hay verdades que no pueden ser percibidas ni afirmadas, por consiguiente, sino por el hombre. Así, el animal afirmará la existencia de lo concreto que percibe; pero la existencia misma, en abstracto, está fuera de su alcance y facultad; viene para él involucrada con otros elementos entre los cuales no distingue ninguno aisladamente. Esta inteligencia rudimentaria no puede dar lugar sino á juicios apenas bosquejados y groseros. Distingue y juzga solamente lo concreto; por ejemplo, esta mesa no es este hombre.

El ser inteligente percibe por separado los elementos lógicos, inseparables, y los afirma por el hecho de

percibirlos idénticos ó diferentes; así es como forma las ideas generales, que son juicios no expresados ó implícitos; percibe luego la relación de identidad entre objetos incluidos en una idea general y otra particular ó entre dos ideas particulares, y al percibirla la afirma y forma un juicio perfecto.

Así, pues, el juicio no envuelve nada nuevo; es el producto de las operaciones precedentes: percepción, análisis, comparación y afirmación. Estos actos son hechos instantáneamente en el acto de presentarse el objeto; de lo que se infiere que en rigor, percibir ya es juzgar, y toda la variedad de juicios que menciona la lógica se originan del carácter de la percepción. Percibir, hemos dicho, es afirmar; afirmar es juzgar, luego percibir es juzgar.

El raciocinio es la comparación entre dos juicios, como el raciocinio precedente. No ofreciendo esta operación ningún rasgo nuevo, que tenga incompatibilidad especial con nuestra teoría, nos remitimos á las obras que tratan de esta materia.

Armado el hombre con todo el poder de estas funciones, se coloca delante del universo y éste le abre de par en par todas sus puertas, le franquea todos sus secretos y le hace árbitro de sus destinos. Como el sol, penetra el pensamiento con su radiante luz de un extremo á otro de la creación y la abarca de una ojeada. Lleva todavía á ese astro luminoso la ventaja de que no es él quien se expande por el campo inmenso de lo creado, sino que todas las cosas vienen á depositarse en su inagotable capacidad, prestándose pacientes á todas las trasformaciones, supresiones y cambios que quiere imprimirles el pensamiento. El hombre den-

tro de sí es el verdadero rey del mundo, casi diríamos un Dios. Como la palabra creadora, hace salir un mundo nuevo en el vacío ó reduce á la nada el más soberbio cortejo de cosas creadas. El mundo cambia las leyes bajo el poder del pensamiento, cambia de aspecto como una persona de vestidos. Suprime la mente el espacio y pone juntamente la estrella que brilla á millones de leguas de otra estrella; la muerte le restituye sus víctimas, el tiempo detiene el vuelo á la voz de sus mandatos y los siglos se extienden á su presencia como los soldados á la presencia de su jefe (Historia). La tierra abre sus entrañas y le ofrece sus mármoles donde el pensamiento esculpe y graba ideas inmortales (Escultura); el sonido se pliega sumiso á las exigencias de su voluntad y agítanse en su mente armonías celestiales, que el universo no ha oído jamás (Música). El mundo se puebla de una nueva raza de hombres condecorados con las más sublimes cualidades; el genio del mal marca en unos todo el horror de lo perverso, y esplendores celestiales iluminan á los otros con los radiantes colores de la belleza física y moral (Poesía). La luz y las tinieblas, lo vil y lo sublime, el cielo y el infierno se confunden, enlazan y ordenan bajo la acción de su poder, siguiendo la dirección de una *idea* divina, que resplandece en su frente y es el noble origen de las *bellas artes*.

LA RAZON.

Esta *idea*, que da al hombre el imperio del mundo, este rayo luminoso, que baña con celeste fulgor las más altas concepciones humanas, es debida á la facultad de la razón, coronamiento y remate de las facultades intelectuales.

El hombre es como el mundo. En este, sobre la capa grosera y pesada donde se agita nuestro cuerpo, hay otras más puras y ligeras, hasta la superior región de la atmósfera, sujeta apenas al continuo vaivén de ese buque que navega por el espacio. Más allá se extienden luego campos inmensos de éter, donde brilla perpetuamente la luz tranquila y sosegada de los astros, á quienes no cubre jamás ningún celaje ni eclipsa la sombra de cuerpos importunos. Así es el hombre; estos astros inmóviles y serenos que brillan en la cumbre de su esfera intelectual, son las ideas de razón ó *absolutas*.

Hay en el alma, además de las funciones intelectuales de que nos hemos ocupado, un poder de intuición más profundo, que, penetrando en lo más recóndito del *ser*, descubre en su apariencia mudable é inquieta las condiciones necesarias, eternas é inmutables, que toda existencia lleva envueltas. La percepción común descubre en parte *lo que es* de cada *ser*; la percepción de la razón alcanza á lo que es y *lo que debe ser*, lo que es metafísicamente imposible que sea de otra manera.

Lleva cada cosa en su esencia, ó mejor en su *existencia*, un rasgo de divinidad oculto entre los pliegues de lo variable y pasajero; cuanto existe puede decir á su manera que es del *género de los dioses*.

No todo es en lo perceptible variable y contingente, como á primera vista parece; hay *condiciones* en los seres tan constantes como lo eterno, tan universales como lo infinito; la única diferencia entre estas condiciones y lo infinito real consiste en que están en el ser criado condicionalmente, dado el supuesto de la existencia, que es condicional, cuando en Dios están incondicionalmente.

El hecho de la percepción de estas verdades por el hombre no puede ser puesta en duda por nadie. La cuestión solamente ha versado sobre la objetividad de tales ideas y sobre el origen por donde han venido á posesionarse de nuestra inteligencia. Dejando para más tarde la cuestión de su objetividad, vamos á ocuparnos en este último punto, ó sea el origen de las ideas absolutas.

Condillac y demás sectarios de la escuela sensualista, observando que nada hay en el entendimiento que no derive de los sentidos, y que todo cuanto estos nos sugieren es variable y contingente, han dado por el atajo de negar las verdades *necesarias*; todo es, según ellos, *relativo* y sujeto al perpetuo flujo y reflujo de cambios y fenómenos. Las escuelas sensualistas no han admitido nunca más que el *hecho*; así en los antiguos como en los modernos tiempos.

La escuela alemana discurrió por órgano de su fundador Kant una teoría, que no niega lo absoluto, pero lo hace creación del hombre, fenómeno subjetivo

de este mortal que pasa un instante sobre la tierra, como una exhalación, y lleva en todas sus obras el sello de lo contingente. Lo desmiente la conciencia, que establece lo necesario, no porque ella lo afirma, sino que lo afirma porque lo ve establecido; lo desmiente el sentido racional de la humanidad, contra el cual no admitimos pruebas en el estado actual de la humana inteligencia.

Otras escuelas han tomado el partido de negar algunas de estas verdades necesarias en detalle, dejando en pie las restantes. La escuela utilitaria niega lo absoluto en moral, la realista en belleza. Son ramas degeneradas del mismo tronco, que niega el absoluto de raíz.

Entre los que admiten lo absoluto, como está en la conciencia, divergiendo en cuanto á su origen, se cuenta la escuela de las ideas innatas, comenzada por Platón y fuertemente apoyada por los genios más ilustres que registra en sus anales la filosofía. Es ya conocida hasta del vulgo la teoría de aquel grande hombre sobre las ideas que flotan en el espacio, eternas, como Dios, pero independientes de Él; que le sirvieron como de modelo ó prototipo para crear el mundo y sirven al hombre para concebirlo. Si trataba de las ideas generales, queda refutada esta suposición, exponiendo su formación en el espíritu; si de las absolutas, veremos más adelante lo que tiene de verdadera su hipótesis.

Descartes, el ilustre fundador de la filosofía moderna, restableció á su manera el sistema que pone en el espíritu ciertas ideas preexistentes á toda impresión material, aguardando el momento de mani-

festarse con ocasión de una impresión exterior.

Otra escuela, mística ó teológica, pretende que el hombre no alcanza ninguna verdad absoluta, sino por medio de la *revelación*. No debemos ocuparnos de ella, porque en rigor no pertenece á la filosofía, y vive, respecto á ella, en la suprema ignorancia.

El probar la realidad objetiva de lo absoluto lo reservamos para la segunda parte, aunque no vacilamos en adelantar, que quien no admita la verdad del principio de contradicción no pertenece á nuestra especie, ni hay términos hábiles para una discusión seria con semejante ente.

La verdadera dificultad, que está, sin embargo, al alcance del hombre el resolver, estriba sólo en la procedencia de lo absoluto en nuestro entendimiento; si viene de Dios, de ideas eternas y subsistentes, de una implantación ó germen puesto en el espíritu desde su creación, ó de la *percepción directa*, que es la opinión á la cual nos adherimos.

Decían los peripatéticos muy acertadamente, que *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*. Efectivamente; las ideas concretas proceden de la percepción interna ó externa; las generales, en lo que tienen de verdadero, no tienen otro origen ni son vistas por el entendimiento en otra parte; asimismo las *absolutas*.

Cuando el *yo* se halla en presencia de una realidad, se forma entre los dos una relación tan íntima de *efecto y causa*, copia y modelo, que el *yo* puede decirse que ve directamente el objeto que sobre él está obrando, (*ver, intueri*).

Esta mirada escrutadora del *yo* sobre el objeto

abarca sus accidentes, su materia y su fuerza, que son vistos *en calidad de existentes*. He aquí el dato que han olvidado casi todos los que se han ocupado del origen de las ideas, dato sencillo y que resuelve la cuestión de raíz.

La *existencia* es una cosa temporal, contingente, relativa; pero tiene una condición ó condiciones necesarias, absolutas, inmutables, que van envueltas en ella y que ni á Dios mismo fuera dado el cambiar. Un objeto puede muy bien no ser; mas, supuesto que exista, es metafísicamente imposible que no sea, ó que sea otra existencia. Esta condición inmutable, implicada en toda existencia, sea de un objeto vulgar ó superior, sin distinción, real en cada objeto, es el origen de lo absoluto en el entendimiento, es lo *absoluto* mismo en la realidad.

Los que daban á lo absoluto en la inteligencia otro principio que las impresiones ó percepciones reales, abrían, sin pensarlo, una ancha puerta al escepticismo, al paso que cometían la más grande inconsecuencia. Una vez sentado que estas leyes inmutables, que nosotros atribuimos á los objetos reales, no las vemos en ellos mismos, sino que nos vienen por caminos misteriosos, ¿no podíamos decir otro tanto de las demás ideas y reducir el campo intelectual á un absoluto idealismo? No; en la naturaleza todo está encadenado y no admite excepciones de ningún género; ó percibimos todas las cosas en los objetos ó ninguna. No hay algún motivo racional para hacer distinciones en nuestro conocimiento de la realidad.

Así, pues, las ideas necesarias podemos decir que se forman por idéntico procedimiento que las comu-

nes. Al presentarse un objeto, el entendimiento percibe en él la existencia, y percibir, dijimos, es afirmar. En la existencia real descubrimos instantáneamente una condición que la acompaña indefectiblemente, que se reasume, con sus varias fórmulas y aspectos, en el *principio de contradicción*; la existencia no puede ser á la vez no existencia; *una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo*. El entendimiento ve esta condición especial de la existencia, la predica y queda con esto sólo en posesión de lo absoluto. Levantándose luego de aquel caso particular á todos los posibles, que comprenden todo lo existente, queda formado el juicio sintético, universal, *á priori*, que es el carácter de lo absoluto.

Con esta sencilla explicación ya se comprende la razón de la diferencia entre este juicio y las demás ideas generales sobre las leyes físicas, y más aún, sobre los hechos concretos. Estos hechos no entrañan ninguna necesidad que sea vista por el entendimiento; al contrario, cambian con mucha frecuencia, vienen á ser á nuestra vista, y lo que hay de constante concebimos que podría dejar de serlo; por consiguiente, el juicio que formamos es distinto del que versa sobre la existencia misma, contingente en sí, pero en una condición metafísicamente inmutable. Un ser podrá no existir, pero luego que existe está sujeto á la ley geométrica, aritmética, metafísica, etc.

En cuanto á la universalidad, que acompaña solamente á las ideas absolutas, se comprende también fácilmente, según hemos indicado. La existencia, que es el único postulado de estas verdades necesarias, es universal, común á todos los objetos, reales y posi-

bles. De aquí que pueda formularse un juicio categórico *á priori*, con toda seguridad, aun tratándose de lo desconocido, que no puede escapar jamás á la categoría de existente, sujeto bajo este concepto á lo absoluto.

La facultad de conocer este orden de cosas es la que entendemos por razón.

LA SENSIBILIDAD.

La compatibilidad de nuestra teoría con las funciones intelectuales más elevadas queda, á nuestro parecer, demostrada. La Psicología está con ella de acuerdo en sus partes á primera vista más inconciliables. Resta ahora ponerla en contacto con las dos facultades restantes, que no opondrán, esperamos, ninguna resistencia, pues tienen un carácter no de mucho tan inmaterial y ajeno en la apariencia á la cooperación del organismo.

La sensibilidad tiene dos manifestaciones muy distintas: una grosera y material que corresponde á la percusión de nuestros órganos por un objeto corpóreo, la *sensación*, y otra mucho más elevada, adscrita á la percepción de un objeto, el *sentimiento*; la una sigue á una impresión, la otra á una idea.

Habiéndonos ocupado de las sensaciones en otra parte, vamos á decir algo de la sensibilidad superior, en relación con nuestro sistema.

No puede menos el observador de admirarse al

contemplar la riqueza de fenómenos que la naturaleza ha derramado en las dilatadas regiones de nuestra actividad. No pueden comparársele los tesoros minerales que encierran los senos de la madre tierra, ni la variedad de plantas que ostenta á la vista el más espléndido paisaje. Como el viajero en las vírgenes selvas de América descubre sin interrupción nuevos y magníficos panoramas y detienen cada instante su paso nuevos y abundantes raudales, que salen por doquier de las entrañas de aquel suelo bendito, para difundir en extensas comarcas la hermosura y la fertilidad; así en los senos del hombre el dedo de Dios ha abierto por todas partes variados manantiales de actividad, que corren presurosos á embellecer el camino de nuestra peregrinación y á colorar la delicada tela de nuestra vida. La fuente de la felicidad, el don más precioso de la existencia es, sin duda, el sentimiento, que, manando puro y transparente al pie del árbol de la percepción, tiene toda la dignidad y hermosura de su noble origen.

El sentimiento es un hecho de creación voluntaria de la naturaleza, por lo cual no puede señalársele razón *á priori*, sino tomarlo como se presenta. Cuando se verifica en nosotros un pensamiento, sigue inmediatamente, como al relámpago el resplandor de la atmósfera, una conmoción más ó menos sensible en nuestro organismo.

Como cada objeto produce en el entendimiento distinta percepción, así cada percepción es origen de distinto sentimiento. No es posible describir los tintes y caracteres que despliegan estos soberbios adornos de nuestra constitución espiritual. En las regiones

bajas de nuestra percepción sensitiva vienen recargados con la mezcla impura de la materia, y embotan la actividad con una exuberancia de grosera sensación; pero cuando nacen de las serenas regiones de lo absoluto, verdad, bondad ó belleza, se purifican é idealizan también y dejan en el organismo una impresión tenue é imperceptible; así las aguas que nacen de los más altos montes descienden puras y limpias, sin enturbiarse con el cieno de las tempestades. Veamos cómo explica estos fenómenos nuestra teoría.

Todo sentimiento está producido por un objeto, en cuanto pensado. Este reside en nosotros cuando determina el sentimiento; mientras que existe fuera de nosotros, al excitar la sensación.

Ahora bien, toda idea que está en el hombre, reside en los dos elementos humanos; en la fuerza como idea, en la materia como imagen. Cuando, por el poder de la memoria, se excita, se actualiza el concepto de un objeto por la iniciación de la actividad *espontánea ó voluntaria*, en la materia se produce y acompaña una modificación, correspondiente á la idea, en calidad de representación, que el *yo* percibe; el objeto está como grabado en la materia, á la manera de un cuerpo en la luz.

Al llegar aquí, estamos frente á frente del hecho que no tiene otra razón sino la voluntad de la naturaleza, como acontece á las demás leyes físicas. La materia orgánica, herida, alterada por un cuerpo, provoca en la fuerza viva un fenómeno inmanente, una cualidad, que llamamos *sensación*; hecho sencillo que no se opone á la idea que de la materia y de la fuerza hemos formado; pues bien, inmutada después la fuerza

por un objeto *pensado* por la misma, se produce también de una manera fatal, como cualquier fenómeno físico, otro fenómeno inmanente, otra cualidad, que llamamos *sentimiento*.

Esta explicación resuelve un fenómeno psicológico altamente importante. Las ideas abstractas, vinculadas á signos, en vez de representaciones, no son origen de sentimientos pronunciados, á no ser que promuevan una representación. Las disertaciones filosóficas sobre la bondad no mueven el corazón como un ejemplo particular; las consideraciones sobre la belleza pueden ser tales que no se interese para nada el sentimiento. Ya es sabido que las bellas artes, sin distinción, aman y viven de lo concreto. Lo general pertenece á la ciencia, lo particular al corazón, al arte. Nosotros hemos encontrado la razón *á priori* de esta ley en la explicación dada anteriormente. La sensibilidad moral depende de la existencia del objeto en la materia bajo forma de representación, que trasciende á la fuerza. Cuando esta representación está sustituida por signos, falta la causa determinante del fenómeno semifísico consiguiente; el sentimiento.

El sentimiento puede afectar dos caracteres; subjetivo y objetivo. El primero es como la sensación, intransitivo; y transitivo el segundo. Sería preciso un estudio detallado de todos los sentimientos para señalar estos caracteres en cada caso particular; mas como esto no entra en nuestro plan, nos limitaremos á recordar los nombres de complacencia, delectación, alegría, admiración, amor platónico; todos los cuales indican meramente el fenómeno del sentimiento

inmanente, que viene á ser una forma de la sensibilidad general.

La segunda clase de sentimientos se expresa por una *tendencia* ó repulsión, acompañada de placer ó dolor, que sigue también á una percepción interna ó externa. Se llaman vulgarmente *pasiones*.

Todo objeto es capaz de desplegar una tendencia. Esta se verifica de una manera fatal, como se observa en una aguja magnética, en una masa pequeña al lado de otra grande, en la llama, en los compuestos químicos y en todas las fuerzas naturales, cuando una causa física la determina. El objeto determinante, en el supuesto caso de las tendencias sentimentales, obra en la fuerza correspondiente por el intermedio de la percepción, en la cual concurren la fuerza y la materia del ser percipiente y del percibido. El resultado es una tendencia producida en el sujeto, con entera semejanza aun con los cuerpos inorgánicos.

Estas inclinaciones ó tendencias, que tienen un carácter intermedio entre el apetito y el sentimiento, están determinados por gran diversidad de objetos, residen en órganos diferentes y van acompañadas de un carácter sensitivo, distinto en cada género.

Cada función que al hombre corresponde llenar en calidad de ser social, de ser racional, de ser individual, lleva adscrita una de estas tendencias. Como si la naturaleza hubiera previsto que, si las funciones necesarias al hombre para su conservación y de la especie y para el orden del mundo se abandonasen á su iniciativa particular, serían cumplidas muy imperfectamente, se ha conducido con él, en parte, como

con los seres no inteligentes, que llenan su misión por fuerzas fatales, ciegas, necesarias. Siente el *yo* á la presencia del objeto una inclinación que él no provoca, y que no puede aniquilar por más esfuerzos que haga, como al contacto de la llama se enciende el combustible ó el cuerpo grave va á su centro; aunque puede dominarla y dirigirla por medios indirectos, que no nos corresponde aquí explicar.

Se nos permitirá, antes de concluir, hacer una observación que tiene relaciones interesantes con muchas partes de nuestro sistema. La ley general en la escala de los sentimientos es, que á objetos más in-materiales corresponden sentimientos más delicados, ó sea en quienes se interesa menos el organismo. Testigo de ello el sentimiento estético en su manifestación más pura, el sentimiento moral, etc., comparados con los inferiores hasta sus últimas degradaciones, que no necesitamos nombrar.

La teoría dualista tampoco explicará jamás el sentimiento de una manera tan palpable como nosotros. Siempre será para ella una dificultad, una contradicción con la naturaleza simple del espíritu, este carácter semimaterial que distingue los fenómenos de la sensibilidad, aun estudiados en la conciencia; lo cual manifiesta bien clara una intervención íntima del cuerpo en el acto del llamado espíritu. Fisiológicamente la dificultad sube de punto, y no queda otro medio que cerrar á este enemigo los oídos, per-trechándose obstinadamente en el aislamiento que guarda hace muchos años dicha escuela. Con su substancia espiritual está fuera del derecho común de las demás ciencias, y no hay con ella discusión ni rela-

ciones posibles. Cuánto más acertado fuera terminar la lucha, admitiendo objetos reconocidos por todo el mundo.

LA VOLUNTAD.

La facultad en que vamos á ocuparnos, es la más simple; por lo que se presta poco á clasificaciones y análisis. Por esta razón tal vez ha sido apenas objeto de graves estudios, y todavía en muchos autores no se la ha comprendido lo bastante para deslindarla de los instintos, apetitos é inclinaciones naturales, que, sin ser ella, la acompañan generalmente.

Sólo el hombre es el verdadero principio de sus actos. Aunque en la naturaleza todos los seres son activos y en cierto modo pueden llamarse *autores* de sus operaciones, sin embargo, la causa determinante de las mismas está más bien en su constitución íntima, que les impele á obrar fatalmente, á obrar de cierta manera con exclusión de cualquier otra. Ya hemos visto que en cada ser la forma determina el género de su actividad y la índole de sus actos. Nosotros podemos señalar de antemano lo que hará un ser no inteligente en determinadas circunstancias, desde el momento que conocemos su naturaleza y la ley de su constitución íntima. Lo que no podemos afirmar con certeza es lo que hará un racional en un caso particular. Es que la razón de la operación en los demás objetos está en su manera de ser, en la ley fatal de su

organización, impuesta previamente; mientras en el compuesto humano no tiene causa alguna que lo determine y lo subyugue. Este es el hecho reconocido por la conciencia del género humano; ensayemos brevemente su explicación según nuestro sistema.

El hombre es un ser múltiple en su forma y por consiguiente múltiple en sus fuerzas, como acontece á todos los seres orgánicos. Como en ellos, cada fuerza está dotada de su capacidad ó aptitud peculiar, que con propia ley tiende necesariamente al objeto que le es natural, de lo cual toman origen la variedad de sensaciones y de instintos é inclinaciones sensitivas, según llevamos explicado en el anterior capítulo. Algunas de estas inclinaciones tienen un carácter local, como inherentes á determinado órgano (apetitos), otras lo tienen general, aunque con objeto determinado y concreto, como los instintos é inclinaciones sentimentales y racionales, que no están localizadas ó al menos no lo manifiestan generalmente.

Además de este juego de tendencias particulares y concretas á determinados objetos, hay que considerar en el hombre otra *tendencia general en la fuerza total*, que armoniza las variadas inclinaciones y facultades subalternas, y constituye lo que llamamos voluntad. Nos explicaremos.

La fuerza humana tiene dos aplicaciones: una *directa* hacia cada objeto en particular común á todos los seres, y otra *reflexa*, hacia sí misma. El ejemplo de de esta última propiedad está en la *sibi percepción*. La fuerza, puesta en acto por la impresión externa, aprehende tres términos á la vez: á sí misma, á la substancia y al objeto; y mediante el análisis, se fija sólo

en su *yo* (conciencia); de manera que en este acto presenta el fenómeno que aquí nos interesa, la reflexión, la acción de la fuerza sobre sí misma.

El hecho de ser la actividad para sí misma *objeto* en el acto de la percepción, nos explica el *cómo* y el *porqué* puede influir sobre todas las facultades y potencias de que se halla investida. *Si en calidad de percipiente puede percibirse, en cuanto es fuerza es natural que pueda moverse*, ya que la manifestación natural de toda fuerza, aun en su forma inferior, es el movimiento; una vez que se conoce, es natural que pueda obrar sobre sí, según y conforme el conocimiento que de sí misma tiene. Conociéndose, pues, en todos sus actos puede promover, modificar y dirigir su actividad en todos sentidos, precedido este poder por el conocimiento de sí misma. Este es el origen de la voluntad; pero no todavía de la libertad, que es el siguiente.

Las inclinaciones particulares que en el hombre residen, tienen un objeto fijo y van hacia él directa y fatalmente, como las fuerzas ciegas de la naturaleza; mas el poder de la fuerza total sobre sí misma no tiene objeto determinado, ni recibe impulso de fuera, ni tiene camino señalado, sino que, iluminada por la facultad intelectual, puede moverse en todas direcciones. En una palabra, el poder de las tendencias particulares tiene su manera impuesta de obrar, como las leyes mecánicas del mundo universal; mas la fuerza total ó reflexa del ser sobre sí mismo es capaz de todas las determinaciones y no obedece á ley alguna necesaria.

Por esta ligera indicación se echa de ver cuán fá-

cilmente se construye la libertad humana con sólo quitarle la determinación del objeto, que sufren las facultades inferiores y las demás fuerzas de la naturaleza, y dejando la voluntad á merced del pensamiento, que la ilumina, y de su propia incertitud, que llamaron los filósofos antiguos *indiferencia*. Esta es la esencia de la voluntad y de la libertad.

De lo dicho se desprende, que así como el término de las fuerzas ó tendencias particulares son por regla general los seres exteriores, ó el no *yo*, el objeto de la voluntad es el *yo* solamente. Ella puede provocar el pensamiento en sus varias operaciones, excitar las fuerzas orgánicas, agitar los miembros, poner la sensibilidad en condiciones de ser movida y aun coadyuvarla directamente; en una palabra, ejerce un completo dominio sobre todas las potencias y órganos particulares; pero su dominio está reducido dentro los límites del *yo* propio; todo lo que no es él no le pertenece.

Generalmente se ha dicho por efecto del vicioso método seguido en el estudio del hombre, que el objeto de la voluntad consiste en todo aquello que es conocido, esto es todo lo que existe; *objectum voluntatis est bonum*, se ha dicho, entendiéndose por bien, lo que es, *omne ens est bonum in quantum est*. Por razón de esta confusión de ideas, al deseo, al amor y otros sentimientos se los ha confundido con la voluntad; de modo que, aun vulgarmente, estos varios afectos vienen expresados sin distinción por la palabra *quiero*. Nada más inexacto que esta apreciación, como se advertirá si se considera que pueden nacer en nosotros deseos y amores á los cuales la voluntad resiste ó debe

resistir. Estos son sentimientos que acostumbran ponerse al servicio de la voluntad, para lograr con más eficacia su objeto; pero no pueden confundirse con ella.

En resumen, la voluntad es el poder que tiene la fuerza de moverse á sí misma en sus aplicaciones particulares. Estas tienden ó pueden tender al *no yo*, mas la voluntad sólo puede referirse á ellas. Falta desgraciadamente en el lenguaje una palabra que exprese con exactitud el acto de esta potencia, distinguiéndolo de las demás, con quienes generalmente viene envuelto; el verbo *querer* es insuficiente, por ser tan vago y complejo; mas como ya llevamos explicado el valor que damos á esta palabra, consignaremos la fórmula que resume nuestra doctrina en esta materia.

Sólo es acto de voluntad propiamente dicho: «yo quiero obrar, pensar, sentir ó querer» (pensamientos, sentimientos, voliciones y operaciones). Lo que no sea el *yo* mismo, sólo puede ser objeto de ella *mediatamente*.

Según lo que acabamos de decir, distinguiremos el acto de la voluntad de los apetitos y sentimientos por estos caracteres: 1.º Estas inclinaciones tienen por objeto final el *no yo*, la voluntad el *yo* tan sólo, (inmediatamente). 2.º Aquellos tienen su objeto, que los mueve fatalmente, la voluntad no tiene objeto necesario. 3.º Los primeros obran bajo la dependencia de la voluntad, ésta es del todo independiente.

Estas tres leyes puede comprobarlas cada uno en sí mismo. Las dos últimas gozan hace siglos la auto-

ridad de cosa juzgada. La primera sirve mucho para distinguir lo que siempre se ha confundido, la voluntad de los apetitos. Los hechos extraños pueden placernos ó disgustarnos; pero la voluntad no se interesa hasta que nos resolvemos á tomar una *determinación* en uno ú otro sentido.

VINDICACIÓN.

INMORTALIDAD DEL HOMBRE.

Todos los sistemas que han propendido á dar á la materia una parte interesante en la formación del pensamiento, han provocado amargas recriminaciones y viva persecución de parte de aquellos hombres que identifican y confunden la causa de una teoría filosófica con la de los destinos humanos. Negar la substancia espiritual equivale para ellos á suprimir la vida futura. Es fácil demostrar que no hay lógica en este raciocinio.

El hombre no es inmortal por ser simple; simples debieran ser en sentir de los contrarios las almas de los demás vivientes, simples son también los átomos de la materia; no son empero inmortales. El que con una palabra lo sacó todo de la nada, (admitiendo la suposición cristiana), puede con otra aniquilarlo, sin que sea para su poder obstáculo la simplicidad ni la composición. La inmortalidad, si es que tenga otro fundamento que la libre voluntad de Dios, radica en la naturaleza moral del hombre, en la perennidad de

su objeto, que es la verdad y el bien, esencialmente indestructibles (argumento que ya empleaba Sócrates), en esta tendencia, en fin, á lo perfecto, á lo infinito, en este presentimiento seguro que le han sido dados y que son, ó bien una ley inútil, un hecho sin sentido ni finalidad, suposición inaplicable á la naturaleza, ó bien el preludio necesario de una vida ulterior. Estos son los fundamentos de aquel dogma, no la naturaleza de la substancia humana, que tal vez nos será perpetuamente desconocida.

Aunque no sea nuestro deber como filósofos contestar á los argumentos tomados de la revelación, queremos prevenir los reparos que van á oponérseos, tomando pié de las palabras del Génesis en la creación del hombre y de muchos otros pasajes en que se cita ó se hace alusión directa á nuestro *espíritu*.

Esta palabra en su sentido etimológico expresa el aliento que emitimos por la *respiración*. Espíritu, aun en la Escritura, equivale á sopro; *insuflavit*, dice la Escritura, y en otra parte: *spiritus ubi vult spirat*.

Esto prueba en último término, que la vida del hombre está en un sopro, en algo de una condición más pura que el cuerpo visible; de una condición aerifluído-forme, que es para el hombre el sugeto de la actividad pensante. Esto prueba, en fin, entendiendo literalmente la frase del texto sagrado, que la substancia humana se compone de dos formas muy distintas, según nosotros mismos tenemos explicado; una material y grosera, otra sutil y ligera, á la manera del aire ó de la luz.

Todavía tienen otra explicación más racional y

filosófica los textos aludidos, interpretando las palabras *spiritus* ó *anima* en el sentido de la fuerza que nosotros admitimos y que es la verdadera alma de todo lo que se mueve. Ella por sí sola no puede subsistir, está inherente á la materia como toda fuerza, pero esto no impide que sea distinta de ella y que al desorganizarse el cuerpo, quede ella unida á la parte más pura é incorruptible para pasar á otras regiones.

En realidad, á nada se adapta más en el lenguaje bíblico de la palabra *espíritu* que á la idea de fuerza. Espíritu de caridad, de fé, etc., que son virtudes (vis) ó sea fuerzas religiosas. No, jamás de semejantes textos podrá hacerse un argumento contra nuestra teoría. Si viniese este caso, estamos prontos á sostener la discusión en nuestra defensa.

Ahora nos proponemos demostrar que de nuestra teoría deriva la posibilidad de la vida futura del hombre, ya que su realidad no puede deducirse de su constitución, tan lógicamente por lo menos como en la hipótesis de las dos substancias. Con este objeto principalmente hemos explorado y desenvuelto la ley de las existencias, formulada en el segundo principio de nuestro sistema.

Decíamos allí que la fuerza más perfecta reside en menos cantidad de materia, ó sea que la intensidad está en razón inversa de la extensión. De esto hemos deducido por analogía con las leyes del mundo inorgánico, que la substancia pensante es la más etérea entre las orgánicas, como el flúido entre las no organizadas. En este supuesto, cuando la parte pesada y densa del compuesto material se corrompe y desorga-

niza, es natural, (posible á lo menos) que la parte etérea se separe y elimine de las leyes de la corrupción. ¿Se puede corromper por ventura un flúido? mucho menos la materia en cuestión, de condición todavía más simple y pura. Hé aquí que se sigue, como corolario de nuestro sistema, una grave probabilidad de la inmortalidad natural del hombre. Si la parte superior de la substancia humana es por naturaleza incorruptible, como el éter y todavía más, del Criador depende la realización de esta posibilidad, según llevamos manifestado.

* * *

Después del trabajo de análisis que hemos ensayado, urge ahora reconstruir al hombre y estudiar cómo partes tan diversas y heterogéneas pueden conspirar á un fin total y constituir una sola individualidad, un solo hombre.

Se ha dicho, y es una verdad, que el hombre es un mundo pequeño (microcosmos); todo lo del universo está representado en él, los elementos del mundo inorgánico, y las varias formas del mundo orgánico. Considerado como organismo, está compuesto de partes diversamente constituidas, que tienen relación íntima entre sí y contribuyen á la unidad del conjunto. Tiene su parte sólida, líquida y flúidica; posee la gravedad, y demás condiciones de los inorgánicos de que se compone, las propiedades de la vida vegetal, de la sensitiva y de la racional: es en realidad un compendio del universo. En medio de esta gran variedad, es preciso establecer la unidad, y de la muched-

dumbre de fuerzas, formas y facultades, extraer la unidad individual.

Considerado el hombre como *materia*, está compuesto de partes diversamente construídas, que tienen relación íntima entre sí y contribuyen á la unidad del conjunto por la unión material, y por la relación con la forma total.

Considerado el hombre como *fuerza*, está compuesto de muchas fuerzas parciales, ó sea variadas aplicaciones de una misma fuerza, que en cada órgano particular manifiesta propiedades y virtudes diferentes, proporcionadas á la forma donde residen. Actualmente dichas fuerzas forman una sola y están subordinadas á un plan total, lo mismo que la materia. Expliquemos estas proposiciones.

Todas las unidades compuestas, así naturales como artificiales, constituyen unidad real, en medio de la diversidad de elementos. En una planta hay una sola fuerza, un solo individuo, en medio de la gran variedad de órganos y funciones. Las partes, que se van agregando á una piédra, forman con las preexistentes una sola fuerza de gravedad, con un centro único y un solo cuerpo; una máquina tiene una sola fuerza que, aunque se multiplique en intensidad, queda numéricamente la misma. Esta es la condición de la forma y más aún de la fuerza; poder admitir en su individualidad todos los elementos que se le agregan de una manera harmónica, sin destruir la unidad.

Las funciones inferiores de la nutrición, secreción, etc., se verifican por fuerzas químicas, propias de los tejidos, vasos y demás partes del cuerpo, que

estudia la fisiología; su razón está dada ya al tratar de la vida vegetal, de la cual es una fase. Los fenómenos de la sensación no es fácil tal vez determinar á qué elemento del organismo pertenecen; aunque al parecer residen en el sistema nervioso, donde está sin duda la parte más noble del compuesto humano y, por consiguiente, la base de la fuerza perceptiva ó pensante.

Por toda la superficie del cuerpo está diseminada una red de nervios, que tiene el tronco en el sistema cerebro espinal. La parte visible es en parte filamentososa y en parte líquida; pero debemos suponer, en armonía con la ciencia, que hay una parte invisible de la materia, á la que se denomina flúido nérvico. A pesar de la distinta calidad de estas partes componentes, forman por su unión actual una sola substancia, extendida por todo el cuerpo en las varias formas indicadas. Dicha substancia, por razón de su distinta conformación en cada órgano, tiene fuerzas y propiedades diferentes en todos ellos, de donde procede la variedad de sensaciones que en las varias partes del cuerpo experimentamos. Siendo, en medio de estas diferencias, una sola la substancia nerviosa y una también la fuerza de que está investida, no es posible una percusión ó vibración en un hilo de esta vasta urdimbre, sin que repercute más ó menos en todo el sistema, por la disposición de la materia y la unidad de la fuerza. En el cerebro, centro principal, la substancia más etérea tiene su asiento y, puesta allí, está dotada de la aptitud para excitar la fuerza perceptiva é intelectual de que se ha hablado anteriormente. Todo movimiento del organismo, en cualquier región

que sea, al resonar en aquel foco, excita la facultad de la percepción y consiguientemente de las demás operaciones intelectuales.

De esto se sigue que cada órgano excita el sistema nervioso y la fuerza que en él reside en un sentido diferente (variedad de sensaciones), las cuales, estando unidas con el centro, donde se efectúa la percepción, nada se verifica en cualquier parte del sistema que no tenga eco en aquel lugar privilegiado, (unidad de conciencia, personalidad, memoria). Por este tenor pueden irse construyendo todas las demás facultades, partiendo del principio de la *forma* y *materia* una, apta para excitar de diferente manera en los varios órganos la *fuerza* única.

Cuando el organismo se rompe en una parte esencial, la fuerza inherente á la parte más volátil de la substancia humana, se segrega de las partes restantes, dejando de formar con ellas comunión de vida. Lo inteligente y sensible va con ella; lo mecánico, químico, vegetal, á que tantas veces hemos aludido, vuelve al estado de latente, para servir de material y agente de otras construcciones orgánicas.

Respecto á los animales debemos convenir también en que su parte superior es incorruptible; pero ya hemos dicho que esto no era prueba de inmortalidad, sino una condición indispensable. Las verdaderas razones de aquel atributo son las que hemos expuesto arriba, las cuales no militan, al parecer, en favor de los animales. A esto podríamos añadir que su naturaleza es muy inferior á la nuestra y por consiguiente su simplicidad, y sería muy lícito suponer en ellos una especie de composición semejante á la

de la electricidad, que consta de positiva y negativa; la que se disolvería ó separaría en cierto modo con la muerte, pasando cada elemento á prestar otros servicios en el gran receptáculo de la naturaleza. Tratándose de substancias en el fondo iguales á todas las criadas, ninguna suposición es absurda; lo que no acontecía en la hipótesis de las substancias inmateriales ó espirituales, que no podían entrar jamás en juego con el resto del universo.

MATERIALISMO Y ESPIRITUALISMO.

Esta es la cuestión principal que se debate actualmente entre los sabios. En las escuelas filosóficas griegas y romanas el materialismo ya había tenido sectarios ilustres, en Epicuro, Lucrecio y más antiguas escuelas; pero los estudios fisiológicos naturales en general han engrosado extraordinariamente sus filas en estos últimos tiempos, hasta el punto de tener casi por únicos defensores la opinión contraria á la escuela Teológica y la Psicológica.

La presente teoría armoniza al parecer las pretensiones opuestas, pues conviene con los materialistas en la unidad de substancia material y con los espiritualistas en la inmaterialidad del sujeto inmediato del pensamiento, la fuerza; salva el dogma de la inmortalidad, la distinción de las especies, la libertad y responsabilidad humanas. No reclama tampoco ningún supuesto inadmisible, antes bien explica al hombre

con los solos datos que se encuentran diseminados en toda la naturaleza. ¿Quién se atreverá á rehusar ninguno de los tres elementos en que basamos nuestro sistema, materia, forma y fuerza, cuando todas las ciencias naturales los admiten? No tienen base ni razón de ser así el espiritualismo como el materialismo; todos debemos ser espiritualistas y materialistas. Si las bases de nuestra teoría son aceptadas, esta ruidosa cuestión queda resuelta definitivamente.

FRENOLOGÍA.

Este sistema, nacido de ayer, forma ya un cuerpo entero de doctrina. Sus fundamentos son racionales y apoyados en la experiencia, como lo prueba el hallarse ya indicados en las obras de antiguos teólogos, Santo Tomás, San Buenaventura, etc. Entre las facultades del hombre y la disposición de sus órganos se ha observado una constante analogía, que permite adivinar en parte por el desenvolvimiento de los unos el desarrollo de aquéllas. El sistema antiguo no podrá explicar jamás este hecho de una manera satisfactoria, por más que lo ha intentado. Nos lisonjamos de que este nuevo sistema puede explicarlo *á priori*, según sus principios, y demostrar que necesariamente debe suceder según las indicaciones de la experiencia.

El principio cardinal de este trabajo establece que la fuerza y sus actos están conformes, guardan proporción rigurosa con la forma substancial y accidental

de cada ser, lo que tenemos plenamente justificado; luego inspeccionando la forma, vendremos en conocimiento de la naturaleza de la fuerza.

No destruye esta observación lo que hemos sentido anteriormente, antes al contrario, lo confirma. El acto de cada parte de la substancia humana se efectúa con la cooperación de toda la substancia y de toda la fuerza, principal ó secundariamente, (fuerzas parciales, fuerza total). El pensamiento mismo realizado inmediatamente en la parte más sutil y pura, que tenemos descrita, necesita para actualizarse el concurso de todo el organismo, pero muy particularmente de la materia cerebral. Cuando el *yo* piensa, toda la substancia cerebral, todo el sistema nervioso contribuyen al movimiento de la parte fluidica en una escala respectiva. Así, aunque no podemos ver directa, inmediatamente, la substancia osciladora, residencia del pensamiento, podemos calcular la potencia del acto por la calidad y cantidad del órgano colaborador que está más al alcance de nuestra observación y obtener un resultado aproximado. Además, sabemos que la naturaleza, siempre sabia en sus procedimientos, habrá establecido una correspondencia entre la conformación ó condiciones de las varias partes orgánicas visibles é invisibles; por esta ley es como el naturalista con un solo miembro reconstruye toda la forma de un individuo de una especie antediluviana; el frenólogo también con las cualidades de un órgano visible comprenderá no sólo su valor, para su intervención en el acto de pensar, sino su correspondencia con la parte principalmente encargada de cooperar á la formación del pensamiento. Obra de mucha

y paciente observación es llegar á conocer completamente las correspondencias del organismo humano; pero como garantía de un buen éxito final de esfuerzos bien dirigidos tenemos este principio general: la fuerza es según la forma, las partes de la forma se corresponden mutuamente.

MAGNETISMO Y ESPIRITISMO.

La ciencia no se ha dignado ocuparse todavía de estas nuevas ideas, que son objeto de la atención universal y se resuelven donde quiera más bien por temperamento que por razón. Su base cardinal es la comunicación de hombre á hombre por el intermedio de flúidos desconocidos; siendo entre vivos se llama magnetismo, siendo entre muertos espiritismo.

En el sistema de los dualistas el pensamiento era un secreto donde nadie podía penetrar y no tenía tampoco otro medio de relacionarse con el mundo distante (*no yo*) que los dos flúidos, el aire y la luz, adaptados á los órganos exteriores.

Empero quien admite la materia, agente inmediato del pensamiento, de forma casi fluídica, según nosotros la hemos supuesto, confirmándolo con razones de analogía, no tendrá inconveniente en que otros flúidos que no caen bajo la acción de los sentidos por su excesiva simplicidad, sirvan al *yo* de medio inmediato para comunicarse con objetos distantes, tanto mejor que los nombrados ú ordinarios

cuanto guardan con el hombre mucha mayor afinidad y semejanza. Así es que, si bien no podemos fallar sobre el hecho, que pertenece á la crítica, afirmamos su posibilidad, su conformidad absoluta con la naturaleza del ser pensante.

Cuando pensamos, producimos ciertamente una alteración orgánica más ó menos profunda, especialmente de la parte nerviosa; mas según la teoría que defendemos, la substancia fluídica, asiento de la percepción y el pensamiento, toma la forma de *vibración*..... Es excusado añadir con tales antecedentes la inmensa posibilidad de que dichas alteraciones, semejantes armonías, resuenen y se trasmitan á los lugares más distantes de la creación, si hay un *medio* conductor idóneo, semejante al del mundo sensible.

La comunicación natural de los espíritus por medios distintos de los comunes (los sentidos exteriores), no se opone á la revelación ni á la filosofía.

METEMPSÍCOSIS.

El problema de la vida futura, que acabamos de plantear, se halla íntimamente enlazado con el que nos ha servido de epígrafe, sobre el cual importa decir dos palabras.

Es un hecho que la religión seguida por mayor número de prosélitos en nuestro planeta (budhismo y brahmanismo), profesan la creencia de que las almas de los hombres pasan á vivir en otro organismo, después

de concluída su existencia en el presente, en una serie de encarnaciones y reencarnaciones, cuyo término no aciertan á explicar. No es menos cierto que profesaron doctrina semejante algunas escuelas filosóficas de Grecia, entre las cuales descuella la pitagórica, y que compartieron esta misma opinión algunos padres de la Iglesia, como Orígenes, Tertuliano y otros insignes hombres. Un cúmulo tan grande de autoridades nos obliga á considerar esta hipótesis desde el punto de vista de nuestro sistema.

A decir verdad, nada más fácil y natural que la transmigración del alma de uno á otro organismo, dada la constitución que nosotros hemos atribuído al hombre.

Este, según nuestro sistema, se compone sólo de materia y fuerza, como los demás seres; pero háy en su complicado organismo una parte más sutil ó enraizada, que es asiento de la fuerza pensante, y tal vez de la senciende y volitiva. Planteada así la cuestión, preguntamos: ¿hay alguna imposibilidad en que esta parte, cuasi fluídica, al desgajarse del restante organismo, pase á vivir en otro organismo?

Véase que nosotros no afirmamos el hecho, sino la posibilidad. Si en algún sistema puede admitirse racionalmente, es seguramente en el nuestro. Respecto á la verdad del hecho, emitiremos con igual franqueza nuestra opinión.

Declaramos que entre todas las soluciones que se pueden presentar acerca del porvenir del hombre más allá de la tumba, estimamos la de la transmigración como la más racional. El total aniquilamiento en la muerte contradice los instintos más naturales del

corazón humano y las nociones más elementales de justicia, para el que admite la existencia de Dios. La duración eterna de toda vida que suceda á la presente, como consecuencia de los actos realizados en ésta, no está en menor oposición con los sentimientos é ideas más legítimas de la conciencia humana. ¿Qué resta, pues? Aceptar en principio y como más probable, la pluralidad de vidas sucesivas.

Tal es el raciocinio con que creemos se puede resolver la cuestión, dada la carencia de datos positivos en que hoy se encuentra la humanidad. A nosotros, sin embargo, no nos incumbe sostener una ú otra solución del problema, sino tan sólo demostrar que con ninguna de las que racionalmente se presentan, es incompatible. Pero, supuesto que hemos arriesgado una preferencia, cúmplenos contestar á los dos reparos que habrán de oponérseos, el uno desde el terreno de la experiencia y el otro desde el de la religión.

Diráse primero que la teoría de la metempsícosis se opone á la experiencia. Ningún hombre tiene ni ha tenido jamás conciencia de haber vivido en una vida anterior. ¿Cómo puede explicarse un olvido tan absoluto de lo que hayamos pensado ó sentido en anterior existencia?

Esta dificultad se resolvería fácilmente dentro de nuestro sistema. Los actos de la razón y demás facultades no se verifican con entera independencia de la materia, sino con la cooperación inmediata de la materia fluídica y con la mediata de todo el organismo. De esto se sigue que, cuando gran parte de éste se separa de la primera por la muerte, falta la condición necesaria del *recuerdo*, que, según hemos visto, tiene

en el elemento material su parte concomitante. Y si á esto se añade que el nuevo organismo á que lo que llamamos *alma* se incorpore, no guarda huella alguna de las impresiones recibidas en la existencia anterior, se comprende la imposibilidad de recordar *distintamente* algo de lo que en la misma nos haya acontecido.

No puede, por consiguiente, hacerse un argumento de la ignorancia, en que están todos los hombres sobreeste punto, contra la teoría de una preexistencia, pues carece aun de valor meramente negativo.

En cuanto al argumento sacado de la religión, no lo consideramos menos débil. El cristianismo nos habla de premios y penas eternas, y aun parece añadir que éstas consisten en fuego. Queda, pues, al parecer, cerrada la facultad de admitir la metempsícosis para el que profesa nuestra religión.

A esto contestaremos que jamás ha sido lícito interpretar literalmente los textos de los Libros Sagrados, sin incurrir en las mayores contradicciones y absurdos. No lo hace la comunión católica cuando trata de evitar sus choques con la protestante, ni ésta cuando combate las afirmaciones de los católicos en la *presencia real* y otros puntos. Hoy mismo, ambas secciones han convenido en desechar la interpretación literal de los *días* de la creación y otros puntos que se rozan con las ciencias; conviniendo en confesar implícitamente que en la interpretación literal de la Biblia está la causa de todos los errores.

Pues bien; no invocamos otro criterio. Bajo la frase *fuego eterno* con que designa el inspirado Libro ciertos estados de la otra vida, puede muy bien esconderse la *serie sucesiva é indefinida de vidas en el dolor*, que

puede ser con mucha verdad designada con la palabra *fuego eterno*.

Para escapar de esta horrible perspectiva, la religión cristiana nos propone el dogma de la Redención, que sería, en esta hipótesis, la liberación de la serie de transformaciones en una vida *definitiva y eterna* por medio del Verbo, manifestado en carne, Jesucristo.

No nos incumbe descender á mayores detalles, sino dejar consignado que la teoría de la transmigración es compatible con la doctrina cristiana, como lo es con la experiencia y la razón. El desvío que las personas cultas sienten por la creencia vulgar en un infierno material, habrá de influir en que la hipótesis transformista haga cada día nuevos prosélitos para bien de la humanidad y ventaja de la misma religión cristiana.

Por lo demás, conste que si con la teoría de los *espíritus* se explicaba difícilmente la hipótesis de la *transmigración*, pues en ella debían llevar consigo todos los recuerdos y la facilidad de renovarlos; con la que hemos expuesto en este libro se explica todo sencillamente y nos encontramos en fácil relación con inmortales filósofos y con la fracción más numerosa de la especie humana.

LA LEY DEL UNIVERSO

ó

ORIGEN DE LAS ESPECIES. (1)

Al llegar á este punto, término y remate de nuestras investigaciones, para dejar sentada sobre pruebas la fórmula de nuestro trabajo: *todo consiste en materia, forma y fuerza*; vamos á echar una ojeada general sobre el campo recorrido y ver hasta dónde podemos ponerlo en armonía con los sistemas cosmogónicos contemporáneos; mayormente con el que hoy preocupa más vivamente al mundo científico; el *origen de las especies*.

Desde luego es preciso reconocer que la ciencia nos da la razón al establecer como un axioma, que la materia es *una y permanente* en el universo. La materia no se destruye; no hace más que *transformarse* sin cesar en el gran laboratorio de la naturaleza, que está en continuo ejercicio, aun allí donde reina más aparente quietud. La permanencia de la *materia* y la variación de las *formas*, es el gran principio que ha puesto de relieve la moderna ciencia.

Pero hay ciertos tipos ó formas que no varían, sino que son permanentes; los *elementos químicos*. Los es-

(1) Este capítulo ha sido añadido en esta segunda edición.

tudios astronómicos y espectrales han demostrado que son unos mismos los elementos cósmicos que componen la tierra, y los que componen los demás planetas. De manera que las transformaciones físicas tienen un límite, más allá del cual se ofrece perpetua estabilidad.

Ahora preguntamos, ¿ha sido eterna? El mundo, ¿ha constado siempre de los mismos elementos *simples* que lo constituyen hoy?

No lo sabe la ciencia; pero tiene un indicio para resolver esta cuestión. La humanidad ha podido observar, desde el principio del mundo, que *toda materia es combustible* y que, por consiguiente, toda puede reducirse á puro *éter*. De esta observación es lícito deducir que el estado primitivo de la materia no es el de los elementos simples, sino el de *fluido* universal, cuyas diversas manifestaciones son: luz, calor electricidad y galvanismo. Tal parece ser la *materia primitiva*, que presintió Aristóteles, y de la cual pueden haber tenido origen todas las *especies físicas* ó elementales.

Hemos dicho que pueden *haber tenido origen*; pero no es lícito afirmar que lo hayan tenido. Presenciamos á cada instante cómo los elementos se destruyen y convierten en calórico; pero no vemos en parte alguna que el calórico se convierta en elementos químicos. Por eso nos sentimos inclinados á preguntar: ¿La conversión primera ó desintegración de la materia etérea en elementos químicos, una vez supuesta, se hizo naturalmente ó en virtud de un poder Creador, ajeno á la materia? ¿La conversión ulterior de estos elementos en compuestos minerales ú orgánicos,

se realizó por iniciativas de dichos elementos ó por la intervención de Dios?

* * *

Todas estas cuestiones, que afectan al mundo inorgánico, se presentan nuevamente, y con mayor relieve, tratándose del mundo orgánico. También en medio de la composición y descomposición de los individuos organizados aparecen ciertos *tipos* estables, permanentes á través de la universal transformación, lo que llamamos *especies* vegetales y animales. Cabe entonces preguntar: ¿Estos tipos de las especies, son eternos, como hemos preguntado de los elementos químicos? Si no lo son, ¿han nacido de un tipo primitivo, que sea á los vivientes lo que á los cuerpos simples el éter? Y aún en este supuesto, ¿se hizo la transformación por virtud propia de dichos organismos, ó fué precisa la intervención sobrenatural del Criador?

El paralelismo, como se ve, es completo, y preguntar si las diferentes especies orgánicas han nacido espontáneamente de un germen, equivale á preguntar si los distintos minerales que componen el globo terráqueo se han formado espontáneamente del éter.

Declaramos con toda ingenuidad que nos es imposible concebir que el éter, en su estado primitivo de difusión por el espacio, haya pasado inconscientemente por todas las etapas que median de aquel estado al de *nebulosa*; de ésta á *globo solar*; de éste al de *asteróide* ó al fragmento desprendido y vagante por el espacio; de éste al de *globo gaseoso*, más tarde *líquido* y finalmente sólido, como se encuentra actualmente la tierra. El que conciba al éter pasando por

estas transformaciones, sin que le asista ni determine *inteligencia agena ni propia*; el que mire pasar tan inmenso espectáculo, sin que tanta precisión le sugiera la presencia de un poder *inteligente*, declaramos que está su *inteligencia* construída en otros moldes que la nuestra, y que no pertenecemos á la misma especie.

Excusado es añadir que lo mismo decimos de la supuesta evolución de las especies orgánicas, sin la intervención de una *inteligencia*, ó de ellas ó de Dios.

Darwin ha hecho célebre esta hipótesis, no tanto por ser de ella el inventor, pues Lamarek y otros varios la habían indicado, cuanto por la novedad de las pruebas en que pretende apoyarla. Sabido es que el gran naturalista inglés se explica la transformación de las especies en virtud de ciertas leyes que pretende haber descubierto, y que, en síntesis, son: la *herencia*, la *adaptación* y la *lucha por la existencia*.

Podemos reducir tan importante cuestión á tres aspectos: 1.º la posibilidad del *transformismo*, 2.º su realidad; y 3.º la intervención ó no intervención del Ser Supremo.

* * *

Respecto á la posibilidad, cúmplenos decir que con ningún sistema filosófico se explica mejor que con el nuestro. Si los seres que constituyen el universo, se componen todos, desde los más perfectos á los rudimentarios, de los mismos elementos, *materia*, *forma* y *fuerza*, según hemos pretendido demostrar, huelga añadir cuán fácilmente se concibe su *evolución sucesiva*, pasando del primitivo átomo á la más *inteligente* de las criaturas. Basta suponer que la forma

de la primera materia se ha ido perfeccionando, y paralela á ella su fuerza, hasta lo indefinido, para llegar á la más sublime jerarquía de los seres.

Pero es muy distinto hacer este proceso lógico en el terreno de la ontología ó trasladarlo al terreno de la cosmogonía ó de la historia de la naturaleza. La escala *sin salto*, como decía Linneo, de las especies fué más ó menos claramente conocida aun de los antiguos; quienes se guardaron no obstante de inferir que dicha escala se hubiera empezado y ensanchado por sucesivas transformaciones. Nosotros hemos facilitado el camino del transformismo, al borrar la línea divisoria entre el hombre y los demás animales, entre estos y el reino inorgánico, cual la había trazado la tradición; á pesar de lo cual nos hallamos muy distantes de admitir que lo que está en la esfera de lo *posible*, se halle traducido en una *realidad*. Sin entrar en estudios críticos, nos limitamos á consignar la opinión del eximio naturalista Virchow, actual presidente de la Academia de Ciencias de Berlín, quien acababa de declarar solemnemente que en los descubrimientos positivos de la ciencia no se hallan hasta el presente fundamentos para afirmar la evolución de las especies.

Todavía se pudiera perdonar la ligereza con que Haeckel da por definitiva y demostrada la hipótesis de Darwin, si aquél y otros discípulos del gran naturalista no se atrevieran á ir más allá que el maestro, afirmando que con las supuestas leyes de la evolución quedaba para siempre suprimida la necesidad de apelar á la intervención de la Divinidad en el desenvolvimiento de los seres. Nosotros creemos que es posible contener estos atrevimientos, recordando

el paralelismo consignado anteriormente entre el transformismo de las especies inorgánicas y el de las orgánicas. Si el éter no se puede convertir en tierra, sin la dirección de un poder inteligente, ¿cuánto menos se concibe que la célula de la mónera alcance con el decurso de los siglos á convertirse en un hombre, por evolución espontánea?

Ahora, si se admite la dirección de una inteligencia sin límites, entonces se nos ofrece la teoría de Darwin perfectamente racional y digna de la Suprema Sabiduría. Decimos más; nos parece que si hoy carecemos de datos para aceptarla, no desconfiamos de verla establecida en el porvenir. La consideramos un corolario legítimo de los antecedentes que hemos sentado, y que los nuevos descubrimientos se encargan cada día de confirmar.

Lo único serio para nosotros, que podría objetarse, es la aparente contradicción con el primer capítulo del Génesis; razón principal de las prevenciones que ha suscitado el Darwinismo; pero hombres piadosos y sapientísimos se encargan diariamente de demostrar que no existe tal oposición, y que lo único que nos ha pretendido decir el escritor inspirado, es que las especies han aparecido sucesivamente, y que esta aparición ha sido determinada por la Fuerza Omnipotente, obrando sobre los elementos primitivos en la sucesión de las edades. Esto es, ni más ni menos, lo que hemos dicho nosotros, y que no rehusa aceptar el inmortal fundador del transformismo.

La solución del gran problema cosmogónico pertenece, sin embargo, á la Metafísica, que vamos á desarrollar en la segunda parte.

METAFÍSICA.

PRELIMINAR.

Cuando Aristóteles hubo terminado sus inmortales estudios sobre la física, viendo que restaban intactas una porción de realidades, que no podía en manera alguna colocar en el cuadro por él tan magistralmente descrito, y á las cuales la ciencia aún no había puesto nombre, las bautizó con tan extraña frase: *Después de la física*, que esto significa la palabra *metafísica*.

Esto quiere decir que, en concepto del gran Estagirita, además de las realidades concretas que perciben nuestros sentidos, juntamente con los de los animales, existe otro género de verdades que no pueden reducirse á las anteriores, por el carácter de *necesidad* y universalidad que revisten, razón por la cual se llaman *absolutas*.

Ya nos hemos ocupado de estas verdades al tratar de la *razón*, que es la facultad, mediante la cual las percibimos. Pero entonces no hemos hecho más

que indicar su existencia, en relación con la mencionada facultad; mientras que ahora nos proponemos hacerlas objeto de un detenido estudio.

En realidad no nos incumbiría entrar en esta región abstracta, después de expuesta y desarrollada nuestra teoría sobre la reducción del universo á materia, forma y fuerza. Pero todavía aspiramos á manifestar que, así como el carácter sublime de nuestras más altas facultades y de nuestros destinos no se opone á nuestra afirmación capital, lo mismo acontece en el orden metafísico, donde la tesis sentada, lejos de encontrar obstáculos y dificultades, por el contrario, se esclarece y consolida con la más absoluta conformidad y sorprendentes coincidencias.

Vamos, pues, á entrar con este objeto en la soberana región de lo absoluto; pero antes debemos consagrar algunas páginas á una cuestión previa, que hasta cierto punto pertenece también á la metafísica y por todos los filósofos ha sido incluída en su esfera; la *verdad* de nuestras ideas, ó sea la realidad del mundo exterior.

El sentido común del género humano, sin exceptuar á los filósofos, no necesita que nadie venga en apoyo de su certeza sobre la objetividad de nuestras impresiones ó realidad del mundo que nos rodea; como tampoco lo necesitaría sobre el carácter absoluto de ciertas y determinadas ideas; pero, siendo un hecho que muchos sabios han negado ambas cosas en sus escritos, (aunque no en su conciencia) seguiremos la costumbre establecida; todo con el fin de que nuestro breve tratado de metafísica sea todo lo contundente y completo que nuestras fuerzas permitan.

Esperamos que el lector más idealista, después de haber ojeado estas páginas, convendrá con nosotros en que el mundo realmente consiste en «materia, forma y fuerza»; pero que, por encima de ellas, se extiende algo más, que, en nuestra calidad de hombres, nos importa conocer; lo absoluto. Y en el fondo de lo absoluto, Dios.

REFUTACIÓN DEL ESCEPTICISMO.

No es frecuente, nos aventuramos á asegurar que no es posible, el escepticismo llevado hasta el extremo de poner en duda la existencia de objetos distintos del *yo*, que nos afectan por medio de los órganos de los sentidos. A esta duda, que tendría mejor su remedio natural en los recursos de la medicina, han ocurrido los filósofos más eminentes haciendo observar que hay en nosotros fenómenos subordinados á nuestra voluntad, que los hace aparecer ó desaparecer libremente, sin poner condición alguna, y otros que jamás se realizan sin estar determinados por un hecho ó condición superior al alcance de nuestra actividad.

Yo puedo suscitar en mí un recuerdo, una idea preconcebida, siempre que lo tenga por conveniente, con sólo evocarla; pero me es imposible producir una visión actual de un objeto, sin ponerme frente al mismo y aun mediante las condiciones de luz, órgano hábil, distancia proporcionada y demás requisitos para la visión.

Fuera de este argumento ó reflexión, que auxilia y fija la atención del que cree dudar para hacerle volver al buen sentido, hay otra consideración muy concluyente.

El *yo* se conoce á sí mismo indudablemente. Toda objeción seria que se quisiera levantar contra semejante afirmación, no merece ser contestada. *Yo pienso*, ha dicho Descartes, y nadie hasta ahora ha pretendido arrebatár al ilustre filósofo la certeza de esta verdad, que es sin duda la más robusta é indestructible de cuantas germinan en nuestro espíritu; al contrario, todas las filosofías posteriores á él la han tomado por base y fundamento común de sus sistemas. Supuesto que el *yo* se conoce á sí, principio y origen del pensamiento, ha de distinguir forzosamente aquellos fenómenos de que él mismo es causa, que empiezan y proceden de su actividad, de los que aparecen en él provocados é iniciados por un poder que no es el suyo; debe reconocer qué acto sale de su propia virtud y cuál viene á ser determinado por un poder extraño; lo contrario argüiría falta de conciencia. No hay en el *yo* diferentes esferas ó regiones de donde puedan venirle apariciones ignoradas; no hay en él más que una fuerza conocida por la conciencia; por consiguiente, aquel fenómeno que no tiene nacimiento en su actividad, espontánea ó reflexiva, procede del *no yo*, de una fuerza distinta de la suya. Luego la simple inspección de sí propio, manifiesta suficientemente al pensamiento que hay dos órdenes de fenómenos de origen diferente; unos que tienen su origen en el *yo*, otros en otra causa. Negar la existencia de esa causa extraña, que nos impresiona, equivale á negar nuestro pensamiento.

Hemos concedido este pequeño homenaje á la costumbre de probar la existencia del mundo exterior, más bien que á la necesidad. Kant, á pesar de sus tendencias idealistas, reconoce bien claramente un algo, un *no yo*, que causa en nosotros fenómenos, y los filósofos que han pasado más adelante que él en punto á escepticismo, como Hume, Hegel, Schelling, etc., han obedecido á consecuencias lógicas de un principio falso; pero no se han sublevado contra esta verdad en concreto por lo que ella tenga de inaceptable. Hume vino á tal descarrío, engañado por una falsa apreciación de su predecesor Locke sobre la causalidad, y todos los idealistas citados han sido arrastrados por la fuerza de la doctrina sentada por su predecesor Kant. En filosofía especialmente, el error se manifiesta por las consecuencias que de él se desprenden, y que nunca falta quien acepta con valor, donde quiera que conduzcan. Esto no es extraño; lo de admirar es, que el público no se corrija viendo el triste término de ciertas doctrinas, en apariencia deslumbradoras, y deje de conocer que consecuencias falsas no salen legítimamente de principios verdaderos. Los delirios de la filosofía alemana, lógicas derivaciones del sistema de Kant, han tenido por todas partes admiradores y prosélitos, incapaces de comprender que lo absurdo, aunque sea lógico, no puede ser verdadero.

EXPLICACIÓN FUNDAMENTAL

DE LA CORRESPONDENCIA ENTRE NUESTRAS IDEAS Y EL MUNDO EXTERIOR.

Visto someramente que no envuelve dificultad alguna la confesión de la existencia de un *no yo*, origen de las impresiones de que nos sentimos constantemente efectos; apoyada, si cabe, la certeza de esta afirmación, además del raciocinio y la conciencia, en el testimonio de todos los filósofos, con la sola excepción de algunos pocos, que se han levantado contra esta evidencia en virtud de doctrinas preadmitidas (lo que prueba contra estas doctrinas y no contra la creencia general;) se ofrece otra cuestión más grave y seria, cual es la de reconocer hasta qué punto la realidad objetiva corresponde á la idea que tenemos de ella formada; qué hay de objetivo y qué de real en lo que nosotros atribuimos al mundo exterior.

Cuando nos ocupábamos de la percepción, hemos ligeramente recorrido algunas de las muchas teorías que se han discurrido para explicar de qué manera el alma se pone en contacto con el mundo corpóreo y lo somete á su comprensión. Hemos visto cómo la falsa idea que del espíritu se tenía formada, había puesto una barrera á la comunicación mutua entre las dos entidades, cuerpo y alma; barrera que muchos

filósofos no pudieron salvar, debiendo recurrir en consecuencia á hipótesis tan improcedentes como las de Leibnitz, Mallebranche y aun de Kant.

Algunos dualistas ciertamente establecieron aproximadamente la verdad, siguiendo las huellas del sentido común, sin hacer mucho caso de las leyes del raciocinio, que les hubiera extraviado seguramente; pero nadie hasta nuestros tiempos ha dado una razón *á priori* de que algunas cualidades y propiedades de los cuerpos puedan atribuírseles con seguridad, en contraposición á ciertas otras que, correspondiéndoles en apariencia, deben serles rigurosamente negadas.

Ensayemos esta investigación á la simple luz de nuestra teoría. Sentamos como fundamento en esta cuestión el siguiente principio:

El yo conoce del no yo aquellas propiedades que son comunes á ambos. Aquello en que se diferencian esencialmente no puede ser conocido en nuestro estado actual.

Remontándonos á lo que llevamos expuesto sobre la percepción, recordaremos que en la impresión orgánica del *yo* concurren tres elementos, á saber; el objeto, nuestra materia impresionada y la fuerza excitada por la impresión. La reacción perceptiva de la fuerza recae sobre todo el hecho y abraza simultáneamente los tres elementos, percibiéndolos á la vez, puesto que concurren igualmente á un acto indivisible. El objeto, pues, no es visto aislado, en sí mismo, sino en cuanto es el principio agente del fenómeno en el *yo*, lo que para mayor claridad vamos á explicar ligeramente.

Una ilusión grosera nos hace creer que nosotros

conocemos los objetos colocados á cierta distancia, sin contacto ni juxta-posición; olvidando que, cuando existe realmente dicha separación, no es el objeto quien nos hace percibir, sino el *medio* establecido por la naturaleza, que sirve como de lazo ó conductor entre el sujeto y el objeto, obrando físicamente de uno á otro; de manera que, suprimido el medio, vuelven á quedar ambos incomunicados y sumidos en profundo aislamiento. Puestos en contacto el sujeto y el objeto, á beneficio del medio conductor, que hace las veces de instrumento, contribuyen á la producción del fenómeno *percepción*. Así, pues, siempre que percibimos un *no yo*, se verifica la condición de estar íntimamente unidos el *yo* y el objeto, y no sólo unidos, sino obrando éste en aquél para determinar el efecto de la impresión, que nunca se verificaría si el objeto no ponía mediata ó inmediatamente su acción como causa.

Hasta aquí estamos conformes con la mayoría de los filósofos; pero se nos presenta luego esta cuestión. ¿Hasta qué punto la impresión que causa el objeto en la materia y hasta dónde la idea que provoca son una representación, una imagen, un trasunto de la realidad, un hecho de conciencia, sobre cuya conformidad con el objeto estamos autorizados á decidir?

Decían los antiguos filósofos que la causa contiene al efecto y el efecto algo de la causa actora. Producir, causar, es fundirse una actividad en otra, que guarda siempre más ó menos visible el sello de la causa eficiente. No hay un simple contacto entre agente y paciente; es una especie de compenetración entre los dos, que da tal resultado, según cual fuere la índole del ser activo; por lo que se dice que iguales cau-

sas producen iguales efectos, y desiguales causas efectos desiguales.

Es verdad que nosotros no asistimos á la íntima esencia de todo fenómeno donde creemos que se realiza una relación de causalidad; pero por lo que observamos en nuestra conciencia, afectada por muchos seres, y por lo que presenciamos en los, al parecer, efectos exteriores, comprendemos algo cierto de la trascendencia de la causa en el efecto producido. Concebimos imposible que un agente obre una alteración en un ser, sin que se conozca más ó menos en el efecto algo de la naturaleza del ser productor.

La causa, hemos dicho, puede obrar de dos maneras; inmediatamente ó por el intermedio de un instrumento. En el primer caso, revela en su obra cuando menos la intensidad de su fuerza, el carácter de la misma y con frecuencia la forma de su materia. Sucede visiblemente lo primero en el movimiento local de un cuerpo, lo segundo en las formas del movimiento y lo tercero en la figura que el cuerpo estampa en otro cuerpo. Cuando se causa un resultado por un intermedio, es más bien éste que el autor principal quien se graba en el objeto, quedando la causa primera escondida detrás de la obra, que manifiesta más bien la fuerza que la materia del agente principal. Sin embargo, en todos los casos resulta verdad que todo efecto contiene el trasunto, en todo ó en parte, alguna cualidad predicable del autor.

Aplicando esta doctrina al caso presente, resulta que los seres que nos impresionan para manifestarse al pensamiento, lo llevan á cabo ó por sí mismos inmediatamente, cuando nos vienen por el sentido del

tacto, del paladar y del olfato, ó mediatamente, si se nos comunican por la vista y el oído. El tacto nos da no solamente una manifestación de fuerza en el objeto, sino una impresión de formas, que es el modo supremo de grabarse un agente en su obra: el objeto se adapta y se imprime á la superficie de nuestro cuerpo, por cuya razón, ha sido colocado en el primer rango entre los sentidos. El paladar nos exhibe además la cualidad de la fuerza en el objeto, lo cual desvirtúa en parte la impresión de la figura. El olfato simplemente muestra la cualidad de una fuerza. Este y los dos últimos, la vista y el oído, que son heridos por instrumentos de un agente remoto, por un misterio impenetrable de la naturaleza nos manifiestan, en vez de la condición de este instrumento (la luz ó el aire) como naturalmente debiera suceder, la condición de la causa motriz, el objeto; fenómeno extraño que no podríamos nunca comprender, si el tacto no nos asegurase, por ser inmediato su contacto, según hemos dicho, de la perfecta identidad y correspondencia entre la idea que el objeto nos sugiere, y el objeto mismo. Ahora podemos estar ciertos de que recibir la impresión por la luz equivale á recibirla del mismo original, según la demostración que el tacto nos da de la equivalencia. Así lo ha querido la naturaleza, es un hecho comprobable.

Siendo esta la naturaleza de las causas y la relación de nuestros órganos con el mundo externo, veamos hasta qué punto pueden ser verídicas nuestras impresiones.

Toda modificación es, no sólo según la naturaleza del ser modificante, sino del ser modificado. Una mis-

ma causa produce efectos diferentes, recayendo en individuos de condiciones distintas. Esta ley se verifica en el mundo moral, donde un mismo espectáculo, una misma noticia causan efectos tan diversos en distintas personas, igualmente que en el físico. Cae una masita sobre varias cuerdas sonoras y cada una despide sonidos diferentes; el calor derriete un cuerpo y da á otro mayor dureza; los ejemplos son inagotables. La razón es porque todo accidente recibido está en armonía con la forma substancial del sugeto, con su manera de ser, la cual varía radicalmente en cada especie; cada ser es susceptible de ciertas cualidades é incompatible con otras; ningún poder puede imprimir en un ser sino las cualidades que no repugnan á su constitución esencial.

De lo dicho se desprende la ley que hemos consignado; el efecto es según la naturaleza de la causa y la del ser donde el efecto se realiza.

Supongamos ahora al hombre substancia espiritual, y habremos llegado ya al último término de la investigación; densas tinieblas cubren el fenómeno; estamos en la región de los misterios, y la ciencia se queda humildemente en el dintel, que le está vedado salvar eternamente. Pero demos al hombre una existencia más conforme á la razón y á la naturaleza; entonces desaparecen las sombras, se hace la luz y asistimos felizmente á la formación del hecho de conciencia, notamos la procedencia de todos sus elementos, deslindamos los legítimos de los intrusos, y el entendimiento toma posesión de esta nueva y ancha región de la actividad creada. Si el *yo* es una substancia simple, no sabemos las cualidades que pueden

convenirle ó disconvenirle, no es posible distinguir lo objetivo de lo subjetivo; siendo tal como lo hemos descrito, materia y fuerza, todo se explica fácilmente, como vamos á ver.

El *yo* es una fuerza perceptiva en una materia extensa; el *no yo* supongamos que nos es desconocido. Una cosa, que evidentemente no es mi *yo*, viene y me produce un cambio ó fenómeno que llamamos impresión. Lo primero que me descubre este hecho, aparecido á mi fuerza perceptiva excitada, es indudablemente una fuerza extraña que obra actualmente sobre la mía; yo no he provocado mi cambio de estado, debió ser otra fuerza quien lo ha promovido. Hé aquí que ya se revela á mi conciencia el concepto del agente. Yo soy fuerza capaz de recibir la acción de otra *fuerza* y comprenderla.

La alteración ó impresión actualmente sentida y percibida afecta además para mí una forma ó figura; yo percibo extensión actual figurada, que se me impone violentamente por la causa de mi impresión, no por mi espontaneidad. Esta figura en primer lugar está en mí, de lo contrario no la percibiría; está en mi impresión, y mi impresión es mi *yo* impresionado; yo soy capaz de impresión de extensión, porque soy extenso. No hay, pues, inconveniente en que comprenda de lo objetivo *la extensión*.

No puede cabernos duda de que esta imagen que en nosotros se forma es verdadera, pues siendo sorprendida en el acto de su elaboración, cuando la causa se compenetra, se funde, se trasmite en cierta manera al efecto, es vista hasta cierto punto en sí misma, en este *algo* viviente, que confunde casi, por un mo-

mento, la existencia de los dos términos, agente y paciente. Cabalmente no conocemos bien la causalidad, sino por la experiencia de los seres que la ejercen en nosotros, y por ella sola podemos formar un concepto de este misterio de intimidad que se obra entre dos seres que, sin dejar su individualidad, obran inmediatamente uno en otro. En virtud de esta especie de infusión, podemos decir que en cierto sentido el objeto está en el sugeto, que hay entre ambos otra relación mayor que la de simple «representación». *El objeto es visto en la impresión y en sí mismo por razón de la impresión*, de manera que el *yo* conoce con certitud el objeto en todo lo que la impresión, que es su efecto, contiene; fuerza y figura existente. Queda, sin embargo, un punto obscuro. ¿La impresión, contiene sólo lo que le ha venido del *no yo*, ó contiene elementos no objetivables?

El objeto, acabamos de decir, está además en el sugeto en donde es visto; pero existe allí según la manera de ser del sugeto en quien reside, no solamente según la manera de ser del objeto mismo; como una imagen está en un espejo según la manera de ser del espejo, una figura en la superficie de una esfera según la redondez de esta esfera; la impresión es un accidente que es conforme á la condición de la substancia. La naturaleza de nuestra substancia es susceptible de accidentes iguales á los del mundo exterior é incapaz de otros. ¿Se trata de la fuerza? En cuanto á la intensidad, podemos comprender este accidente y conocer la intensidad de cualquier fuerza finita. ¿Se trata de la extensión ó de la figura? Podemos también poseer este accidente y conocer una figura cual la afecta

nuestra substancia, que es extensa. Estas dos notas ó predicados pueden ser iguales en nuestra impresión que en el *no yo*, y podemos por ellos venir en conocimiento de lo que hay en éste, que la promueve. Cualquiera ser que nos afecte, sea el que fuere, puede darnos á conocer puntualmente estas dos condiciones suyas, porque nosotros somos capaces de poseerlas en una impresión.

Pero acontece que la fuerza que en nosotros desenvuelve un *no yo* viene acompañada de lo que llamamos *sensaciones*, porque el objeto causante tenía cierto poder para producirlas. En este caso no puedo aplicar estos fenómenos al objeto, cuando éste fuera de naturaleza diferente de la mía, porque así como yo no fuera capaz del género de las modificaciones de su actividad, él no lo es tampoco de las mías; debo atribuir las á mi condición subjetiva, guardándome de fallar sobre la causa que las ha provocado. Esta causa reside en mí, pero según mi manera de ser; solamente aquellas notas que no desdicen de mi condición; pueden suponerse con la misma verdad en mí que en el objeto. Cuanto más el agente se me acerque y asemeje, más cualidades podré comprender de él, más serán las que no queden alteradas al pasar á mi impresionabilidad. Si fueren, pues, un mineral ó una planta quienes me impresionan, no sabré intuitivamente de ellos sino su extensión y su fuerza, porque no tienen ningún otro rasgo de los que pueden aparecer y ser conocidos en la esfera de mi conciencia. Cuando fuere un animal, ya se ensancha notablemente el círculo de mis conocimientos objetivos; sus pasiones, al parecer, son semejantes á las mías; es

una fuerza análoga. Con mayor razón, siendo un hombre, puede llevar á mi impresión infinidad de conocimientos verdaderos, tanto más numerosos y conformes, cuanto aquel sugeto se me asemeje más en carácter, ideas y costumbres.

Con este sencillo procedimiento creemos haber logrado manifestar lo que puede haber de real en nuestras impresiones, admitido que seamos materia y fuerza, á saber: *todo lo que es común á entrambos términos, percipiente y percibido.*

Antes de pasar á hacer aplicaciones del mismo procedimiento á otras regiones, ensayemos explicar rápidamente algunos hechos importantes, resultado natural de lo que llevamos expuesto.

Durante la época del desenvolvimiento espontáneo de la actividad, y aún en su edad madura, el hombre no distingue en el fenómeno que en él produce la impresión, los caracteres debidos al objeto, en contraposición á los que dependen de su propia índole, y los atribuye todos indistintamente al *no yo*, al objeto tal como lo encuentra en sí. La razón de que esto suceda consiste en que el objeto, si no es el ejemplar, es causa determinante de todos los rasgos del fenómeno que en nosotros aparece, y por otra parte lo fundamental, que es la extensión y la fuerza, conviene realmente con el objeto; lo cual da motivo para atribuirle también como peculiar suyo, los accidentes ó modificaciones con que en nosotros se envuelve.

Esto nos explica porqué atribuímos al objeto las sensaciones de sabor, olor, color, etc., que no pueden ser sino accidentes nuestros, de objetividad desconocida. Por una razón análoga los niños y gente senci-

lla ven en todas partes causas intencionales como la suya, y en consecuencia se irritan y se vengan del daño que les han causado. Los pueblos en su infancia atribuyen también á los agentes exteriores sentimientos y conciencia de sus obras, como ellos la disfrutaban; de donde procede el personificar los agentes naturales, llegando hasta á rendirles un culto. El sol, los demás astros, las fuentes, los bosques y los ríos vienen á ser para ellos, otros tantos racionales que siembran á su placer la felicidad ó la desdicha sobre la tierra, igualando al hombre en el atributo de la razón y vencéndolo en el de la fuerza; lo que es causa de la superioridad marcada que en ellos reconocen, origen de la adoración. La poesía y las bellas artes sacan grande partido de la misma ley, animando la naturaleza orgánica ó inorgánica, atribuyéndola las mismas afecciones que en nuestra sensibilidad promueven; con la diferencia que el poeta y el artista animan el mundo voluntariamente, comprendiendo bien que este acto es una mera ficción, cuyo antecedente está en aquella ley primitiva; mientras el niño y el hombre rudo son llevados de su franca y sencilla ignorancia. Todos estos hechos, que tienen una parte tan interesante en la historia del espíritu humano, alcanzan su explicación natural en la doctrina expuesta y son su más enérgica confirmación.

Reasumamos. ¿Se puede demostrar la existencia del mundo exterior? No se puede dar una prueba *á priori*, pero se puede manifestar en la conciencia, cuyo poder no ha sido ni puede ser contrastado por ninguna prueba. ¿Puede conocerse cuáles propiedades de una percepción son subjetivas y cuáles realmente impu-

tables al *no yo*? En la teoría de las substancias espirituales es imposible, pero admitiendo el compuesto humano como lo tenemos establecido, es posible señalar con exactitud el grado de correspondencia que debe haber entre la percepción y los seres percibidos. De todo objeto puede ser conocida la materia, forma y fuerza; las cualidades de estos tres términos sólo pueden serlo en cuanto coincidan con la manera de ser de nuestro *yo*.

VERDAD DE LAS IDEAS GENERALES.

El mundo tiene doble existencia, una en sí, otra en el pensamiento.

La idea del mundo no es sólo una inmóvil representación; ya hemos visto que sobre las impresiones recibidas tenemos un poder absoluto para agregarlas, componerlas y descomponerlas, no al acaso ó fortuitamente, sino según las semejanzas y analogías que observamos en las cosas mismas, con el auxilio de las cuales formamos las ideas generales, cuya representación sensible sustituimos por un signo convencional. El lenguaje, que es este signo, expresión genuina del pensamiento, nos manifiesta que nuestra mente posee un número inmenso de estas ideas, y basta hojear el vocabulario de un idioma para convencerse de su abundancia.

Agitan los filósofos la cuestión de si estas palabras y las ideas que ellas expresan son un mero juego

del entendimiento ó les corresponde una realidad, de la cual sean un verdadero trasunto.

Esta cuestión tan sencilla ha dividido las escuelas desde los tiempos más antiguos, siendo así que su sencillez y transparencia parecían ponerla al abrigo de las disensiones filosóficas. Es un colorario ó consecuencia de lo que hemos resuelto anteriormente; si es verdadera la idea de objetos determinados, como este caballo, esta mesa, reales y verdaderos han de ser los elementos que de ella he extraído para formar la idea general. Media entre unas y otras la diferencia que entre el todo y sus partes; lo particular es el todo, lo general es la parte; ó es ideal lo primero, ó no pueden serlo los elementos que de él se hayan tomado.

Platón iluminó y descarrió á la vez la opinión sobre estas materias, poniendo sus ideas típicas de cada especie, eternas, distintas de las cosas criadas y del entendimiento de Dios, sirviendo como de ejemplar á este para criar el mundo, y al sabio para comprenderlo mejor que el común de los hombres.—Es indudable que el Autor debió tener en su mente la idea ó tipo de las cosas que quería crear, porque es condición de toda inteligencia conocer de antemano su obra; es cierto también que el sabio se levanta á formar ideas generales, que por su comprensión aventajan en valor á las concepciones vulgares; mas ni Dios tenía necesidad de verlas fuera de sí ni el sabio las coge ó aprehende en otra parte que en los objetos criados, donde la idea se halla gráficamente realizada. En un ejemplar de una especie hay todo lo suficiente para formar en el entendimiento la idea típica. Los accidentes individuales, que no son necesarios para

el complemento de la idea, de los cuales no obstante se reviste el objeto, son fácilmente separados por el entendimiento, capaz de aplicar la atención solamente á lo que es esencial. No puede sostenerse la poética teoría de Platón, aunque ya veremos que contiene en el fondo una idea sublime.

Kant, que erró en su juicio sobre la percepción de lo individual, haciéndola pasar á la manera de los peripatéticos por una porción de evoluciones, halló las consecuencias de este error fundamental, al formar su opinión sobre las ideas generales, que, con más razón que las particulares, debieron ser para él *formas subjetivas*, modos especiales del entendimiento.

Nosotros hemos establecido una correspondencia hasta cierto punto exacta entre la percepción y su objeto; por esta sabemos la existencia individual del objeto y de muchos de sus atributos; por consiguiente, al formar ideas generales, procedemos con entera seguridad.

Con las ideas generales formamos juicios, construimos cuerpos lógicos originales bien diferentes de lo que nos ha enseñado la percepción. ¿También en este caso todo el fenomenismo del espíritu, representado por una larga composición, deberemos considerarlo como una imagen de la realidad externa? Contestamos en primer lugar que el hombre no puede pensar sino lo verdadero; todo lo que piensa es verdad ó en el conjunto ó en los detalles. Si pienso en el sol cuadrado es verdad que hay sol y que hay cuadrados, aunque sea falsa la unión de estos conceptos. Pero hay otra consideración.

Cualquiera habrá podido observar, que es posible llenar sendas páginas con palabras sin enseñar nada nuevo. Una biblioteca contiene millares de volúmenes, en los cuales no pueda tal vez señalarse una idea importante, desconocida del común de los hombres. El vacío de lo general es más sensible que el de la naturaleza. Con veinte palabras generales puede componerse un discurso, que no enseñará nada que no esté contenido en la primera enunciación. Esto ha podido dar motivo para pensar que son las palabras generales puramente sonidos, evoluciones estériles del entendimiento, en vez de signos de la realidad.

Kant explanó una distinción que sirve mucho para resolver este problema, aunque no le corresponde en este punto el mérito de la originalidad, de que se manifestaba muy satisfecho. Dice que los juicios pueden ser analíticos y sintéticos. Los primeros, según él, son aquellos que no añaden ningún predicado que no esté contenido en la idea del sugeto, y los segundos son aquellos cuyo atributo ó predicado añade algo no contenido en la sola idea del sugeto. El hombre es racional, es un juicio analítico; el hombre fué arrojado del paraíso, es un juicio sintético. Lo mismo había dicho Locke antes y mejor que él.

Ahora bien, en la mayor parte de las composiciones intelectuales sobre ideas generales se exhiben sólo juicios analíticos, de manera que el lector, teniendo conocidos los términos de la tesis, no aprende nada nuevo; únicamente analiza, compone y descompone los elementos que tiene perfectamente conocidos; juega con las palabras y no lleva á su entendimiento ningún germen de que careciera. Esto, con todo, no

es decir que las ideas ó conceptos expresados no se refieran á alguna realidad y queden en la esfera de un puro nominalismo; sólo arguye el vicio de repetición ó descomposición inútil.

En vista de esto ocurre preguntar: ¿qué razón tuvieron los antiguos, Kant especialmente, para poner las ideas generales entre las formas de que se reviste el entendimiento, despojándolas de todo valor real?

Ya dijimos en otro lugar que la cuestión capital, por no decir única, de la filosofía, consiste en la manera de explicar la percepción externa. Equivocado este primer paso, se aleja uno siempre más de la verdad, como dos líneas que se apartan de un centro. Para el autor citado, el mundo es algo desconocido que tiene el poder de impresionarnos de una manera vaga é informe, pero á lo cual el entendimiento, en virtud de ocultas leyes, impone forma, unidad, cantidad y demás ideas que atribuimos al mundo actualmente. El objeto, (noumenos) según él, no pone de su parte en el fenómeno que en nosotros causa, sino la materia informe, ininteligible; todo lo que ostenta, cuando ha llegado al estado de idea, lo debe á la condición de nuestra inteligencia, que le presta el orden lógico conque se manifiesta. De esta mala apreciación de la percepción dedujo aquel filósofo la mera *subjetividad* de las categorías ó ideas fundamentales del espíritu humano, que él enumera; cantidad, relación, causa, unidad, etc., subjetivadas las cuales, se desvanece lógicamente toda existencia. Por esto han podido decir sus discípulos que el hombre pone la realidad al conocerla, y que el mundo y Dios son obra del entendimiento. No han

debido hacer un grande esfuerzo para llegar á este resultado, que ya había preparado y alcanzado de cerca su maestro.

Fácilmente se comprende que aquella suposición no está legitimada por ningún hecho observado, ni apoyada en alguna demostración. No debe su nacimiento y desarrollo á otra cosa que á la idiosincrasia particular de su autor, quien no hizo la anatomía del espíritu humano, sino tal vez del suyo propio, medianamente desorganizado por el aislamiento, falta de impresiones y concentración excesivas. La presente teoría desvanece, al parecer, todos sus fundamentos.

El mundo exterior es visto cuando palpita, lleno de vida, en nuestra organización y de rechazo en nuestra fuerza. Lo sentimos con calor obrando en nuestra actividad é incubando la idea, que es hija suya, parecida por completo á su modelo. Si fuese una representación grabada en nosotros durante una hora de sueño, podríamos, al despertar, poner en duda si aquello no es más que una fascinación, un juego de una potencia oculta; mas estando en plena posesión de nosotros mismos, en el mediodía de nuestra inteligencia, sin rodeos ni ambajes viene, cara á cara, un *no yo* y se inocular en nosotros, con la fuerza misteriosa que dijimos de la causa en el efecto, dejando estampado algo en el molde todavía caliente de nuestra actividad. ¿En nombre de qué poder viene á decírsenos que toda esta acción es un supuesto gratuito, que el objeto miente y miente el alma que dice conocerle? Yo le siento vivir en mí con todos los caracteres de unidad, substancia, causa, dimensión, relación, etc., y lo que él revela á mi conciencia en este rasgo de expansión

íntima, de efusión amistosa, debo creerlo, porque va acompañado de tanta luz y claridad como la conciencia de mi pensamiento.

Por otra parte la naturaleza de nuestro *yo* no repugna á que estas propiedades que ponemos en el objeto estén en él y sean vistas por nosotros con veracidad. ¿Qué motivo hay pues para negar al *no yo* lo que la conciencia invenciblemente le atribuye y está en armonía con la naturaleza de nuestro ser pensante? No conocemos aserción más gratuita que la de Kant, negando al objeto percibido todas las propiedades y condiciones de que se nos presenta revestido para atribuir las á nuestro trabajo mental, contra cuya absorción protesta tan altamente la conciencia.

Ahora bien: si los objetos son tales como los conocemos en su forma y en su fuerza, cae toda la teoría de aquel filósofo y de cuantos han negado el valor objetivo de las ideas generales y de las categorías, como también se deduce que las clasificaciones, en que el entendimiento las ordena, tienen su equivalente en la realidad. Si nosotros tenemos un pensamiento que sabe agruparlas en géneros, especies y variedades objetivas innumerables, es que no menor inteligencia tenía el supremo Autor, que concibió estas clasificaciones y las realizó en las criaturas que admiramos.

¿Qué fueran las ciencias y bellas artes si los *universales* no tuvieran en la naturaleza su correspondiente realidad, más que palabras sin sentido, indignas de ocupar nuestra inteligencia? El artista que exprime la forma ideal de una especie ¿no imita la naturaleza? ¿El botánico, el mineralista, el astrónomo (cuya cien-

cía Kant conocía profundamente) ponen en sus clasificaciones la ley de su entendimiento ó aprovechan más bien las diferencias que encuentran visibles y marcadas en la escala de los seres? No comprendemos cómo pudieron aplaudirse tales conatos de destrucción del sentido común y científico.

Otros filósofos han recorrido para explicar la formación de los universales á ideas innatas ó á la intervención de la divinidad. Bien se comprende cuán absurda es esta suposición, cuando observamos que basta ver por vez primera algunos objetos, para que al momento sorprendamos en ellos el elemento fundamental, la idea generadora, en medio de los rasgos particulares y accidentes variables que la naturaleza se ha complacido en derramar sobre cada individuo con una profusión inagotable. Si observamos, pues, que no se forma jamás en nosotros ninguna idea genérica, cuyos elementos no hayamos antes recogido en las percepciones particulares ¿qué significa entonces la denominación de innata ó infusa á una idea, cuyo nacimiento en nuestro espíritu presenciamos; la calificación de subjetivo, nominal, á lo que es tan real y cierto como el objeto de donde lo tomamos? Me persuado de que la razón de esta equivocación consiste en que, cuando hemos formado una idea general, extraída de varios objetos, la aplicamos después á cuantos van nuevamente presentándose, conduciéndonos en esta operación como si aquella idea nos hubiese venido por caminos misteriosos, como si fuese un don inmediato de la Divinidad; siendo así que ella nos ha dado sólo la facultad de abstraer y generalizar, quedando de nuestra incumbencia su ejercicio.

Falta ahora investigar si estas ideas ó tipos de las cosas, tan superiores por su comprensión á la concepción ruda é indivisa de lo individual, son contingentes ó pertenecen ya á la categoría de lo inmutable, de lo absoluto.

Por más que se haya más de una vez calificado estas ideas pomposamente de eternas, inmutables y divinas; aunque Platón les haya otorgado una dignidad que no les corresponde, son ellas pasajeras contingentes y dependientes de la libre voluntad del Criador, como lo es el individuo. Tómese cualquiera de estos ejemplares ó tipos esenciales de una especie y se verá que no hay para el entendimiento ninguna necesidad de concebirlo de esta manera ni imposibilidad de suponer lo contrario, como sucede en lo absoluto. La naturaleza se ha encargado de demostrar prácticamente esta posibilidad de suprimir uno ó muchos de los caracteres esenciales de las especies, suprimiéndolos en otras especies; como se puede ver recorriendo la escala zoológica y la botánica.

Si la naturaleza destruye el tipo de sus obras en otras obras, ¿quién dirá que es eterno é indestructible? ¿quién tiene derecho para imponer su pensamiento al Criador? Pudo crear una sola especie, como ha creado muchas, podía crearlas en la cantidad de ser, forma y fuerza, que poseen actualmente, como en otras infinitas de las que debe concebir su poderosa inteligencia. Nada nos induce á creer que ningún género ni especie tengan el carácter de inmutables. Si el hecho de estar en la mente de Dios eternamente ya las constituye necesarias y eternas, como el pensamiento divino donde residen, lo mismo podríamos decir del individuo

y de sus menores accidentes, que también debieron ser preconcebidos por Dios, con lo cual quedarán equiparados en dignidad estos dos géneros de ideas tan distintas, y obligados aquellos filósofos á consecuencias que no quisieran obtener.

El absoluto de las especies sólo puede ser defendido por este panteísmo idealista que considera al pensamiento y al objeto como las evoluciones necesarias de la substancia única, que se manifiesta en la conciencia humana y se desenvuelve fatalmente en la historia y en la naturaleza, ó bien por el optimismo de Leibnitz.

Ya sabemos qué juicio formar de la moderna escuela alemana idealista, cuyo pobre y humilde origen se cifra en una falsa apreciación de Kant, apreciación que, tomada por base y punto de partida, ha conducido á sus prosélitos, como no podía menos de suceder, de abismo en abismo, de negación en negación, hasta quedar con el sólo yo, sugeto y objeto, contingente y necesario: Dios, naturaleza y humanidad. Enseñanza importante para rechazar en general toda doctrina que tan absurdas consecuencias entraña, y, en este caso particular, para aprender que á la percepción sensitiva no podemos negarle ninguno de los caracteres que contiene, sin exponernos á aniquilar el mundo en el terreno científico.

Por lo que respecta al optimismo de Leibnitz, no establece la necesidad absoluta de las ideas típicas por su valor intrínseco, sino por una causa extrínseca á ellas, cual es la condición de la naturaleza divina. No nos corresponde, pues, aquí refutar esta teoría peligrosa, sobre la cual sólo vamos á decir dos palabras.

Dios tiene dos operaciones, una interna, que ejerce con absoluta necesidad, en la cual produce lo más perfecto necesariamente, su verbo y su amor; otra externa, accidental, voluntaria, de la cual su libre voluntad es el único regulador. Por su naturaleza Dios produce lo *perfecto*, aun en esta segunda operación, porque su ley es el ritmo, la armonía, que se le imponen; ó mejor, nacen de su esencia perfectísima; pero sobre el triángulo que forma el fondo de toda criatura, puede fabricar hasta lo infinito, recorriendo una serie de grados de perfección, que no tiene límites como su poder. Lo más perfecto no sólo no está necesitado á crearlo, pero *ni aun podría* hacerlo, queriéndolo, puesto que la perfección de un objeto criado es siempre limitada y puede ser representada por un número, y todo número puede siempre de nuevo aumentarse indefinidamente; Dios mismo no puede hacer un número actual infinito. Leibnitz, que reconocía la verdad de esta proposición, no hubiera rehusado la paridad que hemos establecido. ¿Cómo pudo decir, pues, que Dios debió crear necesariamente lo más perfecto, cuando ni aun le era dable realizarlo?

No pudiendo hacer Dios lo más perfecto absoluto, está llevado con todo por su esencia á hacer lo perfecto relativo, según cumple á una existencia finita. Cada cosa tiene su fin conveniente y se dirige á él por los medios más adecuados y conducentes. Dios, en su inteligencia sin límites, encierra todas las formas posibles de las cosas, de las cuales realiza algunas cuando quiere, sin que pueda señalarse razón alguna forzosa, fuera de su voluntad. Son sus ideas, antes de realizarse, el plan de un artista, concebido bajo la influen-

cía de una inspiración sublime, que no impone ninguna forma determinada al compositor, ni podría imponerla, porque los límites de lo perfecto huyen perpetuamente delante de sus ojos. Lo finito no agota jamás las inspiraciones de lo infinito; nada de lo que existe es necesario en particular ni en general.

Sólo es necesario lo absoluto.

LO ABSOLUTO.

Sobre la inmensa oleada de lo finito, en medio del movable flujo de fenómenos que pasan y desaparecen en la corriente imperturbable del tiempo, flota y descuella, inmóvil como la eternidad, la luz de lo absoluto, inaccesible á los vaivenes y mudanzas que asaltan y conmueven incesantemente el círculo de las cosas creadas. Después de haber recorrido el espíritu el complicado laberinto del universo y buscado inútilmente un objeto indestructible, á quien no pudiese contener el espacio ni el tiempo, marcado con el sello de la necesidad y de una certitud superior á toda duda, pone con seguridad la planta en esta región luminosa y vasta, donde la infinidad y la inmutabilidad tienen su eterno asiento. La verdad derrama aquí raudales de luz, por cualquier cara que se le contemple, y cautiva el asentimiento de todos indistintamente. El bárbaro como el hombre civilizado, el habitante de la tierra como los venturosos espíritus, si los hay, que moren en los brillantes globos que giran sobre nuestras ca-

bezas, todos sin distinción disfrutan de esta misma luz y están unidos en lazo fraternal, indisoluble, por esta verdad universal, que envuelve como una red inmensa todas las inteligencias actuales, y aun las posibles. Los disentimientos, las relaciones parciales de los seres desaparecen ante la contemplación de lo absoluto, y el universo entero vibra al unísono de uno á otro extremo, al agitarse esta cuerda, como un joven corazón á la presencia de una idea venturosa. Este es el natural alimento del alma; un mar sin orillas, que no se agota jamás, aunque el pensamiento se zambulla en él con la energía de la juventud y el poder del genio. El hombre no puede contar entre las horas de su vida sino aquellas que ha pasado en este incorruptible elemento para el cual ha sido criado, como el pez para el mar y el ave para el aire. Las bellas artes con sus encantos, la virtud serena y simpática, la verdad, en fin, anhelada por el hombre con una sed insaciable, son emanaciones purísimas de lo absoluto, que chorrea por todas partes en borbotones y manantiales transparentes, para la hermosura del mundo y la felicidad del hombre.

En el sufragio unánime que se levanta del fondo de la naturaleza con una fuerza invencible á favor de estas verdades, se percibe sólo una ruda discordancia, procedente de algunos espíritus desheredados, envueltos tristemente en la obscura niebla de su propio pensamiento, sombra que no permite llegar hasta ellos el rayo vivificador que alumbrá á toda criatura que aparece á la superficie siempre conmovida de la existencia.

Han pecado estos filósofos contra la más noble

parte de la realidad de dos maneras: unos confundiendo los dos órdenes de la existencia, el relativo y el absoluto; otros concediendo el primero y negando el segundo.

El panteísmo, en sus dos manifestaciones, realista é idealista, no admite la diferencia, que tan clara en la conciencia aparece, entre lo contingente y lo necesario. Todo lo existente es para ellos la *substancia única*, que va desenvolviéndose en virtud de una ley intrínseca necesaria, que no puede ser contenida ó desviada en su carrera fatal: *todo lo que es, dicen, es absoluto*.

El sensualismo, en sus varias escuelas, no ha sabido levantarse sobre las apariencias, que encubren el fondo precioso, y ha dejado de apoderarse de la verdad entera, que podía encontrar muy bien dentro de su sistema, por ser su análisis incompleto. Ha dicho: todo lo que perciben nuestros sentidos pasa; luego lo absoluto no existe.

No han sabido ver este elemento que palpita lleno de vida en nuestra inteligencia, fecundada por la percepción sensual; han recorrido una á una las fibras del pensamiento, sin echar de ver á ésta, que levanta su tono sobre todas las demás. Han negado lo absoluto, no por su repugnancia, sino por no haber sabido observarlo, sorprenderlo, cuando lo tenían delante entre los objetos que contemplaban. El género humano ha continuado y continúa, á pesar de esto, disfrutando de su presencia, sin cuidarse de averiguar qué piensan los sabios sobre la existencia de aquello que siente vivir en las entrañas de todo ser: así se burlaría un hombre del naturalista que le negara la exis-

tencia del corazón, cuyos latidos siente con violencia. Esto quiere decir que lo absoluto no se prueba ni se demuestra; se observa y analiza, porque es cosa que vence á todas en poder de evidencia.

Sabiendo que existe, averigüemos por qué medios lo adquirimos y cuál es su íntima naturaleza.

CARÁCTER Y DEFINICIÓN DE LO ABSOLUTO.

Nuestra inteligencia concibe dos géneros de verdades, cuya índole no es posible confundir. La piedra tiende al centro, la electricidad positiva y la negativa se atraen, las de un mismo nombre se repelen, es verdad; pero nadie se atreverá á asegurar que no puede ser de otra manera, que lo contrario es absolutamente imposible: nos consta del hecho, no de su necesidad. Representémonos otro género de juicios, como: dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí: el hombre debe ser agradecido á los beneficios: una virgen de Rafael ó de Murillo es más bella que una Hotentote; estas y otras proposiciones semejantes son la expresión, no sólo de una verdad actual, sino de lo que siempre ha sido y será en todos lugares y tiempos. Cuando suponemos que una de estas verdades deja de serlo, el entendimiento se anubla, tiembla el terreno debajo de sus pies y cesa de afirmar, que equivale para él á cesar de vivir. Supóngase, por el contrario, que se cambia una de las leyes naturales; todo lo demás sigue su curso, y el entendimiento tiene expe-

ditos sus demás caminos, sin experimentar alteración visible en sus leyes. Aquellas verdades forman como las vísceras de la realidad y del entendimiento, de modo que, al tocar á ellas, se ve asaltado por una muerte repentina. Por esta razón, á Kant, que bajo ciertos conceptos tenía bien estudiado el entendimiento humano, no le pasó desapercibido este fenómeno, y confesó la necesidad que impone lo absoluto, aunque erróneamente lo atribuyó á las leyes peculiares de nuestra constitución mental, en vez de ponerlo en la realidad.

Con un poco de imparcialidad, hubiera observado el célebre filósofo que junto con la necesidad íntima en que estamos de afirmar estas verdades, aparece otra no menos fuerte de referirlas al *no yo*, con la misma necesidad que nos obliga á atribuir la causa de una sensación á un objeto externo. No hay diferencia entre la tendencia que tenemos á objetivar una impresión sensible y el valor de un principio metafísico. Nadie puede creer que el principio de contradicción sea una creación suya ó una mera ley de su organización intelectual; antes de existir yo, era verdad que *dos más dos son cuatro*; y continuará siéndolo, aunque mi pensamiento y el de mi especie se aniquilen. Esto es lo que encontramos en la conciencia y lo que ningún filósofo podrá destruir por más esfuerzos que haga. Esto no se demuestra; sino que lo vemos con evidencia tan viva y cierta como la existencia de nuestro pensamiento. Quien no se halle satisfecho, no se conduce como filósofo; que la filosofía consiste en conocer las leyes de la razón y en saber usar de ella, no en desorganizarla; como las ciencias naturales in-

vestigan las leyes de la naturaleza, sin pretender rehacerlas ni alterarlas. La filosofía debe ser como estas ciencias.

En el análisis, pues, de las verdades absolutas encontramos un rasgo nuevo; la necesidad, la universalidad. Son reales porque en su aprehensión viene envuelta la evidencia de su objetividad; son universales, porque deben hallarse indistintamente en todos los entendimientos; su no existencia es aprehendida por nosotros como imposible.

Cousin ha querido desvanecer las prevenciones del escepticismo, sorprendiendo lo absoluto en las afirmaciones de la actividad *espontánea*, en la cual observa que se diseñan estas verdades de la misma manera que en la *reflexiva*; pero esta distinción no parece que añada á la prueba nuevo vigor; pues nunca puede salirse, como única garantía de nuestra certeza en este particular, de la necesidad que al espíritu impone su evidencia. Si alguno abriga temores de engaño y decepción respecto de estas verdades, no debe hacer otra cosa que replegarse sobre sí mismo y observarse en el acto de pensar en un primer principio, y á buen seguro que todo asomo de duda desaparecerá de su pensamiento. La duda sólo puede nacer aquí de falta de atención; el que niega lo absoluto no está en el pleno uso de sus facultades.

ORIGEN DE LAS IDEAS ABSOLUTAS.

Es un hecho incontestable que, entre los tesoros de nuestro entendimiento, se encuentra la intuición clara y enérgica de lo absoluto; ¿mas de dónde sacamos este especial género de ideas? ¿Por ventura de la experiencia?

La experiencia nos muestra sólo lo particular y concreto, nos cerciora de lo que observamos; pero no dice por los sentidos ó la conciencia, al parecer, una palabra de las restantes verdades, en quienes no hayamos hecho la prueba experimental. ¿Tal vez Dios nos las revele, dejando caer constantemente sobre nuestras almas un rayo de su divina luz? Esta suposición es infundada y al propio tiempo antifilosófica, pues la naturaleza tiene todo lo necesario para funcionar por sí misma, sin intervención especial de la divinidad; á excepci3n del milagro, que es un hecho extranatural, fuera de la competencia de la razón filosófica. ¿Apelaremos á ideas innatas, revelaciones secretas, involucradas en nuestra naturaleza, para ayudarnos á conocer lo que nuestra experiencia más dilatada no podría descubrir, por ser infinito? No es tampoco aceptable esta hipótesis, pues el estudio de la conciencia nos enseña que cuanto posee nuestro espíritu, en el orden natural, le viene por experiencia ó por reflexión, es decir, por su trabajo, y que antes de impresionarnos los objetos vegeta nuestra alma en la

obscuridad más completa, de que sólo la comunicación directa con el mundo exterior puede redimirla. No hay en el hombre, antes de funcionar, sino las facultades ó potencias, como acontece en los demás seres, que tienen *nativamente* sólo la facultad y con ella el poder de reducirla á actos: *la idea es un acto*. ¿Serán finalmente, formas subjetivas de la razón, que, al creer percibir estas verdades, sólo se descubre á sí misma? Ya hemos demostrado anteriormente que esto no es exacto.

Este es el problema y estas las dificultades que se oponen á cada una de las soluciones, que han ensayado respectivamente las escuelas sensualista, mística, racionalista y Kantiana-panteista. Con todo, es preciso optar por uno de estos caminos, fuera de los cuales no hay medio. Escogemos el primero, afirmando que *el origen de las ideas absolutas es la experiencia* ó sea, la percepción interna y externa.

Toda realidad contingente que el hombre conoce, existe en ciertas *condiciones* esenciales, de que le es imposible desprenderse. Más adentro de esta realidad variable que aparece, hay otra superior á todo cambio, á toda mudanza y alteración. Es muy posible que la substancia que ha empezado á existir pierda la existencia; pero en tanto que *es*, tiene la necesidad absoluta de ser lo que es; incapaz de dejar de ser, siendo, ó de ser á la vez otra cosa. No podemos decir de dónde vienen estas y otras leyes necesarias, que lleva dentro de sí lo contingente, pero son tan ciertas y reales como la existencia.

Con esta mera indicación ya viene á tierra el argumento que se opuso siempre á la escuela sensualis-

ta, diciéndole que de las percepciones no podía extraer lo absoluto. No es exacto que el mundo percibido por los sentidos nos presente sólo elementos contingentes, cuando el más insignificante de todos los seres, un grano de arena, por el mero hecho de *ser*, contiene ya un elemento absoluto, y por su manera de ser contiene otros. El mundo es lo contingente, que tiene *condiciones* necesarias; es lo condicional en lo incondicional; no es absolutamente, pero absolutamente *es lo que es*.

Si el objeto que se nos aparece tiene en sí un filón, un rayo de lo absoluto, ¿por qué nuestro *yo*, que descubre su existencia, su forma y sus propiedades, no ha de hundir el rayo de su penetración hasta esa condición y ley necesaria, que va involucrada por necesidad en cada uno de estos elementos? O, si se quiere más, ¿por qué el objeto que ha depositado en el *yo* su existencia y manera de existir, no habrá dejado en el *yo* lo que va inseparablemente unido á su existencia? Si es verdad que, cuando un cuerpo excita mi actividad, es visto por ella tal cual es en sus rasgos esenciales, ¿qué motivo hay para hacer una excepción de esta ley general para lo absoluto, que se halla en las entrañas de todo ser?

Una vez aperecebido este elemento, que no es ninguna existencia, pero sí una condición intrínseca de la misma, la inteligencia queda en posesión al momento de ideas necesarias ó absolutas. No resta al pensamiento otro trabajo que el de la generalización, semejante á todas las otras, con la sola diferencia de su contenido, que es inmutable, y de su forma que es *apodíctica*. Así, habiendo visto muchas estrellas, afir-

mo que las estrellas son brillantes; mas en los datos parciales no he encontrado alguno para asegurar que deban serlo necesariamente; y aunque lo hubiere, no siendo visto por mí, debo guardarme bien de enunciarlo, mucho menos respecto aquellas que no conozco. Tratando empero de percepciones que se refieran, no al objeto, sino á la condición necesaria del mismo, *radicando la necesidad en la índole esencial de la existencia*, que es común á todas las cosas; puedo formular por primera vez un juicio que abarque toda existencia actual y posible; sentar un principio absoluto, universal.

Los que no han querido aceptar esta natural explicación, es que no conocían la fuerza de la percepción humana, la manera total con que el objeto se pone en el *yo* bajo todos sus aspectos, sin exceptuar el de lo absoluto.

Toda explicación que no sea la de que conocemos las verdades metafísicas en los objetos, abre una ancha puerta al escepticismo y al idealismo, y legítima todas las aberraciones de la filosofía alemana en estos últimos tiempos. No se pueden aceptar términos medios sobre esta materia, como hemos dicho en otra parte. O todo nos viene por la experiencia, ó todo es un sueño de nuestra fantasía. La Naturaleza, que se nos da por las percepciones, es el único libro que hay abierto para alcanzar la verdad; en él, con caracteres más ó menos inteligibles, hay todo lo que el hombre necesita para llenar sus facultades y sus destinos naturales. Quien busque otras fuentes, teniendo éstas tan patentes, podrá ser poeta, pero no filósofo.

Debemos hacer, después de todo, una declaración,

á saber: que al atribuir el nuevo origen de todas las ideas á la percepción, incluimos en ella así la externa como la interna. Por la externa aprendemos lo absoluto, que afecta todos los cuerpos en general; por la interna las leyes absolutas de la inteligencia y de la voluntad.

Alguno creerá que la teoría de que acabamos de hacer mérito, se confunde en último resultado con la de la escuela sensualista, madre natural del positivismo contemporáneo, pero por el honor de su juicio, más que del nuestro, deberá modificar esta opinión.

La escuela sensualista, acaudillada en la época moderna por Locke, el más ilustre y cuerdo de sus adeptos, y ampliada por Condillac, que la apartó tristemente de la vía del sentido común, no supo ver bajo ningún concepto lo absoluto en la experiencia, y al reconocer que toda idea viene por los sentidos, según la célebre máxima de Aristóteles: *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, confundió la sensación con la idea, y siempre el objeto conocido con sus condiciones eternas é inmutables, haciéndolo todo *relativo* y contingente. La presente teoría conviene con ella en lo que tiene de verdad, que es el origen de todos nuestros conocimientos; pero pone un abismo entre la *sensación*, que es intransitiva, y la *percepción*, que siempre se refiere al objeto; con lo cual se aparta esencialmente de Condillac; y por otra parte hace constar en cada objeto conocido un elemento necesario, que se escapó á las investigaciones del empírico inglés. Así nuestro método tiene un carácter ecléctico, en cuanto reúne las afirmaciones ó principios de las escuelas sensualista é idealista y completa los va-

rios aspectos del entendimiento humano, sin necesidad de recurrir á ninguna de las utopías que tanto han desacreditado la filosofía.

DIVISION DE LO ABSOLUTO.

El *maestro* por excelencia, el más profundo y razonado de todos los filósofos, trazó un cuadro de todas las ideas generales, donde viene comprendido cuanto el entendimiento puede pensar y cuanto existe: la tabla de las *categorías*. El filósofo de Kœnisberg imitó á Aristóteles, formando también la lista de las formas que puede tomar nuestro pensamiento, en una serie de categorías algo más simplificada que la del primero. El jefe del eclecticismo francés redujo todas las formas generales de Kant á solo dos, substancia y causa. Nadie después de ellos ha intentado ya continuar este estéril y peligroso trabajo.

El carácter distintivo de estas clasificaciones es la vaguedad y la inutilidad. ¿A qué plan obedece la agrupación de una multitud de ideas generales, puestas caprichosamente unas tras otras, como las notas de un inventario, suelta cada una y desligada de las que preceden y las que siguen, de modo que pueden ser suprimidas, sin que resulte en la clasificación un vacío perceptible? ¿qué provecho saca el entendimiento de agrupar las formas más comprensivas que posee, cuando no puede luego hacer de ellas una aplicación útil á los varios órdenes de realidad, ni confirmar con

ellas alguna hipótesis que importe comprobar? Nada conozco más estéril que estos ruidosos, cuanto inútiles esfuerzos del entendimiento humano.

Lo absoluto no sabemos que hasta ahora haya sido rigurosa y orgánicamente clasificado. Se ha hecho mención aislada de cada una de sus manifestaciones, sin reducirlos á un cuerpo dotado de indisoluble unidad. Nosotros esperamos bosquejar esta clasificación y exponer su fundamento, de manera que aparezca en qué parte de la existencia arraiga cada una de estas ideas. Se formará con esto una idea más completa y razonada que la que se logra estudiándolo aisladamente en la conciencia, como hasta ahora se ha venido practicando. Tendrá particularmente una ventaja muy apreciable para nosotros, la de demostrar el principio cardinal establecido como base de nuestro sistema, viendo cómo se corresponde lo mismo con la realidad *relativa* en todos sus varios órdenes que recorrimos en la primera parte, que con la verdad *absoluta* en la distinguida región que vamos atravesando.

(1) Todo objeto *finito* está constituido por tres elementos: materia, forma y fuerza.

La materia, que forma la base de los dos términos restantes, se puede considerar bajo tres aspectos: 1.º Se opone al no ser inexorablemente, de manera que no pueden estar simultáneamente en un objeto. Un objeto puede ser una cosa y no ser otra, pero en absoluto no puede ser y no ser; mas como todo ser para nosotros tiene su base en la materia, he aquí porqué arraigamos en ella el *principio de contradicción*.

(1) Véase la tabla, pág. 192.

2.º Se opone igualmente á ser otro ser, nueva fórmula del principio de contradicción. Tan imposible vemos que una cosa sea y no sea (ser y no ser) como que sea otra ($1=2$). Este segundo principio se llama de *identidad*, y da origen al *número*. Se funda éste en la no confusión de los seres, en la identidad de las cosas; por consiguiente el número es tan cierto como el segundo principio y como su equivalente el de contradicción. 3.º Un ser no se opone á ser, una cosa es *lo que es*, lo que es, es *verdadero*. Esta es la noción capital que las comprende todas: existencia, relaciones y formas de existir. Mas como el principio y raíz de la existencia conocida está en la substancia material que todo lo sostiene, á ella le corresponde principalmente la noción de lo *verdadero*.

He aquí cómo de la noción de materia nacen tres fases de lo absoluto, que son: el *principio de contradicción*, el *número* y lo *verdadero*.

El segundo elemento es la *forma*, ó sea conjunto de accidentes ó modos del ser, calidad, figura, etc. Puede ser geométrica (triangular ó círculo) y substancial, formando su manera íntima de ser (ázoe ó carbono; clavel ó rosa). 1.º Este segundo elemento no puede jamás reducirse al primero, nunca la forma puede reducirse á la materia; son dos lados del triángulo de las existencias, esencialmente distintos. Como la substancia subsiste por sí, condición que la caracteriza, el modo ó accidente subsiste en la substancia, distintivo suyo también; será, pues, posible una substancia sin tales ó cuales accidentes, mas no accidentes sin substancia, porque entonces subsistirían por sí, y serían substancias, con lo cual se habría borrado uno

de los tres términos esenciales, y faltádose al principio de contradicción, lo que es imposible. He aquí cómo de la forma nace el principio de substancialidad, *no hay accidente sin substancia*. 2.º Uno de los sentidos de la forma es la figura, ó sea la colocación de unas partes fuera de las otras en cierto sentido. La extensión de los cuerpos es el origen del espacio, de modo que toda figura corresponde al espacio y todo espacio corresponde á la figura: el espacio, como idea y como verdad, toma origen de la forma geométrica de los cuerpos. La forma, pues, ha dado lugar á esta otra fase de lo absoluto, el *espacio*. 3.º Ya veremos que la esencia de la belleza no es la forma, pero está en la forma; allí reside y se manifiesta; por lo que muchos y sabios autores definen la belleza, *una forma*, etc.; más tarde demostraremos la exactitud de esta afirmación. Se deriva, pues, de esta segunda noción otra idea absoluta; *lo bello*.

El último elemento de los objetos es la *fuerza*, en quien radican las tres últimas manifestaciones de lo absoluto: 1.º *Causa* es el principio de alguna mudanza, el único medio de realizarla es la fuerza; causa es lo mismo que fuerza en acto ó productora. Cuando decimos que «un efecto no puede existir sin causa» equivale á decir «sin fuerza.» Evidentemente la noción de fuerza da origen al principio de causalidad: *no hay efecto sin causa*. 2.º Todo ser tiene fuerza; la fuerza obra sucesivamente, es limitada y no puede hacer más que repetir los actos, que están unos fuera de otros, como las partes de la extensión. Esta condición necesaria de sucesión entre los actos de la fuerza engendra la idea absoluta *del tiempo*. 3.º Finalmente,

los actos del ser libre deben estar arreglados á ciertas leyes eternas, la conformidad con las cuales constituye la *bondad moral*. Así, pues, la bondad está en los *actos* de la voluntad, que es esencialmente una «fuerza.» Es evidente que de la fuerza se desprenden las tres formas absolutas: *principio de causalidad, el tiempo y lo bueno moral*.

CUADRO SINOPTICO DE LO ABSOLUTO.

MATERIA.	FORMA.	FUERZA.
PRINCIPIO DE CONTRADICCION.	DE SUBSTANCIALIDAD.	DE CAUSALIDAD.
número.	espacio.	tiempo.
VERDADERO	bello.	bueno.

Véase la explicación que antecede y la que sigue. En la anterior nos hemos ocupado del enlace de estas nueve categorías entre sí y con las tres que sirven de base á nuestro sistema. En la siguiente estudiamos cada una separadamente.

PRINCIPIO DE CONTRADICCIÓN.

Una cosa no puede ser y dejar de ser al mismo tiempo.

Este principio envuelve una idea simple y primitiva, que ha ocasionado sendas discusiones entre los filósofos, la idea de *ser*; entre todas, la más general y que aplicamos vulgarmente lo mismo al ser infinito que á la más humilde de las criaturas.

Es por demás detenerse en la manera de su formación en el espíritu, supuesto que todas las ideas reconocen un mismo origen. Así como lo primero y más fundamental que hay en las cosas es la existencia, que se confunde con la cosa misma; también el entendimiento, que conoce los objetos, aprehende en todos esta condición primera, que le es tan necesaria para pensar, porque lo es á las cosas para existir. Ora creamos que el pensamiento es una imagen de la realidad, como los peripatéticos; ora que la realidad es vista intuitivamente en sí misma, siempre esta noción ha de acompañar la idea, si acompaña indefectiblemente la realidad; sólo que en el entendimiento es vista en abstracto, pero en el objeto está confundida con las formas de la existencia.

La confusión que generalmente, pero especialmente en ciertas escuelas, se ha introducido alrededor de esta idea fundamental, depende en gran parte de no haberse explicado suficientemente el doble significado de la palabra *ser*. Tiene este vocablo dos

acepciones; una *substantiva* otra *adjetiva*; ó mejor, una activa, que envuelve una acción, otra neutra, que indica el término ó la cosa, fin del acto. El único medio de distinguir bien estos valores, es fijarse detenidamente en el lenguaje que designa al primero con el nombre substantivo *ens*, un ente, y al segundo con el verbo *esse*, ser ó existir. Esta diferencia de significado del *ser*, substantivo, y *ser*, verbo, nos servirá más adelante para resolver cuestiones muy importantes; por ahora nos concretaremos á sus relaciones con el principio de contradicción.

Este principio es verdadero en cualquiera de las acepciones que se tome la palabra; jamás un ser= no ser, como tampoco obrar=á no obrar; pero en el primer sentido *el ser* comprende un todo, un conjunto de partes, de las cuales unas pueden venir á no ser, otras á ser; de manera, que en un momento dado pueda en cierta manera decirse, que una cosa es y no es á un mismo tiempo; resultando en este concepto verdadera también la locución en que Hegel ha insistido tanto para apoyar su panteísmo, al decir que las cosas *vienen á ser*, suponiendo un término medio entre el ser y el no ser, que permite á las cosas *ponerse á sí mismas*.

Esta consecuencia, á lo menos aparente, proviene en parte de tomar la palabra *ser* en sentido substantivo. Al contrario, tomada la palabra en sentido adjetivo, ó verbo, de ninguna manera admite un término medio. ¿Quién concibe grados en la existencia, como en la cantidad de una substancia? Todas las cosas existen igualmente; existir más una cosa que otra, existir por grados, es frase sin sentido. He aquí cómo,

interpretando el principio de contradicción en el sentido *activo* de la palabra ser (*esse*), no tiene realmente medio posible, sino que la cosa debe *ser ó no ser*; (*inter esse et non esse non datur medium.*) Todo lo que es, es igualmente. Este es el sentido incontrovertible del principio de contradicción.

Niega la legitimidad de este principio la escuela alemana, fundándose en que la *nada*, el *no ser* no existe, y que, faltando la disyuntiva, uno de los dos términos, se resuelven en una suprema síntesis, que es *el existir*.

Efectivamente, es cierto que la *nada*, ó el *no ser* no existe en sí mismo; pero no es cierto que no pueda ser término de una comparación.

Nosotros asistimos continuamente al espectáculo de fenómenos internos y externos, que en un momento dado son, y en otro momento no son. En tales casos, el *no ser* es aprehendido, no como siendo algo por sí mismo, sino en relación con el *ser*. Este es el sentido de las palabras *negativas*, pobre, ciego, oscuro, etcétera, que en todos los idiomas significan *algo* en la realidad.

Todavía es más importante el valor de la frase *no ser*, cuando consideramos la totalidad de las cosas; *dejando de ser* en el tiempo pasado y *viniendo á ser* en el presente y en el futuro. Entonces el *no ser* y el *ser* juegan un papel tan íntimo, que no podemos pensar el uno sin el otro, como los aspectos más íntimos de la realidad en diferentes tiempos.

Se pondrá más de manifiesto esta cuestión cuando nos ocupemos del tiempo.

De todas maneras, conste que hay un sofisma en el

argumento que ha levantado el hegelianismo contra el principio de contradicción. Podremos no concebir bien en qué consiste *dejar de ser*, ó *pasar á la nada* una substancia ó un fenómeno; pero es cierto que lo estamos presenciando sin cesar en el mundo de los sentidos y en el de la conciencia; razón por la cual serán estériles todos los ataques que se dirijan al principio de contradicción, fundándose en que la *nada* no puede ser término de un juicio, cuando juega papel tan importante, á lo menos en el fenomenismo del universo.

Respecto á las substancias mismas, es cierto que, según la ciencia asegura, nada se *aniquila* en el universo; de modo que bajo este concepto no existe la *nada* en oposición al *ser*; pero á nosotros nos basta que el aniquilamiento se verifique en orden á los fenómenos para justificar el principio de contradicción. Ya hemos dicho que el tiempo nos manifiesta también el aniquilamiento de las substancias, y ahora añadiremos que lo que pasa de nuevo á existir en cada momento del tiempo, no tiene necesidad alguna intrínseca de existir, y podría cesar en cada instante, si una causa externa á él no le mantuviera en la existencia.

Desde este punto de vista, se ve más claro el fundamento del principio de contradicción.

PRINCIPIO DE SUBSTANCIALIDAD

La prueba de que tenemos idea de la substancia, que algunos filósofos han negado, es que el mencionado principio es para nosotros inconcuso; *no hay accidente sin substancia*.

La relación de la substancia de un ser con la existencia, produce el principio de contradicción; su relación con la forma, el de substancialidad. El triángulo que hemos señalado como base de los objetos, está todo él legislado por leyes necesarias y eternas, lo que prueba que no lo hemos establecido al acaso ó gratuitamente, sino que es necesario ó absoluto; tan cierto es, que es verdadero.

La forma, dijimos, es el conjunto de modos y accidentes, propios de la substancia. Esta es igual é invariable en cada objeto; la mera existencia substantiva (extensión, materia ó como quiera nombrársela). Lo que varía en cada objeto y le distingue de los demás, en un momento dado, y de sí mismo, en diferentes tiempos, es la forma accidental ó substancial; en ciertos casos variable ó amisible en otros. Pues bien; la naturaleza de esta forma, consiste en no poder subsistir por sí misma, sin estar inherente al ser en unidad de sujeto; la redondez no puede subsistir sin una cosa redonda, la blancura sin un objeto blanco.

Ahora bien; ¿qué derecho tiene el entendimiento

para levantar este hecho, que ha observado en su experiencia particular, á la altura de un principio absoluto?

El primer fundamento, anterior á la reflexión, es una intuición del espíritu, que *ve* en el objeto cambios y mudanzas, permaneciendo el sujeto de las mismas. Yo tengo en la mano un pedazo de barro y, sin que cambie la pesadez ni alguna de las cualidades que me manifiestan la substancia, veo cambiar la figura de triangular en cuadrada y en otras sucesivamente, por lo cual distingo lo permanente de lo variable, la substancia del accidente. Esta intuición, educada por la experiencia, penetra á la esencia de la accidentalidad y descubre su condición necesaria: estar en un sujeto. Tal es la situación primitiva del espíritu. En el estado reflexivo hay todavía otro fundamento.

El modo no se distingue de la substancia modificada, son una misma cosa. Lo finito tiene necesidad de estar reducido á determinada manera de ser, que le circunda como su atmósfera, como un círculo de hierro. Desde luego toda cantidad ha de tener límites, lo que constituye su figura; toda materia ha de ser de una manera ú otra particular, lo que constituye su forma substancial. Una y otra son la substancia misma, existiendo de cierta manera. Con todo, nuestro entendimiento separa estas cosas, la substancia y el accidente, que en el fondo son idénticas, los reduce á dos conceptos, opuestos entre sí por la razón siguiente.

El existir de cierta manera es natural á lo finito, pero también lo es el cambiar su manera de existir por otra, porque su limitación no le permite tener

muchas á la vez, pero sí sucesivamente. Comparando, pues, la observación, las varias formas ó modo de ser, que aparecen en diferentes tiempos, con el ser en quien ó que las realiza, forma dos ideas independientes: accidente y substancia.

La oposición ó diferencia entre estas dos nociones es sólo para nosotros, que tenemos el poder de reunir y comparar dos situaciones del ser en distintos tiempos; mas el ser vive sólo en el tiempo presente, limitado por necesidad, é idéntico á su limitación. Por efecto de la misma, cuando toma una forma se despoja de la anterior. El entendimiento, que advierte estos cambios, los separa y forma la idea abstracta de *accidente*.

Lo que hay, pues, aquí de real, origen de estos fenómenos, es el poder que tiene la materia de tomar ó recibir distintas formas ó modos, unos después de otros, y el poder que hay en nosotros de concebirla en distintos tiempos.

Aún podríamos reducir en último término dicho principio al de contradicción.

Tomados separadamente, el modo y la substancia son de condición opuesta; el uno es inherente, el otro subsistente. Suponer el accidente sin substancia, subsistiendo, es hacerlo, pues, accidente y substancia á la vez, contra la fórmula de aquel principio, que es la base de todos los demás.

Por lo que toca á la *fuerza*, no podemos decir lo mismo, porque, aunque la experiencia no nos ofrece jamás fuerza sin materia, no sabemos que el lazo de unión sea indisoluble, y nos basta para vacilar en afirmarlo, el saber que son dos cosas entitativamente

distintas, como se ha probado, aunque formando una unidad misteriosa é incomprensible.

Creemos, sin embargo, que erraron los que han tomado la fuerza por substancia, aun cuando la fuerza toma carácter de inteligente.

Pero si la fuerza pudiera pasar de inherente, como nosotros la conocemos, á substantiva, ¿á nosotros qué? continuaríamos afirmando que *no hay accidente sin substancia*.

PRINCIPIO DE CAUSALIDAD.

Este principio se formula de varias maneras, que en el fondo significan lo mismo: *No hay efecto sin causa; nada hay sin razón suficiente; todo lo que empieza á existir tiene una causa, etc.*

En el propuesto axioma está contenida una idea fecunda é importantísima, origen de graves discusiones filosóficas, la de *causa*. Algunos la han negado, otros le han quitado el carácter absoluto que tiene. Hume y Spencer han insistido mucho en la observación de que en la naturaleza vemos sólo sucesión de fenómenos, pero se nos oculta toda relación de causalidad, de lo que deducen que debemos guardarnos bien de afirmar la causalidad, pues no tiene objetividad conocida.

Ya se ha contestado más de una vez á este argumento que la verdadera intuición de la causalidad la tenemos en la *conciencia* de nuestros actos libres de

la voluntad, la cual es causa de fenómenos internos y externos, vistos intuitivamente. La tenemos también en la *impresión* que sobre nosotros causan otros objetos, y finalmente en la *experiencia* constante de inmediata sucesión de fenómenos exteriores, ayudada de la analogía y de la voz de la naturaleza y una especie de intuición natural, que no nos dejan dudar de la relación de causa y efecto en la naturaleza.

La razón de que haya podido ponerse en tela de juicio la objetividad de esta noción, consiste en que la causalidad radica en la fuerza; mas como ninguna fuerza es vista en sí, intuitivamente, á excepción de la del propio *yo*, no es extraño, pues, que cuantos filósofos no se han fijado atentamente en la conciencia, hayan perdido de vista la certeza de esta idea primordial.

Conocido el vicioso origen de aquella errónea apreciación, es inútil detenerse más en refutarla, dispensándole un honor á que nunca es acreedor un descuido, una ignorancia. Existen causas; el *yo* se siente sin disputa *causa* unas veces y *efecto* en otras. Las causas que no obran en el *yo*, son conocidas por analogía, por instinto y por la constancia de las leyes naturales. ¿Qué más demostración se desea?

No solamente conocemos la causa, sino que fundamos, según hemos visto, un principio absoluto sobre su conocimiento. Este principio, como el anterior, no es tan primitivo que no se pueda demostrar ó á lo menos esclarecer notablemente.

La fuerza, dijimos, tiende á la operación, al acto; en lo que se distingue del modo, que es intransitivo, y de la materia, que lo es también. Hay, sin embargo,

en la fuerza dos cosas, el *acto* que es transitorio, que acaba y se repite sucesivamente; y la fuerza misma, que es permanente, y aunque puede mudar de estado (manifiesta ó latente), no se sustituye ni se aniquila. Nos encontramos, pues, en un caso análogo al del accidente respecto la materia; son ambos una cosa idéntica con apariencias y modos variables; por consiguiente, así como no puede haber modo sin substancia, tampoco acto sin fuerza, que equivale á efecto sin causa. Así como la fuerza ó causa se demuestra por el *acto*, se deduce también del *modo* con el siguiente raciocinio.

La mudanza en la forma es un *hecho*, donde hay un hecho hay un acto, porque el hecho, como lo dice la palabra, ó es el término de la acción ó el acto mismo realizado (*ago, actum*). Mas ya hemos probado que no puede haber, que es metafísicamente imposible que haya acto sin fuerza; luego no hay hecho, mudanza en la forma, sin fuerza productora, (tercera fórmula del principio). Lo mismo puede decirse de la mudanza en la substancia misma, «en cuanto viene á ser cuando antes no era.» Esta nueva aparición á la existencia, es un hecho, al cual podemos aplicar lo que hemos dicho anteriormente; supone necesariamente una fuerza productora, á quien llamamos causa; luego no hay efecto sin causa, *lo que empieza á ser tiene una causa*, sea modificación de la fuerza ó la substancia, ó bien la fuerza ó substancia misma viniendo de nuevo á existir. He aquí demostrado hasta la evidencia este principio que tanto han procurado obscurcir algunos filósofos modernos. En la altura á que lo hemos colocado, equivale al principio de contradic-

ción; siendo así que, cuando se enuncia simplemente, dista mucho de alcanzar la evidencia del citado principio.

La importancia de esta demostración, para la alta metafísica y para la Teodicea, á nadie puede ocultarse. Si el mundo ha empezado á ser, no puede ser efecto de sí mismo. Tratándose de accidentes, el sujeto puede sin duda ser causa de los suyos propios, mas tratándose de aparición de subsistencias, no es posible que el nuevo ser, término de una acción, sea á la vez su principio, porque la acción que precede al término, *venir á ser*, ya supone al agente preexistente.

En resumen: el acto no es otra cosa que el modo de la fuerza; por tanto, en la realidad se confunden y tan imposible es un acto, efecto, sin fuerza, causa, como un modo sin substancia. Son los dos principios imagen uno de otro, hijos á la vez del de contradicción.

De esta manera se engendran en nosotros los principios metafísicos ó absolutos. La intuición, que nos descubre los elementos de cada objeto, materia, forma y fuerza, nos pone también de manifiesto sus condiciones esenciales, la relación mutua entre ellos, todo en la sola vista de estos tres términos, de cuya relación conocida nacen dos de los tres principios absolutos mencionados.

Así la metafísica domina el mundo desde las alturas donde cierne sus alas, y ve con placer los fundamentos donde estriba el mundo y las eternas leyes que asistieron á la mente de Dios, cuando creaba el universo. Si Platón tuvo una iluminación casi

celestial, al escogitar las eternas ideas que presidieron á la mente divina en aquel instante supremo, debía referirse de seguro, más bien que á los tipos variables de cada especie creada, á estas leyes metafísicas, adheridas indisolublemente á la existencia; tan antiguas como Dios, y, ante el débil entendimiento humano, independientes de él, como las supuso el gran filósofo.

No hemos agotado todavía las manifestaciones de lo absoluto, procedentes todas de aquella trigonía admirable, como otras tantas fuentes salidas de aquellos manantiales, que reparten sus aguas por el inmenso espacio. Veremos surgir también de allí nociones tan vastas como el número, el espacio, el tiempo, lo verdadero, lo bello y lo bueno; base y principio de todas las ciencias.

EL NÚMERO.

En esta importantísima idea se funda la mitad de la más exacta de las ciencias, la Aritmética. Ella interviene también en todas las esferas de la ciencia y de la vida común. Sea que el alma se concentre en sus profundidades para penetrar los misterios del *yo*, sea que se derrame por la creación, ávida de conocer sus secretas leyes, le acompaña constantemente aquella idea cardinal. La unidad y la multiplicidad son las dos esferas, los dos movimientos de la inteligencia, como la sístole y la diástole del corazón. Escapando de

la realidad á las regiones vacías de la abstracción, á las leyes increadas de la existencia, todavía nos sigue la noción del *número*, siempre cierta, siempre igualmente inmutable. ¿En qué consiste esta nueva manifestación de lo absoluto?

Afortunadamente, aunque los filósofos se han empeñado en hacer las tinieblas sobre esta cuestión, es por su naturaleza tan sencilla y evidente, que no será necesario entrar en largas investigaciones para averiguarlo.

En el entendimiento que percibe un objeto se forma naturalmente el concepto de unidad, como el molde general donde se imprimen todas las cosas que caen en nuestra receptividad inteligente. Fenómeno ó substancia, realidad subjetiva ú objetiva, es apprehendido siempre el objeto bajo la forma de unidad.

Ahora bien, ¿esta categoría, que acompaña todo género de objetos percibidos, pertenece á los seres mismos en los que nuestro entendimiento la descubre, ó proviene de nuestro trabajo mental, como una mera forma de que naturalmente se revisten al venir á ser pensados? Esta es la grave cuestión que ha hecho imprescindible la doctrina de Kant.

Este filósofo, aficionado á negarlo todo á la realidad externa, excepto la existencia, fingió esta suposición arbitraria, afirmando que fuera del *yo* no hay en el objeto más que una agregación informe sin orden ni finalidad, (noumenos), hasta que nuestro entendimiento se la presta, atribuyéndole esta categoría, como todas las otras, que son también, según él, una ley inmutable del pensamiento, pero no de la existencia.

Nada más infundado y contrario á la experiencia que esta suposición arbitraria, erigida en fundamento de un sistema, al cual el talento del autor ha sabido prestar los encantos de la trabazón, unidad y consecuencia, con que encubre y disimula la disonancia más completa con el sentido común, la razón y los hechos observables. La misma ley que impone al pensamiento la unidad, sojuzga también á los objetos, de los cuales deriva y traseiende al pensamiento. Estamos forzados á concebir con forma de unidad los objetos, porque ellos están sujetos estrictamente á guardarlo, como esperamos ponerlo de manifiesto, según los principios de nuestro sistema.

La materia que constituye el mundo está compuesta de átomos realmente distintos unos de otros. Estas varias partes que integran un cuerpo, no están desgajadas entre sí, independientes, faltas de toda relación real, excepto la que nosotros les atribuimos, como quiere Kant, sino que existe entre ellas una afinidad ó intimidad mutua y constante: una especie de parentesco las une en pequeñas sociedades, subordinadas á otras superiores, que producen en su conjunto armonías dignas de ser escuchadas por el ser racional. El vínculo principal que sostiene la unión, base de estas unidades, es la cohesión ó adhesión de partes.

Esta ley física no puede negarla la metafísica, porque la resistencia que oponen unas partes del cuerpo á separarse de otras, cae bajo la observación inmediata de la psicología, que conoce la sensación de peso, de resistencia, por donde se muestra la gravedad y la cohesión. Con este solo dato ya tenemos

bastante para afirmar la unidad objetiva real de los cuerpos que conocemos.

Hay en el universo tres géneros de unidades: unidad de materia, forma y fuerza; de forma y fuerza, y de sola forma. A beneficio de esta división quedan clasificadas todas las unidades actuales y posibles, y explicada al propio tiempo la anomalía de atribuirle á muchos objetos que, bajo ciertos conceptos, no la poseen, sino que son esencialmente múltiples, como los cuerpos.

La unidad más completa es la primera, como lo sería la de substancias simples inmateriales, si existieran, según las fingieron los antiguos maestros, ó, como lo es más ciertamente, la de un átomo indivisible.

Estas son unidades absolutas, porque, como quiera que se conciban, resisten siempre á la idea de multiplicidad ó de separación; el concepto del átomo entraña sintéticamente el de unidad, bajo cuya sola forma puede ser pensado. Es la unidad por excelencia.

La segunda aplicación de la unidad á los seres reales pertenece á aquellos que, sin poseer la unidad esencial, la indivisibilidad absoluta, por ser compuestos de partes infinitesimales, gozan de una sola fuerza y de una sola forma, en relación á la cual existen las partes y son concebidas por el pensamiento: tal es la que tienen los cuerpos, la más común y general en la naturaleza; una montaña, una piedra, una planta. La multitud de elementos componentes es inmensurable, pero cada uno lleva á la totalidad el contingente de su propia fuerza, que se funde de una ma-

nera desconocida, pero cierta, con la fuerza general de las demás, se agrega á su forma por la cohesión, y produce junto con las otras un individuo, que tiene un solo centro de gravedad, una fuerza única, un solo objeto.

Esta segunda unidad, aunque no es tan completa como la primera, porque no es esencial y puede ser destruída, no es en la actualidad menos cierta y legítima. Deja cada molécula su autonomía, ya no se pertenece, y viene á formar parte solidaria del conjunto; si es de un viviente, desempeña las funciones que le corresponden para lograr la armonía total del organismo, y si fuese inorgánico, contribuye á la única forma geométrica y específica, y sobre todo á la fuerza única resultante, que es la gravedad. No cae la molécula, no se mueve; quien obra y gravita es el cuerpo, la comunidad de sus átomos y fuerzas reunidas por la trabazón poderosa que se establece entre las partes, cuando llega á formarse cohesión. ¿Quién dirá entonces que la unidad de aquel objeto es puramente mental y ficticia, viendo la fuerza y la forma única resultantes? No es un cuerpo grave una suma de partículas y gravedades, justapuestas, que suman una cantidad total de materia ó fuerza, sino una forma única y fuerza única irradiando desde un solo punto que se llama *centro*. Esta unidad de fuerza, esta unión poderosa y real de unas partes con otras, y la forma que resulta, en la que el ojo más perspicaz no puede descubrir intersección ni solución de continuidad, nos autorizan para poner un segundo género de unidades objetivas, casi tan completas como la unidad esencial de un simple átomo.

El tercer modo, el más flojo y débil de realizarse, la unidad objetiva, es por la mera forma, sin mediar unidad de fuerza, ni mucho menos de materia. Esta es muy frecuente en la naturaleza y más aún en las obras del hombre: las artes usan generalmente la *justa-posición*. Pertenece á este tercer tipo un montón de arena ó de trigo, el dibujo y la pintura, muchas construcciones arquitectónicas que no tienen cohesión ó fuerza unitiva de todas las partes, sino únicamente la forma que allí descubre el entendimiento.

Aunque la más débil de todas, tampoco puede llamarse esta unidad puramente subjetiva, porque á lo menos hay la disposición relativa entre las partes, disposición real y positiva, una, como pueda serlo en la segunda categoría enumerada. Cuando la forma posee la regularidad de una idea, debemos atribuirle al objeto en virtud del principio metafísico; *no hay accidente sin substancia*. Es cierto que aquella forma ha sido allí implantada accidentalmente; mas en aquella actualidad la tiene, sin género de duda, el objeto, y le da el carácter de una verdadera unidad tan objetiva y real como las antes enumeradas.

Todavía podríamos hacer mérito de otra unidad real, sin duda la más enérgica para nosotros, á saber: la del ser pensante. Mientras se ha considerado el acto de conciencia obra de una substancia simple, se ha reputado el alma la sola unidad real y absoluta de la creación. Al despojarla nosotros de este carácter y reducirla á fuerza, no hemos intentado quitarle el don de la simplicidad, que aparece claramente en la conciencia, y sigue inevitablemente á la idea que tenemos de la fuerza en todas las regiones. *La fuerza*

es por naturaleza simple; está inherente á un ser compuesto; ella empero es esencialmente inmaterial, así en el hombre como en todas las especies de seres.

Además de estas unidades que atribuimos á los objetos, individualmente considerados, hay en nuestro entendimiento la unidad lógica de los pensamientos, juicios é ideas generales. Nosotros establecemos unión entre las cosas más distintas y heterogéneas, y dividimos las más unidas, tal vez inseparables. En una proposición introducimos á la vez el mar y un pensamiento, en otra separamos las facultades del espíritu, las cualidades de la substancia. En nuestra mente se forman composiciones, descomposiciones incesantes con los objetos recogidos del exterior, como los juegos de figuras regulares que salen en el fondo de un estereóscopo. ¿Guardan entre sí relación, fuera de nosotros, estos objetos que en el pensamiento unimos ó separamos?

Las *ideas generales*, que son *unidades* comprensivas de multitud de objetos, tienen su tipo real, su razón determinante en la naturaleza. Ya hemos dicho que cada especie es una *idea*, de que se han tirado innumerables ejemplares, con ligeras variantes, de los cuales cada uno representa el mismo tipo, que el entendimiento descubre con la percepción. La extensión de la idea, ó sea el número de individuos que contiene, puede ser más ó menos vasta; estas individualidades son más ó menos distintas, pero la idea que realizan es una; representar un ejemplar es representarlos todos. En la inteligencia que los inventó y creó, formaban una sola idea que después se ha reproducido en muchos objetos y en las inteligencias

que los han visto, como la imagen de un cuerpo en muchos espejos. Esta unidad de idea genérica es por tanto real, porque es la misma en todos los individuos de la especie, aunque numéricamente distintos. La unidad de los *juicios*, por más que sea entre objetos muy distantes, es objetiva también y real, cuando el juicio es verdadero.

Con lo que acabamos de decir parece que queda enteramente esclarecida esta noción, que la generalidad de los filósofos han tristemente embrollado y confundido. La unidad no es privilegio de los seres simples; se halla real y verdaderamente en los compuestos, en tanto que conservan una sola forma ó una sola fuerza. Cuando esta condición falta, pasan á ser múltiples.

Ahora no es difícil comprender de qué manera se forma en el espíritu esta idea. Tiene su primer origen y modelo en la conciencia, que nos manifiesta un *yo* idéntico é indivisible; se amplía y completa en las percepciones del *no yo*, que nos impresiona en la forma de unidad y nos hace el efecto de un solo objeto, produciendo en nosotros una sola impresión y una sola idea, reflejo vivo de la realidad. Involucrada en nuestra niñez entre las percepciones rudas y primitivas del mundo sensible ó del interno, se depura por la reflexión y, mediante una abstracción como cualquier otra, se forma en nuestra razón el concepto puro de unidad. Tal es la historia cierta é innegable de la generación de este concepto que, como se ve, no tiene nada de forma puramente subjetiva de la razón humana.

El número *plural* se engendra por la repetición

del singular bajo la influencia de una sola idea. *Es la multiplicidad reducida á la unidad, sin ser absorbida por ella.*

Lo primero que hay que considerar en el número plural, es la distinción entre varias unidades. Vemos con una claridad viva, que sojuzga nuestra inteligencia y la obliga á confesarlo, que una existencia no se confunde con otra existencia; que una cosa no es otra. En todos nuestros actos intelectuales, en las impresiones que recibimos, en la intuición de la razón sobre los objetos, se destaca briosamente esta distinción. Está tan anexa á la percepción, que, aun en su estado primitivo ó espontáneo le es imposible confundir los objetos que percibe, como se observa en los niños, en los imbéciles y aun en los animales. En último resultado la distinción necesaria y universal que envuelve el número, es una consecuencia inmediata del principio de identidad; *una cosa es igual á ella misma, una cosa no es otra*, por cuya razón tiene evidentemente el carácter de lo absoluto.

Mas no es sólo la *distinción* de individuos lo que forma el número plural, es preciso además cierta uniformidad ó trabazón entre la multitud de individuos numerados, que no pueden sumarse ó justaponerse, sino siendo de la misma especie. Esta operación la lleva á cabo el hombre por medio de las facultades de abstracción y análisis de que está dotado. Así como la idea general, bajo una sola palabra comprende infinitas unidades, sujetas á una misma idea, el número lo hace en una sola cifra; con la sola diferencia, que en aquélla la cantidad de individuos contenidos, es indeterminada, cuando en el número está concreta y

definida. Por esta razón sólo puede numerar el que tiene facultad de generalizar, y cuanta mayor fuerza de análisis y abstracción tiene una inteligencia, mayores y más comprensivas unidades puede descubrir.

Dos son, por consiguiente, las condiciones del número plural, distinción entre los individuos y unidad de idea que representan. Lo primero es la aplicación del principio de contradicción ó identidad, del cual es una forma. Lo segundo se reduce á una *generalización* de extensión limitada. El animal percibe y distingue los objetos, pero no pudiendo hacer la operación segunda de generalizar ó sujetar la multiplicidad á la unidad, conoce el número singular, pero no conoce el plural.

La división fundamental de esta obra, que lleva la luz á todas las regiones, nos ha iluminado con entera claridad la esencia del número. Aplicado tan diversamente, prodigado al parecer por el entendimiento con censurable profusión, hemos visto por qué y cómo tiene siempre sus raíces en la realidad, de la que el *yo* es solamente un eco exacto. El carácter absoluto de esta idea, que da á una ciencia importante el crédito y reputación de ser la más exacta, se nos ha mostrado en sus últimos fundamentos, de los que el hombre no ha pasado ni pasará jamás; el principio de identidad, forma del de contradicción. La curiosidad intelectual parece que puede quedar satisfecha en este terreno con semejantes adquisiciones, y nuestra teoría se ve en cada cuestión honrada nuevamente á medida que todas las ramas de la filosofía van saliendo hermosas y florecientes de su tronco, y se le adaptan con aquella precisión y hermosura que sólo pres-

ta la naturaleza. Cada vez se nos ofrecen motivos para convencernos más de que nuestra trigonía es la base sobre que está sentado el universo.

EL TIEMPO.

Ninguna otra noción filosófica ha atraído más universalmente las miradas de los hombres pensadores y aun de la gente vulgar, que el tiempo, este fenómeno admirable que envuelve inexorablemente todas las entidades finitas, desde el momento de aparecer á la existencia hasta que la nada les engulle otra vez en sus negros abismos. Ningún poder humano ni divino es capaz de detener ó hacer retroceder los objetos en esta pendiente fatal, que les impele sin cesar hacia adelante con paso igual, monótono, inalterable; ora paseen sus nobles dotes en las brillantes regiones de los cielos, ora arrastren penosamente una existencia oscura y degradada en el lugar más ignorado de la creación; ya sean pensamiento ó bien materia. Como la tela que se pliega lentamente ante los ojos curiosos del espectador, todo ser va arrollando su existencia de continuo y consumiendo la cantidad de duración á que su constitución le llama. En el variado panorama del universo unas cosas se mueven rápidas, llenas de juventud y vida, otras permanecen inmóviles en el espacio; entre tanto que el tiempo, siempre igual é inmutable, mide con la misma medida el paso multiforme de cada objeto, señala y lleva la cuenta.

de su duración, sin que influya para nada el ser grande ó pequeño, fecundo ó estéril como la arena del desierto.

Algunos hombres superficiales han podido confundir esta prodigiosa corriente, que está en todas partes y no se ve en ninguna, con la uniforme carrera de los astros ó con los movimientos periódicos del sol ó de la luna; siendo así que estos pueden sufrir cambios y alteraciones, pero el tiempo es absolutamente inalterable, y aun el simple sentido común dice bien alto que ellos son á lo más el oráculo de aquella divinidad invisible, la manifestación pasajera y contingente de lo que es eterno y absoluto.

El hombre, en su afán de descubrir con exactitud matemática la ley de su carrera, produce instrumentos que sean la expresión sensible del ritmo perpetuo, que no varía ni se detiene jamás, procura describir líneas visibles paralelas á las invisibles que describe el tiempo; pero estas invenciones humanas son tan sólo sombras de aquel fantasma invisible, ecos más ó menos fieles de su eterna, monótona voz.

Todo esto significa que, si el hombre ha podido ignorar la esencia y origen del tiempo, tiene en el fondo de su alma una idea cierta, un vago presentimiento ó intuición que le advierte de su paso. Cuando busca y crea movimientos uniformes en el espacio, que le traduzcan en caracteres claros é inteligibles, al mismo tiempo que inmutables y absolutos, lo que de otra manera ve sólo confuso y nebuloso, señal segura es de que comprende la naturaleza inmutable del tiempo, aunque no pueda prácticamente someterlo á una apreciación inmediata. Kant, conocedor pro-

fundo de las leyes del espíritu, no ignoró el carácter verdadero y absoluto que tiene esta idea en el entendimiento; pero descarriado por el malhadado fundamento de su desastrosa teoría, llevó el desorden y el error á esta como á las demás fuentes de la filosofía; así los riachuelos que salen de un manantial puro son puras y saludables, venenosas las que proceden de un origen mefítico. El tiempo, para este filósofo no es nada real; es puramente una ley inviolable del entendimiento, un fenómeno subjetivo. Esto es cortar el nudo pero no desatarlo, constando por la conciencia y la evidencia que el tiempo afecta igualmente á mí *yo* que á toda existencia finita; teniendo de su objetividad una intuición tan clara como de su existencia, queda todavía después de sus explicaciones este problema por resolver.

Los filósofos que han advertido más cuerdamente la naturaleza objetiva del tiempo, han intentado definirlo de muchas maneras: Aristóteles lo hizo en su lenguaje especial; *numerus, motus, secundum prius et posterius*. Esta definición profunda, la mejor probablemente que hasta ahora se ha dado, no es todavía completa. Señala perfectamente sus caracteres, porque el tiempo es *número, movimiento*, y tiene por distintivo el *antes* y el *después*; con todo, esto no descubre por entero la esencia y la razón del tiempo, de modo que no quede en el entendimiento ninguna sombra ni celaje. En otras definiciones se ha distinguido el tiempo por la *duración* de las cosas, otras veces por la *sucesión*, otras por el *cambio*, y de varias maneras, que vienen á ser ligeras variantes de la misma idea.

La escuela escocesa, hija de los multiplicados des-

engaños que han amontonado tantas tentativas inútiles sobre estos puntos fundamentales de la vida intelectual, ha cesado de investigar su esencia, y se ha contentado en estudiar la manera cómo aparece en el espíritu y las relaciones que para nosotros tiene invariablemente con el espacio. Esto es rendirse á la impotencia y negarse para siempre la esperanza de descifrar este misterio. Siempre pusilánime y medrosa de caer en error esta escuela, se ha prohibido la noble ambición de conquistar la verdad, condenándose á poseer un caudal miserable con tal que fuese seguro; ha pecado en todas partes por exceso de desconfianza y cobardía. Este procedimiento, justificado en parte por los desengaños, no es laudable; tranquilizarse en la ignorancia es matar el espíritu. Jamás la ciencia podrá permanecer en el estado de inercia, en este lecho de procusto que ella le tiene deparado. En tanto que se levante enhiesta ante nuestra vista esta temerosa cuestión, el entendimiento humano luchará por apearla, como las olas del mar para vencer la roca que se opone á su paso.

El *movimiento* es una solución que no satisface al espíritu. Los seres que no se mueven, suponiendo que existen, como es posible, ¿están ó no sujetos á la acción del tiempo, desde el principio al fin ó intermedios de su existencia? Se ha de contestar afirmativamente, porque su duración puede ser medida y contada con rigor matemático, según acredita la experiencia; á pesar de lo cual no les convienen las notas ó señales que se dan como constitutivas de aquella ley. Suponiendo aún que todo está sujeto al movimiento, sus evoluciones son desiguales, siendo así que el tiempo

pasa para todos con absoluta igualdad; el mismo tiempo medirá la existencia ó ser que habrá atravesado el mundo, que otro que se haya movido sólo una línea. Lo idéntico no puede confundirse con lo inmensamente vario; el movimiento diferente de los cuerpos en el espacio, tampoco puede constituir el tiempo.

Tampoco puede consistir en el tránsito del no ser al ser, que es instantáneo, quedando por consiguiente sin explicación la duración que media entre la aparición y la destrucción de las cosas.

¿Será tal vez el tiempo la medida de la duración? En esta, como en otras cuestiones, se ha procurado substituir ideas con palabras, acallar la curiosidad del hombre, dándole por pasto lo que no puede admitir ni rehusar, porque es igualmente misterioso. La idea más vulgar ya alcanza que el tiempo es la medida de la duración, pero ¿se nos dice por ventura en qué consiste esta medida, por qué es invariable, si está en los cuerpos ó fuera de ellos, de dónde les viene, por qué están sujetos á ella inexorablemente? Esto, lejos de aclarar la cuestión, la complica y enmaraña. Otro tanto decimos de la sucesión: ¿qué es ésta, donde todo está tranquilo y silencioso como el campo de los sepulcros? Una vez adquirida la existencia, puestos en plena posesión del ser, ¿qué motivo hay para una sucesión sin descanso, quedando por otra parte tal vez en la inmovilidad de la inercia? Por estas y otras razones las definiciones mencionadas no han dejado á nadie satisfecho, y el problema ha quedado en pie victoriosamente, reservando su premio al afortunado mortal que abrirá sus todavía vírgenes y cerrados senos. La fórmula matemática del tiempo no sabemos

que se haya dado. Sin jactarnos de más sabios que nuestros predecesores en este género de ensayos, reconociendo nuestra nulidad, vamos á probar si casualmente sabremos poner la mano sobre el resorte que ha de abrir la misteriosa caja y derribar este molesto ignominioso obstáculo de nuestra actividad inteligente. No dejaremos de la mano, para orientarnos en esta región, el poderoso auxiliar de nuestra teoría.

Existir es obrar; *la existencia es una actividad.*

En otra parte de este trabajo hemos hecho notar muy particularmente que la palabra *ser* tiene dos acepciones, que extrañamos no hayan llamado más poderosamente la atención de los filósofos, bien manifestas y delineadas en las varias inflexiones de este vocablo. La que nosotros llamamos *substantiva*, expresa la substancia sin relación al acto de existir, patente en el sustantivo, *un ser* (ens). Por el contrario, la *adjetiva* supone mejor el acto perene de la existencia, que mantiene el ser y viene patentemente expresada por el verbo *existir* (esse), que envuelve, cuando no tiene otro predicado, un sentido activo. En este sentido, la existencia es un acto.

Nos dispensamos de entrar en sutilezas metafísicas que nos darían el mismo resultado que este sencillo análisis del lenguaje. En las obras de los peripatéticos encontraríamos materiales en abundancia para probar esta proposición, que damos por supuesta.

La Providencia, en la gobernación del mundo, se ha reservado la dirección suprema concediendo empero á sus criaturas poderes y facultades para llevar á cabo el destino que en el plan universal les corresponde. En virtud de esta ley constante, donde quiera

que vemos aparecer un fenómeno ó se indica y despunta un acto cualquiera, deducimos legítimamente que hay allí una potencia apta para realizarlo. Esta fuerza ó poder fué llamado por los antiguos *causa segunda* y en el lenguaje moderno es nombrada *ley natural*.

Un día pudieron creer los hombres que, espíritus invisibles enviados por Dios, conducían los astros en su carrera como arrastra un coche el brioso caballo; que los bosques, las fuentes y los mares estaban poblados de semidioses, autores inteligentes de las mudanzas y trasformaciones que ostentan á nuestros ojos. Estando las leyes naturales desconocidas, el universo era para ellos una inerte máquina, que no tuviera movimiento, si un agente adventicio no se lo prestaba continuamente. En la actualidad, y mucho antes de ahora, la ciencia ha adquirido ideas más elevadas y dignas sobre el modo de funcionar de los seres. Hasta en las regiones más atrasadas y refractarias al progreso domina la creencia de que donde aparece un hecho hemos de admitir una facultad, poder ó fuerza; que la Divinidad, desde sus alturas inaccesibles, penetra, es verdad, á lo más íntimo de los seres con su asistencia de virtud y alcance de comprensión; pero no realiza ningún hecho inmediatamente por sí misma, sino que dota al ser con los medios de obtenerlo por su propia virtud. Esto es más grande, más digno del Ser Supremo, que no el suponerlo adscrito á la materia como si fuese su agente, su alma, casi una parte integrante de la misma. Las ciencias, especialmente las de observación, se fundan en este supuesto: destruídas las leyes generales, las causas secundarias,

les quedaría solo el poder de Dios, ilegislable, como principio de los fenómenos, cuyas causas investigan. Las consecuencias que se podrían originar de negar estas leyes, serían tan absurdas y espantosas, que convencerían, si no de panteísta, de irreverente con la divinidad, al que ahora, tal vez por un entusiasmo ignorante en favor del Criador, se empeñara en negar el orden establecido.

Según estos antecedentes, admitido que el existir es una acción como el moverse de lugar, atraer, etc., deberemos suponer, según la ley general que rige el mundo, un poder, una fuerza en el ser por la cual lleva á cabo y efectúa sin cesar el acto de la existencia. En prueba de que realmente el principio de este acto reside en el ser mismo, obsérvese que cada ser es quien se apropia esta acción con una convicción íntima que le permite decir: *yo existo*. Si el acto mencionado fuese producto sólo de la Providencia, á ella deberíamos atribuirlo; nada existiría sino Dios.

Esta doctrina no daña ni atenta en lo más mínimo al dogma de la conservación de las criaturas por Dios. Así como puede ser y es autor y fuente del mágico fenomenismo que presenta sin cesar la creación, teniendo causas segundas deputadas para ejecutarlo inmediatamente, puede también sin dificultad conservar y sostener la existencia, á pesar de haber concedido su ejercicio á las criaturas, envolviendo con su penetrante, infinita virtud, los fenómenos y las fuerzas, la existencia y el existente, las propiedades y sus sujetos. *Luego toda criatura, así como tiene una fuerza ó potencia para obrar, según su clase, la tiene también para existir.*

Es menester ahora fijar la atención en la diferen-

cia capital que media entre el acto de las demás potencias criadas, cuyo objeto es producir un fenómeno, y el acto que conserva la existencia, ó es más bien ella misma. La *intensidad* es el distintivo que caracteriza las fuerzas todas de la primera clase; intensidad que varía hasta lo infinito, de especie á especie, de individuo á individuo. Por efecto de esta diferencia, los movimientos de los seres son rápidos ó pausados; los efectos producidos, grandiosos ó insignificantes, fáciles ó violentos; difícilmente se encuentran dos individuos en quienes la intensidad de sus actos esté representada por la misma cifra, en lo orgánico é inorganizado, en lo intelectual é inconsciente. No es así respecto al acto de existir, no hay en él términos medios, *ser ó no ser*, por lo cual pasó ya un axioma; *inter esse et non esse non datur medium*.

Hay, pues, en todas las cosas, una operación incesante, escondida allá en los más íntimos senos de los objetos, idéntica en todos ellos, que conserva su existencia, ó mejor, es su existencia misma. Las operaciones, las propiedades, los movimientos de cada objeto varían inquietos sin cesar, como las superficies de las aguas, pero el movimiento acompasado del existir camina siempre pausada y lentamente, incapaz de adelantar ni retroceder, entre los dos abismos de la nada y lo infinito; hállase en la imposibilidad absoluta de alterar el ritmo de su perpetua corriente. *Aquí es donde se esconde la última razón del tiempo*.

Supuesto que la existencia es un acto y que el existir no es susceptible de grados, ya tenemos la razón absoluta de la invariabilidad que acompaña la idea de tiempo.

Ahora veamos cómo se enlaza y se apoya en él el principio de contradicción del cual las varias fases de lo absoluto verdadero son derivaciones.

Dos consideraciones hemos de tener presentes:

1.^a Ningún objeto puede hacer dos actos á la vez, si cada uno de ellos agota toda la intensidad de su fuerza.

2.^a Ninguna potencia ó fuerza simple puede simultáneamente hacer dos actos de la misma clase.

Son tan claras estas proposiciones que no necesitan demostración. Vemos un individuo, nuestro *yo*, por ejemplo, ejecutar á un tiempo un sinnúmero de operaciones: pensar, sentir, querer, moverse y otras; aún más, es condición suya necesaria el mover simultáneamente todas las facultades de su alma en cada acto, como observan los psicólogos; pero la fuerza humana, poderosa y variada como es, tiene límites, y si un acto agotase su potencia, no produciría juntamente otro alguno; testigo de esto el hombre que da preponderancia excesiva á una de sus facultades, á quien de seguro las otras se le van extinguiendo hasta quedar casi plenamente absorbidas. La fuerza humana es todavía demasiado complicada y misteriosa para comprobar con evidencia esta ley, que se manifiesta mejor en las fuerzas físicas, donde la muchedumbre de ejemplos nos dispensa de citarlos.

Más incontestable es todavía la segunda ley; ninguna potencia simple ó particular obra dos actos á la vez; así ningún entendimiento puede hacer dos pensamientos, ningún ojo echar dos miradas, una boca decir dos palabras simultáneamente, etc.

Las dos leyes se verifican en el acto de existir. No es capaz de intensidad mayor ó menor; cuando se verifica queda totalmente agotado. No hay más que *ser ó no ser*. Además, este género de actos pertenece á una potencia simple, el existir, y verificados en un solo é idéntico sentido, no pueden *simultanearse* bajo ningún concepto.

1.º Si una potencia simple pudiese ejercer á la vez muchos actos, no habría entre ellos distinción alguna, serían uno solo, y si se persiste en que fueran dos, serían dos y uno á la vez; porque no es posible señalar en qué se fundaría la distinción siendo *una* potencia, obrando en *un* solo sentido y en *un* mismo ejercicio ó aplicación; de donde resultaría que un acto podría ser otro acto, contra el principio de contradicción y de identidad.

2.º Si nos atenemos al supuesto de una potencia que está agotada en un solo acto, admitir otro acto de la misma junto con el primero, es faltar al supuesto y caer otra vez en el principio de contradicción.

3.º Finalmente, si una fuerza pudiese realizar más de un acto total, no habría ya inconveniente en que realizase cuatro, infinitos, porque habría faltado á la ley de su limitación y entrado con este solo hecho en las regiones de la infinidad.

Este es el término metafísico de la razón del tiempo, la limitación *absoluta* de las criaturas; la condición *absoluta* de la existencia; el principio de contradicción.

Reasumiendo: existir es una acción; este acto no es susceptible de grados, es igual; es metafísicamente sucesivo. Tales son precisamente los caracteres del

tiempo, que es el *número* de actos, *el movimiento* de la fuerza, según el *antes* y el *después*, por la *incompatibilidad de los actos entre sí*; de manera que podríamos decir en una breve fórmula: *la exclusión, la impenetrabilidad de los actos de la existencia forma el tiempo*.

Todo este raciocinio se funda en un solo dato, que es el carácter *activo* de la existencia; admitido el cual, los demás proceden con una lógica fatal, ineludible, y se deduce la sucesión perpetua y necesaria de los actos de una manera constante en todo lo que existe. Mas, siendo la existencia una condición universal de todo ser, ya hemos obtenido los dos caracteres que distinguen lo absoluto; la *necesidad* y la *universalidad*, aplicables por completo al tiempo.

¿Cómo se forma en nosotros la idea de tiempo?

El primer motivo que se ofrece al *yo* para formar la idea de tiempo es su propio pensamiento, cuyos actos se suceden sin interrupción, no pudiendo lograr ni un momento detener ese flujo ó corriente de actos sucesivos. El mundo exterior presenta á su vez una serie de fenómenos que se desenvuelven inexorablemente según la ley de sucesión, todo lo cual sugiere al *yo* una vaga idea de esta realidad. Ella, empero, no nos daría aún la noción completa de su inmutabilidad, sino una serie de sucesiones vagas, desiguales y aun interrumpidas con frecuencia, si el pensamiento no penetrase á las intimidades del *ser*, á la existencia misma, para descubrir allí con su intuición esta condición absoluta é inmutable que le acompaña. El pensamiento posee en realidad dicha intuición, como lo prueba el conocimiento del principio de contradicción, y las varias fases de lo absoluto, conocido por el

hombre, que de él se desprenden. Esta percepción generalizada produce el concepto de tiempo, tal como existe en nosotros.

Cuando nos hemos formado una idea clara, por los medios indicados, de esta necesidad esencial de todas las cosas, acompaña siempre más ó menos vagamente, según la dirección que á nuestra atención imprimimos, nuestro pensamiento en cualquier género de objetos en que se ejercite. Este fenómeno es natural, ya por razón del sujeto pensante, cuyos actos se verifican esencialmente en el tiempo ó sucesión, ya por la índole común de los objetos en que ordinariamente se aplica, finitos y contingentes. Por esta razón, aun cuando nos ocupamos en ideas exentas de su jurisdicción, como son las generales, las absolutas y Dios, no nos desprendemos de la noción de tiempo, dentro del cual vivimos, y que forma para nosotros y todos los seres concretos la atmósfera natural á que no pueden sustraerse.

Esto ha podido sugerir á Kant la idea de que el tiempo es puramente subjetivo; no real, como acabamos de demostrar. Sin embargo, no pertrechándose en un completo escepticismo, es imposible desconocer su realidad objetiva, en la cual se inspira nuestra intuición intelectual. Así, pues, debe quedar invertido el orden que Kant impuso á estas ideas, haciéndolas partir del pensamiento á los objetos, cuando por el contrario pasan de los objetos al pensamiento. ¿Podría llegar su prurito singular á negar que nosotros vemos en sí misma la *existencia* del *no yo* y sus condiciones esenciales? Si aplicamos injustamente esta categoría á seres á quienes no co-

responde, esto podrá argüir debilidad en nuestro pensamiento, falta de intuición constante de las realidades ultrasensibles; pero no quita la competencia cierta y legítima de nuestra razón, dentro del círculo de los objetos que ahora nos están concedidos.

Si bien el hombre tiene plena certitud de la naturaleza inmutable del tiempo no le es fácil apreciar exactamente su marcha, sujetarlo á una medida perfecta; porque no encuentra en ninguna parte una regularidad absoluta, que coincida con la del tiempo, ni los actos que lo componen son percibidos inmediatamente con rigurosa precisión. Nuestro propio espíritu, donde vemos una aplicación enérgica de aquella ley, está sujeto á oscilaciones y cambios profundos que alteran su lentitud ó celeridad. Las pasiones y sentimientos de que se halla empapado el espíritu; el dolor ó el placer que los objetos nos excitan, las variaciones del organismo, etc., son otras tantas causas que vician nuestro criterio, y nos hacen formar errados juicios sobre el trascurso real de la duración. El tiempo en las potencias es muy subjetivo, porque su ejercicio es el objeto en el sujeto. En un minuto vivimos un año, si durante aquel momento aprendemos ó gozamos lo que habríamos aprendido ó gozado en este largo espacio de tiempo; cosa que no acontece al tiempo real, que obra siempre con la misma intensidad y en el mismo sentido. Nada da, por consiguiente, la medida rigurosa del tiempo. No pudiendo ser aprehendido en una intuición constante, ni exactamente reflejado en las inquietas aguas de la conciencia, el hombre ha tenido que mediarlo, combinándolo con las otras dos ideas absolutas análogas, que son el

espacio y el número; no tan fugitivas como aquél, mas observables, y sujetas también á una ley invariable é incondicional. En esto se funda la medición del tiempo por el movimiento de los astros y por instrumentos que tienen evoluciones regulares como aquellos, los relojes. Son estos *un cuerpo* que tiene movimientos visibles en el *espacio*, divididos en partes iguales, *números*. Si dichos movimientos fuesen expresión de la fuerza única, que no cambia jamás y constituye la esencia del tiempo, el *existir*, se habría conseguido el ideal de estas medidas, que á su matemática exactitud acompañarían el ser perceptibles; mas ahora proceden de fuerzas naturales, entre las cuales no hay ninguna que tenga una sucesión invariable y sostenida como aquella; se gastan, su intensidad aumenta ó disminuye y discrepa con el ritmo verdadero del tiempo. Todo el mérito de estos signos visibles de lo invisible consiste en aproximársele todo lo posible, ya que en el estado presente no es dable alcanzarlo por completo. Son como las figuras geométricas que traza la mano del hombre ó de la naturaleza misma, que nunca alcanzan el ideal que se forma en el entendimiento del geómetra. Entre todas las medidas del tiempo, las más exactas son los movimientos astronómicos; pero tienen el inconveniente de no ser en toda ocasión observables.

¿El tiempo es divisible hasta lo infinito?

No podemos contestar á esta pregunta categóricamente, porque ni la observación ni el cálculo nos sugieren datos para hacerlo. Parece, sin embargo, que el tiempo ha de tener partes indivisibles, porque un acto no se divide, lo que dividimos son repeticiones de actos.

Suprimido el universo, ¿existe el tiempo?

Desde luego persevera en nuestro pensamiento, que no puede eximirse de esta ley. Mas prescindiendo de esta consideración, diremos que en la realidad no existiría como actual, pero sí como posible, por una razón bien sencilla.

El tiempo consiste en la impenetrabilidad de los actos que hace el ser al existir; no habiendo este poder ni estos actos, el tiempo actual desaparece. Mas siendo esta relación entre los actos una condición necesaria y la existencia de objetos posible, con estos dos términos tenemos bastante para formar el tiempo posible, sujeto á las mismas condiciones necesarias que el real. Si dejase ahora de existir el mundo, podría realmente haber existido una hora más; esta hora pasará como una posibilidad real absoluta, que no se habrá realizado. Siendo las condiciones de la existencia independientes de la voluntad divina, Dios mismo no podría hacer que fuesen posibles dos horas donde no lo es más que una, porque este cambio en la imposibilidad, sería contradictorio y aun contrario á las leyes absolutas de la existencia, que son reales cuando la existencia es real, posible si ella es posible; pero siempre inmutables é independientes.

¿Qué es, pues, el tiempo posible? ¿es algo? Es la condición incondicional de la existencia, combinada con la posibilidad real de la misma. Es real como esta posibilidad, es absoluta como su condición. De aquí que destruído el mundo, permanece en cierta manera todavía el tiempo.

¿El tiempo es infinito? En el sentido de mera posibilidad sin duda es infinito, como todo lo absoluto.

Paralelo á la eternidad, que es simultánea, corre el tiempo que es sucesivo, como un semoviente pasa á lo largo de un edificio inmóvil. No se agotará aquélla nunca, porque posee el infinito; éste no puede agotarse porque no lo alcanzará jamás: ambos son interminables.

EL ESPACIO.

Esta idea y la anterior son correspondientes; vienen juntamente en todos nuestros pensamientos y obedecen á una misma ley. La misma llave abre los misterios de entrambas; descubierta la una, cae el velo que encubría la otra. Las dos se explican por la impenetrabilidad ó inconfundibilidad de las cosas diferentes; por el principio de identidad, forma especial del de contradicción. Hay un misterio profundo en la correspondencia admirable que ofrecen los tres órdenes de lo absoluto, las dos nociones últimas se basan y originan siempre en cada orden de la primera. Es la trinidad divina, reflejada en la región más alta de la existencia creada.

Con todo, no trataremos de ocultar que de las tres condiciones que acompañan al ser finito, como materia, como fuerza y como forma, la referente al espacio es la más difícil de explicar; pues, mientras las otras dos se hallan en el ser mismo, esta es esencialmente relativa, consistiendo en la relación entre cuerpo y cuerpo, lo cual multiplica las dificultades. Además, al

número y al tiempo los encontramos claramente en nuestra conciencia; que, en calidad de fuerza, obra esencialmente en las condiciones de tiempo y número aun sin salir de sí misma; la extensión empero es el atributo de la materia, distinta siempre de nuestra fuerza pensante, por más que le esté vinculada en la unidad más poderosa é indisoluble que podamos imaginar. Es la extensión la condición primera y esencial de esta cosa muerta que llamamos materia, condición indispensable á su vez de nuestro pensamiento; pero que por sí sola ni puede pensar ni ser pensada, formando el pedestal sombrío y jamás iluminado de la idea divina grabada en el universo.

A pesar de todo eso, no le dejaremos dormir tranquilo entre sus espesas sombras. La fuerza que la sacude sin cesar, la arroja á nuestra alma por las impresiones de los sentidos, y por más envuelta que venga con el velo de sus formas, deja caer en nuestra receptividad, si no la negra imagen de su esencia íntima, á lo menos algunos rasgos perdidos de su obscura fisonomía. Puesta al alcance de nuestra actividad percipiente, no puede ocultarnos que existe, que altera el reposo de nuestra materia y su fuerza, que es la base de los fenómenos y fuerzas que en ella campean, que sirve á estas de instrumento para herir nuestro organismo y *en esta herida dejará la señal* también de su carácter que es la *extensión*.

Nada satisface tanto nuestro espíritu como el entregarse á la investigación de estas altas verdades generadoras, ideas matrices de todas las demás; someter al crisol del análisis estas sutiles hebras que entran en todos los tejidos de la humana inteligen-



cia, resistiéndose ellas á dejarse analizar y descomponer por su excesiva sutileza. Cosa grande es penetrar en ese grande receptáculo que envuelve como red inmensa todos los objetos, en la realidad y en el pensamiento; saber, en fin, qué cosa es este mar vasto á donde nuestra razón se arroja tantas veces, ya para buscar el reposo y tranquilidad en sus campos solitarios, ya para gozar el placer de lo infinito en sus olas que no tienen riberas.

Las ciencias matemáticas, en donde estriban tantas otras, tienen ahí su fundamento, la raíz de donde chupan la vida: de allí parte el hilo magnético que se dilata por todas las regiones del pensamiento. Así es que por más que la superficialidad y ligereza miren estas cuestiones con desdén, pocas ciencias pueden despreciarlas sin condenarse á muerte.

¿El espacio es algo? Sin duda debe serlo, cuando la más cierta de las ciencias, la que tiene más útiles aplicaciones á la realidad física, está basada en lo absoluto de esta idea.

¿Qué es, pues, el espacio?

Se ha definido de muchas maneras. Clarke ha dicho que es la inmensidad de Dios; Kant que es una mera *forma subjetiva*; Newton lo ha llamado su órgano para comunicar con el mundo; Leibnitz reputó que no era nada distinto de los cuerpos; otros han creído que era su receptáculo; algunos lo han definido la relación de unos cuerpos con otros; y en fin, se han dado otras muchas soluciones á este problema, ninguna de las cuales, que nosotros sepamos, ha desvanecido por completo su dificultad.

En este particular confesamos con franqueza

nuestra desconfianza de ahuyentar todas las sombras y presentar una solución definitiva. No nos humilla con todo esta impotencia, ni reputaríamos degradante tener que colgar los despojos de nuestro naufragio en esta misteriosa columna de donde penden los de tantos hombres ilustres, que abordaron antes de nosotros á estas playas. Al pie de esta esfinge tuvieron que doblarse por vez primera las cabezas más dignamente rodeadas de gloriosos laureles, y genios de primer orden no han podido dominar estas cumbres; sin embargo, no podemos pasar adelante sin probar si encontramos por casualidad una senda que nos franquee esas alturas, al parecer inaccesibles.

El espacio tiene su razón y base en la extensión, pero no se confunde con ella. Es preciso, por consiguiente, descifrar la naturaleza de este atributo de los cuerpos, antes de salir desahogadamente á las llanuras vacías del espacio interminable.

Toda materia existe en determinada cantidad, cuyo valor puede ser representado por un número. Esta cantidad de materia puede ser sumada con otra y otras cantidades posteriores, que por precisión deben ser distintas de la primera, en virtud del principio de identidad; *una cosa no puede ser otra*.

Supuesto este antecedente, afirmamos que estas distintas cantidades que sucesivamente se han ido poniendo, deben estar unas fuera de las otras, y de ninguna manera pueden quedar confundidas unas en otras, ó penetrarse. Esto puede probarse primero, por razón de la materia misma; segundo, por razón de la forma; y tercero, por la fuerza.

Al principio de este trabajo decíamos que el aumento de una cosa finita sólo puede ser bajo los dos conceptos, de extensión ó de intensidad. Esta segunda noción es la que no tiene relación alguna de partes, sino que se multiplica y crece dentro de sí misma hasta lo infinito, subiendo siempre la escala numérica de su valor en la sola manifestación de *intenso*, que desconocemos; pues sabemos solamente por intuición clara y por experiencia, que lo que crece con los grados de intensidad, ó aumento de cosa dentro de sí misma, es la *fuerza*.

La *extensión*, tiene por el contrario, necesariamente, relación de partes, porque cada nueva cantidad de materia no puede fundirse dentro de la primera y darle nuevos grados de intensidad, como sucede con la actividad; al contrario, en este otro concepto no hay más que el ser, sin grados, sin intensidad y todavía sin posibilidad de tenerlos. ¿Concibe nadie lo que significa materia intensa, grados de materia, prescindiendo de la extensión? Si tenemos alguna idea, como es cierto, de esta entidad, bien podemos asegurar que, venida á ser, no tiene grados en ningún sentido, más que la pura, inmutable esencia de esta cosa que sentimos debajo los accidentes y llamamos materia.

¿Qué puede añadirse á un objeto como el que acabamos de describir, estando completo, entero, no teniendo más que un atributo y este siempre igual, inalterable por naturaleza, cual es su existencia concreta y definitiva? Poner en él otra existencia como la suya, otro tanto de materia, es una idea contradictoria, porque, según acabamos de decir, no

puede pasar más allá de lo que es en el ser bajo ningún concepto; no tiene grados, está completa; no puede por consiguiente admitir otra substancia, que no le añadiría nada, resultando de aquí que habría dos substancias y una sola substancia, la substancia en un mismo grado, porque sus grados no pueden aumentar ni disminuir, y al mismo tiempo duplicada, contra el principio de contradicción.

Así es cómo, partiendo del principio de contradicción, puede demostrarse que es metafísicamente impenetrable por su misma esencia, bajo pena de confundirse, y ser dos ó muchas y una á un mismo tiempo.

Podemos obtener, con más facilidad todavía el mismo resultado, ateniéndonos solamente á la noción de forma, que nos es más conocida. Toda materia constituida en determinada cantidad tiene límites, fuera de los cuales no existe. Estos límites concretos que terminan la materia y la definen, constituyen su *forma geométrica*.

La limitación de la materia y la forma ó figura son dos ideas correspondientes, inseparables por cualquier lado que se las considere; mas para evitar una discusión, actualmente inoportuna, diremos que toda *materia* tiene límites ó terminación, que constituyen su figura. Antes de ahora hemos probado ya que la forma, este segundo atributo de las existencias finitas, no se distingue en rigor de la materia figurada, es ella misma en cierto estado. Cambia tal vez, porque ningún ser finito está llamado necesariamente á ser de una manera determinada; pero en tanto que la figura está en el ser, es el ser mismo.

Ahora bien; en el supuesto de que una materia se pone dentro de otra, la compenetra, resultan sus formas confundidas, queda inevitablemente una sola forma, un solo límite y terminación de dos substancias distintas.

En la imaginación como en la realidad sobrepónganse dos figuras geométricas, dos círculos ó triángulos de las mismas dimensiones, cuando al instante se confunden en una sola figura por una necesidad matemática. Desapareciendo la pluralidad de figuras con la penetración de dos cuerpos, desaparece uno de los cuerpos, pues no es posible que perseveren dos cuerpos en una sola forma; contradice esto á la más rudimentaria noción de la realidad. Si la forma es el ser limitado, la figura el ser figurado, donde hay diversos seres, debe haber diversos límites y figuras; confundir una cosa es confundir la otra, ó suponer que la forma es algo subsistente, separable de la substancia, contra lo que enseña el sentido común y tenemos demostrado. De lo cual se desprende que debiendo tener cada ser su límite y figura, que es él mismo, y resultando en caso de la penetrabilidad la confusión ó la desaparición de una de las dos formas, se seguirá también la confusión, la desaparición de uno de los dos cuerpos. Luego los cuerpos son metafísicamente impenetrables.

Finalmente, puede probarse *á priori* la misma proposición, fundándonos en la tercera categoría, que es la *fuerza*. El poder de existir que asiste á todos los seres, absoluto, idéntico, incapaz de aumento ó disminución (ser ó no ser), hace imposible la suma de dos substancias una en otra, pues una vez confun-

didás, una fuerza que no puede recibir mayor intensidad, debería sostener multiplicada cantidad de ser, contra la naturaleza íntima de esta inmutable, misteriosa entidad, que es rigorosamente proporcional á la materia existente.

Hé aquí matemáticamente demostrado por los tres conceptos fundamentales de las cosas, base de nuestro sistema, la impenetrabilidad absoluta de la materia, fundamento de la *extensión*.

Prevemos que se nos replicará: «siendo la fuerza cosa finita, debe tener también forma, figura y extensión.»

La fuerza por sí misma está fuera de las condiciones de la extensión y de las partes, porque su distintivo es la intensidad y la simultaneidad, según lo concibe la idea más vulgar de un hombre rudo. Nadie comprende la fuerza cuadrada ó redonda; esto no necesita demostración. Sin embargo, siendo su condición el estar á la manera de accidente íntimo, esencial, de toda materia, en cuanto la compenetra y está como diseminada en sus entrañas con la unión más profunda que puede imaginarse, guarda, si se quiere, los límites y figuras que ésta tiene; porque está en ella y con ella, ni más ni menos; pero esto para la fuerza es accidental; no es su ley, sino la de la entidad con quien está unida, que no la afecta de ningún modo á ella directamente. La fuerza tiene por carácter la intensidad, la multiplicación dentro de sí misma, y si fuese posible una fuerza finita sin la materia (que no lo creemos,) estaría por completo libre de la ley de la extensión.

Siendo la materia *impenetrable* para toda otra, ya

se descubre inmediatamente en qué consiste la esencia de la extensión. Un átomo se pone por necesidad fuera de otro átomo, éste de otro, y así sucesivamente, y el conjunto forma un objeto extenso. Sucede con esto lo mismo que con el tiempo donde un acto excluye otro acto, y sucediéndose estos sin cesar, mientras dura la existencia, forman un tejido no interrumpido de actos impenetrables, que constituyen el tiempo. La impenetrabilidad de substancias juxta-puestas forma la *extensión*; la de actos sucesivos el *tiempo*.

Descartes ha querido suponer que la extensión es la *esencia* de los cuerpos. Hubiera sido más exacto diciendo que es esencial. El excluirse unas partes á otras es una ley, no es la misma cosa legislada; y en verdad parece extraño que el repelerse las partes unas á otras, lo cual es una propiedad, haya podido parecer á un filósofo la esencia del sujeto que la posee. La extensión es una *condición* de la existencia, como todas las ideas absolutas, que conviene á las cosas en su calidad de materia limitada, así como otras de estas ideas les convienen en calidad de ser ó de fuerzas. Pero esta condición, al igual de las demás enumeradas, se refunde en último término en el principio de contradicción, que es quien da á estas ideas su carácter trascendental.

Ló que la Metafísica estudia es la condición de la existencia; las ciencias naturales y la psicología se ocupan de la existencia misma. Si el nombrado filósofo hubiera tenido esto presente, no se le hubiera ocurrido confundir la extensión, que es una *condición* de los cuerpos, con la esencia de los mismos, que es lo condicionado, fuera del círculo de la ciencia que

se ocupa tan sólo del absoluto, cual es la metafísica.

No podemos pasar adelante sin preguntarnos: pues bien, ¿qué es esta cosa que se repele bruscamente, que se llena de sí misma con egoísmo, que sirve de base muerta, grosera, inerte y silenciosa al movimiento, á la vida, á la riqueza infinita de formas, como una esclava que sirve repugnando las órdenes de su dueño? ¿Por qué se oculta á nuestras miradas, cubriendo su pobreza con los tesoros de que la revistió una inteligencia suprema? Será siempre un misterio y el origen de todos los misterios de limitación, de ignorancia, de maldad que ofrece el mundo; es la cadena que oprime las criaturas, sin romperse nunca; el cuerpo que agrava el alma, la resistencia eterna á toda potencia creada. Á este fondo negro no alcanza la intuición, no podrá llegar jamás el raciocinio, porque no tiene relaciones algunas con la región de la luz; nada por tanto nos lo revelará jamás en este mundo ni tal vez en el otro. ¿Quién la crió? ¿Con qué objeto?

La ciencia no lo sabe; es el demonio, el principio malo, el caos, el infierno, el representante de la nada en el banquete de las existencias, y á pesar de su condición vergonzosa, sin ella no existen criaturas, forma una parte, como la levadura de todo objeto limitado. Sobre ella se sienta toda forma noble y bella que la inteligencia crea, y la fuerza, hija é imagen de la divinidad, vive adherida y encadenada á este inerte tronco. ¿Quién la crió? ¿Es eterna? Si no lo es, ¿por qué puso Dios esta liga nefanda entre la fuerza, hermosa participación suya, y este torpe y repugnante pósito, que mancha al parecer, su obra predilecta? Son arca-

nos impenetrables. La revelación nos dice claramente que la materia es también criatura de Dios.

No sabemos si era una necesidad intrínseca para la existencia de la fuerza finita, á quien concreta, limita y sirve de contrapeso; ó tal vez para dejar completa su obra, que colinda así, por la materia, con la nada, y por la fuerza, con el infinito; ofreciendo un contraste perfecto, que es, al parecer, en las obras divinas una ley inviolable. La razón no la sabemos; su existencia es un hecho. Vislumbramos que sin ella las fuerzas se desvanecerían y dejarían tal vez de existir; unidas á ella tienen un punto de apoyo, un instrumento, obran de una manera determinada y están en el espacio. Por ella solo el mundo es una cosa real.

Después de esta breve digresión, que puede dispensarse por la relación que tiene con el asunto que nos ocupa, vamos á tratar del espacio, teniendo ya allanado el camino con el estudio de la extensión.

¿Qué es el espacio?

La relación entre las partes de un cuerpo es la impenetrabilidad, de modo que cada una de aquellas representa para la otra la *imposibilidad* de otra existencia en ella. Al contrario, más allá de los límites donde acaba el ser, hay la *posibilidad* de la existencia; dicha posibilidad puede realizarse por la posición de un cuerpo, pero entonces cesa al momento de ser posible para otro cuerpo.—Estas leyes no me serán disputadas por ser evidentes, supuesta la impenetrabilidad *absoluta*.

De ello se desprende que la extensión supone la imposibilidad de un cuerpo en otro. De esto nace la diferencia siguiente.

Un objeto que dura rehusa tener á la vez otra duración; mas esta necesidad está en el ser mismo y no tiene relación con nada que esté fuera de él. Por esto hemos dicho que el tiempo era una idea simple y absoluta, ó relación de ser con el mismo ser en diferentes tiempos, pero el espacio es relativo, del ser á otro ser en un mismo tiempo. La relación, pues, del tiempo es interna, la que nace de la impenetrabilidad material es externa. La condición para la posibilidad de un acto es que no exista otro acto, la condición de la posibilidad de la materia es el estar fuera de otra materia. Si se verifica esta condición, es posible; si no se verifica, es imposible.

Con estos antecedentes ya estamos próximos á descifrar el enigma.—Toda cosa para existir debe realizar en general dos posibilidades, una que nace de su esencia íntima, que llaman metafísica ó sea la no repugnancia entre las notas integrantes, como línea recta; otra que proviene de la causa que puede producirla, la cual debe realizarse para que la cosa, ya intrínsecamente posible, venga á ser real. Faltando una de estas dos condiciones ninguna cosa se realiza, sea materia, forma, cualidad, lo que se quiera; así por ejemplo, si la cosa es contradictoria, círculo cuadrado, nunca se verificará, aun dada una potencia; si es posible en sí, pero una potencia no la produce, tampoco llegará á ser una actualidad.

Pues bien, tratándose de la materia, además de estas dos condiciones indispensables, se necesita otra, metafísica, á saber: la no existencia de otra materia en ella, y de ella en otra. Esta condición es propia y exclusiva de la materia, única que posee la propiedad

de la impenetrabilidad; pues este no es atributo que corresponda á la fuerza. Así es que donde quiera haya ó pueda haber materia ó extensión, acompaña por necesidad este nuevo dato, condición intrínseca y extrínseca á la vez, relación del *yo* de la materia, permítase la expresión, con el *no yo* de la misma, condición que exige este *yo* y realiza este *no yo*. Esta realización necesaria, absoluta, incondicional, supuesta la existencia, es el espacio. Definiremos, pues, el espacio: una *condición extrínseca*, que se refiere á la posibilidad intrínseca de un cuerpo. El espacio de consiguiente no es el cuerpo, ni la relación entre las partes, ni la multiplicidad y continuidad, ni la inmensidad de Dios, ni su órgano, ni nada, en fin, de lo que han dicho muchos filósofos; no es nada real y positivo, sino una condición de lo positivo y real, como todas las verdades absolutas.

Mas, estando esta condición, por una excepción única, fuera del cuerpo que viene á ser en relación con otro cuerpo ó con la posibilidad de otro cuerpo, nos queda todavía la dificultad de comprender cuál es la esencia de esta condición, que nuestra mente mide, recorre, puebla de figuras y trata casi como si fuese algo existente. Si es nada, ¿por qué puede señalarse con firmeza en la realidad é impone condiciones inmutables al entendimiento? Si es algo, ¿cómo puede y debe estar ante nuestro entendimiento allí precisamente donde no hay nada? ¿De dónde salen las leyes absolutas de este misterioso vacío?

El espacio es una condición *negativa*, y lo negativo sigue las condiciones de lo positivo en el terreno de la posibilidad. Cada átomo que existe, lleva consigo esta

condición, distinta de la de otro átomo y de los infinitos que pueden existir. Prescindiendo de la existencia, suponiendo la mera posibilidad, se presupone la realidad de esta infinidad de condiciones, que pueden realizarse, mas para lo cual es *conditio sine qua non*, que no se confundan, que estén la una fuera de la otra, para que en un momento dado sea posible ser realizadas según la necesidad absoluta de la realidad. Los cuerpos, si vienen á ser, deberán estar unos fuera de otros, en la nada de cuerpos; luego estas condiciones deberán estar también unas fuera de otras con el mismo orden y ley que los cuerpos realizables, de quienes son condición absoluta. De aquí deriva que sea imposible suponer que estas condiciones, que ante la imaginación ya son partes sucesivas, se confundan, de aquí que puedan contarse, agruparse en ciertas formas y figuras, que son sombra de la realidad, tan eternas é inmutables como la esencia de ésta. Las partes de los cuerpos son impenetrables, luego las del espacio, que son su condición externa, lo son también; de lo contrario, al quedar aquellos realizados, deberían penetrarse mutuamente.

Así, pues, antes de existir el mundo ya había espacio; más allá del mundo hay espacio infinito también; pueden realizarse cuerpos sin fin, cada uno de los cuales ya presupone la condición de un vacío, de la nada, según sea su cantidad. Si nosotros consideramos todos los cuerpos posibles, el espacio se nos aparece infinito; si consideramos posible un triángulo, un cuadrilátero, el espacio se nos ofrecerá condición capaz para la existencia y figura de estos cuerpos; y así sucesivamente, según las suposiciones ad-

mitidas, el espacio se presentará en forma ó sin ella, conforme la demos ó no á la substancia de la cual es condición. Las figuras que entonces establezcamos en el espacio, gozan de la misma exactitud é invariabilidad metafísica que tiene la extensión real; ya que aquellas figuras versan ó sobre la mera condición, que es metafísica, ó sobre la hipótesis de su realización, que lo es también. En esto estriba la exactitud geométrica. Luego el espacio, como cosa positiva, es nada; como condición actual de lo posible absolutamente invariable, es algo absoluto, *real*.

En mal hora, pues, Kant hizo del espacio una forma subjetiva, sin correspondiente realidad; errando en esto como en todos los puntos capitales de su sistema. Error grande fué también el de los escolásticos que pusieron el espacio en condiciones distintas de las de la extensión, siendo tan sólo su sombra fiel y exacta, sujeta á las mismas leyes. Ellos fingieron que un cuerpo puede dejar de ser extenso (*nón in ordine ad se, sed in ordine ad locum*), como si estos dos términos no se correspondiesen matemáticamente, como la condición de lo posible y la condición de lo real. De otra manera, el espacio tendría su razón y fundamento en otra parte que en la necesidad extrínseca de los cuerpos; tendría una existencia aparte, que inútilmente ya intentaríamos descifrar. Los cuerpos son extensos, porque son impenetrables; el espacio lo es, porque y como lo son los cuerpos. Una cosa se funda y explica por otra, y puesta la posibilidad de la supresión de la extensión *in ordine ad se*, queda también suprimida *in ordine ad locum* y viceversa, lo que ya hemos demostrado al principio ser metafísicamente

imposible. Inventaron esta agudeza para salvar una suposición religiosa, que no puede ser verdadera cuando se opone á la metafísica.

El ser la *nada* condición permanente é inmensurable de la substancia permanente é inmensurable, condición transitoria de los actos transitorios, nos conduce á hacer una corta detención en esta idea que tiene tanta parte en nuestros pensamientos y también en la existencia.

Ella nos dará tal vez la razón de la diferencia entre lo infinito y lo indefinido, y aclarará otras nociones trascendentales.

La ley fundamental de nuestro entendimiento es la comparación entre el ser y la nada. El principio de contradicción, término final de nuestros raciocinios, entraña esta idea en uno de sus dos extremos comparados: *una cosa no puede ser y no ser (nada) al mismo tiempo.*

Todas nuestras creaciones subjetivas y objetivas parten de la nada y á ella vuelven á parar. Estamos donde quiera que nos volvamos vecinos de este abismo, frente á frente de este contraste de la existencia. Esta es la ley de nuestros pensamientos y de nuestras producciones.

Lo mismo acontece con los objetos finitos, que no son obra nuestra: proceden de la nada y están expuestos ó destinados á sepultarse otra vez en ella. Es como un mar vastísimo en medio del cual se levantan, como pequeñas islas, algunas existencias, por todas partes y en todos sentidos rodeadas de sus negras ondas, que aquí engullen una hermosa creación, allí vomitan una nueva existencia; pero sin que sea jamás posible

cubrir y cegar por completo su infinita superficie. La nada es el reverso indefectible de las obras de Dios, como de las de los hombres; es el enemigo de la divinidad que no será nunca vencido ni la vencerá nunca, porque es condición indispensable de su poder.

Hay dos infinitos, uno positivo, otro negativo; el positivo es Dios, el otro es la nada. Esta no tiene, no es posible que tenga ninguna relación ni influencia directa con lo absoluto real, que está realizado sin términos y no conoce adquisición ni pérdida, cambio de ninguna clase, como acontece también en nuestro absoluto condicional. Toda su relación está con las obras ó creaciones del ser absoluto, por quienes solamente la nada puede ser concebida y ser un término verdadero de un juicio.

El efecto: el poder de Dios, y por consiguiente la posibilidad de las criaturas puramente realizables, son infinitos, pero no siendo éstas todavía, son nada. Tenemos ya la nada, término opuesto, sombra de lo que podría ser, infinita, frente á frente de la Omnipotencia, adaptada á su poder, como la sombra inmensa de un cuerpo inmenso.

Comienza para ella la hora de su limitación desde el momento que es criado un ser; su infinitud desaparece, podrá no tener todavía límites lo que puede existir, pero desde entonces ya es posible uno menos, la nada está vencida, lo infinito negativo desaparece y entra en la categoría de indefinido. Por más que concibamos ahora un aumento de creaciones numerosas y sin fin, no hacemos más que acortar, reducir los límites de la nada sin agotarlos nunca, como no puede agotarse el poder de Dios. Lo que se vaya creando

no alcanzará jamás lo infinito, porque finito y finito sumados, no pueden dar jamás lo infinito, ni acabarán, por tanto, las fronteras de la nada, que de infinita ha pasado á ser indefinida y no puede acabar de ser vencida sino por lo infinito contingente, real, que no puede venir á ser. He aquí el fin de la existencia, pasar siempre más allá en este camino, cuyos últimos límites no tocará jamás.

Teniendo en cuenta estos antecedentes, concebirnos perfectamente lo indefinido, infinito, como se llama, de las tres nociones: número, espacio y tiempo.

La nada, ó la posibilidad del ser, se extiende delante de cada objeto, pero desde el punto que este objeto existe, la posibilidad ya no es infinita, sino indefinida. La existencia puede avanzar aumentando, como hemos dicho, sin llegar al fin.—En esto tenemos dos términos, la existencia real siempre concreta y numerable, la existencia posible que por falta de límites no puede ser reducida á número ni término.

¿Qué es entonces el número infinito? es la multiplicación de las unidades, según la condición esencial de distinción entre las mismas, sin agotar lo posible.

¿Qué es el tiempo infinito? la sucesión de los actos de existencia, que no se confundirán jamás entre sí, ni alcanzarán tampoco los términos de la posibilidad. Esta posibilidad es lo indefinido de el tiempo existente.

¿Qué es el espacio infinito? la posibilidad extrínseca de infinitos cuerpos, que no llegará á realizarse jamás definitivamente. Los cuerpos reales tienen límites reales, los posibles son infinitos, porque es infinito el poder de Dios Criador. En este sentido es infinito el espacio.

¿Por qué, siendo el poder de Dios infinito, sus efectos son necesariamente finitos y sólo lo posible infinito? A infinito poder debía ser posible que correspondiesen infinitos objetos.

El poder de Dios es infinito, porque es actual y simultáneo y no tiene límites; los objetos son esencialmente finitos, porque son sucesivos (sucesión de existencia, sucesión de modos, sucesión de actos). Lo sucesivo es esencialmente finito; su infinito no puede ser hecho. Lo posible es indefinido, porque el poder de Dios no tiene límites; pero no puede ser completamente realizado, por la condición esencialmente finita de sus efectos.

Es en vano, pues, que el matemático arroje cantidades en esta sima sin fondo; todo lo englutirá sin llenarse jamás, no se habrá alcanzado nunca lo infinito, porque esto no es lo que el matemático piensa por grande que sea, sino lo que deja de pensar. Toda la cantidad concreta, existente en la realidad será siempre finita, á pesar del infinito poder de Dios.

¿Si Dios no puede hacer un número infinito, puede pensarlo? Parece que en cuanto está en su causalidad debe ser pensado, pero como realidad creada no puede ser tampoco pensada por él, porque lo metafísicamente imposible no puede estar ni aun en el pensamiento divino. Dios no puede conocer otro infinito real que su existencia y sus atributos; así puede conocer la cantidad infinita en cuanto viene envuelta en su poder, no en cuanto la realización, que es imposible.

Pues ¿cómo las matemáticas hacen con frecuencia uso del infinito en la línea, en el plano, etc., si no existe?

Todo lo absoluto es infinito en cuanto absoluto. Siendo lo absoluto condición esencial de una cosa, la misma razón hay para ella que para cuantas sobrevengan, siquiera sean infinitas; pues todas deberán tener aquella condición, supuesto que es esencial. Las matemáticas, pues, al hablar de líneas infinitas, no prejuzgan la cuestión de si existen la extensión ó el número infinitos; dicen sólo una cosa muy sencilla; á saber, que siendo tal ó cual cosa una cualidad esencial de la línea ó del número, se verificará en todas ocasiones, siquiera se aumentasen hasta el infinito si fuese posible; posibilidad que no toca á ellas el resolver. ¿Quién duda que lo esencial á una cosa se verifica lo mismo en un caso que en infinitos? Esta es la esencia de lo absoluto.

¿La materia es divisible hasta lo infinito? No sé qué motivo pudieron tener los filósofos para hacer de esto una cuestión. Nada de lo actual criado es infinito. La extensión la forman partes agregadas á partes en mayor ó menor número, concreto, determinado. Ya se comprende que el origen de esta discusión era el temor de encontrarse con átomos simples, cuando no se admitía simplicidad fuera de los espíritus. Para nosotros este motivo no existe; reconocemos partes simples en la materia, elementos en la extensión, cuya simplicidad no puede confundirse nunca con la de la fuerza, que es de otro género. Un átomo es el generador de la extensión, como un acto lo es del tiempo, la unidad del número, y participa como tal de las propiedades del compuesto, impenetrabilidad, inconfundibilidad con otro átomo ó acto. La extensión, el tiempo y el número son respectivamente conjuntos de cantidades homogéneas irreductibles. Hay, pues, átomos in-

divisibles, como dijimos de los actos y números.

Formas geométricas.—La idea del espacio da nacimiento á la Geometría, como es sabido. Su certeza inviolable le proviene de que parte del postulado de la existencia, cuya condición absoluta hemos visto en la extensión. Las formas geométricas son las formas ó límites del cuerpo, reducidas á cierta regularidad á fin de poder ser abarcadas por el entendimiento de una ojeada. Se les ha querido dar un carácter de necesidad y eternidad, que no tienen más que otra forma cualquiera de la materia. De las infinitas formas ó terminaciones que puede tener un cuerpo, se han escogido aquellas que presentan mayor sencillez y regularidad y con su análisis y comparación mutua se ha levantado una ciencia, pero no tienen ellas más realidad ó necesidad que las formas rudas é irregulares de otros cuerpos. Estas figuras guardan entre sí respetos y proporciones invariables, como todo lo que se refiere á la extensión. El débil hombre no puede verlo sino en las formas sencillas: pero podría extender sus observaciones á formas infinitas, en todas las cuales se guarda el principio *una forma no puede ser otra*, como una materia no puede ser otra. Aquí se funda lo absoluto de las ciencias exactas.

LO VERDADERO.

El tercer grupo de categorías en que hemos dividido lo absoluto es el que comprende lo *verdadero*, lo *bello*

y lo *bueno*, triple fase de la existencia, que reasume todo el contenido de nuestra vida intelectual y moral.

En realidad poco tenemos que decir sobre la primera de estas tres categorías, pues á ella pertenece todo lo que en este libro hemos venido elucubrando y todo lo que diremos después. Todo lo que nuestro entendimiento piensa, tiene por objetivo la verdad; de manera que ella abarca las distintas esferas en que se mueve la vida racional.

Lo que hay en esta cuestión es que la ecuación entre el pensamiento y la cosa pensada, en lo cual consiste la verdad *subjetiva*, la alcanza el hombre raras veces y aun en ellas no obtiene siempre justificada certidumbre. La razón es la siguiente.

El pensamiento reviste el grado máximo de certeza en la posesión de la verdad, cuando el pensamiento y la cosa pensada son la *misma cosa*, como al pensar en sí mismo. Logra un grado inferior de certeza el pensamiento, cuando es *inmediato*, ó sea cuando se aplica directamente al objeto, sin intermediario alguno como en las alteraciones del organismo. Y finalmente alcanza una certeza más problemática cuando conoce una cosa por mediación de otra.

Si estudiamos los objetos conocidos en el estado presente, observaremos que sólo el propio *yo* pertenece al primer género, nuestro cuerpo al segundo, y al tercero los demás cuerpos. Esto en cuanto al mundo real. En el ideal, podemos decir que conocemos inmediatamente las ideas *generales* y las absolutas; pero, como de éstas algunas pertenecen al *no yo*, pueden ser atacadas por la base con la misma razón que el mundo externo.

Tal es la condición del pobre contingente de verdad que poseemos en la tierra.

Contra ese pensamiento desolador, tenemos el recurso de conocer que todo el orden de verdades referentes al *yo*, morales y metafísicas, así como el fundamento de todas ellas, Dios, tienen su asiento sólido é inatacable en la conciencia humana, aun prescindiendo del mundo externo.

Además de esta consideración, nos asiste la de que si nos falta tal vez la certeza racional por lo que toca al mundo físico, poseemos otra, no menos firme y segura, que nos sugiere el metafísico. Es tal y tan profunda que toda discusión sobre ella resultaría ridícula si el talento de algunos filósofos no prestara cierto encanto y respetabilidad á su *crítica de la razón*, si quiera para pasatiempo de los desocupados.

Resulta de lo dicho que la *verdad objetiva* es el ejercicio legítimo de la inteligencia y determina la *verdad subjetiva*, que constituye la primera de las tres categorías, con las cuales cerramos nuestro estudio de lo absoluto.

LO BELLO.

Siguiendo las huellas de los tres elementos generadores, pasaremos á estudiar el absoluto en esta su manifestación más espléndida y aquilatada, en esta pomposa eflorescencia del ser, reflejo vivo de la luz eterna, que reverbera sobre el universo.—Fácilmente

se comprende la imposibilidad de analizar y reducir á fórmulas, como acontece en lo verdadero, la esencia de la belleza, por la inmensa complejidad y diversidad de sus apariciones en nuestro espíritu. No podemos aspirar á otra cosa que á una clasificación árida é impotente, desde las alturas de la abstracción filosófica, de esta multiforme cualidad, que, separada de la realidad viviente donde arraiga y se manifiesta, queda casi evaporada y desvanecida entre las manos del filósofo. Vivimos entre objetos que denominamos bellos, los señalamos y distinguimos, ciframos en ellos las delicias de nuestra existencia, sentimos por ellos el amor, el entusiasmo, el éxtasis, y en el momento de querer plantar en ellos y en los efectos que nos causan el escalpelo del análisis, los encontramos refractarios á toda descomposición y definición. Con todo, también en estas regiones puede tener aplicaciones útiles y hermosos triunfos nuestra teoría.

Los principios que estudiamos en el orden matemático y metafísico, son universalmente reconocidos, sin distinción de personas ni de razas; su carácter universal é inmutable hiere con la misma viveza y energía á toda inteligencia que viene al mundo, según la expresión de los libros sagrados; pero no acontece lo mismo con esta otra jerarquía de lo absoluto, respecto la cual la educación, el temperamento, y mil otras circunstancias, establecen diferencias profundas entre los hombres en la apreciación y juicio de esta misteriosa cualidad, que resplandece más ó menos vivamente en todos los seres de la naturaleza. Lo que una época, una nación, un individuo confiesan bello con entusiasmo, otras lo contemplan con frialdad,

negándole ese glorioso atributo; de lo cual nos ofrece innumerables ejemplos la historia de las letras y de las artes. En medio de esta fluctuación parece arriesgado atribuir á la belleza no tan sólo la objetividad, sino el carácter de tan absoluta como el principio de contradicción.

Para obviar esta dificultad que se opondría á nuestros primeros pasos, es preciso hacer una doble declaración. 1.º No hay que confundir lo *bello*, objetivo y real, con lo *agradable*, elemento importante de la belleza subjetiva, el cual depende sólo de la disposición accidental de nuestros órganos. 2.º Si queremos obtener el consentimiento unánime en el concepto de una belleza, debemos fijarnos únicamente en sus irradiaciones más brillantes y poderosas, y prescindir por un momento de aquellas más humildes revelaciones, que no llegan á conmover el ánimo poco dispuesto y educado, á la manera que en el orden de la verdad, lo necesario y universal no debe confundirse con aquellas remotas derivaciones suyas, tan contradictoriamente apreciadas entre los mortales. El juicio de las obras maestras del genio ó de los grandes espectáculos de belleza natural, es, como los primeros principios, patrimonio común del género humano.

Con el fin de esclarecer mejor la noción de la belleza y separar definitivamente lo *subjetivo* de lo *objetivo* en el concepto de la misma, será preciso dar una mirada retrospectiva á lo que dijimos sobre la percepción, para deducir lógicamente los elementos que podemos atribuir al objeto y los que exclusivamente nos pertenecen.

En la belleza subjetivamente considerada, vienen

á concentrarse de una manera simultánea todas las facultades humanas, sensación, sentimiento y pensamiento, y ya tenemos demostrado que no todo lo que nos pertenece bajo estos conceptos puede ser legítimamente atribuido al *no yo*; mas para evitar repeticiones inútiles, nos referimos á lo que llevamos dicho en otra parte (1). «Las sensaciones, formas del *yo*, no pueden corresponderse con la forma substancial del objeto sentido que las haya excitado. Las figuras ó formas geométricas pueden ser verdaderas y exactamente representadas en nosotros por la conformidad de nuestra materia con todas las creadas en su naturaleza íntima, en cuanto á la extensión. Las fuerzas pueden también ser conocidas en cuanto á la *intensidad*, que es el atributo de toda fuerza; mas por lo que respecta á la *cualidad*, pueden serlo sólo en cuanto convengan con las nuestras.»

A este carácter subjetivo de la sensación en general hay que añadir que, si bien la naturaleza ha construido nuestra especie según el mismo tipo, las variedades en la organización de cada individuo dan origen á una variedad accidental en los sentimientos y sensaciones incalculable; de donde procede el efecto distinto que un mismo objeto produce en la sensibilidad de diferentes sugetos. Por esto la belleza, que á la par que idea (elemento objetivo) es un sentimiento (elemento subjetivo) está sujeta bajo este último concepto á las fluctuaciones y diferencias de organización y cultura; exceptuando aquellos casos en que el vigor y valentía del objeto avasalla la susceptibilidad

(1) Véase la pág. 68.

más ruda ó viciada, y triunfa con su claridad de las sombras del entendimiento y extravíos del corazón, para hacer vibrar sólo la fibra esencial de la especie, que, cuando despierta, suena siempre al unísono con la belleza absoluta.

Sentados estos precedentes, fijados los términos y mojones, para saber qué podemos atribuir á la realidad y lo que pone el individuo en el fenómeno, belleza, podemos preguntar, ¿qué es lo bello real?

La fórmula presentada al principio de este libro, sin la más mínima alteración en los términos, nos dará razón exacta de lo que se requiere: *La mayor perfección en la forma, la mayor intensidad y perfección en la fuerza, en la menor cantidad de materia.*

Perfección en la forma. La forma cuando es regular, es la impresión de una *idea* en una materia por una inteligencia. No todas las formas son igualmente perfectas, como no lo son las ideas. El criterio para apreciar el valor de una idea es: la *unidad en la variedad*. Lo monótono arguye pobreza de inteligencia, lo vago debilidad. Cuando se comprenden en un pensamiento objetos lejanos, de relaciones ocultas y harmónicas, y se les ingerta poderosamente en una organización compacta y robusta, la forma se acerca á su mayor grado de perfección. La idea que se mantiene en las regiones de lo abstracto, sin encarnarse en una forma conereta y sensible, que la represente ó simbolice, no puede constituir un elemento vivo de la belleza, aunque pueda serlo de verdad, por faltarle el elemento esencial de la belleza, la forma; porque, según dijimos en otra parte, la fuerza humana no funciona completa y harmónicamente sin la cooperación

de la materia, cuya intervención mínima está representada por un signo material arbitrario, y la máxima y mejor por una representación fiel en la materia, si el objeto es representable, ó por otra que tenga relaciones ó analogías con el objeto, si es irrepresentable. Esta operación completa de la inteligencia, que graba su *idea* en una *forma* concreta, análoga ó semejante, constituye el primer elemento de la belleza.

La belleza que llamamos física, de la que los estéticos malamente han hecho un orden especial de belleza, está casi por completo reducida á este género de belleza, por lo que no será tal vez difícil analizarla.

Toda forma regular está constituida por líneas subordinadas á un plan ó pensamiento total, enlazadas de manera que su relación mutua aparezca de una ojeada, formando la impresión de un solo objeto. Cuanto mayor sea la riqueza de composición (variedad), y más simple la idea resultante (unidad), la forma será más perfecta. Representa entonces el poder de una inteligencia que ha sabido dominar muchos elementos, reduciéndolos á la pura unidad, que es su objeto natural (*objectum intelligentiæ est unum*). Cada uno de estos elementos ya debe tener á su vez perfección, esto es, participar de las condiciones del conjunto en sus partes más simples, que son las líneas.

Las líneas reciben igualmente su perfección de lo que revela más regularidad y variedad, en suma de lo que muestra más inteligencia. La recta es bella porque posee el primero de dichos caracteres, la unidad; la curva le lleva mucha ventaja, porque varía sucesivamente de dirección, sin menguar en regularidad: la

ondulante es más graciosa todavía, porque tiene la variedad en mayor grado, sin perder nada de la unidad; tal vez hay otro motivo de su encanto indefinible en la armonía que guarda con el movimiento vibratorio, que, en nuestro sentir, es de las substancias perfectas, incluso la nuestra. Con estas líneas pueden hacerse infinitas combinaciones, sujetas siempre á los mismos principios. Esta es la belleza de la forma, que podríamos llamar intelectual. En las leyes del entendimiento, en las *condiciones que se requieren para que una idea sea perfecta*, encontraríamos la razón de todas las prescripciones estéticas, como la simetría, euritmia, proporciones, contrastes, etc.

El segundo elemento integrante de la belleza, según la fórmula expuesta es: *perfección en la fuerza*.

No podría explicarse la belleza real del universo si no admitiéramos, como desde un principio lo hemos hecho, que las fuerzas se distinguen no sólo por la intensidad sino por la cualidad. Lo hemos apoyado en un argumento y en la observación. Como argumento hemos dicho: la fuerza, ignorada tal vez en su esencia, es algo capaz de aumento y disminución en su perfección, como en su intensidad. Fuerzas enteramente homogéneas ofrecerían una abrumadora semejanza de resultados, incompatible con la belleza del mundo. Fijándonos solamente en lo que nos muestra la experiencia, echaremos de ver que las fuerzas presentan una gran diferencia de grados, siendo su más rica manifestación la fuerza humana, dotada de las gloriosas propiedades de sensación, sentimiento, voluntad é inteligencia.

Es esta escala de fuerzas fuente de fenómenos dis-

tintos en parte de los que hemos enumerado, lo es también de belleza, superior incomparablemente á la material. Las fuerzas serán más perfectas según osten-
tenten en mayor escala estos honrosos distintivos. ¿Quién duda que es más perfecta la que goza de finas y variadas sensaciones que la completamente insensible, caso que exista? Asimismo la sentimental, la racional, rayarán á mayor altura de perfección según se distinguan más en estos hermosos atributos. Luego los grados de perfección en la fuerza son también grados de belleza.—La perfección de la fuerza intelectual ya queda descrita anteriormente, falta, pues, ocuparnos de la sensitiva superior y moral.

La belleza por excelencia reside para nosotros en el sentimiento. Sea porque en él se refleja y reasume la dignidad del objeto, que en cuanto es más digno produce un sentimiento más puro y delicado, sea por el valor del sentimiento mismo, fenómeno intermedio entre la materia y la fuerza, pues consiste como dijimos, en el acto de la fuerza que pone en grata conmoción la substancia para volver á refractarse en la fuerza con el carácter de fenómeno inmanente (sensación) como una dulce incubación y absorción del objeto: este comercio íntimo de los dos elementos del ser, la agitación suave y dulce de los sentidos que generalmente la acompaña, la posesión de la idea entre gozosas oleadas de sensación superior producen en el hombre la expansión completa y feliz de sus mejores fuerzas y le levantan al punto máximo, á la meta de su perfección como hombre.

Pues bien, esta perfección incomparable, que una idea produce en nuestra parte moral ó sensibilidad,

forma un género aparte de belleza real imposible de confundir con la que antes hemos estudiado, que reside en la fuerza inteligente.

Aquí llamamos poderosamente la atención del lector para dar el último paso que nos lleva á la aspirada cima desde donde se domina toda la región de la belleza. La fuerza inteligente no llega á completarse ni á dar un producto bello si no se encarna en una forma, queda circunscrita sin esto en las vacías regiones de lo abstracto, mansión de la ciencia; de la misma manera la sublime perfección que hemos descrito queda en las oscuras regiones de lo subjetivo, si no se graba igualmente en una forma de la manera peculiar, íntima, privilegiada, sin comparación superior á la intelectual, que la revela y hace brillar palpitando y llena de vida en el misterioso fenómeno que llamamos *expresión*. Por ella el fenómeno invisible se derrama todo entero al exterior, se da á luz con una explosión brillante y magnífica de sus divinas excelencias. Realizada, encarnada en una *forma*, queda definitivamente completa y presenta á la faz del universo un objeto bello. Así es cómo fermenta y se elabora en las profundidades de los seres este misterioso esplendor, que brilla después en todas partes ante las atónitas miradas del hombre.

Con lo dicho tenemos bastante para fijar con precisión y claridad la esencia y definición de la belleza: es la *perfección de una fuerza, inteligente ó moral, que se encarna en una forma*.

Aunque la esencia de la belleza está íntegramente en la anterior definición, es oportuno añadir una condición, que la observación nos muestra verdadera en

todos los casos particulares; que viene comprendida, si bien se considera, en la perfección de la forma y cuya ausencia por tanto podría empañar notablemente el claro resplandor de la belleza real. Es el tercer término que hemos puesto en la fórmula: *en la menor cantidad de materia*.

La manifestaremos brevemente por inducción. La sensación que sigue al movimiento violento y grosero de un órgano cualquiera es el menos bello de los fenómenos anímicos, y entre las sensaciones las que envuelven una inmutación corpórea más pronunciada (mucha sensación y poca ó ninguna percepción), como las del paladar y olfato, son las menos nobles, aunque sean tal vez más vivas. Los sentimientos obedecen á la misma ley; aquellos cuyo objeto envuelve una idea más abstracta é inmaterial, (lo verdadero, lo bueno y lo bello,) vencen en dignidad á los que vegetan alrededor de un objeto concreto (el egoísmo). Aquellos, aún físicamente, se acercan más á aquella esfera en que la fuerza se desenvuelve levemente impelida ó secundada por la parte más sutil, como si dijéramos, en las regiones del éter puro del universo humano. Lo mismo acontece con los pensamientos, que se arrastran por el bajo suelo cuando no saben remontar su significación sobre lo concreto é individual. La ruda materia, según dijimos, es enemiga de la fuerza simple; de la multiplicidad, la unidad; deben en el hombre ser vencidas y avasalladas; la belleza es la corona de esta victoria.

Esto en el orden psicológico.

Ensayemos ahora rápidamente la verdad de esta doctrina en los varios órdenes de la naturaleza y del arte.

La naturaleza se divide en orgánica é inorgánica, que llamamos vulgarmente viva y muerta. En el conjunto y en sus dependencias notamos una *idea* relativamente perfecta, que le prestó la inteligencia soberana y una *expresión*. El mundo físico, que ha sido creado para ser un ejemplar magnífico de belleza completa, ha recibido en toda su extensión el don de variadísimas y ricas formas, junto con el requisito de las fuerzas para tener la múltiple y completa expresión que ostenta su fisonomía. Fuera de los racionales, no hay entre los vivientes ni inorgánicos un sentimiento real que pueda trasparentarse en su exterior, la expresión animada y movable de su aspecto no puede ser la revelación verdadera de un estado moral; mas el poder soberano ha dotado á cada especie de todos los caracteres y señales que significan los más puros y variados sentimientos; apariencias sostenidas por una actividad idónea, que ha aprendido todos los recursos que en un ser moral puedan caber para producir una expresión completa. Nada hay muerto en la naturaleza, nada que no simbolice una idea ó un sentimiento en una ú otra de sus partes. Es como un inmenso órgano en el cual cada tubo tiene su voz peculiar, la fuerza universal es quien ejecuta la sublime composición del Eterno Maestro. En esta obra típica de perfección, es donde hemos de observar también la puntualidad con que se guarda la tercera condición que hemos señalado, de depuración en el ser. De todo lo cual nos formaremos cargo mejor, bajando á casos particulares.

Fijémonos en una alta cumbre señora del mar y de la tierra, y contemplemos el espectáculo de todos los

elementos unidos en fraternal consorcio, mostrando todos ellos con ingenuidad su carácter especial. La *tierra* grave y pesada como un anciano á quien la vida abandona, muestra en su totalidad el desdén de la estupidez ó la concentración del egoísmo. Contemplada en detalle, aquí se despliega en graciosas, ondulantes colinas de líneas flexibles, como los movimientos y formas de una virgen ó de un niño; allí áspera, ruda y atrevida, yergue su frente enhiesta, coronada de informes rocas, sobre un sinnúmero de llanuras y pequeños montes; á la manera de un conquistador sentado con orgullo en medio de sus vasallos. El mar, los ríos que descienden de las nevadas cumbres expresan sucesivamente en sus cambios periódicos, el furor, el entusiasmo, la impaciencia, la molicie en la inquieta masa de sus *aguas*. Las nubes, mezquinas agrupaciones de *vapores*, dicen con sus cambiantes signos todo lo que el cielo y la tierra tienen de más celestial y divino; ó bien cubierta su faz de negras tintas, anuncian con atronadora voz las venganzas y el poder del Eterno. La *luz*, en fin, oráculo de todo lo criado, mensajero celestial, habla al hombre en todos los idiomas que puede entender el corazón. De la tierra al flúido, ya lo dijimos, la expresión es ascendente en el sentido de la mayor depuración; pero en conjunto es una digna manifestación de la vida inteligente y moral, donde se ha forjado el universo.

Si de lo inorgánico quisiéramos pasar á lo viviente, hallaríamos al autor de la vida complaciéndose en derramar todos los encantos y gracias sobre la débil flor, de cuerpo delicado y frágil, al par que capaz de expresar el amor, la inocencia, el desdén y otros mil

sentimientos; no de una manera convencional ó supuesta, sino con lenguaje claro é inteligible para todos los hombres. Los robustos y corpulentos árboles no compiten con estos frágiles adornos de la naturaleza en elegancia de formas ó en su expresión viviente; y si alguno participa algo de sus soberbios dones, es la palmera, el álamo, el ciprés, y otros árboles en quienes la materia está representada por menor cantidad proporcional. Lo mismo acontece en el orden zoológico, donde la belleza se manifiesta en las delgadas y esbeltas formas de la juventud.

En resumen, la naturaleza física tiene formas, manifestación de la fuerza intelectual, y expresión viviente, hija de la fuerza que la anima, no consciente y sensible como la nuestra, pero dispuesta de manera que en cada expresión particular es equivalente. Es verdad que no podemos objetivar los sentimientos que los objetos físicos parecen revelarnos: cada forma substancial tiene su fuerza correspondiente; ellos no pueden tener nuestros sentimientos, como no tienen nuestra forma; pero así como fingen inteligencia en sus ordenados movimientos, fingen también sensibilidad en sus acentuadas expresiones: uno y otro son mera expresión de la fuerza infinita. Siempre, como quiera que sea, resulta que *la forma y la expresión perfectas están en proporción con la menor cantidad de materia.*

El hombre también crea, dijimos en la primera parte, con los fragmentos y despojos del universo; ó en su interior donde tiene un poder absoluto ó en lo exterior, mucho más limitado, siempre guardando los tipos de las especies y las leyes inmutables de la be-

lleza absoluta. Sus concepciones y sentimientos las realiza en la *forma* ya labrada de la palabra, en el sonido, en la luz, en el mineral, en la madera y en su persona. Procediendo de un ser inteligente, todas sus obras manifiestan inteligencia y expresión de sentimiento. No puede rivalizar con la naturaleza, porque no puede crear fuerzas, y derramar, por consiguiente, la vida en sus obras; le es dado con todo hacer en menor escala *ficciones de expresión*; exceptuando aquellos casos en que realiza la idea en su persona, en los cuales alcanza el punto supremo de belleza, que es intermedia de natural y artística.

Las artes no han tenido un desarrollo simultáneo de perfeccionamiento, aunque en cierto grado todas sean un producto espontáneo de nuestra naturaleza. En su estado primitivo, el hombre se halla principalmente dominado por la imaginación y el instinto, poseyendo pocos medios de ejecución para realizar sus concepciones. Por el predominio de la imaginación, ensayó antes que todo representar aquellos objetos que más le habían impresionado, como la forma humana en la escultura griega, guerras y objetos, naturales en la poesía. Por razón del instinto, objetivó puerilmente las impresiones que en él causaban los objetos, según la primitiva espontánea propensión del *yo*, y atribuyó en consecuencia á los seres naturales las mismas afecciones que él sentía, quedando con esto poéticamente animada la naturaleza y creada la mitología. Por el tercer motivo, ó sea ignorancia de la parte técnica, no floreció la pintura en los antiguos tiempos hasta mucho más tarde. Vino finalmente para el género humano la edad de la reflexión, bajo la in-

fluencia severa y espiritual del cristianismo y otras causas, y entonces empezó el hombre á concentrarse sobre sí mismo, en vez de expandirse francamente por el exterior; se replegó en sus propios sentimientos, ideas y afecciones, con preferencia á lo objetivo; lo que fué la señal de rumbo nuevo y original en la poesía de la edad media y moderna (poesía romántica, humorista y pesimista) géneros desconocidos de la antigüedad; y en estos últimos tiempos esta concentración, tal vez excesiva, del *yo* en el propio sentimiento, ha dado nacimiento á la *música*, que es la expresión más ideal y enérgica, expresión definitiva y final de la belleza finita.

De lo dicho se desprende una refutación de la apreciación de Cousin, que redujo la belleza puramente á la *expresión*. Es verdad que la expresión es el alma de la belleza, pero en el sentido en que se toma generalmente y la tomó aquel filósofo, según lo prueba el contexto y los ejemplos que aduce, la belleza queda mutilada en su definición, por no venir allí representada la *forma*, que hemos probado ser el otro elemento esencial.

La definición completa de la belleza se encuentra sólo en la fórmula que acabamos de exponer.

LO ABSOLUTO DE LA BELLEZA.

Hermosa es una flor, una estrella, una obra de Apelles ó de Rossini; cualquier objeto, en fin, de la natu-

raleza ó del arte; ninguno empero es la belleza misma. Tenemos en nuestra mente una idea, un criterio único, que aplicamos universalmente á cuantos seres se ofrecen en medio de su variedad inagotable; allí está la razón, *lo absoluto de la belleza*.

Contemplemos al artista en el momento de su inspiración: cruzan por su fantasía infinidad de figuras, que se combinan y ordenan de distintas maneras, toman actitudes, expresiones diferentes; en tanto que en el fondo de la conciencia un ojo vivaz y penetrante las contempla silencioso, hasta que en un momento dado la fuerza creadora del talento no alcanza á poner ya más perfección y cesa de sus meditaciones, satisfecho y radiante de gozo por la espontaneidad y frescura de su obra, ó triste y pesaroso por lo raquíptico de su concepción. ¿Quién es el juez misterioso que asiste á la generación espiritual de aquel producto, lo guía, lo regula, lo encamina, y si no ve brillar en él el reflejo de su radiante rostro, lo arroja con desdén como hijo espúreo?

Hay en todo hombre una *idea* siempre idéntica, inmutable, que pugna incesantemente por realizarse ó verse realizada. Ella puede estar debilitada notablemente; la oscurecen hartas veces negros vapores levantados de las bajas regiones de nuestro ser; siempre empero brilla con más ó menos claridad, como la luz de las estrellas por la noche.

Este concepto general, indeterminado, absoluto, cuyo origen real y aparición en nuestra alma veremos más tarde, hace suspirar al hombre por una realización completa, imposible en el estado presente, que le agujonea y le desespera. Crea bajo su influencia

ideales en todos los géneros, que no logran sin embargo representar lejanamente el valor de aquella *idea*, que no se mide, ni aun con la suma de todas las bellezas que el genio de Dios y de los hombres han arrojado en el espacio. Bello es el mundo, ¿pero no hay ó no puede haber otras bellezas? Muy lejos han llevado la perfección grandes artistas, pero ¿no se extienden más allá todavía playas infinitas? ¿Quién realizará este ideal que no cabe dentro de ningún género, ni se contiene en medida? El Infinito.

Con estas indicaciones ya tenemos bastante para echar de ver que hay en lo bello dos aspectos interesantes; la idea absoluta y su realización absoluta, que en otros términos, llamaremos mejor: *absoluto de la belleza y belleza absoluta*.

El hombre no se contenta en llevar como dormida dentro de su pecho la idea, que es como la norma con la cual aprecia el valor estético, la perfección de las cosas; al contrario busca siempre cómo emplearla, ora creando según aquel tipo invisible, nunca igualado ni vencido por una realidad; ora contemplando aplicaciones prácticas de aquel tipo, á la vez indeciso y vago, fijo é irmutable. Como la luz del sol se pliega á todas las condiciones de los objetos, así en la vacilante claridad de una vil choza como en los esplendores de un rico paisaje, así esta idea se adapta á los más frívolos como á los más grandiosos objetos de la creación. Mas los excede infinitamente; y en tanto que el hombre hará su triste peregrinación por este mundo, á través de los serenos campos de la virtud ó de los revueltos y espinosos del vicio; rebotando vida é inspiración ó sumergido en degradante ignorancia;

cruzando brillantes astros, subterráneas concavidades, luz, sombras, desesperación y felicidad, la noble idea se mostrará reflejada en todas partes; pero en ninguna podrá decir: aquí estoy toda entera; no busques más, *la belleza soy yo*.

Nuestro débil poder es demasiado corto para abarcar el universo entero y pedirle la realización suspirada de esta idea, que tiende á encarnarse en algo por pequeño que sea, siendo así que ella no cabe en la inmensidad. Hay una desproporción terrible entre el alcance de nuestras facultades y el alcance ilimitado de aquella; por lo cual el hombre más aventajado se ve forzado á reducirse dentro el pequeño círculo de un arte, donde levanta un templo material á la divinidad invisible, consagrando todos los momentos de su vida á copiar su inefable, arrobadora fisonomía; gozando al menos en él las divinas efusiones de su contemplación y amor. Aquí es donde tiene nacimiento el *ideal de las artes*.

El ideal artístico es lo indefinido de la belleza. El pintor, el músico, el poeta, dentro su género respectivo, no llegarán nunca á componer una obra, que no pueda ser inmensamente excedida por otra. El poder de creación que pueda concederse al hombre no tiene límites; los sentimientos, las ideas que vierte el artista en sus producciones, pueden recorrer la escala inmensurable que se extiende entre la nada y Dios.

Suponiendo empero que el talento de un hombre llega á vencer este imposible metafísico y producir en su género un ideal inmejorable ¿habrá todavía realizado la *idea absoluta*? Jamás. Si es un músico quien ha derramado en sus armonías todo el éxtasis y amor

de su alma divinizada, faltarían siempre á su composición las bellezas peculiares de la poesía, que concreta y precisa mejor el pensamiento; de la escultura, que lo representa de una manera plástica; de los mundos criados y otros sin fin, que esperan la voz omnipotente para venir á ser. Habría hecho la belleza indefinida, pero no la infinita; no sería todavía aquello la belleza total, la belleza absoluta, que las contenga todas. ¿De qué manera, pues, es posible que tome cuerpo esta idea fugitiva, que no se deja aprisionar, que al concretarse en una forma queda necesariamente excluída de otra, que está en todas partes, pero contenida en ninguna?

Supongamos que hay una Fuerza infinita que realiza la *idea*, no en formas sostenidas sobre materia, esencialmente limitada y concreta, sino en el Acto mismo de su Fuerza infinita; que abarque en su infinitud toda existencia actual y posible, en una idea única, comprensiva, inmensa; que la voluntad, el sentimiento, grande como la fuerza, no corresponda á cosa concreta, sino á la idea pura, y que sea por tanto igualmente único; abarcando todos los sentimientos, como la idea abarca todas las formas posibles de la belleza; en una palabra, una Fuerza sin materia, infinita; con un acto ó idea sin materia, infinita; y un sentimiento ó voluntad correspondiente á la expansión y pureza de la idea de la fuerza, infinitos; y entonces se concebirá la realización completa de esta idea, que, entre la materia y la fuerza finitas, se encuentra como prisionera; porque su realización absoluta, tan grande como es ella, la tiene sólo en Dios.

Si tuviéramos bastante talento, tiempo y voluntad para emplear en estos estudios, descubriríamos aquí un manantial de armonías sublimes, de coincidencias sorprendentes, entre esta doctrina y el misterio fundamental del Cristianismo, la Trinidad, que ilumina á la vez desde su cumbre los dos campos inmensos de la razón y la revelación. Mas ahora sólo nos proponemos hacer notar el fundamento con que distinguimos en un principio la belleza absoluta de lo absoluto de la belleza.

Como última demostración de la mencionada diferencia, añadiremos que mientras la belleza absoluta se esconde á nuestra inteligencia, vislumbramos que el concepto de la belleza debe tener en alguna parte una realización total, á que tiende esencialmente, y que no alcanza ni puede metafísicamente alcanzar en objetos finitos; mas lo absoluto de la belleza, al contrario, forma la ley, la intuición más íntima, cierta y evidente de nuestro entendimiento; siendo tan difícil arrancarla de él ó desvirtuarla como destruir el valor del principio de contradicción.

Ahora preguntamos: ¿de dónde viene la razón inmutable de que lo bello sea bello, la invariabilidad de este tipo universal que poseemos? Si desaparecemos nosotros y todas las criaturas, el carácter inmutable de la belleza persevera, como continuará siendo verdad que una cosa no puede ser otra. ¿Será tal vez Dios mismo este ideal, lumbrera de nuestra razón, que no se realiza totalmente en el mundo?

Ya lo hemos dicho en otra parte: Dios no es visto inmediatamente por el hombre bajo ninguna forma. No es Él, al parecer, es más que Él: la Fuerza infi-

nita no puede eximirse de sus leyes, y en último resultado no es otra cosa que la realización definitiva de este ideal, que necesariamente se distingue de ella misma. Cuando el hombre se entrega con afán á la consecución de lo bello, lo que impele al alma á remontarse á estas regiones superiores, inmateriales, no es Dios; esta aspiración magnífica, sublime, á alturas desconocidas, no va precisamente en busca de la belleza infinita realizada, sino que está empujada por el deseo de efectuar la condición siempre inagotable, que es su encanto, y provoca una ascensión, que ciertamente no terminará nunca en este mundo, ni puede terminar sino en la realización infinita. Siempre empero, aun llegado este caso, permanece en pie la distinción entre la razón, la condición, la ley de la belleza, y la belleza que se conforma á este tipo ó realiza esta condición; con la diferencia, que ante lo bello criado, la razón dice siempre: esto es bello; pero no encierra el tipo de toda belleza, no practica la condición que yo exijo de un modo completo; mientras á la presencia de Dios diría: Hé aquí una realidad que está en armonía con mi idea, y la llena hasta rebosar.

En resumen, así como toda existencia tiene una condición necesaria, que es lo absoluto *verdadero*, así también toda perfección tiene una condición positiva, incondicional, que es lo absoluto *bello*.

La condición no es lo condicionado, la razón de una cosa no es la cosa misma, ni en lo creado ni en lo increado; *lo absoluto de la belleza no es la belleza absoluta*.

Sería para la filosofía una dificultad insoluble este

arcano, toda vez que no puede haber dos absolutos ni dos infinitos, como los acarrearía esta distinción necesaria, evidente; si la revelación no hubiera venido en nuestro auxilio para declarar que, si bien esta distinción es verdadera y muy fundada, no forman por esto dos Divinidades, sino dos Hipostasis distintas, que arraigan y viven en una sola é idéntica naturaleza increada.

Así se salvan los dos principios igualmente ciertos; el doble y opuesto carácter de lo absoluto y la unidad de Dios.

Esta es la mayor revelación que pueden hacer al hombre la ciencia y la fe.

¿Cómo adquirimos la idea absoluta?

Es ya conocida nuestra opinión sobre el origen de todas las ideas; no hay otra fuente ni principio que la percepción interna y externa.

A la manera que la existencia lleva en sí la condición absoluta, expresada en el principio de contradicción, la perfección de los seres entraña también un carácter absoluto, que no puede menos de tener, porque á él está sujeta la misma perfección de Dios. Una cosa es más perfecta que otra, porque no puede menos de serlo, supuesto que existe de esta manera. A nadie se ha ocurrido pensar que un objeto es más bello que otro, porque él lo aprecia así; lo aprecia porque lo ve ó cree real y su contrario imposible. La razón, dotada del poder de penetrar esta condición inmutable de los seres, ejercitada con la muchedumbre de objetos bellos, que sucesivamente le van mostrando el valor real de su perfección, crea el concepto de condiciones invariables de belleza, mutila-

das en los objetos, como lo son realmente, pero necesarias. Con estos datos tiene bastante para alcanzar, con su fuerza generalizadora y una tendencia al más allá, que vive en su constitución, la idea absoluta de belleza, tomada de la realidad; al paso que una convicción íntima, producida por lo *incompleto* de estas realizaciones, que, siéndolo, se lo manifiestan; por lo cual se engendra la aspiración á una realización absoluta de esta condición, que la suma de todos los objetos más perfectos de la naturaleza y del arte le muestran medrada é insuficiente.

No tenemos otro argumento que aducir; ó la belleza no está en el mundo con el carácter que le reconocemos, y caemos en el idealismo, ó está allí conforme la vemos, y entonces basta tener una intuición adecuada para predicar esta y las demás manifestaciones de lo absoluto. En el *yo* pueden suponerse *tendencias* elevadas, *innatas*, si se quiere; jamás *empero ideas preexistentes*. Nos referimos en esta materia á lo que dijimos tratando de lo verdadero absoluto.

Confirma la experiencia esta opinión, pues observamos que la idea típica de la belleza es altamente indeterminada, que no se perfecciona sino tratando y estudiando cuidadosamente objetos bellos, que, aparte la intuición de que cuantas bellezas conocemos, quedan muy atrás de lo absoluto bello, convicción que nos sugiere el valor real de las cosas; al venir á la explicación práctica de este concepto absoluto, distamos mucho de dar muestras de conocer clara y redondamente lo que es, ni la condición absoluta de la belleza, ni la belleza absoluta. Sabemos ni más ni menos

de lo que nos han dicho las criaturas: que son bellas y perfectas; que su belleza tiene una condición, de que no pueden apartarse sin desaparecer; pero que ellas no la realizan sino muy pobre é imperfectamente. Esto es verdad, el hombre la ve, y el noble instinto le arrebató desalado de una á otra parte, para hallar en la tierra ó en el cielo una perfección mayor. Si la pide á nuevas combinaciones y dilataciones de las fuerzas finitas (donde está lo absoluto de la belleza) entra en la esfera del *arte*; si, desengañado, renuncia á satisfacerse en estas fuentes, que presiente no han de llenar toda su aspiración; si la busca en la belleza absolutamente realizada, está en el camino de la religión.

El hombre, engañado por las sensaciones, envuelto actualmente en una organización tan grosera, no sabría ver con frecuencia esta condición que las cosas le muestran y tendría tal vez ocioso un don tan sublime, si la naturaleza pródiga no le dotara de un sentimiento dulcísimo, al par que enérgico, que le avisa en el vivo lenguaje sensitivo, que el hombre entiende más, la presencia de la belleza, con lo cual suple la debilidad de la inteligencia y hace que no pierda nunca la percepción de esta rica cualidad, que Dios ha expuesto á las miradas del hombre. Este placer es tan alto, tan puro como corresponde á la idea que anuncia, y él mismo es una excelencia nobilísima, un bello adorno de nuestra parte moral. Ahora la aprehensión de la belleza no es una contemplación fría, sino la dicha más inefable, que nos revela en parte la misma felicidad de Dios en este oscuro y lejano planeta que habitamos. ¿Quién sabe qué manera de sen-

tir y gozar la belleza nos está reservada, cuando cambie esta situación que nos abruma?

LO BUENO MORAL.

Las tres ideas absolutas, verdadero, bello y bueno, pueden ser representadas por tres círculos concéntricos, de los cuales el primero abraza todas las existencias; el segundo las existencias perfectas, y el tercero, las existencias perfectas inteligentes y libres.

Explicadas las dos primeras, intentaremos esclarecer la última.

La belleza, que acabamos de analizar ligeramente, hemos visto que consiste en la *perfección* de un objeto en sí mismo considerado. No se tiene en cuenta para ello, las relaciones que pueda tener con los demás seres, ni aun con su propia finalidad, sino que se le aísla, como algo sustantivo y completo en sí mismo.

La *bondad*, y muy particularmente la bondad moral, tiene otra esfera completamente distinta, que abarca la relación con los demás seres, y en particular con el fin á que está llamado el objeto que llamamos *bueno*. En este orden de ideas se prescinde de la armonía de la forma y de la más ó menos feliz encarnación de las fuerzas en la misma, para estimar solamente la relación de las fuerzas con su fin concreto y con el general de los seres, con quienes se hallan más ó menos íntimamente eslabonadas.

La perfección relativa á que nos referimos (bon-

dad) se desprende de la constitución relativa de cada objeto. El aire, por ejemplo, es un compuesto de oxígeno, hidrógeno y carbono, relacionado de tal manera con los organismos vegetales y animales, que determina la *respiración* y les suministra elementos para su subsistencia. Cuando posea condiciones para este resultado inmediato, le llamaremos *bueno*, y cuando no, *malo*. Lo mismo podemos decir del agua y otros objetos semejantes.

Por lo que toca á los tres grandes reinos, no hay duda que se prestan mutuamente utilidad ó se ocasionan perjuicios. La bondad del mineral para el vegetal y de éste para el animal, consistirá en los servicios que respectivamente se prestan para la alimentación y demás fines de la vida. Su carencia de bondad, ó maldad positiva, consistirá en ausencia de servicios ó en los perjuicios que se irrogan para el cumplimiento de dichos fines. El gavilán es malo para la paloma, y la paloma buena para el gavilán. La tierra es buena para determinada planta, y mala para la que muere en ella. De esta manera podríamos comparar todas las especies, y aun todos los seres de la creación, llegando siempre al mismo resultado: el de que son unos para otros buenos, malos ó indiferentes.

Hemos de consignar que aun en cada ser existen distintos elementos, que pueden ser buenos ó malos, uno para otro. El sistema nervioso es bueno para el muscular, cuando auxilia sus movimientos y transmite sus impresiones; así como es malo cuando perturba las funciones del organismo. Lo que decimos de éste, podemos decir de los demás que constituyen las especies vivientes.

Por lo dicho se ve que nos encontramos en una esfera totalmente distinta de la de la belleza, aunque, como luego diremos, se halle íntimamente engranada con ella. En la bondad lo que esencialmente descuella es la idea de *relación* entre parte y parte, entre compuesto y compuesto, para lograr los fines particulares de los individuos y de las especies.

Si la naturaleza constase tan sólo de seres inconscientes, no existiría otra bondad que la física, antes mencionada; mas la presencia de seres intelectuales y libres introduce otro género de bondad, que llamamos *moral*. No se distingue de la primera, sino en que el principio y causa determinante de los fenómenos buenos ó malos, en vez de ser lo que llamamos Naturaleza, regida por leyes fatales é invariables, es la voluntad humana dotada de *libre albedrío*. Aparte esta diferencia, hemos de proceder en el análisis de la bondad moral, lo mismo que en el de la física, partiendo de la constitución relativa del hombre; tanto por lo que toca á sus elementos componentes, como á sus conexiones con las demás existencias. Procede, pues, ante todo constituirle.

El hombre, según dijimos, es un pequeño universo. Un juego complicadísimo de tendencias y facultades pululan en su interior, desde las más humildes y bajas, adscritas á los órganos particulares de su constitución material, hasta las más elevadas y sublimes expansiones de su fuerza, que se dilata por el infinito en busca de un objeto grande, inmenso, incomprensible. Todas estas inclinaciones y potencias discurren respectivamente alrededor de su objeto peculiar, como los astros alrededor del punto central, con una acti-

vidad ciega, fatal, innata, semejante á las fuerzas no inteligentes de la naturaleza física. Mas sobre ellas y abarcándolas en su vasto conjunto, descuella una facultad privilegiada, que es la reflexión de la fuerza sobre sí misma (conciencia), y á consecuencia de este poder de reflexión, obra el *yo* sobre sus propios atributos, desde el momento que la conciencia le ha iluminado la vasta región donde puede ejercitarse (voluntad). Una condición nobilísima distingue esa facultad universal, señora y reguladora del ejercicio de las otras facultades ó fuerzas subordinadas; á saber, la falta de objeto determinado ó necesario al cual deba aplicarse, lo cual no acontece á las inclinaciones parciales. El carácter de la voluntad es la indiferencia para los objetos, la indeterminación natural, que la deja en aptitud para inclinarse al movimiento ó al reposo, al ejercicio ó no de su poder en este ú otro sentido, dentro cualquiera de las regiones de su vasto dominio, según luces nunca eclipsadas de la percepción, que la ilumina con más ó menos claridad perpetuamente. Ella puede, por consiguiente, excitar una inclinación ó enfrenarla, poner en movimiento el pensamiento, la razón y los sentidos, ó imponerles silencio; y para que nada pueda sustraerse al alcance de sus poderes en el universo humano, la materia, que obedece á la fuerza según se ha visto en todos los reinos naturales, aquí también con más razón está sujeta á las más leves indicaciones de esta fuerza única soberana, que no tiene órdenes prefijadas, caminos impuestos por la naturaleza, sino que se pone en ejercicio en la forma tal vez más imprevista, sin estar obligada ni tener necesidad de consultarse y buscar otra regla que su libérrima

espontaneidad. Esta es la única que tiene en sí el primer principio y origen de sus actos, que es lo que entendemos por *libertad*.

Además, el hombre no es un ser solitario; este pequeño mundo, cuya ley y relaciones interiores hemos indicado, vive dentro del gran mundo, no á manera de espectador indiferente, sino como parte integrante del gran todo, rueda esencial de la inmensa máquina. ¹ Sus relaciones en este segundo compuesto son innumerables; las principales son presidir, como especie, el mar, la tierra y todos los seres de inferior categoría que pueblan los elementos; como ser social, compartir con sus semejantes el trabajo de la vida, poner sus facultades al servicio de los demás para alcanzar como especie el fin impuesto, establecer entre los sentimientos y los objetos exteriores las relaciones naturales, y como ser creado, entablar con el Criador las relaciones que corresponden de efecto á causa, de finito á infinito, de voluntad á bien, de amor á belleza y verdad. Este es el hombre y la extensión de sus relaciones en el mundo externo. ¿En qué debe consistir, según el cuadro que acabamos de trazar, la perfección relativa del hombre, la utilidad, la relación con el fin, según explicamos al principio?

Las reglas y leyes que regulan tan complicadas relaciones, nacen de la misma naturaleza de las cosas. Debe, en primer lugar establecer el *yo* una especie de equilibrio dentro de sí mismo, para que ninguna fuerza parcial quede desatendida ni absorba las demás, especialmente que una fuerza inferior no obstruya ó sojuzgue las superiores, guardando en la escala que ha puesto la naturaleza evidentemente entre

ellas, la dignidad, la jerarquía, el orden que á cada una corresponda, por la razón eterna de que lo que es más *ha de ser* preferido á lo que es menos, y lo que vale menos pospuesto á lo que vale más, sin destruirse mutuamente en el ejercicio de sus funciones. ¿Quién duda, por ejemplo, que la fuerza perceptiva es superior á la vegetativa; la idea superior á la sensación, etcétera? El orden jerárquico de estos fenómenos tiene una razón filosófica inmutable, que no se puede alterar sin hacerse imperfecto. Asimismo los sentimientos inmateriales y nobles, las tendencias á lo general, los pensamientos verdaderos y comprensivos son más perfectos y deben ser preferidos á los falsos, á los mezquinos, á los raquíticos que en el hombre se anidan. Siempre que una facultad superior queda anegada ó disminuida por la inferior, se ha cometido en el hombre una mutilación sacrílega, de que la fuerza total, única reguladora de las fuerzas parciales, es la responsable. Esto en cuanto á sí mismo.

Respecto á los objetos (*no yo*), que corresponden á cada facultad ó al hombre entero, las relaciones que el *yo* guarda con el conjunto universal, la noción misma del valor respectivo ya le indican la importancia, el lugar en que el *yo* ha de colocarse. Lo inferior, lo de los reinos mineral, vegetal y animal debe servirle y estarle subordinado, porque es menos; el racional es igual á él en naturaleza y debe estarle por consiguiente igualado; el interés general de la especie ó de un grupo de sus semejantes debe ser preferido, porque es más que un solo individuo (muchos más que uno); Dios soberanamente preferido, porque lo infinito vale infinitamente más que lo finito. Esto es

matemático y absoluto; pues en resumen, es la fórmula que puede reducirse á: *menos vale menos que más y viceversa: más vale más que menos.*

Así la fórmula que reasume con brevedad esta parte de la moral y la comprende toda, es la *abnegación*. Contra la tendencia hacia sí que tiene todo ser, en el hombre mucho más pronunciada, debe oponer un movimiento hacia el objeto, ya para igualárselo, ya para preferirlo, según su valor respectivo. Contra la tendencia de cada facultad, que tiende á su objeto sin tener en cuenta las tendencias de las demás facultades, debe oponer los movimientos legítimos de éstas dentro su respectiva órbita; á todo lo cual llamaremos abnegación; abnegación de lo individual á lo colectivo, de lo ruin á lo legítimo y decente, de lo inferior á lo superior, de lo subjetivo, cuando vale menos, á lo objetivo, cuando vale más. Todo acto de voluntad que tiende á la perfección del *yo*, lleva más ó menos la liga de este elemento, que casi forma la síntesis de la moral. Ora se considere al *yo* como un conjunto de facultades, ora como una parte del gran todo, no puede cumplir con el fin que le corresponde sin sacrificar parte de su fuerza á otra parte, la parcial á la total, y todas juntas á lo bueno universal, para lograr la armonía de los dos conjuntos.

Esta armonía entre las facultades y seres diferentes, no constituye todavía el código entero de la moral perfecta; constituye tan sólo un elemento, que es el *orden*, la perfección final de las fuerzas; pero queda todavía la *intensidad*, por donde se abre un campo inmenso, indefinido, que el mortal puede libremente recorrer. La fuerza de la voluntad, del sen-

timiento y de la idea tienen fuera de sí un campo sin límites; el aumento de intensidad en la aplicación de las facultades superiores, excediendo á lo que exige la simple ley de la armonía, hacen que el círculo de la bondad vaya ensanchándose, creciendo y tomando unas proporciones gigantescas, indefinidas. Así debemos á nuestros semejantes la consideración y afecto que á nosotros mismos, y en este amor y aprecio podemos levantarnos infinitos grados, desprendiéndonos del amor á nosotros, á que tenemos derecho, y de nuestro poder, legítimo y natural, sobre el mundo, en beneficio de nuestros semejantes, multiplicando el amor y la abnegación á favor suyo. El respeto, gratitud y amor que debemos al Ser Supremo, jamás llegará tampoco á la altura de su objeto, ni igualará al mérito é importancia de su valor real. Con estos dos términos, voluntad é inteligencia por una parte, verdad, bondad ó belleza por otra, es imposible llegar jamás á los confines de lo posible; y la vista no descubre, por más que se esfuerce, otras fronteras que el infinito.

En los actos morales ó humanos, además de su *armonía* intrínseca y de su *intensidad*, forma una parte constituyente de su moralidad ó perfección la *intención* del agente.—Ya hemos dicho que la voluntad por sí sola es una fuerza sin valor; falta de objeto, como un ebrio, en medio del mundo, llevaría á todas partes la confusión y el desorden, si no iluminase los pasos y senderos de la vida y la existencia la luz intelectual. Por ella toma la voluntad el carácter ó forma más alta y distinguida de la creación; por ella es una fuerza libre ó intencional, principio y causa

de sus actos, razón de sus determinaciones y *responsable*. Luego si por el pensamiento la voluntad es lo que es, por él será más ó menos perfecta en cada caso particular que se ofrezca; él será su forma y su mérito, constituirá en fin el altar ó el ídolo á cuyos pies ella deponga sus operaciones y sacrificios. Si el fin, el objeto que en el entendimiento preside, es noble, divino y celestial, los actos de la voluntad tendrán el valor y el perfume de una plegaria, el mérito de un holocausto; cuando el fin sea mezquino, egoísta, perverso, el acto, por más que intrínsecamente bueno ó indiferente, puesto al servicio, á la sombra de un objeto nefando, tomará de él el tono despreciable de sus negros colores.—Pues bien, el objeto final de un acto libre puede ser el *yo*, un objeto armónico, una idea absoluta y Dios. En el primer caso, la acción libre no traspasa los límites de mezquina y vulgar, generalmente detestable; porque la individualidad humana, por alta y encubrada que sea, aunque se acumulen en torno de ella todas las luces de la autoridad ó del mérito personal, es siempre insignificante y mezquina, comparada con el orden universal y con el valor de la idea ó de los principios que gobiernan el mundo. La abnegación es la compañera inseparable de todo lo perfecto en el orden moral, y ningún *yo* humano ni angélico, ni semidiós, en sí mismo considerado, puede ser principio de virtud.—Cuando es un objeto externo, que está en armonía con los principios y las leyes, algo y mucho habrá crecido el acto humano, desprendido ya de la vil liga del detestable egoísmo; mas si el objeto armónico se ama por su armonía, el orden por el orden, *el bien por el bien*, siente el es-

píritu que se ensancha, saliendo de las oprimidas y deletéreas regiones de lo concreto é individual, á los campos anchurosos de la idea, de la incorrupción, de la inmortalidad. Ya la condición del acto ha mejorado tanto cuanto dista el cielo de la tierra, cuanto lo eterno y universal de lo finito y pasajero.

A la filosofía ni al poder del hombre le es permitido pasar más allá, porque el Ser donde y en quien este orden y este bien se personifican y realizan, nos es naturalmente desconocido. El cristianismo ha venido á enseñarnos esta nueva elevación del acto humano, mostrándonos cómo podemos proponernos por término final de nuestros actos á Dios mismo, autor del orden, bien infinito, en quien está la ley del mundo; y en este caso la perfección del acto humano aventaja tanto á la anterior, cuanto la vaga idea de bien, orden y armonía está aventajada por el concepto claro y determinado del bien Supremo. Cuando llega este caso, que podríamos llamar cuarto cielo de la perfección de la voluntad, queda revestida ésta de una forma sobrenatural y divina, que es su idea final, y, al par de inmensa perfección, adquiere una vigorosa intensidad, que permite al hombre sobreponerse á todas las exigencias de su naturaleza, sacrificando las necesidades é inclinaciones humildes de su ser en aras de sus facultades superiores, las cuales toman entonces un vuelo indescriptible hacia la región de la luz, de la perfección y del bien infinito, buscado en su propio trono y en los seres de la naturaleza que reflejan su esplendor. *Amor á Dios y á todas las cosas por amor de Dios.*

Réstanos ahora averiguar si las condiciones que

constituyen la perfección final del ser inteligente son arbitrarias ó si más bien gozan del carácter inmutable, absoluto, que les hemos atribuído. Creemos que la simple exposición de la doctrina habrá bastado al lector para formar concepto del fundamento con que la hemos colocado en esta alta categoría. Explanaremos brevemente la prueba que de allí se desprende.

Hemos dicho que la bondad moral consiste en el movimiento armónico de las facultades en su relación con los demás objetos bajo la influencia ó dirección de un alto fin. Esta perfección, conocida y amada con una tendencia ingénita que va envuelta en el orden y finalidad completa, forma la fisonomía, los rasgos distintivos de la moralidad. Tiene, pues, dos aspectos: uno substantivo, que es el fundamento; otro imperativo, que es la consecuencia. El primero se reduce á la fórmula que hemos dado: las facultades inferiores, cuyo objeto es concreto y su naturaleza grosera y material, valen menos que aquellas que terminan en lo universal y eterno: el sentimiento, por ejemplo, de lo bello vale más que el egoismo; una idea sublime vale más que una sensación. Los seres objetivamente considerados tampoco tienen igual valor; muchos hombres valen más que uno, el Ser Infinito más que ninguno de los criados; luego la virtud que, en la lucha é incompatibilidad de intereses, sacrifica los suyos personales al bien de la generalidad, es mejor que el frío egoismo del que en provecho propio hace una inmensa pira de las vidas y felicidad de todos sus semejantes. Estas verdades son tan evidentes, que desdeñan toda comprobación. El heroísmo de Catón,

Marco Scévola, Juana de Arco, Guzmán, los Mártires que sacrificaron su vida en aras de su patria, ó de la idea religiosa; la abnegación de los Santos que ahogaron hasta el último retoño de las pasiones egoístas, el orgullo y el placer, para consagrar su vida exclusivamente al bien de sus semejantes ó al cultivo de las altas inclinaciones de su parte moral; las penalidades y austeridad del que consagra con amor y fe toda su vida al arte ó á la ciencia; cuanto en fin la historia y la experiencia diaria nos muestran de abnegación y sacrificio, no puede ser indiferente y confundible con el desahogo ruin de las pasiones bajas y groseras; esto es metafísicamente imposible y el afirmarlo es desconocer que ante los ojos de la razón no tienen las cosas igual medida é igual valor; es tan absurdo como decir; dos es igual á uno! lo perfecto igual á lo imperfecto: la idea igual á la materia: la existencia igual á la nada. No debemos esforzarnos en desvanecer estos absurdos, que ya vienen refutados en los tratados anteriores. Lo absoluto de la moral, bajo este punto de vista, salta á la vista de la inteligencia más ruda ó prevenida, pues iguala en claridad al principio de contradicción.

Tiene además, hemos dicho, la bondad un segundo carácter preceptivo que se manifiesta por la fórmula *deber, se ha de hacer*, la cual es una consecuencia del primero, con carácter no menos *absoluto*.

No porque el Autor de todo lo criado haya impuesto á sus criaturas la ley, éstas están obligadas á cumplirla, ni tampoco porque un poder público indique á sus subordinados la línea de conducta que deben seguir, empieza allí para ellos el momento de su

obligación. Antes que Dios creara el mundo y le impusiera sus términos y confines, desde la eternidad y necesariamente, sin dependencia de voluntad alguna finita ni infinita, las cosas tienen su valor intrínseco y real, su perfección final, que han de cumplir para ser perfectas. Ya acabamos de ver que este valor, esta perfección es *absoluta*, pues entonces es consiguiente que toda fuerza á quien se ha confiado la custodia del orden y equilibrio de facultad á facultad, de existencia á existencia, esté *absolutamente* obligada á cumplirla.

Del fondo de todas las cosas oímos la voz que lo más perfecto *se ha de hacer*, que el orden no es equivalente al desorden, la claridad al caos, y que, por consiguiente, quien prefiera, en uso de su libre voluntad, el desorden á la armonía que toda existencia reclama, falta á la moral.

Confesamos que si la bondad como principio ó afirmación es de evidencia absoluta, la ley del *deber* es puramente de hecho, la vemos envuelta en la esencia del ser, pero no podemos señalar de ella una razón especial. Concebimos que Dios mismo no podría mandar que el matar, mentir, deshonestar á los padres, etcétera, fuera un acto bueno; que el valor real de las cosas, supuesto que existan, no depende del poder de Dios; pero el *deber* natural de hacer el bien y cumplir la armonía intrínseca del objeto con el fin, es extrínseco, se funda en algún principio ulterior y debemos reconocerlo sólo como un *hecho* demostrado por la intuición racional.

En virtud de esta consideración, creemos que se equivocó Kant al cifrar lo absoluto de la moral en el

célebre *imperativo categórico*, que ha tenido en el mundo filosófico una innmerecida resonancia. Ni es original el contenido de esta frase, pues viene á ser una mera traducción de la fórmula peripatética: *bonum est faciendum; malum est vitandum*; ni coloca la esencia de lo absoluto moral allí donde realmente se encuentra, que es el *valor relativo* del acto humano, según explicamos anteriormente. La ley del *deber* es extrínseca y advenediza al acto, aunque nace de lo absoluto de las relaciones entre los seres.

Para comprender bien el carácter absoluto de la moral, es menester compararla á los demás órdenes de lo absoluto. Dios puede crear ó no crear mundos físicos; pero en todos habrá de guardar las leyes inmutables del número y del espacio, del principio de contradicción y de causalidad, de la metafísica y de la estética. De la misma manera puede Dios crear ó no crear seres libres; pero no puede evitar que, una vez criados, estén sujetos á la ley moral que nace en las entrañas de estos mismos seres. Por esta razón se llama *absoluta*, en cuanto depende de una necesidad intrínseca á que Dios mismo no podría sustraerles, sino negándoles la existencia.

Bajo esta sola suposición es como puede admitirse que el imperativo moral depende de la voluntad de Dios. Puede crear ó reducir á la nada; pero como, sin negarse á sí mismo, no puede faltar á lo absoluto de los seres que proceden de su Ser increado, resulta que la ley moral sólo *condicionalmente* depende de la voluntad de Dios, aunque en realidad depende de la Esencia Divina.

Si lo absoluto de la moral aparentemente no tiene,

según acabamos de ver, su razón directa en la voluntad de Dios, sino en una condición inmutable de la existencia, tiene lo mismo que la belleza y la verdad, en él su realización completa. En los seres finitos la perfección es parcial y relativa, y además la tendencia á esta perfección, que es la verdadera esencia de la moral, es limitada también como todas las fuerzas finitas; pero en Dios hay *una tendencia infinita á su perfección infinita*. El ser limitado concibe ciertamente algo de la belleza y bondad absolutas, pero informado bruscamente, entre las groseras representaciones de su imaginación y los estímulos de los sentidos, por una idea vaga y lejana de tan altos objetos, tiende á ellos según la pobreza de su idea, ora haciéndose perfecto en estrecho círculo, en la más humilde región de la moral natural, que regula las relaciones consigo y los otros seres bajo la dirección y norma de lo absoluto moral, ora remontándose al ideal de santidad infinita realizada en Dios, le toma por fin y norma de sus actos y, realizando una perfección muy superior, entra en camino de la bondad ideal é indefinida, cuyo término tampoco ha de alcanzar jamás, aunque debe perseguirlo sin cesar. Sólo Dios puede ser infinitamente bueno y santo, porque, ya lo hemos dicho, sólo Él tiene fuerza infinita para tender á la perfección infinita. Es, pues, *la bondad moral absoluta*.

De los antecedentes expuestos resulta que á sólo Dios corresponde velar por el cumplimiento de la ley moral, haciéndola efectiva por medio de la *sanción*.

La conciencia humana, en armonía con la razón universal, ha establecido una relación indestructible

entre el cumplimiento de la ley moral y la felicidad, el incumplimiento y el dolor. Esta apreciación natural de la razón y la conciencia tiene su fundamento en la naturaleza misma de las cosas, pero su realización en Dios. La razón divina es la que interpreta la mencionada relación entre la moral y la felicidad, y su Omnipotencia la que la traduce en hechos, conformándose siempre al carácter absoluto é inmutable de la moral, que en último resultado se cifra en la Esencia Divina, de donde todos los seres finitos derivan lo absoluto.

Desde estas alturas puede resolverse el problema sobre el valor moral de los actos que sólo miran al premio ó al castigo, prescindiendo de su bondad ó maldicia intrínseca; como también de aquellos que sólo se inspiran en la voluntad de Dios.

Respecto de los primeros hemos de reconocer que son muy deficientes; pues el móvil que da valor á los actos morales, es en tal caso el egoismo. Nadie puede negar el valor intrínseco del acto que está conforme á la ley; pero si el fin es pura y simplemente la sanción, adolece el acto de un vicio de origen que destruye su nobleza, y aun podría convertirlo en inmoral, si viniese acompañado del propósito consciente de transgredir la ley, en el caso de que la sanción no existiera.

No podemos decir lo mismo del acto humano que se inspira en la voluntad de Dios, en vez de hacerlo en la bondad intrínseca del acto ó, como también se la llama, el *bien por el bien*. Sin embargo, el fin teológico es más alto y más moral que el filosófico; pues, además de envolverlo, añade el valor de buscar el fin moral en su expresión suprema, que es la razón y la

voluntad del Ser, en quien se funda todo lo absoluto.

Ambas cuestiones tienen íntima relación con los dogmas del Cristianismo.

¿Cómo se promulga ó revela al hombre la ley moral?

Por la intuición directa de lo absoluto, de la perfección y tendencia á ella de los seres, *vista en los seres mismos*. En otras partes hemos expuesto ya las pruebas del origen real de todas nuestras ideas.

La naturaleza, con todo, no ha querido confiar el sagrado depósito del orden y conservación del universo á la corta garantía de la idea moral, fácilmente obscurecida, por las pasiones que se esfuerzan tanto en combatirla, sino que ha puesto por auxiliar un *sentimiento enérgico*, inextinguible, que nos avisa del mal presente, nos inclina á la senda del bien y nos amedrenta con el espectáculo del dolor, que sigue al vicio ó nos atrae con el cebo del placer dulcísimo, que recompensa la virtud. El sentimiento es el resorte que conserva la moral en el mundo y triunfa de todos los errores y preocupaciones del entendimiento. Sólo puede ser vencido por los vicios del corazón: él con todo nunca muere, y en tanto le queda un pequeño hálito lo emplea para sacar al hombre de la zona del vicio y señalarle con mano inflexible la senda del deber y el camino del cielo. Es él la verdadera salvaguardia de la moral universal.

A pesar de la claridad de la idea moral y de la energía con que viene apoyada por el sentimiento tal vez más poderoso del corazón humano, la esencia y carácter de la moral no han sido igualmente comprendidos por todas las escuelas.

La sensualista, á cuya cabeza está en los tiempos modernos el sensato y cuerdo Locke, hace derivar la bondad ó malicia de las acciones de la ley positiva, que determina abstractamente la línea de conducta que han de seguir sus subordinados. Esta doctrina, que favorece horriblemente los excesos del despotismo real ó popular, y quita á la bondad y al derecho sus fundamentos eternos é indestructibles, que le hemos hallado, envuelve la ruina de la moral y con ella la de la sociedad. Felizmente es una aserción sin pruebas, ni contradice ninguno de nuestros argumentos y observaciones, lo cual entonces arguye sólo contra la perspicacia de sus defensores, que fueron bastante torpes para desconocer el carácter inmútable de la ley moral ó bastante malvados para negarlo, conociéndolo. Esta opinión pertenece á la historia mejor que á la discusión presente.—A pesar de esto, si hubieran dicho que en muchos casos particulares la legalidad intrínseca de los actos no es conocida claramente, cuando las circunstancias envuelven y cubren la naturaleza de un acto, que no tiene relación inmediata con los primeros principios morales, y que entonces al poder humano es á quien corresponde fijarlo y darle el valor de precepto, su teoría, en este sentido menos lato, hubiera podido ser aceptada. La contingencia no procede entonces de la cosa, sino de nuestra limitación, que no alcanza la realidad entera del acto moral.

La escuela utilitaria inglesa pone la esencia de la moral en la utilidad, ó mejor, destrona aquella noble é inmortal divinidad para entronizar la gran ramera, el tronco asqueroso de los desórdenes y bajezas, el

egoismo. El genio inglés, práctico y positivo, debió tomar un punto de vista á la raíz misma de la experiencia, y el único elemento que acertó á ver en el complicado juego de los elementos morales, fué la utilidad. Hay en esto una verdad incompleta, que vale tanto como un grande error.

Efectivamente en la moral, á diferencia de lo que sucede en la belleza, hay una relación con el *fin*, lo cual importa *medios* conducentes al mismo. El fin, empero, no es el mismo *yo*, es su perfección, que consiste en la armonía consigo mismo y con todas las existencias con quienes está en relación. Si el *yo* fuese *todo*, su fin comenzaría y acabaría en sí mismo; mas siendo *parte*, su fin está en el todo, y el centro de utilidad pasa de sí mismo al centro del universo, regulado por principios eternos, que están en la esencia de los seres y tienen su *razón* y realización completa en Dios. A esto debemos añadir con franqueza otro elemento verdadero que tiene la opinión de Bentham y sus secuaces, á saber: entre la utilidad y el deber hay una armonía, una correspondencia admirable, que si en un caso particular puede romperse, como realmente acontece, tomando una larga serie de actos ó el conjunto de la vida humana, puede proclamarse muy alto que en la práctica lo moral es lo útil, y viceversa, por efecto de la disposición sapientísima con que está construido el universo.

Con la misma facilidad pueden estimarse y aquilarse otros sistemas de moral, que se han proclamado en nombre de la filosofía y de las religiones positivas.

EL DERECHO.

Aunque no entraba en nuestro plan descender á explicar esta importante derivación de lo absoluto, la espontaneidad de la ocasión nos brinda á decir dos palabras sobre esta materia, que, desde el alto punto de vista en que estamos colocados, puede ser fácilmente clasificada y señalados sus mojones con la limpieza y precisión de un problema ó de una carta geográfica. El mundo está rasgado en bandos, partidos, escuelas y campos de batalla, por no saber ponerse de acuerdo sobre los puntos capitales del derecho, cuando la naturaleza los tiene tan claramente escritos en la misma constitución humana. Creemos poder obtener en esta materia la exactitud matemática, encerrándolo todo en breves líneas.

El hombre, como especie, y el individuo tienen naturalmente fines que llenar sobre la tierra, cuyo cumplimiento constituye su perfección natural. Lo mismo la colectividad que el individuo, por efecto de su constitución nativa, necesitan para llevar á cabo este alto objeto, el concurso de sus semejantes, ora para que pongan aquellas *condiciones* sin las cuales es completamente imposible realizar dicho fin, ora para que no se interpongan y obstruyan la vía de su cumplimiento ó realización.

La *finalidad* del ser inteligente y la *tendencia* imperativa á cumplirlo, que es su condición esencial, ya

hemos demostrado que pertenecen al orden absoluto, y forman la base, la razón de la moralidad. El hecho de necesitar cada individualidad la cooperación positiva de sus semejantes para llenar la armonía universal y su propia perfección, no se prueba, basta indicarlo, pues está patente á la observación más sencilla. Al nacer tiene necesidad el tierno infante de los desvelos y cuidados maternos; más tarde la misma madre debe iniciarle en el ejercicio de la palabra, educarle y sembrar en su espíritu la semilla de las verdades naturales y religiosas; cuando hombre, el trato y comercio con sus semejantes para ampliar el círculo de su poder y actividad moral y física, y llenar sus necesidades materiales, es igualmente imprescindible, si no ha de ser en el mundo una rueda aislada y condenarse á la inutilidad é inercia. No es menos evidente la *cooperación negativa*, ó sea la necesidad en que se halla de no verse turbado en el goce de su individualidad y en el ejercicio ó aplicación libre de sus facultades por la intrusión de un poder extraño, que se interponga entre el hombre y su objeto, incapacitándole de alcanzarlo. En el deber de llenar su destino respectivo, que la fuerza absoluta de las cosas, el valor metafísico de los seres, su condición intrínseca impone á cada uno, viene implícitamente envuelto para las demás el otro deber de prestar el auxilio ó evitar el estorbo que para el cumplimiento de aquella perfección se exige. Lo contrario sería suponer que no hay unidad de fin ni continuidad en el universo, puesto que sujetaría un ser á condiciones que la naturaleza no habría cuidado de poner; el mundo sería un amargo sarcasmo, una irrisión, la obra del acaso, y,

sobre todo, dejaría de tener en su esencia estas condiciones inmutables de perfección, que probamos ser tan absolutas como los primeros principios metafísicos y matemáticos. No cabe, pues, duda de que donde se necesita un acto extraño como concurrente á nuestra perfección, nace en aquel otro sujeto un deber igual al nuestro, fundado en idénticos motivos.

Pero la perfección personal ó el desenvolvimiento completo interesa y corresponde principalmente al propio individuo, más bien que á los demás que á él concurren. El individuo es el responsable de su realización, por cuyo motivo el *deber* que tienen los otros de coadyuvar á la consecución de su fin ó perfeccionamiento personal, es para él un *derecho*, una facultad de exigir su cumplimiento, ante la naturaleza que ha establecido aquel concurso. El deber del *no yo* se traduce en derecho para el *yo*; deber exigible, ya que la naturaleza exige también al individuo su perfección, de la que el deber ajeno es un *medio*, una *condición*, un instrumento. De esta manera el derecho y el deber no son más que una rama de la moral, ó su aplicación á ciertas relaciones con nuestros semejantes.— El derecho según esto puede definirse, «*la condición ó medio para cumplir el deber de realizar los fines de la vida,*» condición exigible á los demás como es exigible por la naturaleza el cumplimiento de nuestro perfeccionamiento. (1)

No se señalará en el orden jurídico *privado* ningún derecho que tenga otro origen. En él se funda el derecho de *propiedad*, que es la condición para cumplir

(1) La definición del derecho aquí consignada, coincide literalmente con la de Krause, que nos era, al escribir este libro, completamente desconocida.

el deber de satisfacer nuestras necesidades orgánicas; el de *familia*, que es la condición para cumplir el deber de sostener y educar la prole, y así de los demás derechos.

Las infinitas combinaciones á que da lugar la aplicación de esta idea absoluta á casos particulares, por las circunstancias imprevistas y complicadas que se atraviesan en las relaciones sociales, hace necesario el establecimiento de un *poder público*, que declare y fije en cada caso concreto hasta dónde alcanzan los derechos y deberes respectivos; debiéndose á éste añadir otro poder *derivado*, para decidir en cada *hecho* individual el *derecho* del ciudadano, según la norma de las leyes establecidas por el poder público. El primero es el *poder legislativo*, que declara el derecho en general, consultando lo absoluto de las relaciones humanas en el original de la naturaleza por la intuición de la razón; el otro es el *judicial*, atendido únicamente al ejemplar de las leyes escritas, según la mente del legislador.

Así están constituidas las sociedades humanas; nosotros no juzgaremos su conveniencia y razón, ni si ofrece un pequeño peligro, para la declaración del derecho, la distancia en que se coloca el juez de las inspiraciones directas de la naturaleza. Baste dejar consignado el origen y el valor de las declaraciones que hace el poder legislador, así como su intérprete inmediato el judicial, que se fundan, en último resultado, en lo absoluto de la moral.

No es solamente la necesidad de una *inteligencia* superior, que manifieste lo que el hombre debe al hombre para no oponerse á su perfección ó secundar-

la, lo que ha dado nacimiento á los poderes públicos, sino también la necesidad de una *fuerza* poderosa, para hacer efectivo el cumplimiento de los deberes que la naturaleza impone á favor de nuestros semejantes; deberes exigibles por aquel que está destinado á reportar sus ventajas, en beneficio del orden universal. Así como el individuo generalmente es harto ignorante y preocupado por su egoismo para conocer de sus derechos por sí mismo, también es harto débil para exigir su cumplimiento, como se lo manda la naturaleza. No teniendo suficiente ilustración ni fuerza, queda accidentalmente sustituido en el ejercicio de estas funciones, que primitivamente pertenecen al individuo, por la *fuerza pública*, que representa la ilustración y la fuerza de todos los asociados, para realizar en común la perfección particular y colectiva con la suma de medios que acarrea la reunión de tantas fuerzas individuales. Primitivamente, empero, al individuo está encomendado conocer su perfección (razón), y realizarla (voluntad).

La impotencia, pues, en que el hombre solitario se halla de cumplir su propia perfección ha sido *el origen de la sociedad y de la autoridad*. Esta representa la suma de todas las voluntades que desean alcanzar su perfección, y toma su vitalidad y derecho del precepto de la naturaleza dirigido á cada particular para realizarla. La autoridad no declara ningún deber sino fundada en el derecho natural de aquellos á favor de quienes se constituye, y vice-versa. Es un mandatario de los poderes y derechos particulares, al par que un oráculo de la naturaleza imperativa ó moral. La persona que ejerce la autoridad sin la delegación de

los asociados, carece de poder; la que la ejerce sin representar el imperio de la naturaleza, carece de razón y de derecho.

Por esto podemos decir que las leyes lo son todo, antes que la voluntad de un hombre.

Siendo los asociados los únicos responsables de la consecución de su perfección y de los medios para conseguirla, están en el derecho y en el deber de procurar que los poderes públicos sean dignos del cargo que se les ha encomendado, y han de desplegar el valor suficiente para sustituirlos por otros más dignos, siempre y cuando dichos funcionarios carezcan de suficiente ilustración ó voluntad para representar y defender los altos intereses de los asociados. En este sentido es verdadero y de derecho natural, fundado en el absoluto, *la soberanía nacional*.

Fuera de aquellas limitaciones, que la naturaleza impone al hombre para no turbar la órbita de los movimientos legítimos de sus semejantes, el individuo es completamente libre de realizar su perfección personal y trabajar en el logro de la colectiva, según los principios que con toda sinceridad puede creer conducentes para obtenerla. Todo lo que sea contrario á la moral, como la hemos explicado, y á la verdad absoluta, no puede caber dentro un alma bien intencionada; por lo cual la sociedad y la naturaleza los tienen eternamente entredichos, no pueden ser jamás origen de un derecho. Salvas estas restricciones, el ejercicio natural de la actividad libre y responsable no tiene límites, ni puede tenerlos; pues nadie los puede poner cuando no los ha puesto la naturaleza. En este sentido es un dogma incontestable.

ble el principio de la *libertad omnimoda y absoluta*.

El hombre está obligado á prestar á sus semejantes aquellos auxilios personales que los demás han de prestarle á él. Saliendo del círculo de la familia, donde no hay ni puede haber esta reciprocidad de acción, como es visible, nadie está obligado á hacer en favor de otro lo que el otro en casos análogos no deba hacer en favor suyo. Así como la naturaleza á nadie *personalmente* ha impuesto especialidad de deberes, tampoco le ha dado especialidad de derechos. Es justo, pues, evidente é inmutable el principio de la *igualdad ante la ley*.

La libertad individual, de que anteriormente hemos hecho mención, se subdivide mayormente en tres clases, á saber: de *imprensa*, de *asociación* y de *cultos*. Las tres son aplicaciones de los principios generales establecidos, y sólo representan las distintas órbitas por donde el individuo irradia su acción á sus semejantes, para la consecución de lo que estima mejor. Indudablemente puede equivocarse en el uso de estos instrumentos ó ejercicio de estos derechos, con que pretende realizar fines humanos; porque la razón humana es falible, saliendo de la esfera de lo absoluto. Pero como á la facilidad de unos sólo puede oponerse la facilidad de los demás, de aquí que sea necesario dejar en pie el principio de la libertad, á fin de que prevalezcan la razón y el derecho con las solas legítimas energías de la verdad, la justicia y la moral.

Estas libertades han sido con frecuencia atacadas en nombre de la religión y de los gobiernos constituidos. Las religiones positivas han pretendido imponerse á los hombres en nombre de Dios, y los podedo-

res públicos en nombre de un derecho superior al de la sociedad.

Es fácil demostrar que uno y otro carecen de fundamento; pues la naturaleza, fundamento eterno del derecho, no prescribe determinada religión, ni determinado gobierno. Sólo ha dado á la humanidad los principios y los instintos generales, sobre que se funda toda religión y todo gobierno. Lo demás es obra del trabajo individual y social, que se realizan bajo la garantía de la *libertad*, y la acción invisible de la Providencia.

De esta manera llena el hombre de bien su misión providencial en este mundo, fija en el entendimiento la ley y en el corazón la tendencia á cumplirla; caminando de continuo hacia adelante en medio de las luchas y contradicciones de la vida, alentado con la satisfacción de su conciencia y la esperanza, que le hace entrever al fin de cada acción buena, y á la otra parte de la tumba, la luz de la felicidad, que es siempre la hermosa corona de la virtud y el sacrificio.

TEODICEA. ⁽¹⁾

DIOS.

La gradación misma de las materias nos ha ido conduciendo hasta este punto supremo, remate y coronamiento de las existencias, como es término final del conocimiento humano. Con mucho gusto nos dispensaríamos de tratar asunto tan alto por las sombras en que está envuelto y para no añadir nuevas dificultades á las muchas que suscita la doctrina precedente; pero nos es imposible dejar de recoger todas las consecuencias que se desprenden del principio fundamental de nuestra teoría en todos los órdenes de la realidad, dejando culpablemente mutilada nuestra obra, privadas de aparecer las ramas, que forman naturalmente parte integrante de este árbol inmenso, donde hemos cobijado las criaturas y que esperamos completar dando un diseño de la Divinidad, desprendido de los mismos principios.

(1) Damos no más que un resumen de esta tercera parte para no aumentar las dimensiones de la obra.

La existencia de Dios ha sido reconocida por todos los hombres en el estado natural y espontáneo, porque la naturaleza con su orden y armonía le proclama, y nuestras facultades nos dan de él un testimonio invencible; fuera por tanto excusado el trabajo que no diera otro resultado que el que se ha obtenido desde el principio del mundo. Aspiramos á conocer, no sólo su existencia, sino su manera de ser íntima, esencial, en una idea más clara, si puede ser, que la que hemos poseído hasta el presente; distinguirla del mundo con una seguridad que haga imposible toda vacilación panteísta; pertrecharla, en fin, con un género de pruebas tal, que ningún hombre, en un paroxismo de su razón, pueda acceder á la tentación del ateísmo. Lo que intentamos ó pensamos sobre este particular lo encerraremos en breves páginas, dando una mirada alternativamente al orden real, que hemos desarrollado en la primera parte, y al absoluto, desenvuelto en la segunda, para hallar en ambas impreso el reflejo de la naturaleza y perfecciones de Dios. El segundo medio no sabemos que se haya ensayado antes de ahora; en cuanto al primero, si bien es vulgar el método de pasar de lo visible á lo invisible, del efecto á la causa, de lo contingente á lo absoluto, no creemos que nadie haya ocupado el punto de vista que para este estudio vamos á escoger.

Materia, forma y fuerza: esta es la síntesis del mundo criado.

Fuerza pura: esta es la naturaleza de Dios.

En la dilatada peregrinación que acabamos de ha-

cer por todas las existencias finitas, se nos ha manifestado la perfección de los seres en razón inversa de su materialidad y en directa de su fuerza: es una balanza que tiene en un platillo la potencia, y en el otro la resistencia y la imperfección.

Según este principio general, sacado de una observación constante, podemos completar con el raciocinio los dos extremos de la cadena, que se esconden á nuestra observación inmediata, y afirmar en qué ha de consistir el ser más imperfecto y el perfectísimo.

Una cantidad de materia, pura, ciega, inerte; en una palabra, *sin fuerza*, y además falta de *forma* que represente una idea regular, este es el último término de la imperfección de un ser.

Una *fuerza*, no contenida ni limitada por ninguna materia, siempre en acto, nunca latente, conteniendo por consiguiente todas las propiedades de que la fuerza es susceptible, en una palabra, *una fuerza pura en acto perpetuo*, este es el ideal de la perfección de una existencia.

No sabemos que exista la *materia pura* en ninguna parte, pero su existencia no envuelve contradicción.

No vemos tampoco intuitivamente la existencia de una *fuerza pura*; mas si hay un ser perfectísimo hasta el grado máximo posible, no es otra cosa que una fuerza, como la hemos descrito.—Esta Fuerza pura existe, además de otras razones, por las siguientes.

PRIMERA PRUEBA.

Por la fuerza.

1.^a La escala de las fuerzas supone un remate, un coronamiento final en una fuerza pura, libre de materia, en quien las fuerzas finitas tengan su razón de ser; de lo contrario queda la cadena mutilada. 2.^a Esta fuerza posible, si actualmente no existe, nunca podrá venir á ser; porque todas las fuerzas finitas se sostienen ó tienden esencialmente á sostenerse en la materia, de manera que ellas nunca sean por su naturaleza subsistentes. De donde se seguiría que jamás eternamente se podría realizar; podría y no podría ser, lo cual es contradictorio. 3.^a Las fuerzas finitas pueden pasar al estado de *latentes*; luego no hay razón necesaria para su estado actual. No teniendo la razón de su estado en sí mismas, la han de tener en una fuerza cuya condición esencial sea estar siempre *en acto*. La espontaneidad de las fuerzas naturales no explica su aparición ó manifestación primitiva; porque en ningún orden de la naturaleza una actividad pasa de latente ó manifiesta, sino por el concurso ó excitación de otra actividad actualizada. 4.^a La fuerza unida á la materia es siempre limitada, por la cantidad de la materia donde se sostiene, finita esencialmente; como también por ser la inherencia una limitación por su base. Mas debe existir algo infinito. Esto será, pues, una fuerza, libre de todo vínculo con la substancia material.

Existe por consiguiente una fuerza pura, siempre en acto, razón y principio de las demás.

Esta es Dios.

SEGUNDA PRUEBA.

Por la forma.

La forma de todo cuerpo es la realización de una *idea*.

La materia es indiferente para tomar todas las figuras, según lo demuestra la experiencia. No entraña jamás una necesidad, que sea la razón suficiente de su forma actual.

El mundo tiene una forma: luego supone una *idea* ó una inteligencia que la realizó.

No ignoramos que algunos filósofos pretenden demostrar, ó mejor suponer, que en su misma esencia encierra la naturaleza la razón última de su desenvolvimiento armónico; mas, prescindiendo de que ésta se revelaría muy principalmente en el ser racional, punto supremo de la perfección conocida, lo cual no acontece, no encontramos en la materia ni en la fuerza, estudiados en concreto, indicio alguno que nos manifieste esta necesidad esencial. La materia nos presenta siempre la forma recibida. La fuerza natural, origen en verdad de muchas formas, siendo ininteligente, no constituye la *idea* de una inteligencia, que es precedente indispensable de toda forma regular.

Dícese que estas evoluciones de la fuerza natural

son absolutas é incondicionales: mas ésta es una afirmación sin pruebas. Cotejémosla con la que sentamos anteriormente, que es la común, y véase cuál es la racional.

La existencia de las formas naturales, dentro del monismo, sólo puede explicarse confundiéndolas con lo absoluto. Ahora preguntamos: ¿presentan las formas naturales, el carácter de necesidad é inmutabilidad, que es propio de lo absoluto? ¿es concebida su no-existencia imposible? ¿no cambian á cada momento y son reemplazadas por otras nuevas? En la fuerza natural, que realiza lo absoluto en el mundo, ¿hay idea, conciencia de lo que hace? ¿la hay en la materia? No; testigo cuando menos la circulación de nuestra sangre y todos los grados de la vida inferior.—Compárese ahora la explicación que sienta lo absoluto en una fuerza consciente y libre con la que lo supone puesto en una fuerza materia ciega y fatal. Véase cuál da mejor razón de la regularidad y finalidad de las formas que ostenta el Universo.

Afirmar que el mundo es así por necesidad, no es decir nada. Fuera preciso explicar cómo una necesidad sin idea, ni antes de realizarse ni al ser realizada, puede dar por resultado el orden establecido. Las fuerzas naturales vemos bien que no tienen esta iluminación cuando causan sus efectos; debemos, pues, acudir á una *Fuerza*, realización verdadera de lo absoluto, soberanamente inteligente, principio de la *idea*, que se ha grabado en las *formas* del mundo.

TERCERA PRUEBA.

Por lo absoluto.

Lo absoluto es una condición inmutable de las existencias finitas, que no se confunde con ellas, sino que es algo distinto. Si anonado en mi pensamiento el mundo real y todos los seres, con ó sin pensamiento, será verdad el principio de contradicción, las primeras verdades morales y las condiciones de la belleza. Afecta lo absoluto todo ser; pero no se deja contener por él, ni sigue su suerte. Hay más; los dos últimos órdenes de lo absoluto, lo bello y lo bueno, ni siquiera tienen ni pueden tener en el mundo más que una realización parcial é insuficiente; su condición limitada y relativa rehusa una realización completa de estas ideas. Ningún ser particular puede ser todas las bellezas posibles; ningún acto finito la bondad sin límites, todas las bondades. Esto dejamos probado en el lugar correspondiente.

Lo absoluto, que no es una existencia (para nuestro pensamiento), sino una condición eterna, inmutable de la misma; siendo algo verdadero, ó ha de tener su asiento en un ser ó subsistir por sí mismo. Esto último es imposible, porque ¿cómo se concibe esta condición eterna, anterior al mundo, superior á él, en forma de condición pura, que, cuando no se realiza, es un puro nada? ¿Dónde está la razón de esta condición, que se extiende sola más allá de lo existente, donde no hay ningún ser? ¿quién es la substancia de esta cosa, que

en abstracto está tan incapacitada de subsistir como un accidente? Podría concebirse tal vez respecto á lo absoluto verdadero, que tuviera su razón en el mundo; mas lo bello y lo bueno posibles, que le superan infinitamente, ¿en qué otra parte se realizan?

No pudiendo suponer que lo absoluto sea algo subsistente por sí, en esta forma bajo la cual le conocemos, ni que tenga su razón y asiento únicamente en el mundo, ya porque lo absoluto es incondicional, inmutable; el mundo, empero, sujeto á mutaciones; aquél ilimitado, necesario, universal, y el mundo condicional y limitado; debemos necesariamente darle por asiento una Existencia infinitamente superior á la del mundo, que reuna las condiciones de lo absoluto; las de ser infinita, necesaria é inmutable. Esta no puede ser otra que la Fuerza pura de que hemos hablado.

Sería repetirnos detenernos en la demostración. La materia no puede jamás realizar completamente lo absoluto, porque está siempre determinada á ser de cierta manera, en cierta forma, concreta y particular; como es visible. La fuerza unida á la materia, tampoco; porque es limitada esencialmente, como la materia á que va unida; existe y obra también de cierta manera, según la forma del ser en que radica, y tiene en todos sentidos relaciones particulares. La *fuerza pura* es la única que puede realizar lo absoluto en un *acto* perpetuo, incesante, inmutable; donde toda belleza, que según probamos es condición del acto, y toda bondad, que es también condición del acto, estén infinitamente realizadas.

Lo absoluto conocido en las criaturas exige algo

superior á ellas; esto no puede ser otro que la Fuerza ó Acto infinito; luego existe Dios.

INFINIDAD DE DIOS.

PRIMERA PRUEBA.

Por la fuerza.

La Fuerza subsistente por su naturaleza no tiene, como las otras, un principio de limitación en la materia. Ella es la sola capaz de intensidad ilimitada y de todas las calidades, sintetizadas en su esencia. No podemos asegurar, como hecho, que esta infinidad posible sea real, porque no está sujeta á nuestra observación; pero no estando dicha Fuerza subordinada, ni teniendo en sí principio de limitación, podemos deducir que la razón incondicional de su existencia lo es también de su infinidad. Nos lleva á este resultado con seguridad la siguiente antes indicada demostración.

SEGUNDA PRUEBA.

Por lo absoluto.

Lo absoluto conocido por el hombre evidentemente, no tiene límites (verdad ideal, belleza ideal, bondad ideal).

No pudiendo existir en la forma abstracta bajo la cual es conocido, ni estar circunscrito á la realización contingente y finita de las criaturas, necesita para sostener su existencia una realización necesaria, eterna, infinita; como él es necesario, eterno, infinito.

Esto, á nuestro entender, tiene el valor de una demostración matemática.

INMENSIDAD.

PRIMERA PRUEBA.

Esta palabra significa lo que no tiene medida. Habiendo probado que Dios es simplemente un Acto, se concluye de aquí que no puede ser medido. La mensurabilidad es una propiedad de lo extenso.

SEGUNDA PRUEBA.

Por lo absoluto.

Lo absoluto está aún ante nuestro entendimiento en estado de inmensidad. ¿Quién concibe medida para las condiciones de la verdad, belleza y bondad? Su realización completa, pues, tampoco puede tenerla. Las aplicaciones parciales que vemos, pueden hasta cierto punto afectarla, aunque no en el sentido del espacio, sino de su participación accidental, (más be-

llo, menos bello, etc.) No la afecta empero su realización absoluta.

¿En dónde, pues, está Dios?

Para entender el valor de esta pregunta, ha de interrogarse á su vez: ¿en dónde está la condición absoluta de un acto bueno ó de la belleza ideal, que concibe el artista?

Dios es *condición* de lo absoluto y *razón* de su realización en el mundo. Como lo primero que es su esencia, la pregunta no tiene sentido: Dios está en sí mismo. Como razón ó causa de la realización de lo absoluto, está en el efecto, en el acto de producirlo. *En él vivimos, nos movemos y somos* todos los seres criados.

Luego donde quiera, en cualquier tiempo que es verdad lo absoluto, allí está Dios. Siempre que hay una aplicación práctica y concreta del mismo, allí está el poder de Dios.

ETERNIDAD.

PRIMERA PRUEBA.

Por la fuerza.

La eternidad es lo contrario del tiempo, dentro de un mismo orden. El tiempo es la sucesión, la eternidad es la simultaneidad; el tiempo es pasajero, la eternidad fija é inmutable.

Vemos que el tiempo consiste en la *repetición* de ac-

tos de existencia que hace un objeto finito, por dejar cada acto agotada su fuerza y por ser imposible duplicar una potencia los actos hechos en un mismo sentido. Ser ó no ser; es la ley del átomo como de todos los mundos.

Pongamos ahora el *acto* de una existencia infinita, acto por consiguiente infinito. Las razones que tuvimos para suponer obligada la existencia finita á la repetición de actos, cesan y desaparecen; su potencia queda agotada, no tiene necesidad de sumarse ó duplicarse; está lleno, completo, incapaz de aumento ó repetición. Este acto constante, permanente, inmutable, de la fuerza infinita es la eternidad. Muy bien dijo Boecio: *interminabilis vitæ tota, simul et perfecta possessio*. Todos los siglos acatarán esta definición.

SEGUNDA PRUEBA.

Por lo absoluto.

Lo absoluto es eterno, no puede ser concebido de otra manera. No puede pensarse que suprimido lo que conocemos, sufriera alteración lo que, por esta razón, es llamado incondicional.

Siendo lo absoluto eterno, lo es su realización, sin la cual hemos probado que no puede existir.

INMUTABILIDAD.

Se prueba por las razones del atributo anterior.

Cruza por delante del entendimiento un gran argumento contra la eternidad é inmutabilidad de Dios, al considerar que Dios crea sucesivamente, obra efectos unos después de otros; en una palabra, sus obras sucesivas parecen argüir sucesión y mudanza en su acción.

Solución.—Dios es la *razón* de lo absoluto ó condición inmutable de lo que vemos en las criaturas y la *causa* de la posición de esta condición en lo contingente. Bajo el primer concepto, se nos aparece á todos sin dificultad que lo absoluto permanece inmóvil en su relación á las cosas que vienen á ser. Cuando aparece un triángulo, por ejemplo, nadie dirá que lo absoluto se ha movido, es el triángulo quien viene á caer bajo el dominio de lo inmutable, existiendo en aquella forma. Las cosas caen bajo su acción, pero lo absoluto no pasa ni sufre cambio. El triángulo tiene tres lados, dejen ó no de ponerse triángulos; esta verdad no sufre mutación y se aplica á las cosas que la tienen. En esto convendrán todos los hombres.

Lo mismo que vemos intuitivamente cuando se trata de la *condición* incondicional en lo condicional, puede aplicarse á la *razón* absoluta de su existencia. Hemos demostrado que es igualmente inmutable que

la primera forma de lo absoluto se nos oculta más porque lo absoluto en lo relativo se aparece á todo entendimiento que conoce, mas lo absoluto en lo absoluto llega al principio y esencia del ser que es menos conocido. La razón, sin embargo, es la misma para ambas fases de lo absoluto, que está en todas las cosas, en cuanto la razón y causa de su existencia criada y conservada; como el absoluto verdad está en ellas por su necesidad condicional y condiciones inmutables de la misma.

Con todo, aun en el primer sentido podemos formarnos una idea aproximada. El ser absoluto, en la emisión de su infinita actividad, ve en sí la posibilidad de innumerables criaturas y adapta en su idea única un plan, que se realiza en la forma que él quiere. El acto infinito está completo, agotado de una vez; mas las criaturas han de sujetarse á su condición de finitas, empezando, desarrollándose y sucediéndose en el tiempo delante del acto infinito, que por su naturaleza domina el presente, el pasado y el futuro. Como el acto divino es simultáneo, puesto una vez, en él aparecen las criaturas que están contenidas allí; para el acto de una manera simultánea, mas para ellas de una manera sucesiva; porque el acto es infinito y ellas se repiten á cada momento.—Sin embargo, no teniendo las criaturas su razón de ser necesaria, no veo inconveniente en que cada realización accidental de lo absoluto por Dios, pueda decirse que ha empezado; muy al contrario de la realización absoluta de lo absoluto, que se ve clarísimamente que ha de ser eterna. Ha de hacerse mucha diferencia entre las operaciones que llaman los teólogos *ad intra*, y las

ad extra. Igualarlas, nos parece que es quitar á Dios la libertad y dar á las segundas una necesidad que no tienen. La Escritura parece favorecer en muchos lugares esta opinión, salvo el parecer de hombres más competentes. Siempre, empero, debemos dejar consignado que el acto de Dios es uno é inmutable en sí mismo y que abarca simultáneamente todas las criaturas que saldrán de él. Para comprender esto mejor, recordaremos la profunda expresión de Pascal: «Dios es el centro inmóvil, las criaturas forman su circunferencia movable.» La inmutabilidad de lo absoluto no puede ser conocida bien, sino en las condiciones de la verdad, bondad y belleza absolutas que se manifiestan en lo finito; lo demás, queda siempre envuelto en cierta sombra para los habitantes de este planeta.

PERFECCIONES DE DIOS.

Esta fuerza en acto puro, este acto de una fuerza tan inmaterial debe reconocerse que es perfectísimo, según la inducción que nos ha servido de norma en toda nuestra carrera.

Hemos visto la perfección de la *forma*, la intensidad y perfección de la *fuerza* crecer gradualmente con la depuración y desprendimiento de la materia. Al llegar al punto de la escala, donde la materia desaparece y queda el *acto puro del ser*, este acto ha de ser la intensidad y perfección suma de la fuerza, esto es, la Inteligencia más vasta, madre y engendradora

de todas las formas posibles, el gozo más intenso y puro, la Voluntad más activa y santa. Allí hay lo infinito, todas las perfecciones posibles reunidas en una, que no está limitada por nada para admitirlas todas. La belleza y la bondad vimos que eran una fuerza: allí hay la fuerza infinita; y hé aquí á Dios viviendo en una soledad dichosa, donde todas las perfecciones y delicias acompañan á la Fuerza, más allá de la cual no hay perfección, idea, ni placer imaginable; y más acá sólo débiles participaciones, obscurecidas, limitadas y caducas por la mezcla necesaria é impura del cuerpo y por su naturaleza esencialmente finita, como participada.

SEGUNDA PRUEBA.

Lo *absoluto* no tiene en lo contingente más que realizaciones parciales, ni éste es capaz de otra cosa, por ser limitado en su forma y en su fuerza. La Existencia donde es puesto lo absoluto absolutamente, debe ser infinita para realizar lo absoluto *verdadero*; debe ser por tanto Inteligencia sin límites, (1) para poseer la forma y la vida, con que realizar la *belleza absoluta*; debe ser Voluntad (2) infinita, para realizar la *bondad moral*, que es la tendencia de un ser inteligente á la perfección; todo esto bañado por un océano inmenso de placer purísimo, que es cualidad inmanente de las fuerzas perfectas en el acto de su operación. Dios, pues, ó la Fuerza suprema, asiento de

(1) Véase absoluto de la belleza.

(2) Véase absoluto de la bondad.

lo absoluto, ha de tener Inteligencia, Voluntad y una especie de sensibilidad, que reasuman todas las perfecciones y felicidades finitas, excediéndolas infinitamente.

ATRIBUTOS DE RELACIÓN.

Aparte los caracteres que acabamos de mostrar en el Ser Supremo, demostrados por su íntima condición de Fuerza y de Absoluto, podríamos considerarle en su relación con los seres finitos y demostrar lógicamente aquellos otros atributos, con que ordinariamente se le designa, de Criador y Conservador, Providente, Justiciero, Misericordioso, Santo y demás, que incluiremos en breves líneas, como corolarios de las doctrinas establecidas.

DIOS CRIADOR.

Partiendo del principio de que la Esencia increada es el *acto puro del existir*, se desprende que todas las existencias en la materia dependen de él. Aceptada la distinción entre Dios y el mundo, no es posible rehusar la dependencia entre éste y aquél; como la vemos en las aplicaciones de lo absoluto.

La dificultad está en averiguar si la creación es eterna, ó si ha comenzado en determinado momento.

Si nos atenemos á la experiencia de lo que pasa

en el absoluto conocido, habríamos de decidir que la creación es accidental, y por consiguiente, temporal. Las cosas están sujetas al absoluto ideal mientras existen; ellas pasan, y sólo permanece lo absoluto, que es eterno.

Mas si por parte de las cosas no hay necesidad alguna de existir; ¿no puede haberla por parte de Dios de darles la existencia?

Sobre este punto sólo podemos contestar que en efecto la materia y la fuerza, de que se compone el mundo, no empiezan ni acaban en la órbita de nuestra observación. No se crea ni se aniquila, en la creación conocida, la fuerza ni la materia, sino sus inagotables combinaciones. ¿No podría ser esto un indicio de que son eterna creación de Dios?

Pero todavía es más apremiante la consideración de que la actividad *por esencia* no ha podido jamás estar ociosa y dejar de crear; que la eternidad no puede partirse en dos mitades, una estéril y otra fecunda, porque la eternidad es indivisible; que la materia y la fuerza primitivas son la *condición externa* del poder divino, que sobre ellas esculpe sus eternas concepciones; que, finalmente, no es lógico pensar en la eternidad *futura* de ninguna criatura, si no hay ninguna eternidad *pasada*, cuando menos de la fuerza y materia primitivas.

Dios, pues, no sólo es creador, sino creador eternamente.

DIOS CONSERVADOR.

Entendida la creación en su verdadero metafísico sentido, ya envuelve en sí misma la conservación. Entre *crear* y *conservar* no hay diferencia. La conservación del existir finito, es de parte de Dios, una creación continuada. Esta repetición de actos de existir, en que consiste la existencia, hacen tan indispensable la acción de la Existencia Suprema en el primero, como en el último momento.

Dios es, pues, conservador universal de los seres.

DIOS PROVIDENTE.

Así como el *existir* finito depende incesantemente del Existir infinito, el *obrar* finito depende igualmente de la Fuerza infinita, Directora del Universo.

El hombre está acostumbrado á crear, en cierta manera, sus obras y abandonarlas. Esta experiencia inmediata le sugiere la idea de que lo mismo hace Dios. La diferencia, sin embargo, está á la vista. Lo que crea el hombre no es la materia ni la fuerza, sino sus combinaciones. Por esto puede abandonar impunemente sus obras, que se sostienen en la materia y fuerza establecidas.

Si Dios no fuera más que el Existir infinito, creando las cosas y conservándolas, habría concluido su misión. Pero es el Existir Inteligente; por cuya razón las influye con su inteligencia, como lo hace con su

Ser. De aquí que ninguna se emancipa tampoco un solo momento de la Inteligencia Divina, que la conduce y hace servir para sus planes inexerutables; á lo cual llamamos Providencia.

Desde la vida práctica no se ve esta intervención, mayormente en los acontecimientos humanos, tomados al detall. Raro es sin embargo el hombre que no cree en esta Providencia y no la invoca en los grandes momentos de peligro, cuando la naturaleza desenvuelve sus más íntimas y no convencionales energías.

Ahora es preciso confesar que, de los planes y pensamientos de esta Providencia, no sabemos casi nada en la tierra. Ignoramos casi en absoluto el pasado y el porvenir; apenas conocemos el presente más allá de un estrecho círculo. ¿Cómo podemos juzgarla?

DIOS JUSTICIERO Y SANTO.

La justicia es la repartición del premio y del castigo en armonía con el cumplimiento ó incumplimiento de la ley. Esta es la justicia de Dios y de su representación en los poderes sociales. En el simple individuo la justicia estriba en dicho cumplimiento; pues el premio y el castigo no le corresponden á él.

En ambos sentidos Dios es justo.

Siendo Dios la esencia de lo absoluto, no puede menos de establecer la correspondencia entre la felicidad y el bien moral, cuya conexión es esencial y en principio, absoluta. Lo que hay es que dicha co-

responsencia ó conexión no siempre es inmediata, sino que tiene por campo toda la duración de una existencia. Nosotros no presenciarnos más que una parte; la que media entre la vida y la muerte; por esto no vemos á veces cumplirse la justicia de Dios.

* * *

Respecto al cumplimiento de la ley, podemos también llamar á Dios justo, porque la ley, derivada de la misma esencia de las cosas está en Él, de donde todas las cosas derivan, y de quien han tomado la esencia que tienen. De modo que en Dios el ser cumplidor de la ley es tan natural como el existir.—Además de su Esencia, se funda la justicia divina en su voluntad, que no puede menos de estar de acuerdo con su esencia.

En este sentido Dios se llama también Santo, en la acepción etimológica de la palabra, porque sanciona; y en la mística, porque adora su propio y absoluto Bien eternamente.

DIOS MISERICORDIOSO.

La benevolencia nace de la bondad y mayormente de la superioridad respecto al compadecido. Cuanto más alto y dotado de bienes, más misericordioso es un ser con respecto á los males que descubre. Estos principios no son meramente humanos; revisten carácter universal. Pertenecen al orden absoluto, que llamamos *bondad moral*.

Añádase á esto, que Dios para la criatura es algo más que un simple espectador; es el Padre, y de ningún modo pueden serle indiferentes los infortunios de su hechura.

Entonces, se dirá, ¿por qué los permite?

Hemos establecido que existe una correspondencia necesaria entre la infelicidad y la violación de la ley, como entre la dicha y su cumplimiento. ¿Hay dolor en el mundo? luego ha habido pecado.—Es que á veces, se replica, sufre el inocente.—Eso es lo que nadie probará; que sufre un inocente. Para demostrarlo, habríamos de poseer secretos sobre el origen y comienzo de cada vida, que tal vez no descubriríamos jamás.

Algunos suponen que puede aceptarse el dolor, como preparación á fines más altos. Tampoco, así considerado, desdice de la Justicia y Providencia de Dios.

DIOS Y LA HUMANIDAD.

La historia enseña que el verdadero Dios, tal como lo hemos descrito, tiene una representación muy pequeña en la historia de la humanidad. La mayor parte de los hombres hace, y ha hecho en todos tiempos, profesión de desconocer á Dios. Entre los que hacen profesión de conocerle, llamándose cristianos, judíos ó mahometanos, son muy pocos los que poseen una idea racional. El género humano

vive, respecto á esta cuestión suprema, en tinieblas casi absolutas. ¿Cómo se explica esta aparente anomalía?

La humanidad terrestre forma uno de los últimos anillos en la escala de la creación inteligente, tal vez el mismo que ocupa la tierra en la escala de los innumerables globos que hay en el espacio. Estando en ella no más que esbozado el carácter racional, es consiguiente que la idea de Dios se halle entre los hombres en estado rudimentario.

A esto agrega la religión cristiana la historia de un retroceso que sufrió en un principio la humanidad, á la par que el planeta que habitamos (período glacial); con cuyos datos se explica la profunda decadencia teosófica que atraviesa hace siglos la humanidad.

Pero esta situación no será eterna, ni para el individuo, ni para la especie. El individuo pasa á otras regiones después de su muerte, donde su situación mejora proporcionalmente á su estado moral. Y la especie, á su vez, posee una esperanza (fundada en las promesas de la religión y de la razón) según la cual las condiciones de este planeta mejorarán y sus habitantes actuales estarán en comunión de vida con los moradores de los más brillantes espacios celestes.

Con el fin de facilitar en mayor escala estas transformaciones, se ha dado al hombre la revelación cristiana, sobre cuyos fundamentales dogmas, la Trinidad, la Encarnación y la Gracia vamos á decir dos palabras, demostrando su carácter, al par que religioso, filosófico y racional.

LA TRINIDAD.

La Trinidad, ha sido el dogma de tres grandes religiones; la egipcia, la bramánica y la cristiana, y lo es igualmente de la razón, según se desprende de las siguientes pruebas.

PRIMERA PRUEBA.

Por la fuerza.

Dios es una Fuerza pura, sin materia, el *Acto* eterno é infinito de ser.

Esta Fuerza increada es, y no puede menos de ser por su carácter inmaterial, soberanamente inteligente y volitiva.

La esencia de Dios está, pues, constituída por tres Actos: el de Ser, el de Pensar y el de Querer.

Luego Dios está constituído esencialmente en Trinidad.

*
* *

Toda la dificultad en concebir este dogma para el hombre estriba en que él también piensa y quiere, sin ser por esto trino como Dios.

La respuesta se cifra en que ni la esencia del hom-

bre, ni de otra criatura alguna, es una *fuera pura*, sino una *fuera en materia*. No cabe por tanto ecuación entre sus facultades ó sus operaciones y su substancia, de quien son aquellas simples propiedades y accidentes. En Dios, tan *acto* es lo que llamaríamos substancia, como la operación, siendo lo equivalente á la primera el acto eterno de existir.

Añadiremos que este concepto de la Trinidad nada tiene de común con el que la representa como tres personas humanas, con sus respectivas facultades. Pero esta manera de representársela obedece á la incapacidad intelectual de la masa creyente, no á las deficiencias de la religión, que nos sugiere un concepto igual al de la filosofía.

SEGUNDA PRUEBA.

Por lo absoluto.

Lo absoluto hemos visto que consiste en tres finales categorías, que son: verdad, belleza y bondad. Veamos si de ellas se desprende un diseño de la Trinidad divina.

Aunque estas tres ideas tienen en nuestro concepto propia y respectiva substantividad, es fácil observar que las dos últimas se basan en la primera. Respecto de la belleza, ya lo había previsto Platón, cuando la llamaba *el resplandor de lo verdadero*. Más comprensible es dicho carácter en la bondad, que se funda en la verdad indudablemente. Examinémoslo.

La primera condición que necesita un objeto para

ser realmente bello, es el que *exista*. Esta es la primera dependencia que tiene la belleza de la verdad. Además se requiere que esté conforme con su esencia ó sea, con la categoría ó especie á que pertenece; sin lo cual podrá haber rasgos aislados de verdad, pero no la verdad entera.

Aplicadas estas nociones al orden absoluto, resulta que esta cosa eterna é indestructible, que llamamos *lo absoluto de la belleza*, supone también una verdad no menos absoluta, en quien encarne, ya como existencia, ya como conformidad con el ideal eterno. Resulta también que son eternamente distintas la belleza y la verdad, aunque dependiendo, en tal estado, una de otra.

Pongamos ahora que existe, según llevamos dicho, por encima de lo absoluto de la belleza y la verdad, la verdad y la *belleza absolutas*. ¿No es consiguiente que se guarde en ellas la misma ley y que, como en el mundo que nosotros conocemos no hay belleza ni bondad que no se basen en la verdad y la presupongan racionalmente; en el otro mundo, que desconocemos, de la belleza absoluta, correspondiente á lo bello y á lo bueno conocido, se basen y dependan de lo que corresponde á nuestro absoluto verdadero?

Esto, ni más ni menos, es lo que significa la llamada Trinidad de la religión positiva. La segunda persona, esto es, la Belleza absoluta, procede de la primera, que es la verdad igualmente absoluta; con la circunstancia de que también, así como la bondad por nosotros conocida, cuando es perfecta, se complementa con la belleza, pudiéndose decir que una es la perfección en la *forma*, la otra en la *fuerza*; también

en Dios; la tercera persona de la Trinidad procede de las dos primeras, como lo *bueno* de la belleza y la verdad.

No hemos demostrado que lo *bueno* se funda en lo *verdadero* y de él procede, porque lo creemos excusado. ¿No hemos puesto en evidencia que la moral no estriba ni parte de una ley externa, sino que arranca de la misma naturaleza del ser que es la esencia de la verdad? Bien claro se desprende de esto la filiación que hemos establecido entre la bondad y la verdad, y por consiguiente, entre las que llamamos primera y última personas de la Trinidad divina.

Resta sólo cambiar los nombres, llamando á lo absoluto *verdadero* Padre, á lo absoluto *bello* Hijo y á lo absoluto *bueno* Espíritu Santo, para que nos resulte comprobado racionalmente el dogma cristiano de la Trinidad.

DISTINCIÓN ENTRE DIOS Y EL MUNDO.

PRIMERA PRUEBA.

Dios no es substancia como las criaturas, es una fuerza pura en acto perpetuo.

Esta sola idea tira una línea divisoria entre Dios y el mundo, en vez de que la locución usada generalmente llamando á Dios substancia, estaba vivamente ocasionada á conducir al panteísmo. Espinosa tuvo razón hasta cierto punto, partiéndolo del dato que le

prestaban sus contrarios, para confundir á Dios con las criaturas y establecer el panteísmo. Como todos los grandes talentos, si no fue verdadero, fué lógico. No puede haber más que un género de substancias; una substancia infinita absorbería por precisión todas las existentes y las confundiría en una. Dos substancias, una de ellas infinita, son términos contradictorios; los límites de la una señalarían los de la otra. Tan funestas son las consecuencias de una mala apreciación en estas delicadas cuestiones.

Según nuestro método, la distinción se hace por sí misma. El mundo no es infinito, porque la suma de materia y fuerzas finitas no puede dar un cociente infinito. Lo infinito es la *fuerza pura*. Esta fuerza esencialmente separada de la materia, se distingue por precisión de las fuerzas que por su condición subsisten en ella, y todavía se distingue mucho más de la materia donde aquellas fuerzas se sostienen. Luego Dios no es el mundo ni el mundo Dios.

SEGUNDA PRUEBA.

Lo absoluto es una condición necesaria, eterna, universal, que afecta toda existencia. Observamos, pues, en toda realidad dos términos, uno inmutable en sí mismo, otro hipotético, que puede dejar de ser. Pregunto ahora; ¿qué razón podrá dar el panteísta, si todo lo que existe es uno é igualmente necesario, de esta distinción fatal, indeleble, entre lo absoluto y su aplicación contingente, (un triángulo y este triángulo) revestido el uno con un carácter de necesi-

dad, el otro con el de contingencia? ¿Por qué nuestra mente nos hace concebir lo absoluto en lo condicional y no lo absoluto en lo absoluto? ¿suprimido el mundo existente, quedan por eso suprimidas las condiciones de verdad, bondad y belleza? ¿aunque el artista no alcance á la perfección que entrevé, deja de ser verdad aquella perfección? Luego hay dos órdenes de la existencia, de los cuales el uno disfruta el carácter de necesidad é inmutabilidad y el otro está sujeto á mudanzas, siendo contingente su aparición ó desaparición. En las ideas fundamentales del entendimiento humano está la distinción entre Dios y el mundo.

Tal vez se replicará que el mundo tiene un carácter incondicional, y que es necesario como los primeros principios contra lo que nos enseña la razón y la experiencia. Tendrían entonces su razón los fenómenos que aparecen y desaparecen, como tienen su condición, en lo absoluto. Mas cualquiera echará de ver que, siendo lo absoluto eterno é invariable, toda aplicación ó realización suya lo sería asimismo. ¿Es este el aspecto que presenta el mundo, el de la invariabilidad? Esto haciendo caso omiso de la incapacidad que hemos hecho notar en el mundo de ser realización absoluta de lo absoluto. No hay, pues, medio de confundir estos dos términos; el uno necesario, el otro contingente, que tienen respectivamente su verdad en Dios y en las criaturas, con metafísica imposibilidad de confundirse jamás.

Este *quid divinum* que hay en las cosas, es una revelación de la divinidad, pero no es Dios mismo. Esta condición en él es la razón de su existencia y

esta existencia que tiene allí su razón, nos ha hecho, guardando en nuestro ser el carácter de condición, pero no el de razón á que debe Dios el ser Dios. Nosotros somos una creación voluntaria, accidental, de la Existencia infinita, sujetos á las condiciones á que debe ella su modo de existir. Ella es la realización necesaria de las condiciones absolutas, que nos crea en la condición en que ella misma ha sido realizada. Nosotros tenemos la razón de ser en ella, como ella la tiene en su condición absoluta.

TERCERA PRUEBA.

Hemos probado con Aristóteles, que la esencia de Dios consiste en el existir.

El acto de existir de Dios, infinito, eterno, necesario, absoluto, no puede jamás confundirse con el acto de existir de los seres finitos, temporal, contingente, relativo, como nosotros lo conocemos.

Esta es la última razón de la diferencia entre las criaturas y Dios. No es por la materia, por la forma ó por la fuerza natural, tanto como por el *ser* ó *existir*, como se nos presenta el Ser Supremo inconfundible con el universo. El panteísmo de todos los tiempos ha errado por desconocer este punto de vista.

LA ENCARNACIÓN.

Hay en el Cristianismo misterios que la filosofía, bien que de un modo más incierto, hubiera podido fijar de antemano, por la sola luz natural que se nos ha concedido. Dios y sus atributos, aun la Trinidad, tienen una razón necesaria de su existencia, que se vislumbra en las condiciones naturales del entendimiento. Platón y Aristóteles, el primero especialmente, usan sobre estos puntos un lenguaje que apenas se distingue del de los cristianos. Pero hay en el Cristianismo otra clase de revelaciones, nacidas de la libre voluntad de Dios, no de la fuerza de las cosas, que no pueden ser predichas ni calculadas, porque están fuera la esfera de lo absoluto; tales son, el misterio de la Encarnación y los demás que esta lleva consigo. En estas cuestiones el filósofo debe partir de la hipótesis del hecho, y concretarse á investigar el modo cómo pudo llevarse á cabo lo que á primera vista lucha abiertamente con la razón humana. Aunque en estas materias se parta del supuesto de la verdad del hecho, objeto de fe, no deja sin embargo la filosofía de tener mucho juego, explicando lo que pasa en las más obscuras regiones de la existencia, para presentarse á los ojos de la aturdida razón en forma de misterio.

No creemos que sea pretensión sacrílega levantar una punta del velo que cubre estas cosas adorables y disipar un poco las augustas sombras que las rodean.

De esto nos han dado ejemplo los hombres más sabios y piadosos con que se honra nuestra Religión. Por otra parte el misterio es grande y adorable, no por ser desconocido, que esto le es accidental, sino por ser un fruto del amor divino ó una sublime perfección de Dios. Aumentando, si podemos, la claridad para nuestro entendimiento, secundamos la disposición de la Providencia, que en la manifestación de la verdad, sigue, como en todas sus obras, una marcha lenta y progresiva en la extensión de los siglos, acreciendo siempre las efusiones de su luz hasta llegar al día perfecto, que no tendrá noche ni decadencia eternamente.

La Religión cristiana nos dice que la segunda persona de la Trinidad, el Verbo, se hizo hombre, formando con esta naturaleza humana unidad de persona, que á la vez se llamó Hombre y Dios. Veamos si en nuestros antecedentes hay medio de esclarecer este dogma cristiano.

Hablando del tiempo, dijimos que no podía darse de esta idea una razón plausible, sino admitiendo que las cosas finitas, así como tienen una fuerza para *obrar*, que es el principio de sus movimientos y operaciones, poseen también un poder y fuerza de *existir*, que radica en su íntima naturaleza y la sostiene incesantemente. La economía y plan de la creación, donde todo se gobierna por causas segundas ó fuerzas propias, exigía que el ser se bastase á sí propio completamente, reservándose Dios la intervención suprema é inexplicable por la cual depende de él la existencia, la fuerza y sus actos. De esta manera se da á Dios lo que es de Dios y al mundo lo que es del mundo.

Hay, pues, en todo ser un acto perenne que sostiene su existencia, acto que viene á ser la existencia misma y se expresa según dijimos por la palabra *es* (esse); el cual significa lo *activo* de la existencia en contraposición á lo *pasivo* ó substancial, expresado por la palabra *ente*. Estos dos valores están realmente en el verbo *ser*, como están en las cosas para el que las considera atentamente. Hay en las cosas finitas, sean lo que quieran, el *es* de la cosa y la cosa que *es*, realidades diferentes y opuestas.

Esto supuesto, aunque sea ley ordinaria y natural que cada ser se sostenga á sí mismo; siendo activamente en cuanto *es*, y sostenido ó pasivamente en cuanto es un *ser*, no hay ninguna repugnancia intrínseca en que esta ley general se suspenda en un caso particular, si así place á la Omnipotencia, viniendo á ejercer el Acto infinito por sí mismo el acto de *existir*, que según ley ordinaria correspondía al ser criado, quedando sustituido el uno por el otro.

Esta suposición nada tiene de imposible. Lo que verdaderamente repugnaria al acto infinito sería ponerse en el lugar del ser *pasivamente considerado*; de modo que su naturaleza se confundiese con la del objeto, puesto que á Dios, esencialmente acto é inmaterialísimo, no puede corresponderle jamás la pasividad.

Ahora bien, el acto de existir, esto tan profundamente íntimo que hay en el ser, puesto por Dios y presidido por él, como causa y razón absoluta, ¿qué contradicción hay en que sea asumido, sustituido una vez por el acto infinito, que puede dar su actividad á todos los seres, sin agotarse jamás? Un ser finito no podría ha-

cer esta comunicación, porque su acto de existir alcanza justa y simplemente á su existencia, de modo que todos lo tienen igual en cuanto existen, sin que pueda derramarse de un ser á otro como el acto de obrar, por cuya razón es eminentemente personal é intransitivo en la criatura. Dios, al contrario, es la actividad pura, fuente inagotable de toda acción; puede por consiguiente hacer participar sin mengua de su acto infinito una criatura, dejando en ella un ser ó naturaleza, en cuanto pasiva, aplicando, empero, su acto infinito inmediatamente para su existencia.

Hecha esta suposición, que no parece pueda tacharse de absurda, resultaría que la afortunada criatura á quien Dios mismo se uniera en el sentido de ser su acto de existir, *sería Dios y criatura*. Tendría el ser pasivo, el término del acto de existir, la naturaleza criada; al paso que el ser activo, que denominamos *es*, por la que se sostiene y continúa siendo, sería el mismo acto infinito, Dios. Según como se tome el *ser*, sería Dios ó sería lo infinito; porque lo más esencial é íntimo del ser estaría repartido entre los dos. Quedaría entonces verificada la *comunicación de nombres* entre los dos integrantes del ser en cuestión, de modo que todo lo *divino* podría predicarse de aquel sugeto, y lo *humano* también, por ser lo existente y la existencia un solo sugeto. El *es* sería divino, pero el ser, sustantivamente, criado: mas como el *es* es de todo el ser, Dios sería hombre y viceversa, aunque las acciones se atribuirían al que pone la existencia del ser.

Demos á este ser naturaleza humana y llamémosle Jesucristo, y tenemos explicado el misterio de la Encarnación. Se podrá decir: aquel hombre es Dios, por-

que su *es* es Dios; podrá decirse que es hombre porque el *es* es del *ser* hombre. Igualmente será lícito decir que es omnipotente, infinito, impasible, porque todo esto conviene al que es la existencia activa de aquel ser y de Dios. Esta es la unión que llaman los teólogos *hipostática*, que ha elevado la naturaleza humana á la altura de la divinidad, sin costarle á ésta más trabajo que asumir una existencia, en vez de darle una fuerza á propósito, como á los demás seres.

Todavía se puede preguntar: ¿por qué, en tal caso, la Encarnación se atribuye al Hijo y no á cualquiera de las otras personas divinas?

Aun para esto creemos encontrar una razón en las doctrinas expuestas y en los principios sentados en este trabajo.

En la creación, lo absoluto de la verdad se encarna en cierto modo en los seres, pero de una manera hipotética, supuesta la condición de la existencia. Esta condición la pone el Hijo, como él es puesto por el Padre, y está finalmente perfeccionada por el Espíritu Santo, que pone la tendencia á la perfección en el acto infinito realizado. La Encarnación es á su vez una imitación de la creación, porque las condiciones son las mismas. El Padre, que es la razón de la verdad de las criaturas, fué también la razón de la Encarnación (*misit Filium suum*); el Hijo, que las realiza, dió la existencia, el *es* á la naturaleza humana (*Verbum caro factum est*); y el Espíritu Santo, que da la tendencia universal á la perfección, consuma la Encarnación, completando sus efectos en los hombres por medio de la caridad, que es la tendencia del hombre á lo perfecto infinito. (*Caritas Dei diffusa est in cor-*

dibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis.)

Hay aquí una triple línea de verdades paralelas que se completan, esclarecen y apoyan mutuamente, partiendo de una misma base; el carácter de las tres divinas personas, su intervención en la creación y su concurso en la Encarnación y Redención. Así es cómo Dios ha dispuesto el orden sobrenatural exactamente sobre el cimiento del natural, bajo un procedimiento idéntico; porque está fundado en la misma naturaleza de las cosas y de Dios. Después de haber asistido á este espectáculo donde se vislumbran tan sublimes armonías, no queda sino adorar y creer.

LA GRACIA.

El grande hecho de la Encarnación, apartándose de las leyes generales establecidas, no debía quedar aislado en medio de la creación, sin antecedentes ni consecuencias; como un anillo desgajado de la cadena inmensa, como una columna solitaria en medio del desierto; sino que debía ser el tipo y fundamento de un vasto y dilatado sistema, un tema fundamental de variaciones inagotables, la ley constante de un orden especial de fenómenos. Este es el procedimiento de la inteligencia divina en todos los órdenes de la creación, donde nada está aislado y mutilado, todo engrana con hechos análogos, y, sin faltar á la más estricta unidad, se ostenta dequiere la variedad más portentosa.

Por esta razón, los que conozcan medianamente la economía divina, su conducta en el gobierno de sus criaturas, convendrán en que este hecho extra, sobrenatural, de la unión divina á un ser criado de una manera tan anómala, no podía quedar falto de relaciones ulteriores; de lo contrario, esta unión tan superior á todas las maravillas creadas, hubiera venido á ser muy inferior al mundo. No fué así como se condujo Dios. Puesto aquel hecho sobrenatural como base, estableció sobre él un orden nuevo, un vasto organismo, que tenía ya ramificaciones en los orígenes del mundo y las va extendiendo hasta su consumación. Esto á lo menos es grande, digno de Dios.

Si Dios hubiera querido rehabilitar la humanidad con una nueva doctrina y con ejemplos, no tenía más que suscitar hombres grandes, grandes sabios, cuales los ha hecho brotar de vez en cuando para guiar el género humano en sus caminos, sin tener necesidad de invertir las leyes naturales de una manera tan completa como se hizo en la persona de J. C. Las alteró, porque su objeto era levantar los hombres á una unión consigo también sobrenatural, para lo que no bastaba la fuerza de ningún hombre puro, sino que era menester la acción inmediata de la divinidad.

La filosofía no puede desdeñarse de estudiar un fenómeno que ocupa en la historia de dos mil años un lugar preferente; ha de investigar de dónde proceden estas creencias profundas en lo que, á primera vista, repugna á la razón humana; este plan religioso que ha envuelto la Europa y la ha subyugado en sus espíritus más poderosos é ilustrados, sin desmentirse jamás, sin disolverse, inspirando en ciertos hombres

virtudes que trascienden á una altura superior á su frágil condición, y produciendo una civilización, unas instituciones, que nos han valido la preponderancia sobre el resto de nuestra especie. Este fenómeno en gran parte lo atribuye el cristiano al hecho que llamamos *gracia*.

El fin natural del hombre no es lo *finito*; es lo *indefinido*.

La historia del arte y de la ciencia, así como la inspección atenta de nuestra conciencia, nos manifiesta que el hombre aspira siempre á un más allá en todos los géneros, á un ideal que nunca se realiza, que va retirándose obstinadamente á medida que el hombre adelanta, sin dejarse jamás poseer completamente.

Las artes, las ciencias, aspiran á su ideal respectivo, no al absoluto. La música, la pintura, la escultura, la ciencia, buscan su última perfección dentro de su género; no pretenden, empero, llegar á la belleza verdad ni bondad *absolutas*, de que en su estado natural ni siquiera tienen idea. Lo infinito real no es conocido ni deseado por el hombre.

En el momento en que lo infinito real se manifiesta al hombre por vez primera, lo atrae á sí, lo llama á una unión que el hombre desconocía, y se abre un campo más vasto á la actividad creada, que cambia su objeto de *indefinido* en *infinito*. La Encarnación del Verbo abrió este nuevo camino, uniendo la naturaleza humana á la divina, en la persona de Jesucristo, para que los individuos de nuestra especie pudieran conseguir particularmente esta unión extraordinaria, sobrenatural, que los sublima á una altura muy superior á la que les corresponde natural-

mente. Semejante unión no debía verificarse de la misma manera en Jesucristo que en los otros, porque aquel era el hecho fundamental, el tronco de este gran árbol, el centro de este nuevo sistema, el instrumento de esta inmerecida elevación. En este concepto se le dió al Redentor la unión esencial, que le divinizaba hasta el más alto punto, para que la participaran de una manera más débil y pálida sus semejantes. Así vemos en la creación los astros menores dando vueltas y participando su luz de otro por sí resplandeciente, las ramas de un árbol tomando la savia de su tronco, los cuerpos graves subiendo con el poder de una palanca, que tenga un punto de apoyo proporcionado.

La unión del acto infinito y de la fuerza finita puede verificarse de dos maneras: con el acto de existir, según acontece en Jesucristo ó con el acto de obrar; no repugna al acto eterno todo lo que sea hacer las veces de un acto ó auxiliarle inmediatamente. La unión en el primer sentido no debió repetirse, porque se había conseguido ya su objeto, merecer el perdón del hombre y crear un instrumento y foco adecuado de la regeneración humana. Debía, pues, en adelante obrarse la unión en el segundo sentido; como se hace por medio de la *gracia*, que une el Verbo á cada fuerza operativa individual, para darle un poder que produzca actos de infinito valor, de un orden infinito; teniendo por auxiliar, por colaborador al Acto eterno, que les comunica una trascendencia, una dignidad y un mérito bastantes para trasformarse después en visión directa ó intuitiva de la Divinidad, á lo cual llamamos *vida eterna*.

Este es el término y fin del plan que comienza en la Encarnación y termina en la gloria; unir la fuerza divina á la fuerza humana, para que ésta la tenga por objeto inmediato de su inteligencia y de su amor, después de haberla tenido en esta vida por auxiliar oculto de sus operaciones en la unión por *gracia*.

Según este sistema, cuando el infinito se une á la criatura en su acto de ser, se dice que se *encarna*; cuando se une al objeto como auxiliar en su acto de obrar, se dice que está en él por *gracia*; y cuando se le une como auxiliar y objeto á su inteligencia y amor, se dice que está en él por *gloria*.

Es un sistema sobrenatural de uniones entre las fuerzas creada é increada, radicadas en la unión primitiva y fundamental verificada en Jesucristo.

En cuanto al fenómeno de la unión intelectual con la divinidad, que llaman los teólogos *visión beatífica*, parece á muchos increíble ó absurdo, siendo así que es lo más posible y conforme á nuestros conocimientos. El *yo* dijimos, conoce actualmente los objetos por la acción que provocan otras fuerzas en su fuerza por el intermedio de la materia. ¿Qué inconveniente hay en que una acción análoga á la de los agentes exteriores actuales la produzca por sí inmediatamente, de fuerza á fuerza el Acto infinito? La acción ó aparición de la fuerza que empieza en la materia (sensación), hemos visto que es inferior á la que empieza en la fuerza misma (pensamiento, sentimiento), por consiguiente, aquella que tenga su origen en la Fuerza infinita, obrando de lleno y directamente en nuestra menguada actividad, excederá en nobleza, pureza é intensidad infinitamente á todas las opera-

ciones actuales. El resultado será también una percepción, pero de un orden infinitamente superior, la percepción de Dios en Dios mismo. (*In lumine tuo vidimus lumen.*) Aquel choque permanente con la fuerza infinita participará del carácter universal de esta, que es la belleza absoluta realizada, y como ya se ha probado que conocemos de los objetos por la huella y efecto que en nuestro *yo* producen con su acción y que esta impresión es según la naturaleza del ser impresionante y del impresionado, la unión beatífica con Dios será para nosotros una idea superior á la suma de todas las ideas criadas, y un placer, un amor, un éxtasis, que rebosará del alma, no pudiendo ésta contener toda la grandeza de la acción, que de ella se habrá emposesionado. Todo lo conoceremos de Dios, menos su infinitad, porque no somos infinitos.

La unión por gracia se efectúa, cuándo y como Dios quiere; pero el medio que ha dispuesto, adaptado á nuestra condición racional y al carácter del Verbo, que determina dicha unión, es la *palabra*, ya interna, por medio de la razón y la conciencia, ya externa, por medio de los libros sagrados de los judíos.—Si además parece indicar la Escritura la posición de algunos actos externos religiosos, como el Bautismo ó la Cena del Señor, también estos deben considerarse como signos, al igual de la palabra, y con la misma eficacia y sentido que esta, cuando una y otros son inspirados por Dios.

Esto es la religión cristiana, ni más ni menos. Todo lo que no sea esto, son añadiduras humanas.

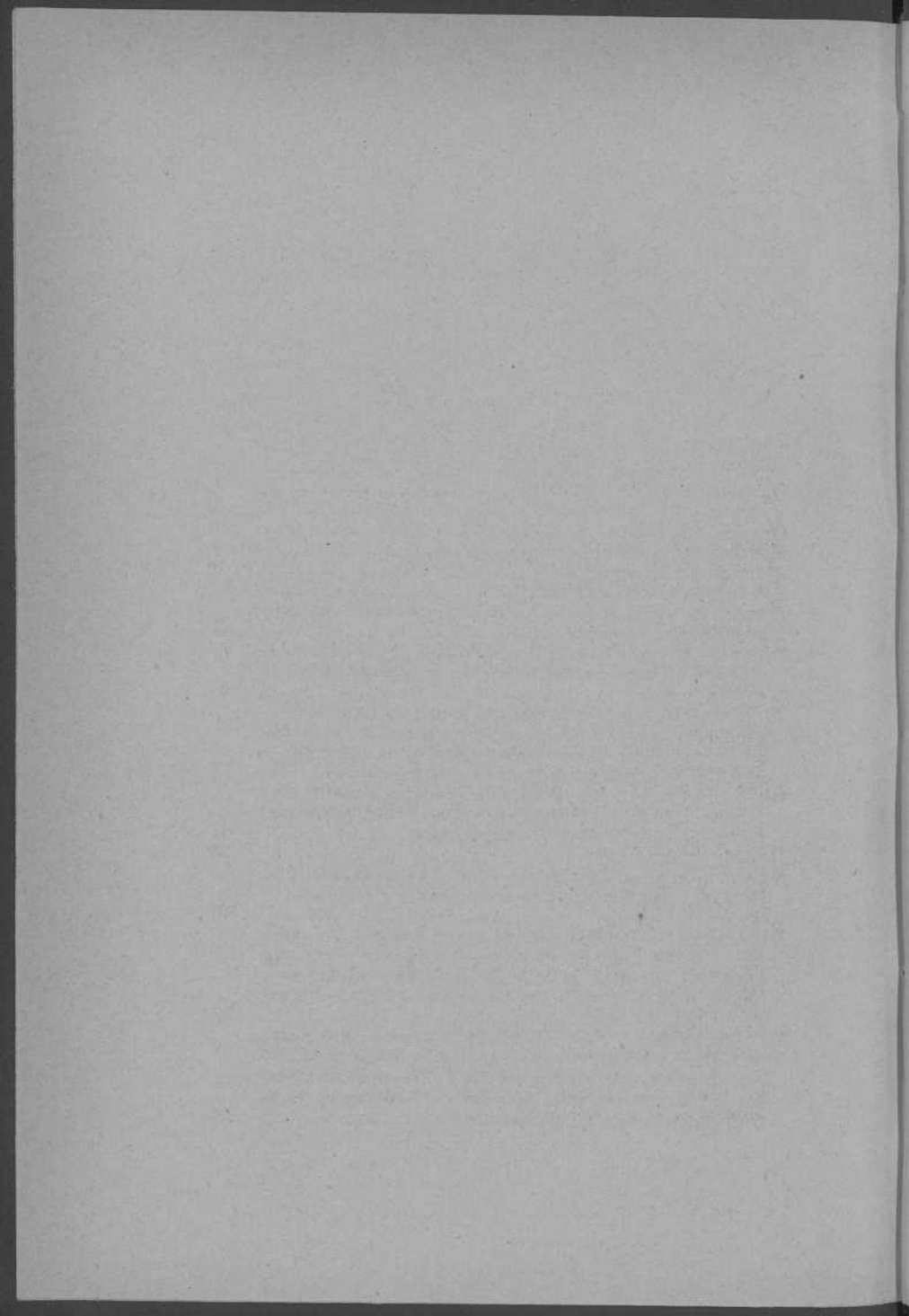


TABLA DE MATERIAS.

	Págs.
PRÓLOGO.....	v
PRELIMINARES.....	1
ORIGEN DE LA FILOSOFÍA.....	1
HISTORIA DE ÍDEM.....	2
OBJETO DE ÍDEM.....	4
MÉTODO DE INVESTIGACIÓN.....	5
MÉTODO DE EXPOSICIÓN.....	9
PRINCIPIO FUNDAMENTAL.....	11
MATERIA.—Su existencia.—Pruébase que existe un sólo género de substancias finitas.....	11
FORMA.—Por qué no puede ser omitida.—Qué entendemos por forma.—Ventajas de nuestro sistema sobre el común.....	17
FUERZA.—De dónde sacamos esta idea y su certeza.—Es propiedad de todos los seres.—Pruébase que la fuerza no es la materia ni la forma.—Analogías entre ella y la materia.—Nuevas ventajas de este sistema.....	21
SEGUNDO PRINCIPIO.—Escala de los seres.—Reino mineral.—Líquidos.—Gases.—Flúidos.—Elementos químicos.—Consecuencias de este examen.....	31
REGIÓN DE LA VIDA.....	43
VIDA VEGETAL.—Semejanzas entre el reino vegetal y el mineral.—En el acto de su formación.—Después de la misma.....	45
VIDA ANIMAL.—Comunidad de elementos con los otros reinos.—Dos fases de su vida.—Sensación.—Pruébase que puede ser atributo de la fuerza.—Naturaleza y movimiento de la materia que posee esta fuerza.—Se resuelve una objeción.....	56
LA PERCEPCIÓN.—Es también una propiedad de la fuerza.—De qué manera se verifica. Visión del <i>yo</i> y del <i>no yo</i> .—Reparos á la opinión común.—Parangón de nuestra teoría con las más notables.—Movimiento de la materia en el acto del pensamiento.....	68

	Págs.
LA ESPONTANEIDAD.....	81
ANÁLISIS DEL PENSAMIENTO.—Superioridad de la percepción humana.....	83
IMAGINACIÓN Y MEMORIA.—Cómo se forman las representaciones.—Imaginación artística.—Memoria.—Conciencia.....	85
ANÁLISIS Y SÍNTESIS.—Cómo se verifica la primera.—La segunda.....	91
ABSTRACCIÓN.—Su reducción al análisis.—Se resuelve una objeción.....	93
GENERALIZACIÓN.—Su reducción á la percepción común.—Comparación.....	97
LENGUAJE.—Modo fácil de explicarse en nuestro sistema.—Ventajas del lenguaje.....	99
COMPOSICIONES INTELECTUALES.—Juicio, su reducción á percepción común.—Raciocinio.....	105
RAZÓN.—Lo absoluto de los seres.—Examen de las varias escuelas.—Nuestra solución.—Cómo se forman las ideas puras ó de razón.....	109
SENSIBILIDAD.—Formación de los sentimientos.—Explicación de dos fenómenos psicológicos.—Dos clases de sentimientos.—Su utilidad.....	115
VOLUNTAD.—Fuerzas particulares, fuerza total.—Razón de la voluntad.—De la libertad.—Fórmula para distinguir la voluntad de los apetitos.....	121
INMORTALIDAD DEL HOMBRE.—Sus legítimos fundamentos.—Contestación á los argumentos contra esta teoría.—Se prueba la posibilidad de la inmortalidad dentro nuestras doctrinas.....	127
MATERIALISMO Y ESPIRITUALISMO.—Su compatibilidad.....	134
FRENOLOGÍA.—Pruébase <i>á priori</i>	135
MAGNETISMO Y ESPIRITISMO.—Su posibilidad.....	137
METEMPSICOSIS.—Demuéstrase que es posible.....	138
LA LEY DEL UNIVERSO Ó ORIGEN DE LAS ESPECIES.—El trasformismo.....	143

METAFÍSICA.

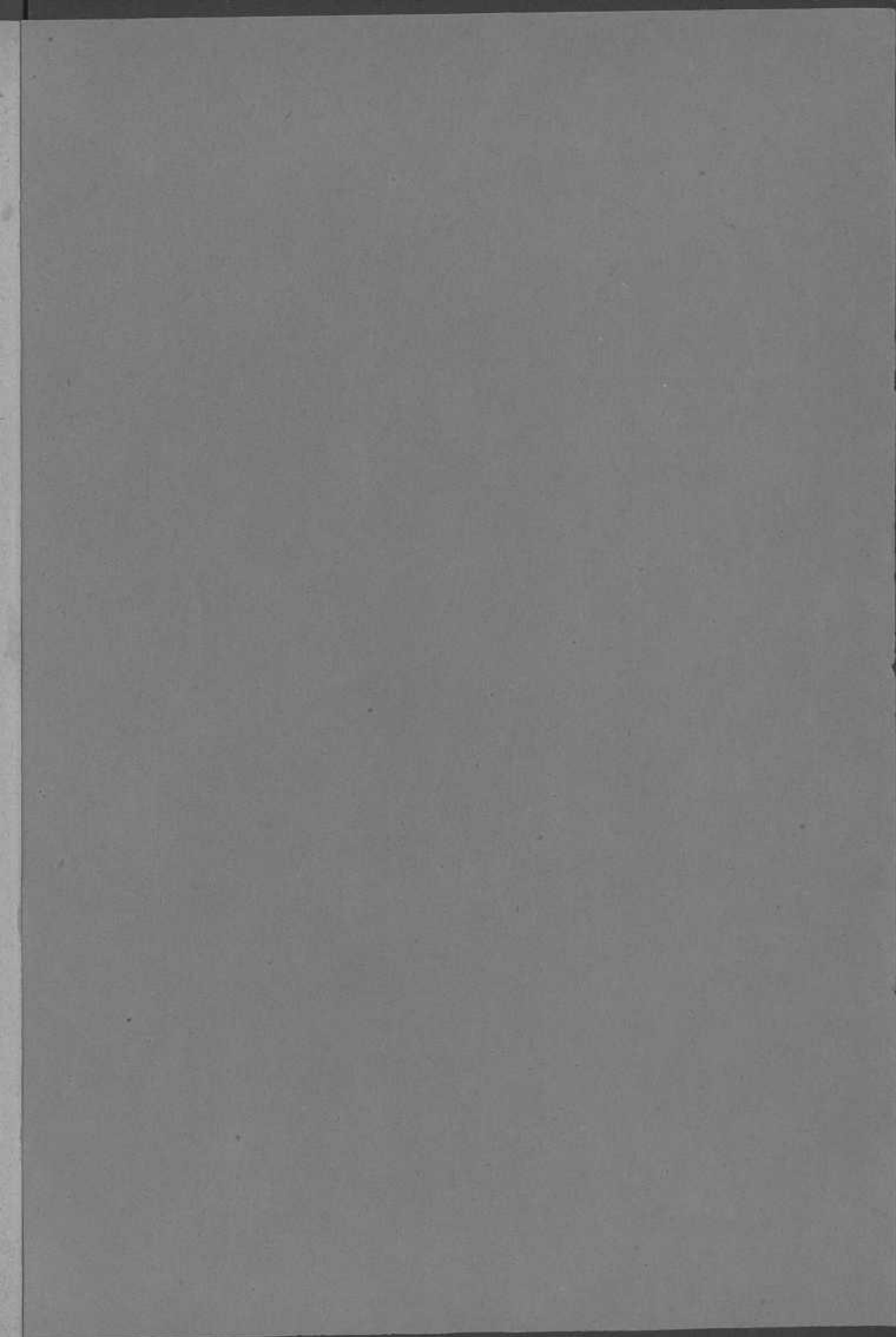
PRELIMINARES.....	149
REFUTACIÓN DEL ESCEPTICISMO.—Existencia del <i>no yo</i>	151
CORRESPONDENCIA ENTRE NUESTRAS IDEAS Y EL MUNDO EXTERIOR.—Consecuencias de la teoría dualista.—Nuestra tesis.—Pruébase.—Explicanse algunos hechos importantes.....	154

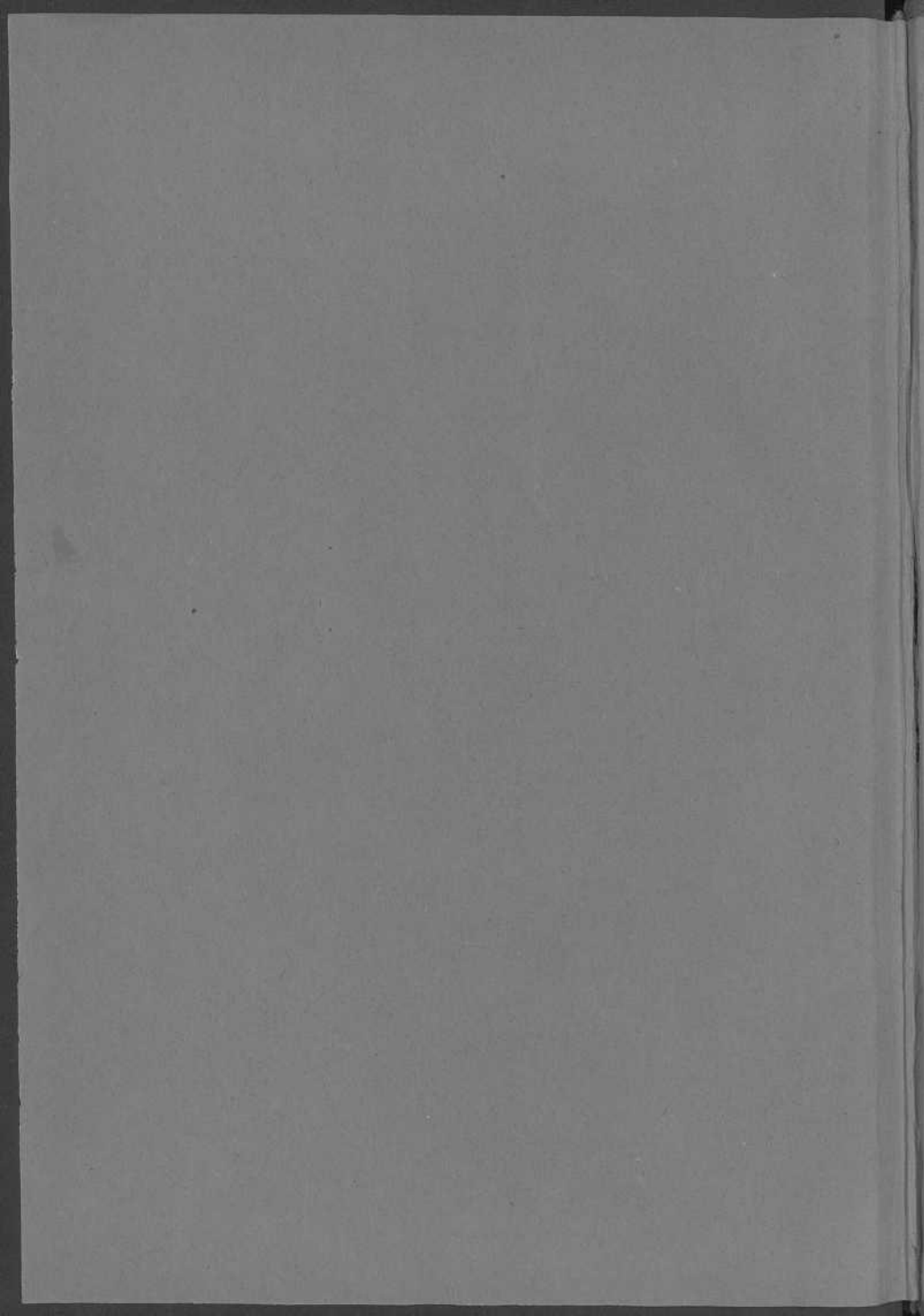
VERDAD DE LAS IDEAS GENERALES.—Nominalismo y realismo.—Platón.—Kant.—Motivos del nominalismo y de la teoría de Kant.—Su refutación.—Distinción entre lo general de las especies y lo absoluto.—Refutación del optimismo.....	165
LO ABSOLUTO.—Panteísmo y sensualismo.....	176
CARÁCTER Y DEFINICIÓN DE LO ABSOLUTO.—Dos géneros de ideas.—Cousin.....	179
ORIGEN DE LAS IDEAS ABSOLUTAS.—Varietas escuelas.—Pruébase que estas ideas vienen envueltas en la percepción.—Consecuencias de la opinión contraria.—Eclecticismo de nuestro sistema.....	182
DIVISIÓN DE LO ABSOLUTO Y SU CLASIFICACIÓN POR LA MATERIA, FORMA Y FUERZA.....	187
CUADRO SINÓPTICO DE LO ABSOLUTO.....	192
PRINCIPIO DE CONTRADICCIÓN.—Idea de ser.—Doble significado de la palabra <i>ser</i> .—Doble sentido de aquel principio.—Idea de substancia.....	193
PRINCIPIO DE SUBSTANCIALIDAD.—Formación y legitimidad de este principio.—Dos clases de accidentes....	197
PRINCIPIO DE CAUSALIDAD.—Idea de causa, su procedencia y objetividad.—Demostración del mismo.....	200
NÚMERO.—Refutación de Kant.—Pruébase la unidad objetiva.—Tres géneros de unidades reales.—Unidad lógica.—Formación de esta idea y de la de pluralidad....	204
TIEMPO.—Definición de Aristóteles y otras.—Su refutación.—Investigación de la verdadera.—Se establece la razón del tiempo en la índole de la existencia criada.—Una explicación menos verosímil por las otras fuerzas.—Formación de esta idea.—Su objetividad.—Su medición.—Su eternidad.....	214
ESPACIO.—Dificultad de explicarlo.—Varietas definiciones.—Naturaleza de la extensión.—Condición metafísica de la impenetrabilidad de los cuerpos.—Por la substancia.—Por la forma.—Por la fuerza.—Naturaleza de la materia.—Esencia del espacio, su objetividad.—Los peripatéticos.—La nada en el pensamiento.—Su relación con la existencia.—El infinito en el número, espacio y tiempo.—Formas geométricas.....	230
LO VERDADERO.—Subjetivo y objetivo.....	250
LO BELLO.—Separación de lo subjetivo y objetivo de la belleza.—Fórmula de la belleza.—Su análisis y justificación.—Definición de la belleza.—Tercer término de la fórmula.—Belleza natural.—Artística.—Rectificación de Cousin.....	252
LO ABSOLUTO DE LA BELLEZA.—Belleza absoluta.—No	

está en las obras de la naturaleza ó del arte.—Lo indefinido de la belleza. La belleza absoluta sólo se realiza en Dios. Lo absoluto de la belleza no es la belleza absoluta.—Cómo adquirimos esta idea.....	266
BONDAD MORAL.—Sus relaciones con la belleza.—Lo absoluto de la moral y la moral absoluta.—Constitución moral del hombre.—Relaciones del hombre.—Fórmula matemática de la moral.—Segundo elemento de la bondad.—Tercer elemento.—Bondad suprema ó cristiana.—Elemento práctico esencial.—Definición.—Condición absoluta de la moral.—La moral absoluta está en Dios, pruébase.—Origen de esta idea en nosotros.—Varias escuelas.....	276
EL DERECHO.—Relaciones sociales.—Definición del derecho.—Poder legislativo.—Judicial.—Segunda razón de la necesidad del poder.—Soberanía nacional.—Igualdad.—Libertad de imprenta, de asociación y de cultos.	295

TEODICEA.

DIOS.—Naturaleza de Dios.....	303
PRIMERA PRUEBA DE SU EXISTENCIA.—Por la fuerza..	306
Segunda id.—Por la forma.....	307
Tercera id.—Por lo absoluto.....	309
INFINIDAD DE DIOS:—Primera prueba.—Segunda id...	311
INMENSIDAD.—Primera prueba.—Segunda prueba....	312
ETERNIDAD.—Primera prueba.—Segunda id.....	313
INMUTABILIDAD.....	315
PERFECCIONES DE DIOS.....	317
ATRIBUTOS DE RELACIÓN.—Providencia.—Justicia, etc.	319
DIOS Y LA HUMANIDAD.....	324
LA TRINIDAD.—Primera prueba.—Segunda id.....	326
DISTINCIÓN ENTRE DIOS Y EL MUNDO.—Primera prueba.—Segunda id.—Tercera id.....	329
LA ENCARNACIÓN.....	333
LA GRACIA.....	338







SALA



MATERIA

FORMA

Y FUERZA

15.048

PROVINCIAL